





JACKSON PEARCE

ROJO FERROZ



A mi hermana.



Índice

| | |
|---|---------------------|
| Argumento..... | 6 |
| Prólogo..... | 7 |
| Capítulo 1. Scartett March..... | 12 |
| Capítulo 2. Rosie March..... | 21 |
| Capítulo 3. Scarlett..... | 28 |
| Capítulo 4. Rosie..... | 35 |
| Capítulo 5. Scarlett..... | 51 |
| Capítulo 6. Rosie..... | 66 |
| Capítulo 7. Scarlett..... | 74 |
| Capítulo 8. Rosie..... | 80 |
| Capítulo 9. Scarlett..... | 87 |
| Capítulo 10. Rosie..... | 95 |
| Capítulo 11. Scarlett..... | 103 |
| Capítulo 12. Rosie..... | 112 |
| Capítulo 13. Scarlett..... | 120 |
| Capítulo 14. Rosie..... | 131 |
| Capítulo 15. Scarlett..... | 138 |
| Capítulo 16. Rosie..... | 143 |
| Capítulo 17. Scarlett..... | 154 |
| Capítulo 18. Rosie..... | 160 |
| Capítulo 19. Scarlett..... | 163 |
| Capítulo 20. Rosie..... | 167 |
| Capítulo 21. Scarlett..... | 169 |
| Capítulo 22. Rosie..... | 175 |
| Capítulo 23. Scarlett..... | 179 |
| Capítulo 24. Rosie..... | 184 |
| Capítulo 25. Scarlett..... | 186 |
| Capítulo 26. Rosie..... | 189 |
| Capítulo 27. Scarlett..... | 193 |
| Capítulo 28. Rosie..... | 195 |
| Capítulo 29. Scarlett..... | 199 |
| Capítulo 30. Rosie..... | 201 |
| Capítulo 31. Scarlett..... | 202 |



| | |
|--|---------------------|
| Capítulo 32. Rosie..... | 206 |
| Capítulo 33. Scarlett..... | 210 |
| Capítulo 34. Rosie..... | 213 |
| Epílogo..... | 217 |
| Agradecimientos..... | 219 |



ARGUMENTO

Scarlett y Rosie March son dos hermanas cazadoras de Fenris, los hombres lobo que persiguen a su familia desde hace años.

Ellos son los responsables de la muerte de su abuela y de que Scarlett perdiera un ojo en una dura lucha con uno de ellos por defender a su hermana pequeña. Dos hermanas, dos caracteres totalmente distintos pero atractivos y fuertes los dos, y Silas el joven y guapo vecino de toda la vida que siempre está ahí para protegerlas... aún cuando el peligro acecha tan de cerca.

Una novela que sorprende por su originalidad.

La reinención del mito de Caperucita Roja ha llegado, y sus heroínas están lejos de permitir que nadie les rompa su capa...



Prólogo

Un cuento de hadas, hace siete años

«Por esta calle nunca pasan desconocidos —pensaron al mismo tiempo las dos hermanas al ver acercarse a aquel hombre con paso cansino—. Y menos, desconocidos con traje.» En mitad de la nada, nada justificaba su presencia. Pero ahí estaba, levantando una nube de polvo a cada paso, con sus pantalones impecablemente planchados. Mirándolo intrigada, la hermana mayor subió hasta la verja blanca, mientras la pequeña terminaba un polo de cereza medio derretido por el sol del mediodía.

Cuando por fin llegó ante ellas, el hombre las saludó con la cabeza.

—Hola, pequeñas —dijo con voz suave. El sol se reflejaba en su cabello rubio y lacio y pincelaba sombras sobre su rostro de arrugas incipientes.

—Tengo once años —le recriminó la hermana mayor, alzando el mentón.

—Ustedes disculpen, «señoritas» —rectificó riendo.

La hermana mayor se giró en respuesta, haciendo ver que no lo estudiaba mientras su vestido de fiesta revoloteaba como una flor roja a su alrededor. Al verla, el hombre cambió de semblante: los ojos se le ensombrecieron, forzó aún más la sonrisa y se relamió en un gesto que tensó todos los músculos de la niña. Se detuvo en seco y agarró la mano de su hermana, pringosa del palo del helado que ahora esgrimía ella como un arma.

—¿Está vuestra madre en casa? —preguntó el hombre mientras recuperaba la expresión amable.

—Nuestra madre no vive aquí —respondió la hermana pequeña mientras daba patadas a un diente de león—. Tienes los ojos raros —añadió, entornando los suyos para mirar la cara del desconocido a contraluz. Tenía las pupilas siena oscuro, como la sombra marrón rojiza que proyectan las hojas de los árboles en otoño.

—¡Chiss, Rosie! —la riñó su hermana mientras daba un paso atrás.

—Tranquila, no pasa nada. Son para ver mejor vuestros bellos rostros, preciosas. ¿Está vuestro padre entonces? ¿O algún hermano?



La hermana mayor negó con la cabeza, y sus rizos negros le barrieron los hombros.

—Pero nuestra abuela sí que está.

—¿Podríais ir a buscarla?

La hermana mayor dudó y lo miró otra vez de arriba abajo. Al final asintió y se volvió hacia la pequeña casa que tenía detrás.

—¡Oma March! ¡Ha venido un hombre!

No hubo respuesta.

—¡Oma March! —gritó más fuerte.

La puerta se abrió de par en par contra la hilera de gerberas plantadas junto a la entrada. Oma March salió de la casa. Llevaba un delantal de margaritas salpicado con la harina de la tarta que estaba preparando para la fiesta de cumpleaños de un niño vecino. Tras ella salieron los sonidos de la televisión, y la música de *El precio justo* se superpuso al canto de los gorriones de los árboles cercanos.

—Scarlett, cariño, ¿qué pasa? —preguntó con calma. Oma March no se alteraba fácilmente.

Scarlett estiró a Rosie hacia la casa.

—Ha venido un hombre, un desconocido —dijo con tono de advertencia mientras entraba en la casa rozándose con su abuela. Rosie se sentó de inmediato delante del minúsculo televisor de la cocina, pero Scarlett se quedó rezagada tras la ancha silueta de Oma March. Seguía sujetando con fuerza el palo rojo del helado.

—¡Ah! —dijo Oma March mirando con sorpresa al desconocido. Se quitó el delantal y dejó al descubierto los vaqueros que llevaba.

—Buenas tardes, señora. Soy representante de Hanau Citrus Grove. Queremos ampliar nuestro negocio vendiendo cítricos a domicilio. Entrega entre tres y seis semanas y pago contra reembolso. ¿Me permite que le enseñe nuestro catálogo?

—¿Cítricos? ¿Naranjas y eso? —preguntó Oma March con su acento alemán. Le hizo un ademán para que se acercara. El hombre abrió la verja blanca y avanzó hacia ella tendiéndole la mano.

—Sí, señora. Naranjas, pomelos y mandarinas —respondió. Mientras le daba la mano con fuerza, la manga de su chaqueta azul marino retrocedió y dejó al descubierto una curiosa marca negra en su muñeca.

Scarlett entornó sus verdes ojos para mirar mejor. Parecía una flecha mal hecha, similar a los tatuajes que tenía el leñador que vivía más abajo, pero como si formara parte de la piel.



Oma March siguió la mirada de Scarlett e inmediatamente apretó los labios. El aire se detuvo. Los ojos brillantes del vendedor se nublaron con la misma expresión sobrecogedora que habían adoptado antes al mirar a Scarlett.

—No necesitamos, gracias —dijo, con tono súbitamente grave.

Al principio nadie se movía, y a Scarlett le recordó la forma en la que los perros se quedan completamente quietos antes de lanzar un ataque. El vendedor volvió a relamerse y miró a Oma March a los ojos durante un largo momento, antes de que su boca se torciera en sonrisa con una mueca lenta y progresiva.

—¿Está segura? —preguntó mientras Oma March cerraba la puerta.

En cuanto puso el cerrojo, Oma March se volvió hacia las niñas, con el rostro empalidecido y los ojos verde claro grandes y redondos. Scarlett retrocedió, asustada de ver a su abuela con una expresión tan extraña. El palo del helado cayó al suelo.

—*Versteckt euch!* —exclamó en voz baja, señalando apremiante hacia su dormitorio en la parte de atrás de la casa. Escondeos, escondeos, deprisa.

Rosie dejó la televisión y cogió nerviosa la mano de su hermana. Scarlett quiso preguntar a su abuela qué ocurría, pero, antes de que encontrara las palabras, al otro lado de la puerta de entrada se oyó un aullido roto y gutural. Sintió cómo se le helaba la sangre.

Oma March cruzó un travesaño de madera sobre la puerta y, tras pasarla en volandas sobre la cabeza de las niñas, apuntaló una de las sillas amarillas de la cocina contra el pomo justo antes de que éste empezara a girar furiosamente.

—*Schatzi*, cariños míos, ¡no dejaré que os coja! —murmuraba entre dientes, como una oración. Corrió hasta el teléfono y empezó a marcar.

»¿Charlie? ¡Charlie, ha venido uno de ellos! ¡Está fuera! —dijo en voz baja y desesperada a Pa Reynolds, el leñador de la misma calle—. Charlie, por favor, ¡ven corriendo! —le suplicó. Colgó el auricular en el teléfono verde caqui y empezó a empujar el sofá con su cuerpo para apoyarlo también contra la puerta.

De nuevo se oyó un aullido profundo y prolongado, seguido de arañazos frenéticos en la puerta.

Oma March se volvió bruscamente hacia sus nietas, con ojos llorosos y suplicantes.

—¡Scarlett! —gritó—. ¡No te preocupes por mí! ¡Llévate a Rosie y escondeos!

Scarlett asintió, apretó la mano de su hermana y la arrastró hasta la habitación de su abuela. Dio un portazo tras ellas. Se acurrucaron en el rincón que quedaba entre la cama y la estantería, hechas una madeja de piernas y brazos, entre el aroma fresco de la colada y el almizcle de viejos libros de filosofía. Fuera se oía el ruido de Oma



March intentando arrastrar el sofá. Otro aullido profundo y prolongado, seguido de un golpe seco y el sonido de lluvia que hacían las astillas de la puerta al caer.

Oma March gritó desesperada en alemán, pero su voz desapareció bajo los golpes sordos de los muebles contra el suelo, la tapicería rasgada y el ruido de las cazuelas. Scarlett se mordió tan fuerte el labio inferior que le salió sangre.

Y después el silencio: un silencio espeso y sobrecogedor que invadió la casa y ahogó el griterío de los concursantes de *El precio justo*.

Las hermanas se abrazaron muy fuerte, como las dos imágenes de un espejo, tan apretadas que sus corazones se fundían en un solo órgano latiendo entre las dos. Rosie enredaba sus pequeños dedos en los cabellos espesos y negros de Scarlett y escondía la cara en su cuello. Scarlett la tranquilizaba acariciándole la cabeza con una mano mientras con la otra tanteaba bajo la cama buscando algo, cualquier cosa, que le pudiera servir para defenderse. Algo mejor que un palo de helado. Se estremeció cuando vio la sombra bajo el resquicio de la puerta. Al final, sus dedos encontraron bajo la cama el suave mango de un espejo de mano.

Al otro lado de la puerta, la sombra empezó a pasear de un lado a otro, deteniéndose cada pocos pasos con un gruñido entrecortado y el ruido de garras arañando el suelo de tablones. Scarlett miraba hipnotizada, hasta que el movimiento se interrumpió de pronto y ahogó un grito. La sombra empujaba la puerta de madera con tanta fuerza que parecía que iba a saltar en pedazos bajo su peso. Rosie gritó y Scarlett golpeó el espejo contra la mesilla de noche para romperlo. Con mano temblorosa, extrajo del marco el trozo de vidrio más grande.

El pomo de aluminio empezó a girar tan despacio que por un momento Scarlett creyó que sólo era Oma March que venía a echarles un vistazo como solía hacer cada noche antes de acostarse. Scarlett cerró los ojos con fuerza. «Es sólo Oma March, yo no estoy aquí, Rosie no está aquí, estamos en la cama.» Pero cuando la puerta cedió, los volvió a abrir y apretó los dientes al ver cómo los mofletes de Rosie seguían temblando de miedo. La puerta se abrió un poco más, y un poco más, y la luz entró a buscarlas en la oscuridad. El corazón fundido de ambas latió desesperado cuando la puerta se abrió del todo y la luz las iluminó, sin dejarles la menor posibilidad de esconderse de la silueta aparecida en el umbral.

Era «él», el vendedor... pero al mismo tiempo no lo era. Todavía tenía aquel cabello rubio brillante, pero lo tenía disperso por el cuerpo, como las manchas de una enfermedad. Tenía los ojos enormes y hundidos, y la boca, retorcida y distorsionada como si le hubieran estirado la cara desde las comisuras hasta romperla, mostraba filas de colmillos largos y afilados. La espalda, arqueada como si estuviera rota, encorbaba los hombros y le torcía los pies hacia dentro. Unos pies... con horribles garras largas como anzuelos que dejaban profundas muescas en los tablones del suelo según se iba acercando a las niñas.



Se agachó para poder pasar por la puerta y, en una transformación final, perdió los últimos rasgos que le habían hecho parecerse remotamente al vendedor del traje azul, que le habían hecho parecer remotamente humano. La nariz se le volvió larga y canina, los labios se ensancharon aún más. Se tambaleó hacia delante y plantó las dos manos —no, las dos patas— sobre el suelo. Todo el cuerpo se recubrió de pelo grueso y grasiento. Y aquel olor. Aquella cosa —el lobo— desprendía un hedor putrefacto, de cadáver, que revolvió el estómago de las hermanas. Las miraba hambriento, con una adoración perversa en sus ojos.

Scarlett tragó saliva y apretó tanto el trozo de espejo en la mano que se cortó. Reprimió las lágrimas que le asomaban mientras sentía la energía de sus piernas pidiéndole que echara a correr y oía al presentador del concurso gritar el precio de un comedor como si nada fuera mal, como si no pudiera ver la silueta de su abuela desplomada en el suelo junto al monstruo.

Scarlett miró fijamente a los ojos color siena del monstruo y éste ladeó su sarnosa cabeza. Sin apenas saber lo que hacía, empujó a Rosie bajo la cama y se puso en pie de un salto, esgrimiendo el trozo de espejo como un cuchillo. Dio un paso adelante, luego otro, hasta que estuvo tan cerca del monstruo que el hedor putrefacto que desprendía su boca casi la ahoga. El lobo abrió sus enormes fauces, enseñándole los dientes y colmillos y una larga lengua sanguinolenta. Un pensamiento se apoderó de la mente de Scarlett, y lo repitió una y otra vez hasta que se convirtió en una salmodia, una plegaria: «Ya no queda nadie más para luchar. Tendré que matarte yo».



Capítulo 1. Scartett March

Me está siguiendo.

Ya era hora. He tenido que pasar cinco veces por delante de la vieja estación de tren hasta que ha captado mi perfume en el viento. Hago ver que no oigo los pasos sordos que me siguen en la oscuridad y me reajusto la capa carmesí sobre los hombros. Luego finjo un escalofrío cuando la brisa que se ha levantado me agita el cabello brillante. «Así me gusta... acércate, acércate. Piensa en las ganas de devorarme que tienes. Piensa en lo sabroso que estará mi corazón.»

Me detengo en una esquina para comprobar si el perseguidor aún está ahí, pero también para parecer confundida y asustada. Nada les enciende tanto la sangre como una adolescente perdida en el lado oscuro de la ciudad. Las farolas hacen brillar el suelo mojado, y yo evito la luz todo lo que puedo. Toda la farsa sería un fracaso si viera la raya abultada y desigual que tengo donde debería estar el ojo derecho. Aunque el parche la cubre en parte, la cicatriz es evidente. Por suerte, los lobos suelen estar demasiado ofuscados con la capa roja para ver nada más.

Tuerzo de pronto y me meto en un callejón. Mi perseguidor también tuerce. Esta parte de la ciudad apesta a cerveza vieja, porque al caer la noche los restaurantes se convierten en bares de copas, aunque sospecho que el hombre que me sigue puede distinguir mi perfume por encima de tanto olor a alcohol. Digo «el hombre» por llamarlo de alguna forma. Cuando se convierten en monstruos van perdiendo poco a poco su alma humana. Acelero el paso, uno de los primeros trucos que aprendí: escápate corriendo de un animal y el animal te atraparé.

Rozo con la yema de los dedos el mango gastado del hacha que llevo en la cintura, oculta bajo el revoloteo de la capa roja. La capa cumple varias funciones: su color, el color de la pasión, el sexo y el deseo le resulta irresistible a los lobos; la prenda en sí esconde el instrumento de su muerte; y, sobre todo, siento que llevarla es lo «correcto», como si me hubiera puesto un uniforme que me convierte en algo más que una huérfana cubierta de cicatrices.



—¡Disculpe! —grita mi perseguidor en el momento en que acabo de atravesar el callejón.

Ya te tengo.

Ahogo un grito y me doy la vuelta, procurando que no se me caiga la capucha roja.

—Me ha asustado —exclamo llevándome la mano al corazón, la única parte de mi cuerpo que no han tocado las fauces de un fenris. En las manos también tengo cicatrices, como en la cara, pero las marcas son muy pequeñas y confío en que en un momento de tanta hambre no las verá. Hacer que un lobo se fije en mi cabello, en mis piernas largas o en mi cintura es fácil, pero saber esconder las cicatrices me costó bastante más.

—Lo siento —dice saliendo a su vez del callejón. Parece normal. De hecho, parece agradable: cabellos caoba y un mentón firme con algo de barba, como el típico mejor jugador de rugby del instituto en su mejor momento. Lleva un polo azul claro y vaqueros. Si no fuera por mi experiencia, incluso creería que acaba de salir de alguno de los bares. Pero, claro, todo forma parte de la misma ilusión. No puedes llevar a las jovencitas a la perdición si pareces un psicópata. Tienes que tener un aspecto agradable, ordenado, de bueno. Enséñales un cabello bonito y ve bien vestido y la mayoría de chicas no se detendrán a ver que tus dientes tienen una forma muy canina ni se darán cuenta de que lo que ilumina tus ojos es el hambre.

El hombre mira alrededor. A varias manzanas de aquí se ven algunas sombras moviéndose por las esquinas. Son aspirantes a matones de pueblo fumando y gritándose unos a otros. No interesa: él no me quiere matar donde alguien le pueda ver y yo no quiero luchar con él donde alguien pueda intervenir. A los lobos y a mí nos gusta acechar a nuestras presas bajo el manto de la oscuridad... aunque, si hay que elegir, prefiero matar un lobo a plena luz del día que dejarlo escapar vivo.

Se acerca un paso más. No creo que sea mucho mayor que yo; a lo sumo tendrá veintidós años. Cierto que, como dejan de cumplir años cuando se transforman, es difícil hacer un cálculo exacto. Cuando ya han cambiado, no tienen edad... hasta que alguien los mata, claro está. Sonríe y sus dientes blancos brillan en la noche. Una chica normal se sentiría atraída por él. Una chica normal pensaría en tocarlo, pensaría en besarlo, en desearlo. Una chica normal, tonta e ignorante.

—Una chica tan guapa como tú no debería andar sola por la calle a estas horas — dice con voz tranquila, aunque percibo cierto jadeo en ella y veo cómo sus ojos recorren la capa roja. Ha empezado a crecerle el pelo de los brazos; tiene demasiada hambre para poder controlar su transformación mucho más tiempo. Nunca mato a un fenris si no se ha transformado. No quiero correr el riesgo de matar a una persona, de hacer que alguien pase la misma agonía que mi hermana y yo pasamos.



No sería más que una asesina. De manera que, aunque nunca me he equivocado, siempre espero.

Arrastro los pies como si estuviera nerviosa.

—Me he perdido —miento. Camino de un lado a otro, balanceando la cadera—. Había quedado aquí con una amiga...

Unos pasos más y la fila de casas de empeño de la calle perpendicular nos tepará. El hombre ríe con una carcajada rugiente.

—Te has perdido, ¿eh? —dice mientras se acerca—. ¿Quieres que te enseñe el camino? —Me extiende una mano. La miro: tiene una marca similar a un tatuaje en la muñeca, una imagen perfecta de una moneda. ¿Un miembro de la manada de la Moneda por aquí? Qué raro. Retrocedo otro paso. Ahora ya estoy fuera de la vista de la gente corriente y, si se acerca un poco más, él también lo estará.

—Es igual, estoy bien —murmuro. Él sonríe. Cree que me está asustando y eso le encanta. No basta con asesinar y devorar a chicas. Necesitan asustarlas antes. Le doy la espalda y empiezo a alejarme deprisa, dejando que la capa se infle con el viento para provocarlo. «Venga, sígueme.» Ha llegado la hora de morir.

—¡Oye, espera! —me llama. Habla con voz ensombrecida, casi gutural. Intenta frenar la transformación, pero su hambre puede más. De alguna forma «lo siento». Siento su deseo de sangre flotando en el aire. Quiere despedazarme, clavarme los dientes en la garganta. Me detengo y dejo que la capucha se me caiga y el cabello se agite con el aire. Lo oigo gemir con repugnante placer mientras coloco los dedos sobre el mango del hacha. «No te vuelvas todavía.» Aún no ha cambiado, y, si me ve las cicatrices de la cara, adiós tapadera. No me puedo arriesgar a que se escape: tiene que morir. Merece morir.

—Quiero decir que —las palabras se le atragantan porque la mutación le está alcanzando las cuerdas vocales— la gente puede pensar mal, una chica tan guapa como tú en una esquina como ésta.

Mis labios empiezan a dibujar una sonrisa mientras voy sacando el hacha del cinturón. Se oye el roce de su ropa al caer al suelo y el choque metálico de las garras contra el asfalto.

—Eso no me preocupa —respondo, sin poder reprimir una sonrisa maliciosa—. No soy ese tipo de chica.

Cuando vuelvo la cabeza, ya no veo a ningún hombre, sólo a un monstruo. Hay quien los llama hombres lobo, pero son mucho más que lobos. El pelo de este fenris es oscuro y aceitoso y se difumina en una piel moteada de gris en lo que ahora son enormes patas. Gruñe y agacha su largo hocico, tensando la mandíbula y entrechocando los dientes, que se han vuelto amarillos. La farola ilumina su enorme



cuerpo y proyecta una sombra que llega hasta mis pies. Levanto una ceja poco impresionada y sus ojos encuentran el brillo del hacha que llevo en la mano.

Salta.

Estoy preparada.

Sus potentes hombros lo impulsan por el aire. Esta vez el gruñido suena a rocas trituradas. Me doy la vuelta de un salto y me agacho. Empieza a pasar volando sobre mi cabeza, pero a medio camino gira el cuerpo. Espero hasta el último momento para levantar el hacha. La hoja pasa rozando la pata delantera del fenris; la volteo hacia la izquierda y consigo hacerle un corte en la parte superior de su pata trasera antes de que toque el suelo. Me cae una lluvia de sangre.

El fenris aúlla y se desploma sobre el asfalto detrás de mí. «Inténtalo otra vez, lobo. No te escapes aún.» Cuando se ha empezado una pelea, ya no se les puede dejar escapar. Tendrán el doble de hambre por la energía gastada y matarán el doble de veces en la mitad del tiempo. No, sólo hay un final posible: la muerte del lobo. En cualquier caso, éste no va a salir corriendo; aún quiere devorarme.

El fenris segrega saliva y entorna los ojos. Camina de un lado a otro frente a mí, y sus hombros se balancean con cada paso. Sus labios negros se contraen y dejan al descubierto los colmillos.

Vuelve a lanzarse sobre mí. Lo esquivo y lo ataco con el hacha, pero fallo. Se da la vuelta. Ya no me da tiempo de llevar el hacha hacia atrás, de manera que la levanto ante mí como un escudo y relajo el cuerpo. Cuando el fenris se abate sobre mí, siento el golpe terrible del asfalto, pero el hacha ya se ha clavado en su pecho. Ha caído sobre ella con todo su peso. Encojo las piernas contra su abdomen y me lo saco de encima de una patada. El monstruo desmadejado va a caer detrás de mí. Me pongo en pie con una mueca de dolor y siento que me invade el mareo y cómo me baja por la espalda la sangre que me he hecho en los hombros al chocar contra el suelo. «Recupérate, rápido.»

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. El lobo se ha ido. No, no se ha ido, aún lo puedo oler en el aire. Aguanto la respiración y aguzo el oído.

«Espéralo. Está aquí. Espéralo.»

El fenris cae sobre mí con la fuerza de un autobús. ¡Mi lado derecho, mi lado ciego! Sus garras me perforan la piel en la cintura. El dolor es tan punzante y agudo que las lágrimas me inundan los ojos y me nublan la vista. Vuelvo a caer al suelo y el hacha se me escapa de las manos. Noto todo el peso del lobo y sus jadeos entrecortados. No me resisto, les gusta demasiado. La sangre de su pecho se encharca en mi vientre y, cuando empuja su cara contra la mía, sólo puedo ver un ojo rabioso.



«Espéralo. Se relajará. Cometerá un error. Sólo tienes una oportunidad de quitártelo de encima, aprovéchala bien.» Sus pelos se me meten en la nariz y en la boca, y la mugre de su cuerpo se mezcla con mi sudor. Podría intentar coger el cuchillo de caza que llevo en la cintura, pero me ha inmovilizado las manos con las patas delanteras. Me asfixio cuando se agacha aún más contra mí y me aplasta los pulmones. Su resuello, que penetra casi directamente en mi garganta, me produce arcadas.

De pronto, un sonido sordo y repetido atraviesa la noche, tan sorprendente que nos distrae al lobo y a mí por igual. ¿Pasos? Antes de que ni el fenris ni yo podamos reaccionar, un fuerte golpe en su ijada me saca al fenris de encima. Recupero el aliento como si saliera del agua. «Levántate, deprisa, levántate.» Ruedo sobre mí misma y, por el rabillo de mi ojo bueno, veo a un hombre en la oscuridad. Su andar desgarrado me resulta familiar. Gira la cabeza hacia el fenris, que sigue merodeando a pocos metros.

—¡Quién iba a decir que, después de tantos años, no sabes evitar que un fenris te ataque por tu lado ciego! —dice el intruso. Me levanto sonriendo. El fenris nos gruñe; me inclino hacia un lado cuando salta y le arrojo el cuchillo de caza a la pata delantera. El lobo se lleva parte de mi capa cuando se aleja tambaleante.

—Podía con él. Estaba esperando el momento adecuado —le contesto. El chico se ríe. Sus ojos azules grisáceos le brillan en la oscuridad.

—¿Te refieres al momento en el que grabásemos «Scarlett March» en tu lápida? —se burla.

El fenris da unos pasos hacia atrás y gruñe. Sabe que ya es demasiado tarde para escapar. O nos mata él o lo matamos nosotros. Me uno al chico mientras recojo el hacha del suelo. El fenris se relame nervioso. Es evidente que llevaba mucho tiempo sin cazar. Me pregunto cuánto.

—Si no te ves con ánimos de manejar la situación —le digo con sorna—, yo puedo sola. A lo mejor no eres lo bastante hombre.

Frunce el ceño, pero en las comisuras de sus labios delgados se asoma una sonrisa. Nos damos la vuelta hacia el fenris mientras éste se agazapa con los ojos concentrados y furiosos. El chico se saca dos cuchillos del cinturón. Agito mi hacha en el aire.

—Saltará sobre ti primero —dice el chico.

—Lo sé —contesto—. Atácale por...

—Lo sé —me interrumpe con una sonrisa. Hago un gesto con la cabeza. No ha cambiado nada. No nos hace falta hablar, no cuando cazamos juntos.



El lobo nos ataca justo cuando empezábamos a correr hacia él. El chico lo alcanza antes. Salta sobre su grupa y le hunde los dos cuchillos en las ijadas. Con eso debería bastar, pero no quiero que se lleve él todo el mérito. Patino hasta un punto y le lanzo el hacha, que describe un círculo en el aire antes de hundirse sonoramente en su pecho.

El fenris se desploma sobre el suelo. Mira cómo me acerco a él con un débil brillo en los ojos, mezcla de hambre y odio. Intenta cogermé las piernas un par de veces en vano. No tiene nada de humano, tampoco nada de canino. Es sólo un ser moribundo, monstruoso y repugnante. El hedor de basura podrida y leche agria me produce arcadas. He perdido la cuenta de los fenris que he cazado, pero el olor siempre me afecta.

—¿Cuándo has vuelto? Y ¿dónde está tu hacha? —le pregunto al chico sin apartar la vista del fenris. Hay que esperar hasta asegurarse de que están muertos.

—Hace poco menos de una hora, y la verdad es que no pensaba ponerme a cazar de inmediato, por eso no llevo hacha. ¿Cómo iba a imaginar que te encontraría aquí antes incluso de llegar a mi casa? Creo que deberías buscarte una afición.

Niego con la cabeza mientras se oyen los últimos resuellos roncós del fenris. Le sale la lengua por la boca y, con un último gruñido, expira. El fenris muerto estalla en la oscuridad, en una explosión de noche. Las sombras salpican y rebotan en las paredes, los coches, las briznas de hierba, como fuegos artificiales negros lanzados en todas las direcciones. Miro al chico.

—Me alegro de verte, Silas.

Silas sonrío y limpia la sangre del fenris de sus cuchillos antes de volver a envainarlos.

—Yo también me alegro, Lett.

—Tú de lo que te alegras es de volver a ver a una auténtica cazadora en acción —le digo bromeando.

Se acerca y me abraza. Me pongo tensa; me gusta que me abracen, pero no pasa muy a menudo. Supongo que a la gente se le pasan las ganas de tocar a una chica a la que le falta un ojo. Pero Silas me conoce desde antes de las cicatrices. Me rindo y lo rodeo con los brazos.

Cuando me suelta, Silas mira con desagrado las manchas de sangre en sus vaqueros.

—Hay algunas cosas de la caza que no he echado de menos para nada —dice—. Por cierto, ¿estás bien? —Señala la herida que tengo en la cintura.



—No es nada —le respondo con gesto despreocupado—. ¿Quieres decir que no cazaste nada en todo el tiempo que estuviste en San Francisco? —Paso el dobladillo de mi capa por el hacha. La sangre del fenris apenas se ve en la tela carmesí.

—¡Pido perdón por querer pasar algo de tiempo con mi tío!

—Sí, claro —suspiro. Me cuesta entender cómo puede pasar periodos tan largos sin cazar, pero para mí ese tema siempre ha sido una batalla perdida—. ¿Cómo está el tío Jacob?

Silas se encoge de hombros.

—Bien, tratándose de un hombre de cuarenta y cinco años que vive prácticamente como un ermitaño.

—Pero no es culpa suya —digo mientras empezamos a caminar de regreso por el callejón—. ¿Siguen tus hermanos y hermanas cabreados porque tu padre le dejó a Jacob todo el dinero de la herencia?

—Sí. Y aún más desde que él me dio a mí la casa de Ellison —responde. Silas acabó la enseñanza media en lugar de seguir un aprendizaje de leñador, algo que sus hermanos encontraron bastante deshonesto y sus hermanas trillizas, muy poco masculino. Si a eso se le añade el hecho de que Pa Reynolds les dio a él y a Jacob sus posesiones terrenales antes de perder la cabeza... parece lógico que les tengan algo de rencor.

—Lo siento —le digo. A veces intento imaginarme la vida sin mi hermana, pero me es imposible. Sin ella, mi vida se detendría. Le ofrezco a Silas lo que creo que es una sonrisa comprensiva. Me responde asintiendo.

Al final del callejón hay un coche sin tapacubos ni parachoques delantero, con la puerta del conductor abierta de par en par. La parte de atrás está llena de bolsas de viaje y de recipientes de comida rápida.

—¿Con eso llegaste a California? —pregunto extrañada.

—No sólo eso, sino que, una vez allí, lo hice funcionar con aceite vegetal —responde.

—Nada menos que hasta California y ni un solo fenris... —me lamento.

Silas sonrío y me rodea los hombros con su brazo.

—Lett, de verdad, tienes que buscarte una afición. Venga, te llevo a casa.

Subo al coche. Para sentarme tengo que apartar varias botellas de refresco vacías. Cuando Silas entra, yo ya he bajado del todo la ventanilla. Será por falta de costumbre, pero los coches me dan claustrofobia. Silas se desliza a mi lado, manipula unos cables que cuelgan del encendido y el coche arranca renqueante.



—¿Qué está pasando aquí, por cierto? No sabía que volvían a merodear manadas por Ellison —dice Silas.

Me encojo de hombros.

—Es bastante reciente. Ése parece que llevaba aquí un tiempo. Era Moneda. No he visto ni Flechas ni Campanas —le contesto. «¿Cómo deben de ser las manadas de la costa oeste? ¿Tan grandes como las del sur? ¿Igual de feroces? ¿Hay alguien allí para destruirlos como hago yo aquí? ¿Cuánto más podría conseguir si estuviera en California en lugar de la rural Georgia?» No puedo creer que no cazara ni un solo día...

—Por cierto, gracias por felicitar me por mi cumpleaños. —Silas interrumpe mis pensamientos.

—¡Oh, Silas, se me pasó, perdona! Es cierto, ya puedes beber alcohol...

—No creas que es tan emocionante. —Sonríe. Salimos de la ciudad y nos sumergimos en la oscuridad de la noche. Fuera de algunas granjas dispersas que iluminan como estrellas los montes, lo único que se ve es la escasa luz del único faro que funciona del coche de Silas. Compruebo otra vez que no queda sangre ni en el hacha ni en el cuchillo de caza y los envuelvo en la capa. Abro el espejo de la visera y hago una mueca. Mi cabello parece electrocutado. Intento alisarlo con los dedos mojados de saliva.

—No parece que Ellison haya cambiado mucho... Oye, ¿desde cuándo te preocupas por el pelo?

—Desde ahora —respondo rápido. Me ajusto la camisa y meto la capa y las armas bajo el asiento cuando giramos por un camino sin asfaltar. A ambos lados crecen hierbas altas, y el canto de los grillos y las langostas se vuelve ensordecedor a través de la ventanilla bajada. Me quito la humedad de la frente.

—¡Ya sé! ¡Quieres ocultar que has estado cazando!

Suspiro.

—Mira, le dije a Rosie que podría ir a cazar sola por primera vez, pero ese fenris...

—¿Le has robado una cacería en solitario a tu hermana?

—¡No! Bueno, sí, pero he hecho lo correcto. Ese lobo ha sido más duro de lo que había previsto. No sé, ella no está preparada y yo tenía que salir a cazar o me volvía loca...

—Scarlett... —Silas adopta un tono serio. Empezó a usar «el tono» cuando éramos pequeños para recordarme que es mayor que yo. Me sigue molestando tanto como me molestaba entonces, con la diferencia de que ahora no me puedo permitir tirarlo al barro—. Se supone que es tu socia.



—No, se supone que es mi hermana. Tú eras mi socio, antes de que cogieras y nos abandonararas...

—Oye, sigo siéndolo, sólo me he ido una temporada... Bien mirado, no quiero volver a empezar esta discusión. ¿Por qué Rosie no puede ser también socia?

—Mira, no puedo esperar a que mi hermana acabe de hacer la compra mientras los fenris matan gente a destajo —le corto mientras tomamos el desvío de la derecha, hacia la casa de Oma March. No importa el tiempo que lleve muerta, yo siempre la consideraré su casa. El camino de la izquierda lleva a la casa de Silas. Nuestro otro único vecino es la parte trasera de un enorme pasto para vacas.

—Es responsabilidad nuestra —añado—. Nosotros sabemos cómo matarlos, sabemos cómo salvar la vida de la gente. No nos cogemos noches libres o un año de vacaciones en California.

—¡Vaya por Dios! —dice Silas, aunque sé que mis palabras no le afectan. Cuesta mucho hacerlo enfadar, por desgracia—. Lo único que digo es que no puedes tener a Rosie encerrada para siempre.

Suspiro cansada, cuando la casa aparece a lo lejos como un oasis encendido en la oscuridad.

—No está preparada —murmuro—. Y no quiero que acabe como yo. —Silas asiente cómplice y pasa el pulgar por las cicatrices de mi brazo mientras el olor de los jazmines penetra en el coche. Seguimos en silencio.

El coche llega al final del camino de grava. La puerta de entrada se abre de par en par y proyecta un largo haz de luz por todo el patio.

—¡Caramba! —exclama Silas en voz baja mientras apaga el motor. Sigo su mirada hasta Rosie, en pie frente a la puerta de la cocina, con los brazos cruzados y los ojos brillantes de ira—. Rosie está... diferente.

—Bueno, yo más que diferente diría que está enfadada —digo resignada mientras abro la puerta del coche—. Espera aquí un momento.



Capítulo 2. Rosie March

Ha vuelto, paseo arriba y abajo ante la puerta intentado coger fuerzas. «Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada —me digo a mí misma—. No dejes que se salga con la suya.» Aprieto los ojos con rabia, intentando que no se me haga un nudo en la garganta. Yo aguanto mucho, pero es difícil quedarse indiferente cuando tu hermana piensa que eres una inútil.

Cojo aire, abro la vieja puerta de madera de par en par y salgo.

Detrás de mí, la puerta se cierra de golpe y apaga el minúsculo rayo de luz de la cocina que había penetrado la oscuridad. Tengo las mejillas calientes y supongo que sonrojadas y los puños, cerrados. Si Scarlett quiere pensar que soy una niña, actuaré como una niña. Avanzo echa una furia, disimulando el dolor que me produce la crujiente grava en los pies descalzos. El coche de Silas Reynolds aparece en la entrada; seguro que estaba cazando con ella. Después me ocuparé de él. Scarlett suspira y extiende las manos como si estuviera tranquilizando un animal salvaje.

—¡Me lo prometiste! —digo con un gruñido. Tiro a sus pies un trozo de tela rojo violáceo; es mi capa, casi del mismo color que la de Scarlett.

—Oye, Rosie... —comienza a decir Scarlett. Me llevo las manos hacia la cintura y saco dos cuchillos del cinto, pero los dos acaban en el suelo, delatados por el ruido de sus empuñaduras de asta de cabra al chocar contra la grava del camino. Disimulo como puedo; Scarlett siempre me está dando la lata para que no manche las hojas de los cuchillos, y si ahora no me reprende es porque se da cuenta de lo enfadada que estoy. Se produce un silencio, sólo roto por el esporádico ulular de un búho cercano. Cruzo los brazos y la fulmino con la mirada.

Scarlett refunfuña:

—¡Vamos, deja de lloriquear! —Se agacha y recoge los cuchillos y la capa. La luna se refleja en las cicatrices brillantes de sus hombros, unas líneas paralelas que desaparecen bajo su camiseta. Me lanza las cosas para que las coja, pero yo no me muevo.



—¡No estoy lloriqueando! —la corto, consciente de que es justo lo que hago—. Yo también sé cazar, Scarlett. No tienes por qué salir corriendo en la oscuridad cada vez que vas de caza.

—No había más que un fenris, y estaba merodeando. Alguien podría haber muerto esta noche si te hubiera esperado. ¿Quieres tener eso sobre tu conciencia?

—¡Lo único que tenías que hacer era decirme adonde ibas! ¿Cómo se supone que voy a cazar yo sola si sigues persiguiendo a cada lobo que asoma su hocico por Ellison?

—Mira, Rosie, lo siento. De verdad.

—¡El hecho de que seas la mayor no significa que puedas tratarme como a la patética ayudante de un mago! —grito, pero la emoción me delata en la última palabra. Quería transmitir mi rabia y, en cambio, es el dolor el que va saliendo, pequeños gemidos de las lágrimas inminentes que se escapan por mis labios. Odio que me pase esto: es como si tuviera un umbral de ira tras el cual la rabia se convierte en dolor. A mi hermana no le pasa nunca, su cuerpo siempre está fuerte, firme, perfectamente entrenado y controlado. Su cuerpo nunca se permitiría las lágrimas... no está entrenado para ello.

—¡Ejem! ¿puedo decir algo? —grita una voz de hombre. La puerta del Chevy se abre con un chirrido y tras ella se asoma Silas, la cara todavía velada por la oscuridad—. Yo la ayudé. Lo digo por si te hace sentir un poco mejor... Necesitaba ayuda. ¿Lo ves? Así aprenderá. —Hay un atisbo de humor en su voz, y no sé por qué, hace que mi rabia se disipe del todo.

—Gracias, Silas —dice entre dientes Scarlett—. Saca mis cosas de debajo del asiento, por favor.

Scarlett pasa esquivándome y abre de par en par la puerta de entrada. La luz que inunda el patio ilumina la cara de Silas durante una fracción de segundo, antes de que la puerta se vuelva a cerrar. Entorno los ojos para observarlo de nuevo; Silas tiene un aspecto diferente al que recuerdo. Pero ¿qué ha cambiado exactamente? La línea del mentón, la longitud del cabello, algo en sus ojos... ¿siempre tuvieron ese tono gris oceánico? No puedo precisar qué es exactamente lo que ha cambiado en su cara, en su cuerpo, en «él».

El portazo que se oye arriba, en la habitación de Scarlett, interrumpe mis pensamientos. Pongo cara de paciencia y me doy la vuelta para entrar renqueando. La grava afilada me hace mucho más daño ahora que no estoy en plena subida de adrenalina.

—Veo que Scarlett no ha cambiado mucho —dice Silas detrás de mí. Asiento en silencio, pero justo entonces una piedra especialmente afilada se me clava en el talón y hago un gesto de dolor.



—¿Te ayudo, Rosie?

Sus pasos son cada vez más rápidos y, antes de que pueda responder, siento sus manos callosas en la cintura. Resbalo hacia atrás, sobre su pecho, y aspiro el olor que ha impregnado siempre a toda su familia, un olor de bosque, hojas húmedas y sol. Supongo que cuando tu padre es leñador estás destinado a llevar el olor a roble en las venas. Sin embargo, sólo tengo oportunidad de sentir una vez su aliento; abre la puerta de una patada y me deja en la veranda de la entrada, luego retrocede un paso. Me vuelvo para mirarlo de frente, con la esperanza de poder darle las gracias por su ayuda y reprenderle, en la misma frase, por llevarme como a una niña pequeña.

En cambio sonrío. Sigue siendo Silas. Silas, el que se marchó hace un año, el chico sólo un poco mayor que mi hermana. Sus ojos siguen siendo expresivos y de un azul centelleante; su cabello, castaño oscuro, del color de la corteza de pino; su cuerpo, de anchas espaldas y un poco demasiado esbelto para sus rasgos. Sigue estando ahí, pero es como si ahora lo revistiera otro. Alguien más mayor y más fuerte, que no me mira como si fuera la hermana pequeña de Scarlett... alguien que me hace sentir aturdida y temblorosa. ¿Qué ha pasado?

«Tranquilízate. Es sólo Silas. O eso creo.»

—¿Por qué me miras así? —pregunta con cautela y aspecto de preocupación.

—¡Oh, perdona! —digo, ladeando la cabeza. Silas se mete las manos en los bolsillos con un balanceo familiar—. Ha pasado algo de tiempo.

—Sí, ¿verdad? —responde—. Pesas más de lo que recordaba.

Me muero de vergüenza.

—¡Oh, no, calla! No quería decir eso, sólo que te has hecho mayor. Vaya, esto tampoco suena mejor... —Silas se pasa una mano por el cabello y maldice por lo bajo.

—Te entiendo —le saco del atolladero, sonriendo. No sé por qué, pero verlo nervioso hace que me sienta menos tímida—. ¿Quieres comer algo?

—¿Seguro que Lett y tú no necesitáis... un rato a solas? —Mira escaleras arriba con recelo.

—No —respondo mientras entro en la cocina—. En realidad, ahora mismo no me apetece nada una conversación de hermanas.

—Oye, tú. Valora el tiempo que dedicas a los hermanos.

Siento vergüenza.

—Lo siento, lo olvidaba. ¿Aún no te hablan tus hermanos y las trillizas?.



—A Lucas se le está pasando poco a poco. Me las arreglaré. Pero, oye, ¿cuándo has aprendido a cocinar? —Cambia de tema mientras me sigue adentro y se deja caer en una de nuestras sillas de comedor desaparejadas.

—No he aprendido. Me he limitado a coger algunas recetas antiguas de Oma March porque me había cansado de comer comida china a domicilio.

—Ah, sí. Había olvidado la historia de amor de Lett con la comida china —dice Silas, sonriendo cariñosamente—. ¿Ha estado estresada últimamente? —Es una señal de lo tensa que está Scarlett; cuando está mal de verdad, la comida china barata es la única que la reconforta.

—Digamos que no llevó muy bien el que te marcharas —le explico, frunciendo el ceño. Yo también eché de menos a Silas, pero no de la misma forma que Scarlett. ¿Y él, su socio, también la echó de menos de esa forma? ¿Por qué me lo pregunto? La culpa aparece fugazmente en la cara de Silas, de modo que me apresuro a continuar —: Aunque cocinar es bonito. Ya sabes, por hacer algo no tan cazacéntrico... —Me ruborizo por miedo a haber dicho demasiado.

Pero Silas me sorprende con un gesto de desdén.

—Sí, te entiendo. Acabo de pasar un año haciendo cosas no cazacéntricas. A veces hace falta un descanso.

—Sí, bueno, no se lo digas a mi hermana —musito, mirando al techo—. Quiere que me convierta en cazadora pero no me deja ir sola. No hay forma de complacerla.

—No sabía que te habías aficionado tanto a la caza —dice Silas, en un tono de auténtica sorpresa.

Echo marcha atrás.

—Bueno... es decir, no es tanto que me guste cazar. Es que me paso varias horas al día entrenando para cacerías en solitario a las que luego no me deja ir. Si tengo que vivir la vida de una cazadora, me gustaría cazar de verdad, no sé si me entiendes.

—Ajá —dice Silas, aunque sospecho que lo que he dicho no tiene ningún sentido—. A ver, no es que esté a favor de que te robe las cacerías, pero confieso que es difícil pensar en la pequeña Rosie March matando lobos ella sola y que no te salga el instinto protector. —Hace una pausa y parece estar eligiendo sus palabras con cuidado—. Aunque ya no seas exactamente «la pequeña Rosie March»...

Le miro fijamente a los ojos, tratando de analizar el significado de sus palabras, de su cambio de tono. Pero cuando por fin tomo aliento y me dispongo a hablar, se oyen las cañerías de la ducha sobre nuestras cabezas. Salgo del trance y me vuelvo hacia el horno. Ya estoy analizando demasiado las cosas, como siempre.

—¿Y qué estás haciendo? —pregunta Silas, ahora con su tono de voz normal.



—Pues... pan de carne. —Sin duda, un plato excitante...

—Huele de maravilla —contesta Silas amablemente. Lo miro por encima del hombro y sonrío. Por el rabillo del ojo veo una figura borrosa gris que se precipita desde el hueco de la escalera al sofá del salón, acompañada de un tintineo.

»¿Lo que oigo es mi archinémesis? —pregunta Silas, volviéndose hacia la mancha borrosa.

—¿*Screwtape*? Sí.

—Me pregunto si todavía me odia —dice Silas mientras el gato se baja con cuidado del sofá. Sus ojos verde pálido brillan como pequeñas limas en la oscuridad. Como para contestar la pregunta de Silas, *Screwtape* salta sobre su regazo y empieza a ronronear como un loco.

»No me vas a engañar otra vez, gato —continuó Silas firmemente. Hace ademán de apartar a *Screwtape*, pero en cuanto éste siente las manos de Silas a pocos centímetros de su pelo revuelto, le clava las zarpas en los muslos. Silas hace una mueca de dolor y ahoga un quejido.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, aguantándome la risa.

—Sería estupendo —responde tenso. Me acerco corriendo y cojo a *Screwtape* en brazos. El gato se derrite al instante y frota su cara contra la mía; su aliento huele a nébeda. Arrugo la nariz.

—Gracias. —Silas suspira aliviado—. Puedo cazar lobos pero no puedo soportar un gato. No es muy valiente por mi parte, ¿verdad?

—No se lo diré a nadie —respondo con una ligera sonrisa que él me devuelve. Detrás suena la alarma del horno; me apresuro a sacar el Excitante Pan de Carne.

Scarlett baja cansada los escalones, recién salida de la ducha. Si no te duchas inmediatamente después de una cacería, el olor del fenris se te mete en la piel y se queda ahí siglos. Se ha retirado el cabello de la cara y el parche del ojo ha desaparecido. Tiene una larga cicatriz diagonal donde debería tener el ojo, que va desde la coronilla hasta sus altos pómulos. Ella nunca lo admitiría, pero yo sé que la acompleja. De hecho, no recuerdo que se haya quitado el parche delante de nadie que no fuéramos Silas y yo. Me dedica lo que intenta ser una mirada de disculpa, pero yo aparto la mía.

—¿Pongo la tele? —le pregunta Silas. Scarlett asiente y Silas conecta nuestro diminuto televisor para ver las noticias, como si nunca se hubiera ido.

Empezamos a cenar mientras Scarlett mira atentamente la televisión, hasta que acaba un reportaje sobre una serie de asesinatos en Atlanta. La mayoría de la gente desconoce la existencia de los fenris, aunque por lo visto andan por ahí desde hace



siglos; sin embargo, viendo un informativo puedes aprender más sobre ellos de lo que supondrías. Donde muchos piensan, ante una serie de asesinatos o una desaparición extraña, que un loco anda suelto, nosotros vemos a un fenris poco cuidadoso. La verdad es que, por lo general, el ataque de un fenris disfrazado ni siquiera es noticia, a no ser que la chica sea especialmente guapa o su familia especialmente rica; simplemente se da por perdida, otra joven desaparecida para la estadística.

Cuando el informativo pasa a un escándalo político-sexual, Scarlett apaga el televisor y mira a Silas.

—¿Volverás a cazar con nosotras, ahora que has vuelto? —La pregunta está tan cargada de intensidad que, si yo fuera Silas, me cuidaría mucho de decir que no.

No estoy segura de qué respuesta estoy esperando. He ido de cacería con Silas mil veces, pero entonces casi siempre me quedaba atrás mientras él y Scarlett luchaban, en un remolino de movimiento y ferocidad que nunca me he sentido capaz de igualar. ¿Habrá cambiado eso, como ha cambiado Silas?

Silas hace un gesto de indiferencia.

—Claro. Sobre todo, si los estás encontrando en un lugar tan pequeño como Ellison. Lo que debe de querer decir que hay demasiados lobos en todas las ciudades cercanas.

Silas habla de San Francisco con tal avidez que pienso que está tratando de llenar el aire de palabras antes de que se consuma con silencios incómodos. No sé por qué siento estos silencios acechando a nuestro alrededor, pero cada vez que mi mirada y la de Silas se encuentran, los puedo sentir ahí, esperando a entrar en escena y hacerme sonrojar. Procuero evitar sus ojos y, en cuanto aparta la mirada, le observo de soslayo las cejas arqueadas y los labios curvados. Tratar de evitar la incomodidad me salva de sentir envidia: él ha podido ver otras ciudades, viajar por el país, hacer cosas distintas, mientras yo me quedaba aquí, en Ellison.

—Puedes quedarte esta noche si quieres —dice Scarlett mientras deja su plato vacío junto al fregadero—. Imagino que tu casa estará llena de polvo.

Silas ríe, con un tono profundo y dulce.

—En mi camino de regreso he pasado dos semanas durmiendo en el coche. Y antes de eso, en el sofá de Jacob. Te aseguro que el polvo no me molesta. —Se pone de pie y coloca la silla en su sitio—. Gracias por la oferta pero me tengo que ir.

—Entonces, ¿vamos mañana a cazar? —pregunta Scarlett.

—Puede. A decir verdad, creo que mañana me ocuparé de las cosas de casa durante todo el día. Heredar una casa gigantesca suena fantástico hasta que te das cuenta de que tienes que cambiar las tejas y todo lo demás. Tengo la desagradable



sensación de que Pa Reynolds se está riendo en la residencia, si es que se acuerda, claro.

Scarlett y yo sonreímos a la vez. Pa Reynolds, el hombre que nos cuidaba, que dio a Scarlett la información que necesitaba para empezar a cazar, el hombre que nos crió cuando nuestra madre no estaba aquí después del ataque. Ahora tiene Alzheimer y, por lo que sé, apenas recuerda a nadie de los que van a visitarle. Da pena pensar que Pa Reynolds, que era una verdadera enciclopedia de información sobre los fenris y el bosque, ya no se acuerda quién es. Pero sonreímos, y Silas también, porque es la clase de cosas que hacen llorar si no les pones un poco de humor.

Silas se vuelve hacia mí y suspira.

—Gracias por la cena, Rosie.

—Ven cuando quieras —respondo. Se despide con la mano y se va; poco después oigo su coche renquear y alejarse de la entrada. Scarlett se sienta a mi lado y no habla durante un momento. Evito mirarla. Que está algo deslumbrada por Silas no quiere decir que haya olvidado que estoy muy enfadada con ella.

—¿Rosie? ¡Venga, no te enfades!

No contesto. *Screwtape* salta sobre mi regazo; le rasco bajo el mentón hasta que empieza a ronronear.

—No pude evitarlo —dice Scarlett con sinceridad, cruzando los brazos. Su voz es más suave de lo normal. Suspiro, deposito a *Screwtape* en el suelo, y me doy la vuelta para ir a mi habitación. Mi hermana sabe que la perdonaré. Siempre la perdono. No tengo más remedio. Es una de esas cosas que hay que hacer cuando alguien te ha salvado la vida.



Capítulo 3. Scarlett

Me despierto al amanecer, aunque no me dejé caer en la cama hasta casi las cuatro. Me quedo tumbada mirando las flores descoloridas del papel pintado, siguiendo con el ojo la minúscula hilera de campanillas desde el suelo hasta el techo. Yo no lo escogí; ésta era la habitación de nuestra madre y es demasiado campestre e infantil para mi gusto. Suspiro y trato de volver a dormirme, pero es inútil. Siempre he podido funcionar durmiendo sólo tres horas. Si duermo más, tengo pesadillas. Bueno, no exactamente pesadillas, más bien flashbacks: el fenris tirando abajo nuestra puerta; mi abuela gritando en alemán; la sensación de sus colmillos en los brazos, las piernas, la cara.

Suficiente para volver insomne a cualquiera.

Me doy la vuelta y arrugo la nariz. Debería volver a ducharme. Todavía puedo notar el olor del fenris en mi cuerpo. O no; a veces es difícil saber si el olor es real o si sólo me persigue.

El fenris. Suspiro. Lo único que hay peor que hacer enfadar a Rosie es saber que tengo que compensarla por hacerla enfadar. De lo contrario, algo va mal. Es difícil de explicar, pero cuando está enfadada es como si alguien me hubiera armado mal, como una estantería con una hilera de libros colocados boca abajo. Sin embargo, no puedo evitar sentirme protectora. No me puedo quitar la imagen mental de Rosie cometiendo un pequeño error. Un desliz, y se acabó. ¿Qué clase de cazadora sería si no pudiera proteger al único miembro vivo de mi familia?

Por eso cazo: para matar a los monstruos que aniquilan vidas y destrozan familias. No sé cuándo acabará exactamente, la verdad es que no hay una línea de meta, a no ser que, de un modo u otro, mate a todos los fenris que existen. Es como soñar con ganar la lotería, sí, pero es un sueño. Todo el miedo, la oscuridad... esfumados.

Asomo los pies por un lado de la cama y voy de puntillas por el desgastado suelo de madera, evitando las tablas que sé que crujirán. La luz violácea del sol entra a raudales por la diminuta ventana octogonal que hay al final del pasillo. Recorta sombras en las vigas del techo y en los pomos de las puertas que motean el suelo de colores, como el suelo de un bosque. La casa está en silencio, pero de fuera llegan las



llamadas de los pájaros más madrugadores en la maleza y los sonidos sordos y apagados del ganado. Me encanta esta hora de la mañana; estar dentro es como esconderse detrás de una pantalla secreta en medio de los ondulados campos de cultivo del sur.

Me acerco sigilosamente a la puerta de Rosie, levantando los pies sobre *Screwtape*. Enfadado, me clava las garras en la pierna, todo él pelo gris y dientes. Me lo quito de encima y él se escabulle con una mirada indignada. Me detengo con la mano en el pomo de la puerta.

A la una, a las dos... ¡y a las tres!

Abro la puerta de golpe y dejo que se estampe contra la pared. Corro a toda velocidad, atravieso el aire de un brinco justo en el último momento y me abalanzo sobre Rosie, estirada en su pequeña cama individual. Pega un alarido y se incorpora de un salto, con los pelos de punta, los ojos sólo medio abiertos y el edredón rosa apretado contra su pecho.

—Pero ¿qué haces? —me pregunta medio grogui. Se vuelve a tumbar a mi lado y se tapa la cabeza con el edredón.

—Estoy pidiendo disculpas por el... ¡hummm!... «asunto» de anoche.

—¿Abalanzándote sobre de mí? Vaya mierda de disculpa.

—¡No! Eso es hacer de hermana mayor pesada. La disculpa es que... podríamos coger una película esta noche. Y la puedes elegir tú.

Rosie se yergue y me mira con cautela.

—¿Cualquier película?

Aprieto los labios para ocultar mi desagrado ante la idea de que Rosie escoja la película. Le gustan las historias «de amor». Y a mí me parecen una pérdida de energía, no puedo evitarlo.

Rosie cruza los brazos. Accedo a regañadientes.

—¿Y me dejarás ir a cazar sola la próxima vez? —añade.

—Lo prometo... prometo intentarlo.

Rosie pone los ojos en blanco pero ambas sabemos que es todo lo que puedo hacer.

—Vale. Pero entonces también tienes que prometerme que no te echarás otra vez atrás con lo de la película.

—Lo prometo.

—Y prométeme que saldrás de mi habitación y me dejarás dormir como una persona normal —dice mientras se vuelve a hundir en el colchón. Me río y me retiro justo cuando *Screwtape* salta sobre la cama y se acurruca junto a las piernas de Rosie.



Doy un portazo y río por lo bajo al oír refunfuñar a Rosie. ¿Para qué sirven las hermanas mayores? Al menos, los libros que estaban boca abajo vuelven a estar bien puestos. Puedo reanudar la mañana.

Vuelvo a mi habitación el tiempo justo para ponerme unos vaqueros y recogerme el pelo en una cola de caballo; después me deslizo por la puerta mosquitera de abajo.

Nuestro patio trasero está rodeado por las hierbas altas y los pastos de las vacas, y consta básicamente de un jardín que Rosie y yo tratamos de atender. Miro la tierra con ojos escrutadores. Ya casi es el momento de plantar tirabeques, que se supone debo hacerlo yo a la luz de la luna, según mi abuela. No creo mucho en ello, pero lo haré de todas maneras. Siempre fue difícil saber cuándo Oma March estaba transmitiendo sabiduría y cuándo sólo estaba contando historias. Más de una vez sustituyó nuestro cuento de la noche por algo ingenioso inspirado en sus libros de filosofía o por una poesía pensada para ayudarnos a aprender alemán. Nosotras lo absorbíamos todo, sin darnos cuenta nunca de que nos estaba instruyendo.

El alemán no llegó a cuajar realmente más allá de unas cuantas frases, pero hubo partes de la filosofía que no me han abandonado. Descartes, Hume, Platón... Miro al sol, entrecerrando los ojos. Mi favorita era una historia que nos contó varias veces antes de que yo supiera que era más que un cuento.

—Érase una vez —dijo Oma March, con su voz camarina que se expandía por toda la habitación que compartíamos Rosie y yo.

»Érase una vez un hombre que vivía en una caverna.

—¿Cómo se llamaba? —interrumpí.

—No importa.

—¡Tiene que tener un nombre!

—De acuerdo, se llamaba John. Y vivía en una caverna con su hermana, Mary — continuó mi abuela, mientras Rosie y yo nos acurrucábamos muy juntas bajo las mantas de lana—. John y Mary habían nacido en una caverna y vivieron en ella toda su vida. Siempre estaban en el fondo de la caverna, casi en la oscuridad, porque cuando intentaban salir veían unos monstruos gigantes y oscuros en la pared. John y Mary no lo sabían, pero los monstruos no eran más que sombras.

—¿Por qué tenían miedo de las sombras? —atajó Rosie.

—Porque no sabían que los monstruos sólo eran sombras, *schatzi*. Creían que eran monstruos de verdad, monstruos vivos que les harían daño si se acercaban



demasiado. Pues bien, un día su abuela entró en la caverna. Cogió a John y a Mary de la mano y los llevó hasta los monstruos; entonces les explicó que los monstruos no eran más que sombras, como los de las paredes de aquí —dijo Oma March, señalando la pared de delante, en la que las ramas de un árbol de Júpiter cercano proyectaban sombras alargadas en la pintura.

»Luego —continuó— su abuela los sacó afuera, bajo la luminosa luz del sol. La luz les hacía daño y les quemaba los ojos, porque era la primera vez que veían el sol tras vivir en la oscuridad durante tanto tiempo. De hecho, les hacía tanto daño que John pensó que tenía que estar soñando. Decidió que el sol y las sombras no eran más que un sueño y que la caverna y los monstruos tenían que ser reales. De modo que John volvió a entrar corriendo a la caverna, convencido de que la abuela les estaba gastando una broma. Pero Mary se quedó fuera, y aunque le hacía daño, esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la luminosa luz del sol.

—Así pues, *schatzi*, ¿quién tomó la decisión más inteligente? ¿John, que se negó a creer en la luz del sol porque era extraña y nueva, o Mary, que dejó que sus ojos se acostumbraran a la luz?

Naturalmente, entonces no era consciente de que Oma March nos estaba hablando de Platón, pero aquella historia cambió para siempre mi manera de ver la luz del sol. Miro la sombra que proyecto en las hileras de zanahorias que Rosie y yo plantamos hace unas semanas. Incluso en la sombra se puede ver el relieve de las cicatrices de mis brazos. Mis cicatrices son mi luz del sol: sé la verdad sobre el fenris, aunque haya tanta gente que sigue viviendo en la caverna, en una feliz y total ignorancia.

¡Dios mío! A veces los envidio, envidio la libertad de seguir viviendo sin saber nada sobre los monstruos que merodean entre ellos. Pero no puedo ser como John. ¿Cómo podría intentar fingir que la luz del sol no existe, cuando me ha quitado tanto?

Y no soy tonta, me doy cuenta de lo que estoy dejando atrás. Al principio no era más que un paseo en coche para matar a todos los lobos de Madison. Cuando acabamos, Rosie y yo empezamos a acampar en las poblaciones vecinas, con escapadas nocturnas ocasionales a Atlanta para luchar contra ellos allí. Cuanto más lejos viajábamos, más éxito teníamos... hasta que volvieron a Ellison. Inspiro, dejando que el fresco aire de la mañana se arremoline en mis pulmones; después vuelvo a la pequeña casa.



Me detengo mientras la puerta de mosquitera se cierra de un portazo detrás de mí. Frunzo el ceño y examino la habitación con todos los sentidos en alerta máxima. La puerta de la habitación de Oma March está abierta.

Doy un paso hacia delante, con los músculos tensos y preparada para cualquier cosa que aceche al otro lado. Agarro un cuchillo de cocina del portacuchillos y me deslizo por la habitación con los ojos clavados en la puerta de Oma March. Llego y me paro a escuchar, esperando que llegue a mis oídos el sonido de una respiración macilenta o a mi nariz un hedor de cadáver que me permita saber que hay un lobo al otro lado.

Pero no hay nada. Ningún olor, ningún sonido; lo único que puedo hacer es abrir la puerta y prepararme para luchar.

Me preparo, cuento hasta tres y abro la puerta de golpe.

Rosie grita al verme abalanzarme, y me paro en seco.

—¡Dios, Scarlett, me has dado un susto de muerte!

Suspiro, el corazón me sigue latiendo con fuerza, y bajo el cuchillo de cocina.

»*Screwtape* estaba persiguiendo un ratón de juguete aquí dentro —explica molesta. Sus pies descalzos rozan el lugar exacto donde pasó todo—. No era mi intención asustarte.

Hago un gesto con la cabeza; tengo el pelo pegado a la frente por el sudor.

—No tienes que darme explicaciones. Ésta también es tu casa, puedes ir a donde quieras —contesto. Sonrío lo mejor que puedo—. Excepto a mi habitación, claro está.

—¿Por qué? ¿Me apuñalarás con un cuchillo de cocina si entro? —bromea mientras dejo el cuchillo sobre la mesilla de noche de Oma March.

—Puede —respondo.

Rosie se ríe, pero envuelta en un manto de melancolía. En esta habitación cuesta reír; es como una tumba, llena de polvo y adornos y con el aire cargado e inmóvil. Todas las persianas están levantadas, la cama está hecha y la ropa, doblada en los cajones. Pero nosotras no entramos ahí, al menos, no con frecuencia. Rosie coge un marco de plata con una foto. Me mira desde el mullido colchón de Oma March como una cierva que no está segura de si debería huir.

Me agacho hasta la cama y me inclino sobre su hombro para ver la foto que está mirando. Es una antigua instantánea en blanco y negro de nuestra madre y de la abuela, hecha pocas semanas antes de que se fugara literalmente para unirse al circo. ¿Quién hubiera pensado que una chica de campo de Georgia se convertiría en una estrella del trapecio? Mirar esa fotografía es como mirar un espejo: Rosie y yo nos



parecemos extraordinariamente a nuestra madre. Cabello oscuro, ojos del color de la hierba, cejas marcadamente afiladas y cuerpos rectos como tablas.

—Me gusta esta foto. Es como una foto de antes de —digo en voz alta—, antes de que empezaran a pelearse y mamá empezara a... ejem, a salir. —Por decirlo amablemente. Nunca ha sido un secreto para nosotras el que probablemente somos hijas de distintos padres. De hecho, sospechamos que podríamos tener un hermano en algún lado, pero como hace más de dos años que mamá no está aquí, es difícil saberlo con seguridad. Regresó tras el ataque, pero no supo llevarlo bien, no superó la muerte de Oma March, apenas podía «mirar» mis cicatrices... Era más fácil para ella salir corriendo de la ciudad una semana, luego un mes, una temporada y, finalmente, varios años. Más fácil dejar que sus hijas cargasen solas con el peso de la muerte.

Rosie suspira desesperanzada. Deja la foto en su regazo y mira el resto de la habitación.

—¿Cuándo tendremos que empezar a vender esta habitación?

Suspiro.

—No durante un tiempo. Todavía hay muchas cosas de mamá en el desván de las que tenemos que deshacernos.

Rosie y yo hemos vendido de todo, desde relojes antiguos hasta verduras del jardín para obtener algún dinero extra; ella intentó trabajar en una cafetería en una ocasión, pero es imposible tener un trabajo y cazar. Teníamos planes de ahorro para ir a la universidad, pero nuestra madre se los pulió en alcohol y drogas justo después de que muriera Oma March. Casi no hemos tocado esta habitación, aunque sé que llegará un día en que tendremos que escoger entre guardar las cosas de Oma o cazar fenris. Y, por supuesto, tenemos que cazar; es nuestra responsabilidad, ahora que hemos salido de la caverna.

Eso no quiere decir que ver desaparecer las cosas de nuestra abuela muerta me haga menos daño. ¿Y si pierdo la memoria, como Pa Reynolds? ¿Quedará alguna cosa de Oma March que me recuerde que existió alguna vez? ¿Quedará algo para recordarme por qué he dedicado todo mi ser a la caza?

—Supongo que no importa. Al fin y al cabo, apenas recuerdo algunas de estas cosas. Aunque en cierta manera sé que es importante —responde.

—Es importante. —Me inclino un poco hacia ella—. Es importante precisamente porque tú no las recuerdas.

Rosie se encoge de hombros. Estira los dedos de los pies hasta el suelo y tira de la esquina de la alfombra de tejido azul y blanco. Miro para otro lado. La alfombra es la única cosa de la habitación que Oma March no puso ahí. Tuvimos que comprarla



para cubrir la mancha marrón óxido que ni la lejía ni el agua caliente pudieron eliminar. No me gusta mirarla, pero Rosie quita la alfombra cada vez que estamos en esta habitación, como si ver la marca que dejó el charco de sangre —parte mía, parte del fenris, parte de Oma March— le permitiera recordar mejor el ataque. Por lo que me dijo, lo recuerda confusamente. Recuerda el fenris, al lobo atacándonos y sus dientes.

Yo recuerdo más. No necesito ver la mancha para recordar el ruido que hacían los dientes del fenris cuando atravesaron la piel del vientre de Oma March. O lo que sentí al mirar por última vez por mi ojo derecho, la imagen de una garra escorándose hacia tu cara, la sensación de estallido. La potencia de la venganza y el desconcierto que pasó a toda velocidad por mi cuerpo, el deseo de ser la última cosa que el monstruo viera en su vida. La mancha borrosa de sangre escarlata y rabia teñida de rojo que me cambiaron para siempre. Espero hasta que oigo el ligero ruido que hace la alfombra al caer en el suelo para volver la cabeza hacia mi hermana. Todo lo de esta habitación me duele en cierto modo, como si se reabriera una de mis cicatrices cada vez que se gira el pomo de la puerta.

—Lo siento —susurra. Se levanta y vuelve a poner el portarretratos en la mesilla de noche, en el lugar exacto donde estaba. Me levanto a mi vez y estiro el edredón donde lo hemos arrugado y la sigo hasta la puerta. La cierra sin hacer ruido, como si hubiera alguien al otro lado a quien no quiere molestar.

—¿Por qué no vas al centro a alquilar la película para esta noche? Y necesitamos más gasa —añado, abriendo la puerta del frigorífico. Rosie asiente y coge una lata de la encimera; luego hurga entre algunas capas de galletas hasta encontrar una bolsa de plástico llena de billetes de veinte dólares. Saca dos y vuelve a esconder la bolsa.

»Y lleva tus cuchillos. —Rosie me mira con escepticismo pero se coloca el cinturón del que cuelgan sus cuchillos de caza. Soy demasiado protectora, lo sé. Pero también sé que los fenris están en todas partes.



Capítulo 4. Rosie

Mi madre es la única de la familia que sabe conducir, y pese a todos sus defectos, supongo que la admiro por ello. Oma March insistía en que los coches eran un despilfarro y, cuando ella murió, Scarlett adoptó la misma opinión, así que estoy acostumbrada a andar mucho. El centro de Ellison está sólo a una media hora en coche, pero se tarda dos horas largas si vas andando y en autobús. Desciendo sin muchas ganas el camino de grava de nuestra casa, con dos bolsas de lona en la mano. Sé por experiencia que las bolsas de plástico del supermercado se pueden romper cuando el recorrido es largo.

Las colinas y los campos de cultivo que rodean nuestra casa son la «ondulación» es sí misma. Todo se ondula hasta el infinito: los árboles en los bosques, las colinas en el horizonte, las nubes en las montañas. La verdad es que aquí nada parece tener fin, como si estuviéramos en la parte más redonda de la Tierra. Siempre que en las noticias muestran imágenes de ciudades o de desiertos, o de montañas de altas cumbres, casi se tiene la sensación de que no pueden existir tales lugares; francamente, parece imposible que algo pueda ser tan abrupto, o tan llano, o tan puntiagudo. Las pocas veces que he estado en Atlanta fue aún más extraño, como si estuviera andando por el interior de un cuento que no podía ser real.

Encuentro un canto y le voy dando patadas mientras ando. Llego a medio camino de la parada del autobús. En las raras ocasiones en que va a Ellison, Scarlett prefiere ir andando a coger el autobús; dice que cuando va sentada entre la gente durante tanto tiempo, deja de darles vergüenza mirarla. En una ocasión, alguien le pasó la tarjeta de un cirujano plástico. No entienden que Scarlett es quien es por las cicatrices, por las dentelladas, por las heridas y el dolor.

De pequeñas estábamos completamente convencidas de que en el vientre de nuestra madre éramos una sola persona. Creíamos, quién sabe por qué, que una mitad de nosotras quería nacer y la otra mitad quería quedarse. Por eso nuestro corazón tuvo que partirse en dos, para que Scarlett pudiera nacer primero; pocos años después, por fin tuve el valor suficiente como para enfrentarme al mundo exterior. En nuestras cabecitas con trenzas, era algo lógico; explicaba por qué, cuando



corríamos por la hierba o bailábamos o girábamos en círculos durante mucho rato, perdíamos la noción de quién era quién y empezábamos a sentirnos como si hubiera algún vínculo orgánico y delicado entre nosotras, un solo corazón latiendo al mismo ritmo y bombeando la misma sangre. Pero eso fue antes del ataque. Ahora nuestros corazones sólo se unen cuando cazamos, cuando Scarlett me mira con una especie de hermosa excitación que es más poderosa que sus cicatrices, y después sale corriendo tras el fenris como si la vida de ella dependiera de la muerte de él. Yo siempre la sigo porque es el único momento en que nuestros corazones laten en perfecta armonía, el único momento en que estoy segura, sin la más mínima duda, de que somos una persona dividida en dos.

Llego por fin a la parada del autobús y miro el reloj. Es la hora, si los autobuses van puntuales. Me siento sobre una mata de delicados tréboles y, mientras espero, voy apartando las hojas con uno de mis cuchillos en busca del trébol de cuatro hojas. Me pregunto qué estará haciendo Silas, en aquella casa tan grande y vacía. Podría ir a visitarlo... pero se acerca el autobús entre una nube de polvo y humo y trunca esta posibilidad. La conductora me lanza una mirada curiosa al abrir la puerta. Sé que le gustaría saber de dónde vengo, pero nunca me lo pregunta. Tras el ataque, todo el mundo se preocupó por nosotras, pero, sabiendo que estaban mamá y Pa Reynolds, se quedaron tranquilos. Seguro que piensan que aún nos cuida alguno de los dos, si es que piensan en nosotras.

Me siento al final del autobús, en el que sólo viajan unos cuantos pasajeros. Tarda quince minutos en dejar atrás las altas hierbas y llegar a los campos recién arados, luego pasamos por barrios dispersos y finalmente llegamos al centro de Ellison. El autobús para en seco con un chirrido de frenos, y la conductora abre la puerta y se arrellana en su asiento. La señora que iba haciendo punto baja cojeando, seguida de un par de pasajeros con aspecto de leñadores, y por último salgo yo a la cálida calle.

En la ciudad no hay mucho movimiento, salvo por unas cuantas familias que empujan cochecitos y grupos de mujeres de mediana edad mirando escaparates. Ellison es la clase de lugar al que viene a vivir la gente cuando quiere sumergirse en un trozo de la América tradicional, aunque todo se vuelve bastante sombrío cuando se pone el sol: asadores que se convierten en bares de copas; cafeterías que se transforman en discotecas; y, por supuesto, monstruos que salen después del anochecer.

Primero voy a la tienda de comestibles: cojo huevos, leche y fideos *ramen*; después, una tableta de chocolate Baker's y un poco de harina para hacer las galletas para nuestra sesión de cine de esta noche. Luego iré al videoclub y finalmente, a la farmacia. Me gustaría alquilar *La boda de mi mejor amigo*, pero no quiero ser tan cruel con Scarlett. Al menos le gustarán las escenas de lucha de *La princesa prometida*.



La farmacia de Ellison era un modesto negocio familiar, pero hace unos años la cadena CVS plantó su gran logotipo rojo en la vieja fachada de madera y lo que era una pequeña farmacia y tienda pasó a ser un autoservicio, con sus puertas automáticas y sus tarjetas de cliente. Voy al pasillo de primeros auxilios y después me dirijo directamente hacia la caja. La verdad es que es increíble que el vendedor no haya llamado a la policía para hablarles de mí. ¿Quién más compraría once paquetes de gasa cada dos semanas? Si quieres dedicarte a la caza, debes tener unas cuantas cosas imprescindibles: agua oxigenada, suturas provisionales y montones de gasa. Los fenris saben apuntar a los sitios donde más se sangra, por lo que es vital disponer de algo para cortar la hemorragia. Hurgo en el bolsillo buscando los dos billetes de veinte dólares enrollados.

A medio camino hacia la caja, me distrae un estallido de risas efervescentes; un grupo de chicas, más o menos de mi edad, se apiñan en la sección de maquillaje. Miran de reojo a la cajera mientras prueban frasquitos rosas y morados de esmaltes de uñas, riéndose tontamente y levantando las manos hacia la luz. Reconozco a una de ellas: Sarah Worrell. Éramos amigas en secundaria el curso anterior a que dejara la escuela, pocos años después del ataque. No podía seguir dejando a Scarlett sola en casa, entrenándose para enfrentarse a los lobos. Por eso no volví cuando acabó el verano. Dije a algunos amigos que recibiría clases en casa, esquivé las balas cuando algunos padres preocupados y el condado hicieron indagaciones sobre nosotras e intenté mantener el contacto con todo el mundo, pero es increíble lo rápido que los amigos se convierten en extraños cuando dejas de hablar de libros de texto y de las actividades sociales de la escuela.

Me quedo cerca de los jabones perfumados más de lo necesario, escuchando su conversación.

—Pero éste no combinará con las cuentas del vestido —dice con viveza una chica con unos reflejos perfectos en su cabello castaño.

—No tiene por qué combinar. Prueba éste, se llama Segunda Luna de Miel. Espera, ¿y Orquídea Hawaiana? —pregunta Sarah, ajustándose las gafas. Miro atentamente a la chica de las mechas durante un momento, intentando imaginar el aspecto del vestido y dónde podría lucirlo. No creo que sea en el baile de gala, porque no es en esta época, ¿no? Me las imagino a las cuatro en un salón de baile, con vestidos largos hasta los pies de color orquídea hawaiana, sacadas directamente del cuento de Cenicienta. ¿Estaría yo hablando de esmalte de uñas si las cosas hubieran ido de otra manera?

La mirada de Sarah se encuentra con la mía en el momento en que alarga la mano para coger Segunda Luna de Miel. Veo en su cara que me ha reconocido. Quizá debería decir algo: preguntarle cómo le va, si se acuerda de mí, para qué acto están escogiendo el esmalte de uñas. Esbozo una pequeña sonrisa, esperando a que rompa



el hielo y me salude con la mano o haga algo. Pero no, simplemente me devuelve una sonrisa educada, como seguramente lo haría con cualquier otro, y regresa a la conversación con sus amigas. Intento parecer ocupada ante una estantería de jabones, pero escucho atentamente; aunque hablan en voz baja, se entiende todo lo que dicen.

—Creo que iba a la escuela con nosotras —susurra la rubia a la izquierda de Sarah. Las otras responden aún más bajo y la rubia continúa—: No me acuerdo. Pero ojalá tuviera el cabello como ella. ¿Crees que utiliza ese champú para dar volumen?

—Sí, bueno... Aunque no le vendría mal un poco de ayuda con la ropa. ¿Quién lleva un rosa como ése? Sí, sí, su hermana es la chica a la que destrozaron —responde Sarah en voz baja a la intervención de una de sus amigas.

La chica destrozada y su hermana. Aunque sé que debería sentirme mal por Scarlett —el peor calificativo es para ella—, no puedo evitar que me invada una oleada de autocompasión. Me doy la vuelta e intento dejar de escuchar. ¿Por qué habría de importarme lo que piensan? A ellas lo que les interesa son las fiestas y la ropa y un montón de cosas estúpidas e inútiles. Paso la mano por las columnas de jabones y elijo una pastilla de color coral que apesta a flores. Al echarla a la cesta choca estrepitosamente contra las botellas de agua oxigenada y las cajas de gasa. El perfume intenso atrae a los fenris, los provoca y les hace sentir hambre. «A un fenris le traería sin cuidado el esmalte de uñas Segunda Luna de Miel —me recuerda una voz interior muy parecida a la de Scarlett—. Es un esfuerzo inútil.»

Mientras cogía unas cuantas pastillas más del jabón de flores, un claro aroma a bosque se esparce a mi alrededor y se superpone al de los jabones. Conozco ese olor, y no precisamente porque sea de fenris. Contengo la respiración, temerosa de ser la primera en hablar.

—Esas chicas no les llegan a las hermanas March ni a la suela del zapato —dice Silas, inclinándose tanto que puedo sentir su aliento en mi hombro. Me estremezco con una extraña y luminosa sensación y, al volverme hacia él, le incrusto sin querer la cesta de la compra en sus riñones. Unas cuantas vendas Ace caen al suelo y las chicas interrumpen el dilema del esmalte para reírse de mí con disimulo. «Genial, Rosie.» Siento que me estoy sonrojando mientras me agacho para coger las vendas y, al rozar con la mano las piernas de Silas, el calor se extiende hasta el cuello. «Tranquila. Es sólo Silas.» Me levanto y fuerzo una sonrisa que espero no parezca tan tonta como me imagino.

Silas me devuelve la sonrisa, con los ojos brillantes, y alarga la mano para cogerme la cesta.

—¿Provisiones para la semana —pregunta.

—Esto nos da para un mes —respondo. Serpenteo hacia la caja y él me sigue con la cesta en la mano. Respiro despacio, esperando que los latidos del corazón vuelvan a



su ritmo normal, mientras la cajera pasa cada paquete de gasa por el lector de códigos de barras.

»¿Cómo es que has venido a la ciudad? —le pregunto.

—Voy a clase de guitarra —responde Silas—. En casa de Jacob me aficioné a experimentar cosas nuevas. Antes de irme, siempre estaba pensando en tomar lecciones de guitarra, pero lo fui dejando; de manera que, al volver, decidí que lo primero que haría hoy por la mañana sería venir aquí. Acabo de recibir mi primera clase.

—¡Vaya, qué genial! —exclamo mientras le tiendo a la cajera los dos billetes de veinte dólares.

Silas se ríe, con una risa sonora y recia. Sarah y sus amigas se vuelven hacia nosotros y nos miran, a Silas como si fuera una caja de bombones y a mí como midiéndome para una pelea. Él ni siquiera mira hacia ellas; tiene los ojos fijos en mí.

—¡Qué va! —dice—. Después de hora y media, me duelen muchísimo los dedos y lo más que puedo tocar es la primera parte de «Brilla, brilla estrellita». Y despacio.

Silas coge mi bolsa de manos de la cajera y salimos de la farmacia. La calle está ahora más animada; trabajadores con camisas en las que pone «Ciudad de Ellison» cuelgan banderines rojos y verdes en las farolas para preparar la Fiesta de la Manzana de este fin de semana.

—Es igual —continúo—, clases de guitarra... A mí me gustaría hacer algo así.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta cuando nos paramos en el paso de peatones.

Me encojo de hombros y me vuelvo hacia él.

—Simplemente, que tú «haces» algo. Quiero decir, algo más que cazar y trabajar de leñador.

Silas vuelve a reírse.

—Sí, bueno... lo de leñador nunca me entusiasmó tanto. Digamos que era algo así como la opción por defecto en nuestra familia. Y cazar... Me gusta cazar, pero eso no significa que esté encadenado a la caza. Lo hago porque es lo que hay que hacer. Las clases de guitarra y todo lo demás es por diversión.

Frunzo el ceno.

—Me imagino... —No se me ocurre ningún argumento que no transmita, hasta cierto punto, una mala imagen de Scarlett, así que cierro la boca. Silas señala con la cabeza la luz verde del semáforo y me pone suavemente la mano en la cintura para animarme a cruzar. El roce me produce un estremecimiento en la columna y se apodera de mí una intensa sensación de vértigo. «Camina, Rosie, camina. No seas tonta.»



Cuando llegamos a la otra acera, Silas señala unas manzanas más allá.

—Si no te importa esperar unas horas, puedo llevarte a casa. Tengo que ir a la compañía eléctrica para que me vuelvan a conectar la luz.

—Ejem, yo... —¿Estar sentada con Silas durante unas horas en la oficina de la compañía eléctrica? ¿Y luego otra media hora en el trayecto de vuelta a casa? Quiero hacerlo. De verdad, de verdad que quiero hacerlo. Pero ¿de qué hablaremos? ¿Cuánto tiempo tardaré en echarme a reír como una imbécil? Puedo atraer un fenris: contoneando las caderas, riendo lujuriosamente, poniendo ojitos, pero no tengo ni idea de cómo no parecer una torpe idiota delante de Silas Reynolds. También es cierto que no suelo ver a chicos que no sean fenris. ¿Cómo voy a saber lo que hay que hacer?

»No, tranquilo. Cogeré el autobús —respondo.

Me parece vislumbrar decepción en su rostro.

—Vale, lo que quieras. Pero ¿te acompaño al menos a la parada? —pregunta con un tono esperanzado en la voz. Asiento, con demasiado énfasis.

Caminamos hasta el final de la calle y nos quedamos un momento en silencio bajo la señal de la parada. «Piensa en algo que decir, Rosie. Cualquier cosa.»

—Puedes volver venir a cenar esta noche —digo. Silas niega con la cabeza.

—Me encantaría, de verdad, pero tengo planes. He quedado con alguien de la escuela para ponernos al día mientras nos damos un distinguido banquete en el Burger King —dice con sarcasmo—. Cualquier otro día. ¿Estás bien?

—¿Yo? ¡Oh, sí! ¿De modo que tienes una cita importante? —bromeo, esperando que no detecte cómo he bajado la voz. Por supuesto, Silas tiene una cita. Silas siempre tenía una cita. Llamó la atención a su paso por el instituto, no como sus hermanas trillizas, Scarlett o yo; y, cuando llegó al último año, era de aquellos a quienes nunca les faltaba compañía femenina. Scarlett sentía una enorme frustración cada vez que oía que había quedado con alguien en lugar de ir a cazar con ella.

—No, no es en absoluto una cita —dice con firmeza, como si fuera importante que le creyera—. No es más que un amigo del instituto. Se llama Jason. ¡Venga, Rosie! ¿no crees que si tuviera una cita iría a un sitio mejor que el Burger King?

Me río, aliviada y divertida.

—No lo sé. Antes de que te fueras a San Francisco siempre tenías alguna novia.

—Nada de eso. Perdí el contacto con la mayoría de mis amigas del instituto un año antes de irme, justo cuando se fueron a la universidad. ¿No me oías gritar de soledad por las noches? —bromea, apoyándose en mi hombro.



—Ya —respondo como una tonta. Me imagino que entonces no le prestaba atención, pero bueno, en aquella época nunca se me ocurrió prestar atención a Silas Reynolds—. ¿Por qué perdiste el contacto?

—Pues —dice Silas, pensativo—, a la hora de la verdad, no teníamos nada en común.

Arqueo las cejas.

—Sé cómo te sientes.

—Soy afortunado; al parecer tengo bastante en común con las hermanas March y eso me permite mantenerme a flote sin... ya sabes, amigos ni familia —dice.

—Oye, nosotras nos consideramos tus amigas.

—También mi familia, según parece. Ejem... sólo en cierto sentido —añade rápidamente. A lo lejos, el autobús dobla una esquina y se nos acerca ruidosamente.

»De todos modos, tengo que admitirlo, Rosie: eres mejor cocinera que los del Burger King, así que me siento un poco triste de que mi no-cita sea esta noche. O mejor dicho, de que mi no- cita sea con otra persona, o... bueno. No importa —dice Silas.

Sonríó mientras chirría el freno del autobús y se abre la puerta. Una ráfaga de aire acondicionado me echa el cabello hacia atrás.

—Ya puedes estar triste, porque voy a hacer galletas. Aunque lo único que hay para cenar son fideos *ramen*, así que no te pierdes mucho.

—¿Galletas? ¡Maldita sea! —Le interrumpe la mirada de impaciencia del conductor del autobús—. ¡Entonces hasta luego, Rosie! ¿Vale?

—Vale —digo en voz baja, procurando no tropezar al subir al autobús. Me deslizo en un asiento junto al aire acondicionado y cierro los ojos para no mirarlo cuando arranca el autobús.

Sólo sé cocinar ocho cosas, sin contar los fideos *ramen* y los bocadillos. Una de ellas es el pan de carne. Otra, las galletas de chocolate de Oma March. Deshago el chocolate en uno de sus grandes cuencos verdes y lo bato con cuidado. Me gusta utilizar los utensilios de cocina de Oma March; en cierto modo, me hacen sentir más cerca de ella. No encuentro a Scarlett por ningún lado, pero sospecho que está otra vez corriendo. Creo que quiere llegar a ser tan rápida como un fenris, o algo así. Buena suerte.

Me apoyo en el horno mientras espero a que se doren las galletas. He hecho demasiadas, tantas que podría llevar algunas a casa de Silas.

Tampoco sería tan raro: llevar galletas a un viejo amigo de la familia. No es gran cosa. «Sí, venga, hazlo ya, antes de que cambies de opinión.»



La alarma del horno suena con estridencia, y enseguida vuelco en la cesta la bandeja caliente con las galletas; después, doblo las puntas de la tela por encima. No creo que se mantengan calientes, pero de esta forma se ven más bonitas. Me paro en el cuarto de baño para cepillarme el cabello y ponérmelo tras de las orejas y me ajusto la blusa. «Es sólo Silas», me repito a mí misma.

En el fondo tengo miedo y, al mismo tiempo, la esperanza de oír su coche subiendo la calle detrás de mí mientras voy hacia su casa. Vive en medio del bosque, que parece empezar de repente, porque la carretera pasa de ser soleada y calurosa a oscura y fresca en cuestión de segundos. Todas las ramas se balancean con la brisa al mismo tiempo y me hacen sentir como si estuviera debajo del agua. Y da la impresión de que los cantos de los pájaros resuenan desde los árboles, todos grandes e impresionantes.

La casa de Silas emerge como un castillo construido por la propia naturaleza. Los troncos que rodean la puerta principal están profusamente tallados con imágenes a tamaño natural de osos y conejos y tortugas, como si en un tiempo hubieran sido animales reales que se quedaron congelados. Los talló uno de los hermanos de Silas, creo que fue Lucas, o puede que Samuel. A uno se le daba bien disparar con un rifle y al otro, tallar la madera, pero es difícil no confundirse con los chicos Reynolds. Es evidente que al principio la cabaña era pequeña, pero ahora las habitaciones se extienden a lo alto hacia los árboles y hacia los lados. Esa era la norma de Pa Reynolds: si quieres tener tu propia habitación, háztela tú mismo. Las habitaciones de arriba tienen amplias terrazas que se extienden por las ramas altas de los árboles, algunas con columpios de neumáticos desgastados colgando de las barandas. Incluso las hermanas de Silas, que no estaban aprendiendo a ser leñadoras, tuvieron que acarrear madera para tener su propio espacio antes de irse al internado. Apenas tuve oportunidad de conocerlas, pero a Pa Reynolds le asustaba la perspectiva de criar a tres chicas él solo después de que muriera la madre de Silas.

Su coche no está en la entrada, pero de todos modos llamo a la puerta. No abre nadie. Paso la mano por la espalda de un oso de madera tallada y después pongo la cesta de galletas delante de la puerta. Me entretengo durante un momento...

Aquí hay alguien.

Oigo una débil respiración detrás de mí. Me doy la vuelta rápidamente y echo las manos a la cintura como una flecha; doy gracias de inmediato a Scarlett por su obsesión de que lleve siempre los cuchillos de caza.

—Lo siento mucho, señorita. No pretendía asustarla —dice un joven con voz tranquila. Me mira con sus ojos de gruesos párpados y aprieta los labios perfectamente dibujados. No está solo; tras él hay un hombre callado, con el pelo tirando a gris y el rostro maduro y cincelado, como el de una antigua estrella de cine. El más joven lleva una camiseta artísticamente desgarrada y el cabello despeinado,



como el de una estrella de rock. Pero desconfío; muy poca gente se aventura a venir tan lejos, a no ser que sean cobradores de facturas o fenris.

—No me has asustado —miento. Me apoyo en uno de los conejos tallados y trato de parecer relajada, aunque mantengo las manos cerca de las empuñaduras de los cuchillos. Si son fenris, quiero estar preparada. —¿Estáis buscando a alguien?

—Puede —responde el joven—. Pero parece que no hay nadie en casa. —Me sonrío amablemente y mueve la cabeza para apartarse el pelo revuelto de la cara.

—No creo que haya nadie —comento con cautela—. ¿No sería mejor que volvierais a intentarlo más tarde?

—Sí... sí, eso haremos —dice el más mayor—. Gracias por tu ayuda.

—De nada —contesto, quizá demasiado deprisa.

—Espera —dice el joven. Viene hacia a mí, con las manos en los bolsillos y aire inseguro—. ¿Podemos, al menos, acompañarte a casa? Me parece peligroso que una chica ande por aquí completamente sola.

—Yo... —comienzo a decir titubeante. Tiene los ojos preciosos, de un color dorado que me recuerda al de las hojas en otoño—. No te preocupes por mí.

—De veras que nos encantaría —agrega el más mayor. Su voz es suave y granítica. Se echa el cabello hacia atrás con un gesto.

Aprieto los dientes. En la muñeca del hombre mayor alcanzo a ver un símbolo de manada. Algo circular, ¿una campana, quizás? El del joven debe de estar tapado por las muñequeras tachonadas de estrellas que lleva, pero seguro que también es un lobo, ¿no? Yo nunca lo sé de inmediato como le pasa a Scarlett. Sigo viendo primero al ser humano y tengo que buscar al lobo por la marca de la manada. Ella ve el lobo, sólo el lobo.

—Está bien. Vale, acompañadme a casa —respondo, quizá con demasiado atrevimiento. Me encojo de hombros y me echo el cabello hacia atrás en un gesto que espero sea de despreocupación.

Estoy sola, y soy yo, no Scarlett. «Puedes hacerlo, Rosie. Has luchado contra docenas de lobos. Dirígelos, atráelos hacia ti, mátalos.»

Bajo los escalones de la puerta de la cabaña, moviendo las caderas un poco más de lo habitual; el fenris mayor me mira con lo que se ha convertido en una mueca odiosa. Reacciono exactamente como se supone que debo reaccionar: dando la impresión de estar nerviosa. Eso obliga al animal a asumir el control, a cazar. Pero cuando el fenris joven da otro paso hacia mí, la piel de gallina que se me pone en los brazos es real.



—¿Cómo es que has venido andando en vez de venir en coche? ¿Demasiado joven para conducir? —pregunta, con una voz más gutural que al principio.

—Tengo dieciséis años. ¿Cuántos años tenéis vosotros? —respondo mientras caminamos de regreso a la carretera principal.

El fenris mayor se ríe a carcajadas, y los ojos del joven brillan con una oscura malicia.

—Él tiene cuarenta y nueve; y yo, veintiuno.

—Una gran diferencia de edad para ser amigos —replico en vano. El fenris joven se encoje de hombros pero no dice nada. Aprieto tanto el mango de uno de los cuchillos que se me están empezando a entumecer las manos, pero no puedo hacer nada hasta que se transformen.

Me sorprende que no lo hayan hecho ya cuando llegamos a la carretera principal. Si me atacan aquí, los tendré en campo abierto. Si les dejo que me metan entre las altas hierbas que bordean esta parte de la carretera, todos estaremos en desventaja. Ellos querrán quedarse aquí, en campo abierto, donde no me puedo esconder.

—¡Eh! ¿Señorita? —dice uno de los fenris pocos metros más atrás, pero su voz se parece tanto a un gruñido que no consigo distinguir si es la del lobo viejo o la del joven. Me giro rápidamente y veo que el lobo mayor ya está medio transformado; ahora sus cabellos entrecanos se enredan con mechones grasientos de pelo gris, los rasgos cincelados se han convertido en unas musculosas mandíbulas y tiene los ojos ocreos muy fijos.

—¡Oh...! Ejem... ¿qué? —tartamudeo.

—Parece que mi amigo no se encuentra bien —dice el fenris joven acercándole, como si esperara comerse mi miedo. Su guapo aspecto de roquero se ha transformado en una mueca una pizca demasiado amplia para un ser humano normal. Doy un paso atrás y doblo los brazos sobre la cintura, procurando temblar mientras rodeo con la mano las empuñaduras de los cuchillos—. Me parece que el agua de por aquí tiene algo raro. Pero ¿sabes lo que creo que le haría sentirse mejor?

—¿Qué? —pregunto, con voz asustada.

El fenris joven echa a correr hacia mí, avanzando como la crecida de un río en tierra seca. Su nariz empieza a salpicarse de pelo y, cuando habla, su aliento tiene tal olor a descomposición y muerte que casi me asfixio. Se detiene a solo un paso de mí y se inclina hacia delante, chasqueando sus largos incisivos al responder:

—Comerte a ti, cariño.

Se transforma con un movimiento fluido y su disfraz humano empieza a disolverse. Doy un salto hacia atrás y saco del cinto los dos cuchillos, justo cuando el



lobo viejo aúlla y da un paso hacia delante. Los dos bajan la cabeza y gruñen, enseñando los dientes y escarbando la tierra con sus gruesas garras.

Todo está en calma: los lobos, yo, el viento. Nadie quiere dar el primer paso.

Entonces, a lo lejos, débilmente, oigo un traqueteo familiar. El autobús en otro de sus viajes. Los fenris y yo miramos hacia la carretera, decepcionados. No queremos una pelea a plena vista del autobús; los lobos tendrán que escoger entre ir a por un buen puñado de seres humanos o huir. Y los fenris odian huir, pero no son tontos.

La decisión está tomada; el fenris mayor se abalanza sobre mí, dando un brinco con las patas traseras. Giro el cuerpo hacia la izquierda y lo esquivo, alargando las manos de tal modo que las puntas de los cuchillos rozan su cuerpo. El fenris joven lanza un gruñido y el viejo resopla en respuesta, una conversación que no entiendo. Aprovecho su distracción y le arrojo un cuchillo certero. Lo elude en el último instante, pero, aun así, le roza un lado de la cara y le corta la piel lo suficiente como para dejar sus músculos en carne viva. El autobús retumba cada vez más cerca; somos conscientes de que se nos ha acabado el tiempo. No puedo dejar que se escapen. Scarlett no me lo perdonaría nunca.

Mientras el fenris viejo mueve la cabeza como si quisiera librarse del dolor de la herida, el joven echa a correr hacia mí. Salta como una flecha de un lado para otro y, al intentar igualarlo, pierdo el equilibrio. Arremete por la izquierda cuando yo me inclinaba hacia la derecha, y caigo contra el suelo con tanta fuerza que siento cómo la grava se me clava en las mejillas y el mango del cuchillo que le había lanzado, en la cadera. Ruedo sobre el pecho y veo al lobo joven volverse hacia mí con las mandíbulas abiertas. Le lanzo el cuchillo que tenía debajo, pero lo esquiva por poco. Me incorporo hasta sentarme mientras el lobo viejo vuelve a la lucha, justo cuando empieza a vislumbrarse la nube de polvo del autobús que se acerca lentamente.

«Levántate, levántate.» Me pongo de pie de un salto, me doy la vuelta y le propino una fuerte patada a un lado de la cabeza al lobo viejo; después me vuelvo otra vez, justo a tiempo de asestar un golpe en el pecho con el talón al lobo joven cuando se lanzaba a mi cuello. El techo azul grisáceo del autobús se abre paso en el horizonte. «Vamos, ahora o nunca.» Las advertencias de Scarlett se repiten en mi cabeza; si huyen, estarán muertos de hambre, tendrán que comer y alguien morirá. Me vuelvo hacia el fenris mayor y le lanzo un cuchillo con todas mis fuerzas. Se hunde en su pecho con un chapoteo horrible y el lobo se desploma hacia un lado.

El lobo joven gruñe enfadado, mirando alternativamente hacia mí, al fenris moribundo y al autobús. El autobús está tan cerca que ya hasta podría vernos la conductora. El fenris joven me lanza un mordisco con sus potentes fauces y después desaparece de un salto entre los matorrales. Oigo cómo sus pesadas garras se deslizan entre el brezo y las hierbas. Podría seguirlo, podría encontrarlo, pero no. No



puedo correr más que él. Ya estará muy lejos o sabrá lo bastante como para saltar sobre mí. «Piensa, Rosie, piensa.»

El autobús empieza a reducir la velocidad y entonces me doy cuenta de que detrás viene un coche azul con portón trasero: es el coche de Silas. Corro hacia el fenris caído y le extraigo el cuchillo. No puedo apartarme de él hasta saber que lo he matado. «Vamos, muérete de una vez.» Sus ojos marrón rojizo me miran llenos de odio. La conductora del autobús abre los ojos como platos al ver una chica inclinada sobre una bestia muerta y sosteniendo un cuchillo en la mano alzada. Dirijo la mirada hacia el coche de Silas. Nos vemos al mismo tiempo.

Y de repente el fenris se desvanece. Estalla en una masa de sombras negras que parece gritar al sol antes de deslizarse bajo los guijarros protestando. Corro entre las espesas hierbas en dirección opuesta a la del fenris. Podría haberlo matado antes, debería haberlos matado en el bosque. ¿Y si he echado por tierra nuestra tapadera? ¿Y si la conductora del autobús me ha reconocido y llama a protección de la infancia? Lo habré estropeado todo.

Scarlett me matará.

La hierba me azota al pasar y los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas por la decepción y el dolor que me producen las hojas en las mejillas. El claxon de Silas resuena detrás de mí y le oigo gritar mi nombre, pero no me detengo; estoy demasiado avergonzada para ni tan siquiera pensar en verlo ahora. Se ha equivocado conmigo. No he madurado; sigo siendo la misma niñita tonta que era hace un año.

Cuando consigo atravesar el campo, el corazón me palpita con fuerza y tengo la piel pegajosa por el sudor. Camino penosamente hacia nuestra pequeña casa, procurando respirar y borrar los rastros de lágrimas de las mejillas. Debería estar orgullosa. Acabo de cazar sola, acabo de matar a un fenris yo sola.

Y también he dejado escapar a uno, uno que ahora, después de atacarme, estará hambriento.

Y he dejado que alguien me vea cazando.

Y soy patética.

Entro sigilosamente por la puerta de atrás, y respiro aliviada al oír los golpes sordos que produce Scarlett al aporrear el saco de arena en el sótano convertido en gimnasio. Subo corriendo la escalera quitándome la ropa mojada y ensangrentada. Una vez en la ducha, con *Screwtape* montando guardia en la alfombra del baño, lloro. Sollozos silenciosos y entrecortados de ineptitud. Tengo que decirle a Scarlett que se ha escapado un fenris. Tengo que avisarla de que, dentro de unos días, una conductora de autobús y un asistente social podrían llamar a nuestra puerta. Tendré que decírselo y entonces me reñirá e insistirá en ir a cazar al otro fenris de inmediato.



Egoístamente, estoy enfadada porque sé lo que eso quiere decir: que la velada para la que hice galletas y cogí unas películas se ha ido al diablo. ¡Dios, qué idiota soy!

Puedo ganar tiempo. Puedo decírselo más tarde. Podemos disfrutar de nuestra sesión de cine, puedo ponerla de buen humor y después salir a cazar juntas. Se le pasará la rabia, como se le pasa siempre. Si se presenta un asistente social, podemos escondernos; Scarlett insistirá en que mamá está por ahí, podemos ganar tiempo... funcionará.

—¡Rosie! —grita Scarlett. Hay miedo en su voz, y rabia. Aprieto los dientes. Mi hermana abre la puerta del cuarto de baño de golpe y veo una forma vaga tras la cortina blanca de la ducha—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunta con una voz tan sombría que podría intimidar a un lobo.

—Yo... Scarlett... —digo cerrando el grifo. Suspiro y alargo la mano para coger una toalla.

Una voz interrumpe mi movimiento.

—Venga, Scarlett, no te pongas así, fue un accidente.

Silas se asoma por la puerta. Me quedo inmóvil, con el brazo estirado y todavía a unos centímetros de la toalla; la cortina sólo me tapa medio cuerpo. Se queda boquiabierto, sonrojado, y enseguida se da media vuelta, mirando al pasillo.

—Perdona, Rosie —dice rápidamente. Mete las manos en los bolsillos y rebota sobre los talones. Me pongo muy colorada y se me pone la piel de gallina en los brazos, por el frío y por el estremecimiento que me produce Silas.

—Rosie, ¿qué narices ha pasado? —vuelve a preguntar Scarlett con los dientes apretados, aparentemente sin darse cuenta de que sigo desnuda y de que Silas sigue estando increíblemente cerca. Agarra una toalla del estante y me la tira sobre la mano extendida.

—He ido a llevar unas galletas a casa de Silas —murmuro, envolviéndome en la toalla a toda prisa. Hago caso omiso del reguero de agua que me escurre por la espalda desde el cabello; el vapor empieza a desaparecer y deja el cuarto de baño húmedo y bochornoso. Miro la espalda de Silas durante un momento y después miro a Scarlett—. Las estaba dejando allí cuando me han abordado esos dos lobos. Creo que estaban merodeando juntos. Me he cargado al viejo, pero...

—Sigue —pide Scarlett con un tono acerado en la voz. Silas se mueve, incómodo.

—El joven ha escapado. —Suspiro; la culpa hace que me dé vueltas la cabeza.

Scarlett aprieta las mandíbulas.

—¿Que se ha escapado? —dice en voz baja y amenazadora— ¿No has podido perseguirlo?



—No. Ha huido porque se estaba acercando el autobús.

—Has luchado... ¿El autobús? ¿Un autobús lleno de gente? —Se interrumpe—. ¿Te han visto?

—Yo... —Se me llenan los ojos de lágrimas y agradezco que Silas siga de espaldas—. Sí, me ha visto la conductora. Y también Silas, que volvía de la ciudad detrás del autobús. Pero el lobo viejo se ha desvanecido enseguida y yo me he metido corriendo en aquel campo de hierba, y no me han seguido...

—La conductora ni siquiera ha bajado del autobús —interrumpe Silas sin volverse a mirarnos—. Se ha limitado a seguir conduciendo. Habrá preferido creer que todo eran imaginaciones tuyas.

—Para, para —dice Scarlett, rozando a Silas al salir al pasillo. Se pone a caminar de un lado a otro del pasillo—. ¿Has dejado escapar a un fenris y además te han visto? ¿Y te has ido a cazar sola? ¿Tienes la más ligera idea de lo que podría haberte pasado? —Su voz suena cautelosa, como si hubiera algo a punto de estallar bajo la superficie.

—Yo... pues sí —replico con tristeza mientras las lágrimas corren por mis mejillas.

Y entonces Scarlett estalla.

—¿No sabes lo que podría haber significado, Rosie? ¿Y si la conductora hubiera decidido llamar a la poli? ¿Les hubieras explicado por qué estabas apuñalando cosas en medio de la carretera?

—Yo...

—Venga, Lett —dice Silas con calma—. Creía que por fin la dejabas cazar en solitario. Y eso es lo que ha hecho. ¿No te parece que deberíamos felicitarla?

Scarlett lo fulmina con la mirada.

—Ella, no, los dos ¡habéis dejado que se escape un fenris! Ahora anda por ahí, tiene más hambre que antes, y algo que demostrar. Pues sí, Silas, felicitemos a mi hermana por sentenciar a muerte a una pobre chica tonta.

Silas no contesta y me pregunto qué estará pensando.

—Venga, vamos a cazar. ¡Ahora! —grita Scarlett.

—Ya no lo encontrarás, Scarlett. Con lo que le hizo pasar Rosie durante la pelea, estará durmiendo hasta que se recupere. Puestos a suponer, diría que saldrá mañana por la mañana —razona Silas. Scarlett hace una pausa. No quiere que Silas tenga razón, pero siempre lo ha respetado en el tema de la caza. Confía en él como jamás ha confiado en mí.

—He matado a uno, Scarlett —digo con poco entusiasmo—. He cazado sola.



La cara de Scarlett sigue tensa, pero asiente secamente con la cabeza. Lo considero su forma de felicitar me y tengo que admitir que, de momento, me siento plenamente satisfecha incluso con ese pequeño gesto.

—Entonces saldremos mañana. A primera hora —sugiere, más a Silas que a mí—. Pero ¿cómo diablos se supone que vamos a cazarlo? Está claro que a mí el fenris no puede verme la cara y a Rosie la reconocerá. No tenemos cebo, a no ser que pienses que estarás guapo vestido de chica, Silas.

—Vale. Una, estaría guapísimo con un vestido —comienza Silas. Se vuelve y se apoya en la puerta del cuarto de baño, olvidando, según parece, que sigo envuelta en una toalla. Cuando me ve, aparta la mirada y se pone un poco colorado—. Y dos —continúa con voz forzada—, tú hace siglos que estás engatusando fenris sola, Scarlett. Mañana es la Fiesta de la Manzana. Es un lugar perfecto para que un fenris vaya a distraerse, y eso sin tener en cuenta la cantidad de gente que irá de rojo. Iremos allí.

Scarlett lo acepta cortante. Nadie se mueve durante unos instantes; mientras, el agua continúa escurriendo por mi espalda al suelo de la ducha. Al final, Scarlett me lanza otra mirada, da media vuelta y se va furiosa por el pasillo.

—Siento haberte metido en un lío —susurra Silas con aire de culpabilidad. Su voz es el único sonido que se oye, aparte del tamborileo constante del agua al caer sobre las baldosas del suelo—. Me he quedado preocupado cuando te has ido, y entonces me he dado cuenta de que quizás era tu primera cacería en solitario...

Le tranquilizo con un gesto: «Tarde o temprano tendría que decírselo».

—A lo mejor ya no te vale —dice, apartando aún respetuosamente la mirada—, pero creo que lo has hecho fenomenal.

—Gracias, Silas. —Por fin me mira a los ojos y mantiene la mirada fija en mi rostro. Me aprieto la toalla un poco más.

—De nada. Y perdona por entrar sin llamar. Yo no... ejem... no he visto nada, te lo prometo.

—Tranquilo —digo sonriendo un poco. Nuestros ojos permanecen inmóviles y el pequeño cuarto de baño nos aprisiona. Me muerdo el labio mientras me embarga una sensación entre nerviosismo y expectación; Silas se inclina hacia mí, como a punto de cerrar la brecha que hay entre nosotros.

Pero, en cambio, se aclara la garganta de repente y baja la mirada.

—Bueno, yo, esto... ¿Nos veremos mañana por la mañana entonces? —masculla.

—¡Oh! Sí, claro —respondo, saliendo de mi estupor—. Que te diviertas en tu noche —añado.



—Es verdad, Jason... Creo que llego tarde, pero lo superará —replica Silas con la voz algo nerviosa. Se demora todavía un instante y después se da media vuelta y se va, y cierra la puerta suavemente tras él. Lo oigo suspirar antes de empezar a bajar la escalera.

Suspiro y me inclino sobre el borde de la bañera, dejando caer la cabeza mojada en las manos. La vergüenza me invade de nuevo, me llena las venas de gritos silenciosos, aliviados sólo por la leve palpitación que Silas ha dejado en mi corazón al marcharse.



Capítulo 5. Scarlett

Despierto a Rosie a las seis de la mañana. Sale arrastrándose de la cama, absolutamente dormida, y me muevo con prisas a su alrededor, impaciente por ir a cazar cuanto antes para encontrar a nuestro lobo antes de que deje un reguero de cadáveres tras él.

—Come —le digo a Rosie, que se desploma sobre una silla de la cocina. Con ella es mejor usar sólo monosílabos antes de las ocho de la mañana. Le acerco unas tostadas con mermelada de fresa. Lleva la mano hacia el plato sin apenas mirarlo y coge una tostada. Mientras, coloco un pie sobre la encimera y me inclino hacia delante.

Hago estiramientos, tensando y relajando los músculos de las piernas y de los brazos, y alterno el hacha de una mano a la otra. Aunque sigo enfadada, no puedo evitar cierta excitación. Cazar no es exactamente divertido, pero es lo correcto. Y debo admitir que cazar con Rosie me resulta especialmente enriquecedor. Me hace sentir como si entre nosotras no hubiera esa larga lista de diferencias que hay. Nos vestimos igual, luchamos contra el mismo enemigo, vencemos juntas... Es como si, por un momento, yo pudiera convertirme en ella, en la que no está cubierta de gruesas cicatrices, y ella pudiera llegar a entender lo que significa ser yo. Es muy distinto a cuando cazo con Silas: él y yo somos socios, no parte del mismo corazón.

—Filaolosillos —dice por fin Rosie. La miro extrañada. Se aclara la garganta y se recuesta en la silla, tostada en mano—. Que he afilado los cuchillos —repite mientras saca del cinto uno de sus cuchillos de asta de cabra. La hoja refleja un súbito rayo de sol matinal que entra por la ventana de la cocina.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Anoche. Me quedé levantada —responde Rosie—. Volví a ver la película, afilé los cuchillos y lavé las capas.

—Han quedado perfectas —contesto con sinceridad. Sé que me está tendiendo la mano; Rosie no suele sacrificar horas de sueño así como así. Asiente con la cabeza mientras abre la boca en un enorme bostezo.



Hasta las siete y media no da auténticas muestras de vida: voltea los cuchillos entre los dedos y los lanza contra un blanco que pintamos en la puerta de entrada. El hacha nunca se le ha dado muy bien, pero debo admitir que es buenísima con los cuchillos. Los lanza una y otra vez mientras su somnolencia se va disipando.

Mi hermana nos rocía a ambas con un perfume vomitivo de algodón de azúcar y luego me ayuda a colocarme un pasador a un lado del cabello para tapar el ojo ausente. Se pone mucho maquillaje —sombra de ojos oscura, lápiz de labios rojo encendido y colorete intenso— para que el fenris no la reconozca. De pie una frente a otra, repasamos en silencio nuestro equipo: armas, capas, peinado, brillo de labios, perfume. Todo es parte del señuelo. Rosie me hace una indicación para que me vuelva. Como sabe dónde están todas mis cicatrices, me estira la ropa para tapar las más grandes. Le pido a mi vez que se vuelva para comprobar si lleva el escote adecuado y si sus rizos caen donde deben caer. Interpretamos el mismo papel... ¡pero de forma tan distinta...!

El coche de Silas anuncia su llegada renqueante. Rosie llega antes que yo a la puerta y, cuando la abre, se le ilumina la cara. Corro a ver qué le hace sonreír. Doy un suspiro y también sonrío.

— El que vayamos de caza no quita para que lo pasemos bien —grita con malicia. Las ventanillas del coche están cubiertas de manzanas y manzanos pintados de rojo y verde vivos. En el parabrisas trasero pone «Fiesta de la Manzana, ¡viva la gente sana!», que es el lema del festival desde que tengo uso de memoria.

— ¿Cuánto tiempo has dedicado a pintar manzanas? —le pregunto, aunque no intento ocultar la sonrisa. Silas es así. Por eso lo echaba de menos, a pesar de lo mucho que me enfadé cuando se fue.

— Unos treinta minutos. Un tiempo valioso que podía haber dedicado a cazar — termina con voz grave.

— Ya, ya... Vámonos. No quiero perderme el desfile —digo bromeando.

Dentro del coche de Silas hace mucho calor y está todo pegajoso. Avanza a sacudidas, como un atleta desesperado en la última vuelta de una carrera. Atravesamos en silencio los campos por pistas sin asfaltar. Por las ventanillas bajadas entra el piar de los pájaros ahogado por el ruido del motor.

Por fin se acaba la pista de grava y entramos en una calle pavimentada que lleva a donde Silas me ayudó a cazar la otra noche. La parte más sórdida y peligrosa de Ellison parece desvanecerse durante el día, aunque es evidente que a los lobos que buscamos la luz del día no les frena tanto como a los delincuentes locales, así que nada es tan alegre como parece. La calle está llena de coches aparcados, masas de casa haciendo entrar a sus hijos en las tiendas, padres e hijos entrando en las cafeterías,



parejas jóvenes paseando de la mano. Todo está alegre y animado. Y, si lo hacemos bien, esta tarde habrá un fenris menos en el mundo para cambiar eso.

La Fiesta de la Manzana se celebra en el único parque que hay en Ellison, una gran porción de terreno que apenas consiste en un bosque con itinerarios naturales y una enorme área de picnic. Todas las calles adyacentes están cortadas y es casi imposible aparcar. Al final encontramos sitio en una fila de coches tan decorados como el de Silas. Rosie y yo nos ponemos las capas, aunque no tengo muy claro que se vayan a ver mucho en ese mar de rojo y verde. Silas se echa una mochila negra y gastada a las espaldas. Por la cremallera entreabierta sobresale el mango del hacha oculta en el interior.

—¿Has pensado por dónde empezamos? —le pregunto a Silas mientras nos incorporamos a un grupo de personas que cruzan la calle indicada por un policía. Una niña pequeña con manzanas pintadas en las mejillas casi me atropella con el triciclo. Cuando me mira desde su inocencia de ojos azules y mejillas sonrosadas, giro la cara. Pobrecilla, no es cuestión de asustarla.

Silas examina varias veces a la multitud antes de contestarme.

—¿Rodeamos por atrás y atajamos por los árboles?

Miro hacia donde señala.

—No es buena idea. Allí han construido una carretera nueva, creo que los lobos la evitan.

Silas me lanza una mirada penetrante.

—¿Por qué me preguntas si no quieres mi opinión? —dice mientras se le escapa una sonrisa. Sonrío y muevo la cabeza como única respuesta.

Silas pone cara de paciencia.

—Recorramos una vez el festival antes de elegir el sitio.

—¿Por qué?

—Porque me encantan las manzanas —contesta. A Rosie se le escapa la risa—. Para ver si hay algún sitio donde resulte especialmente fácil apartar a una chica de la fiesta —responde, esta vez con tono serio.

El área de picnic está llena de puestos para vender manzanas de madera, jalea de manzana, mantequilla de manzana... Unos vendedores ambulantes bastante mugrientos reparten manzanas acarameladas o invitan a la gente a derribar una pirámide de manzanas verdes con una bola de madera por el supermódico precio de cinco dólares la tirada. Los estudio detenidamente: no, son inofensivos.

Un montón de mujeres vestidas con camisetas de brillantes estampados de manzanas pasan rozándome entre risas, pero apartan la mirada cuando ven las



cicatrices. Creo que algunas me reconocen; tal vez no recuerdan cómo me llamo, pero sí «aquel incidente de la chica March». Les dijeron que nos había atacado un perro salvaje. La historia todavía me hace reír.

Silas compra manzanas cubiertas de cacahuets y caramelo para los tres, y justo entonces empieza el desfile. Básicamente consiste en el paso de alumnos de las academias locales bailando claqué sobre la hierba y de carrozas con chicas que se presentan en sociedad saludando, pero la gente los recibe entusiasmada. Silas coge a Rosie de la mano para hacerla pasar delante y ella se sonroja. Yo me quedo atrás, para que se me vea menos, aunque no sé si lo hago para evitar los lobos o las miradas de reojo. La mayoría de las chicas de los coches fueron conmigo al colegio. ¿Estaría ahora con ellas si las cosas hubieran ido de otra forma? Me miro los pies e intento imaginármelos con tacones altos, intento imaginarme a mí con vestido largo sobre una carroza entre amigas que no saben nada de lobos y que tienen rostros preciosos e intactos. Todo puede cambiar tan deprisa, tan fácilmente...

Pero no hay forma: haga lo que haga, los fenris siempre están merodeando en mis pensamientos. Además, yo no necesito un grupo de amigas teniendo a Rosie y a Silas. Se inmiscuirían en la caza. Suspiro y examino el área que me rodea, hasta que lo veo: el lugar perfecto para que ronde un lobo. Es una hilera de mesas de picnic situada detrás de los puestos, lo suficientemente metida en el bosque como para que la sombra de los árboles la oscurezca y aisle, y haga fácil llevarse a una chica o conducirla hacia el interior del bosque. Cuando Silas y Rosie regresan con las manos llenas de los caramelos que arrojaban las animadoras de instituto, les señalo con la cabeza hacia las mesas.

—¿Qué te parece? —le pregunto a Silas. Hace un gesto de asentimiento y deposita sus caramelos en la bolsa de Rosie.

—Perfecto, me parece perfecto. ¿Lo rodeo por el camino? —Silas tiene esa increíble capacidad de pasar de ser un tipo que recoge caramelos lanzados al aire a ser un auténtico cazador en cuestión de segundos. Debo admitir que a veces me da envidia, porque en mi cabeza parece que se ha bloqueado la opción caza.

—Sí —respondo. Rosie y yo nos abrimos paso entre la gente hacia el lateral de uno de los puestos de mermelada de manzana.

Caminamos despacio hacia las mesas de picnic. Me siento en un banco y echo los hombros hacia atrás y el pecho hacia delante. Rosie se sienta en la mesa mohosa y se reclina hacia atrás apoyándose en las manos.

—Baja la cabeza —le recuerdo.

—Ya sé... —murmura mientras balancea las piernas. Tras un largo silencio, suspira.

—Aquí vinimos una vez con mamá.



—¿Cómo te puedes acordar? —Mamá estuvo con nosotras (sin drogas) apenas los cinco primeros años de vida de Rosie. Nunca supo estar encadenada mucho más tiempo que eso. Oma March solía llamarla *Ruhelose*. Por supuesto, Oma March también la llamaba puta cuando estaba especialmente enfadada. Ambos términos son bastante acertados.

Rosie se encoge de hombros y se inclina hacia delante. Analizo la multitud y dirijo una mirada cómplice a mi hermana. «Vamos, se supone que estamos cazando.» Ella se acaricia el pelo coquetamente antes de responderme. «Vamos, lobos. Mirad qué apetitosas somos.»

—Recuerdo que el coche en el que íbamos estaba pintado como el de Silas —dice Rosie— y también que mamá me grapó manzanas de papel por toda la camiseta.

—¡Caray! —respondo. ¡Qué bien lo recuerda! Yo no le dejé a mamá que me grapara las manzanas pero luego me arrepentí en cuanto llegamos al festival y vi a los demás niños vestidos igual de ridículos.

Del bosque nos llega el crujido de una rama. Rosie y yo nos miramos un segundo.

Y entonces nos reímos. Muy alto. Con una risa viva, efervescente, de chicas ignorantes. La risa que utiliza Rosie para atraer a los lobos no es tan distinta de su risa normal, pero yo levanto la voz, dejo a un lado mi cinismo habitual y me río tontamente. «Sí, lobo, somos dos niñas tontas de risa fácil. Devóranos.» Otro crujido de rama. Inclino la cabeza para que me caiga el cabello sobre la cara y miro entre los mechones hasta ver fugazmente a Silas dando vueltas por el aparcamiento. Sigamos disimulando.

Rosie se vuelve a reclinar hacia atrás y cruza las piernas en el aire, como una modelo de calendario. Se empiezan a oír pasos firmes a través del bosque, que aplastan hojas y ramas conforme se acercan. Hacemos ver que no lo oímos, fingimos que no vemos el movimiento de la persona que se aproxima. Me levanto, con la cabeza baja, y dejo que el viento alce las puntas de mi capa para esparcir el aroma perfumado por el bosque.

—¡Por fin, civilización! —grita una voz masculina triunfante. Rosie y yo sonreímos con disimulo.

El hombre que emerge del bosque parece recién salido de una residencia universitaria. Cabello rubio rojizo, ojos profundos y separados, cuerpo macizo y hombros anchos. Se nos acerca deprisa, sonriendo. Yo intento ver a través del pelo sin que quede al descubierto el parche ni las cicatrices. Tiene algo extraño: huele a fénix y noto la presencia de lobos cerca, pero este hombre tiene los ojos enrojecidos, como cuando se ha llorado. Y los lobos no lloran. Cuando no tienes alma nada tienes que lamentar.



—¿De dónde sales? —le pregunto riendo. En momentos así, suelo imitar a Rosie, aunque nunca se lo he dicho. Puede que yo sea la mejor cazadora, pero es indudable que ella es el mejor cebo. Miro las uñas del hombre, que no son garras, pero en las perneras del pantalón lleva pegados mechones de pelo de fenris.

—No sé cómo pero he perdido el camino que seguía —dice con su amplia sonrisa y su encanto juvenil—. Creía que me iba a quedar en medio del bosque para el resto de mi vida.

—Te hubieras perdido todas las actividades de la manzana —le contesto con voz animada. Asiente ávidamente, entornando sus ojos azules y brillantes. Tiene que ser un fenris, está claro que me he equivocado con lo de las lágrimas.

—Lo sé, y hubiera sido una pena. Me he despistado porque estaba siguiendo un cervatillo que parecía perdido —dice, apuntando con la cabeza hacia el bosque.

«No fastidies, ¿el cuento del animalito?» Es difícil no bostezar.

—¡Hala! ¿Un cervatillo? —chilla Rosie, aunque le detecto una pizca de sarcasmo en la voz. Mira hacia el hombre y le deja ver su cara por un segundo, no sea que le resulte sospechoso que yo oculte la mía. Aguanto la respiración, por miedo a que la reconozca a pesar de todo el maquillaje. Rosie cruza su mirada con la mía y mueve la cabeza, con un movimiento mínimo, tan sutil que creo que sólo yo podría percibirlo. Éste no es el fenris que dejó escapar ayer. Éste es otro.

Pues también tendrá que morir. Me giro hacia él; la ligera brisa le agita el cabello rojizo. Me pregunto qué edad tendría cuando se convirtió. No parece mucho mayor que Silas. Imagino que casi nunca pasa hambre, con esa edad y esa voz tan encantadora. Es tan bueno haciendo morder el anzuelo como Rosie.

—¿Quieres verlo? Iba a llamar al servicio de control de animales, pero si queréis os lo enseño primero a vosotras —dice señalando el lugar por donde ha venido.

—¡Yo quiero verlo! ¡Vamos! —me anima Rosie. El hombre se relame cuando nos ponemos en pie, pero enseguida se vuelve y se mete en el bosque. Lo seguimos a varios metros de distancia.

—¿Está muy lejos el ciervo? —pregunto con voz alegre.

—No, ¡qué va! —contesta, dedicándonos una gran sonrisa. ¡Qué raro que aún no haya empezado a transformarse! No suelen aguantar la farsa tanto tiempo. Intento ver qué símbolo de manada lleva en la muñeca, pero sus movimientos me lo impiden. Traga saliva ¿por los nervios? No, los lobos nunca se ponen nerviosos. Algo no cuadra.

Los sonidos de la Fiesta de la Manzana se desvanecen bajo los del bosque. Lo único que llega a nuestros oídos es la bocina ocasional de algún coche del desfile. Decido concentrarme escuchando los ruidos del bosque: las ramas que crujen, las



llamadas de los pájaros, el arrullo del riachuelo que atraviesa el centro del parque. Cada vez que el fenris mira hacia atrás tengo que girar la cabeza hacia la derecha, para que sólo vea el ojo que me queda.

Nos adentramos aún más en el bosque, hasta que el hombre se detiene por fin.

—Aquí, ¡aquí está! —dice gritando, alzando extrañamente la voz. Se da la vuelta de golpe y señala hacia un punto en el suelo.

Rosie da un grito ahogado de horror. Yo imito el sonido, pero creo que suena sobreactuado.

¿Qué le voy a hacer si ya estoy acostumbrada a ver las cosas que hace un fenris para que una chica se sienta incómoda, tiemble o lllore antes de devorarla? Este fenris nos señala lo que parece, muy remotamente, un ciervo. Es lo que queda de él, ensangrentado y con las vísceras fuera. Por el suelo del bosque se desparraman tubos de intestinos color púrpura, y la lengua le cuelga de la boca junto a unos ojos grises muertos. Está prácticamente partido por la mitad, y todas las marcas son de lobo: piel arrancada a tiras y patas rotas colocadas como un montón de palos retorcidos bajo el cadáver del animal. Rosie se lleva la mano a la boca en un gesto que no me parece parte de la actuación, porque se diría que de verdad está a punto de vomitar.

—¡He dicho que aquí está! —repite el hombre. Le tiembla la voz.

He matado a docenas y docenas de lobos en mi vida y nunca jamás le ha temblado la voz a ninguno. Levanto la mirada sin tener ya en cuenta que he perdido mi tapadera y que ahora puede verme las cicatrices. Y de pronto me doy cuenta de por qué había lágrimas en sus ojos. No es un lobo, es un humano. Un humano tonto y estúpido que ahora mira ansioso algo justo por encima de mi hombro.

—¿Dos? —pregunta una voz profunda y gutural detrás de mí—. Te he dicho cinco.

Rosie y yo nos damos rápidamente la vuelta. El fenris es más joven y lleva el cabello alborotado y los vaqueros rasgados. Rosie agacha enseguida la cabeza, y con eso me dice todo lo que necesito saber: éste es el fenris al que se enfrentó ayer, y no puede permitir que la reconozca. Doy un paso por delante de ella para desviar la atención. Quiero luchar con él en nuestros términos y cuando yo diga, no cuando diga el lobo.

—Y encima ésta está estropeada —rebufa el fenris, mirándome la cara con desprecio. Su cabeza ya ha empezado a transformarse, y ahora parece un humano con los huesos de la cara rotos y arreglados a toda prisa con pegamento.

—¡Por favor! —implora el hombre detrás de nosotras, con la voz entrecortada y rota—. Lo he intentado, pero me he perdido en el bosque. Dos es todo lo que he podido conseguir en media hora.



—Entonces, ¿no te importa lo que le pase? —se burla el fenris. Por un momento no sé de quién habla, pero luego la veo: una chica de rubia y sedosa cabellera temblando junto al tronco de un árbol. Ha metido las rodillas dentro de su camiseta de la Fiesta de la Manzana, como si esa tela pudiera servirle de escudo contra el monstruo.

—¡Sí que me importa!

—No lo bastante como para ganar su libertad —dice el fenris con gesto de indiferencia. Las uñas empiezan a convertirse en garras, los ojos se le oscurecen. Detrás de nosotras, el hombre empieza otra vez a llorar.

Pa Reynolds nos contó que los lobos hacían a veces eso: chantajear a los humanos cuando estaban demasiado débiles para cazar todas las presas que necesitaban. Después de todo, ¿quién no sacrificaría a otros para salvar a los que ama? Por otra parte, sí parece que ayer Rosie se lo hizo pasar mal de verdad, si ahora pide cinco chicas. En cualquier caso, es la primera vez que me enfrento a un fenris con rehén, de manera que lo estudio detenidamente para planear mi ataque.

Y entonces la veo. El ojo, la mente, la garganta... de pronto todo se me nubla y se me seca. Le veo la marca limpia y clara en la muñeca derecha. Una marca de manada que reconozco, que sólo he visto una vez en la vida. La vi durante unos segundos en la muñeca del hombre que vino a casa de mi abuela a vender naranjas. Se me eriza la piel y siento algo muy potente que me recorre de arriba, abajo. No sé si Rosie ha visto la marca, pero me coge la mano justo cuando más se tensan mis nervios, como si lo hiciera por instinto. Lanzo un suspiro.

Un Flecha otra vez en Ellison. La caza es algo mecánico para mí; mi cuerpo y mi mente se ponen de acuerdo como si los hubieran creado para eso. Pero este Flecha me inunda de rabia y me dispara los latidos del corazón con furia, frustración y recuerdo. Quiero matarlo, no sólo a él, a toda la manada. Quiero que paguen más que cualquier otro fenris. El impulso por actuar ya, antes de que se transforme, está afectando a mi racionalidad. «Céntrate, Scarlett. Impide que esta manada haga a otros lo que te hizo a ti.» El hombre, que sigue llorando, da un paso hacia la chica aterrorizada, pero un abrupto soplido del lobo lo detiene en seco.

—Todavía me debes tres —dice el fenris, andando con pasos más lupinos que humanos—, pero podemos empezar con éstas —termina la frase con una oscura sonrisa. Tras dirigirme a mí otra mirada de asco, se vuelve hacia Rosie, que mantiene la cabeza gacha.

»¿No te gusta el ciervo, cariño? —le pregunta el fenris con una voz al mismo tiempo dulce y espantosa—. Qué poco amable de tu parte. A lo mejor si lo acaricias...

Se mueve, demasiado deprisa para un humano. Alarga la mano derecha, la que lleva la marca de la manada, y agarra a Rosie tan fuerte por la muñeca que sé que le quedará un cardenal. Rosie protesta con un grito y aparta la mirada.



—Venga, acarícialo —le ordena el fenris con voz cantarina y tenebrosa, acercándose tanto a ella que el aliento le agita la melena. Le aprieta aún más la muñeca y la lleva hacia el cuello grotescamente retorcido del ciervo. La mueca de dolor de Rosie hace sonreír al fenris y multiplica mi rabia por mil. A mi hermana nadie le hace daño. Veo cómo le tiemblan los dedos cuando él los empuja contra el cadáver. Cuando siente cómo sus uñas entran en contacto con la carcasa, Rosie alza finalmente el rostro y mira a la bestia a los ojos.

»¡Tú! —dice con odio el lobo.

—¡Eh! —grito. El fenris se vuelve a mirarme y su boca adopta una sonrisa rabiosa.

»¡No toques a mi hermana! —le digo amenazante.

—Primero ella —ruge— y luego tú... —Pero apenas acaba la frase, Rosie le da una patada en la entrepierna y un gancho izquierdo en la oreja. El fenris aúlla sorprendido, con jadeos entrecortados de animal. Busco el hacha bajo mi capa, pero, cuando se la voy a lanzar, el lobo ha saltado fuera de mi alcance. Rosie coge sus cuchillos y el fenris nos mira a una y a otra.

Entonces se da la vuelta y sale corriendo.

Rosie y yo salimos corriendo tras él, agachándonos bajo las ramas y los matorrales. Le hago una señal a mi hermana para que vaya hacia la derecha y yo atajo por la izquierda. Las zancadas del fenris aún se oyen como dos pies en lugar de cuatro patas. Me dejo caer por un desnivel de hojas mojadas como si fuera una ola del mar, sin pararme nunca. El corazón me late muy fuerte y me empuja hacia delante deprisa, cada vez más deprisa. No tiene escapatoria: por un lado está Silas; por el otro, Rosie, y por aquí, yo. Es mío. No me importa lo fuertes que sean los Flechas, éste es mío. Corro más deprisa, saltando sobre las rocas y registrando con los ojos el bosque. Son muy buenos camuflándose, pero tantos años cazando me han enseñado a detectar su silueta entre las hojas muertas. Ahí está. Ya es medio monstruo; el pelo le ha roto la camisa y le está descendiendo por la espalda. Levanta la vista a tiempo para verme saltar desde unas matas, mientras sus dientes se alargan en colmillos amarillentos.

Con sus zancadas rápidas y contundentes avanza hacia mí, absolutamente colérico. Me recoloco el hacha en la mano derecha y veo cómo detrás de él se acerca Silas corriendo entre los árboles como un zorro y saltando plantas. Rosie no debe de andar muy lejos.

El fenris se abalanza sobre mí con un aullido estremecedor, pero lo evito rodando hacia un lado. Cuando se da la vuelta le lanzo el hacha. El arma se hunde en su ijada y por un segundo le veo el blanco de las costillas. Aúlla de rabia y de dolor y los ojos le brillan de furia. Relanza el ataque, pero yo voy más rápida y le asesto un golpe



contra las patas delanteras y lo hago caer. Mientras su largo hocico se estampa contra el suelo, me alejo de un salto, recogiendo el hacha al pasar.

Un agudo silbido atraviesa el aire. Como si se hubiera materializado, el cuchillo de Rosie aparece hundido hasta la empuñadura en las ancas del fenris. Miro hacia la derecha y la veo salir de entre los arbustos. Volteo el hacha y la clavo en el hombro del lobo. Salta e intenta huir, y, aunque el cuerpo herido se le desploma cada pocos pasos, sigue siendo más rápido que cualquier hombre o animal. Avanza unos cuantos árboles más, pero Silas sale de detrás de un grueso roble y le propina una rápida patada en la quijada. El lobo se lanza hacia delante y consigue clavar los colmillos delanteros en el brazo de Silas, pero para entonces yo ya los he alcanzado. Cuando Silas se encoge y aparta al lobo de un puñetazo, basculo el hacha y se la clavo a fondo en el lomo. En uno de los tobillos del monstruo, bajo una capa rala de pelo, puede verse aún la marca de la manada, la flecha negra.

Las imágenes se suceden: los ojos abiertos como platos de Oma March, la sombra bajo la puerta, el golpeteo de las uñas en los tablones del suelo, Rosie apretándose contra mí. Saco el hacha y la vuelvo a hundir a fondo en el lomo del fenris, como hice hace años con un trozo de espejo. El lobo reacciona deprisa y me aparta mientras intenta recuperar fuerzas.

No se lo permitiré.

Vuelvo a abalanzarme contra él; a mi alrededor, el bosque se desdibuja. Quiero que sufra, quiero que se sienta destrozado, quiero arrancarle el ojo como uno de su manada me arrancó el mío. Le lanzo el hacha contra la cara, pero retrocede y me golpea fuertemente con la garra. Se me llena la boca de sangre, y Rosie o Silas —no estoy segura de cuál de ellos— me agarra por la capa e intenta apartarme.

«No, no.» Me saco de encima a quien sea y me precipito contra el lobo. Jadea con dificultad, intentando sobrevivir, pero en sus ojos aún se ve el brillo del odio y el hambre. Salta hacia delante con la boca abierta para morderme la cintura. Me doy la vuelta de golpe y arrojo la parte de arriba del hacha contra su pecho. Ruge de rabia, pero yo no he acabado. Los Flechas no dejan morir a sus víctimas, les arrancan la vida centímetro a centímetro. Y eso es lo que yo voy a hacer. Doy un paso adelante y hago acopio de la poca energía que me queda para asestar otro golpe.

—¡Scarlett, para! —grita una voz. Silas se pone delante de mí y me aparta con suavidad. Estoy tan exhausta que no me resisto y me derrumbo contra un árbol, jadeante.

»Se está muriendo. No corras riesgos luchando contra un fenris moribundo.

Intento coger aire mientras recorro el bosque con la vista buscando a mi hermana. Da un paso detrás de mí y me pone la mano sobre el hombro. Sentirla amaina la



tormenta de rabia que seguía arremolinada en torno a mi corazón. Ya he matado al lobo; he matado a otro Flecha. Con eso basta.

—Vale —concedo por fin a Silas—. Lo siento, es que... —Ni siquiera sé qué decir. Me limito a mover la cabeza y miro por encima del hombro de Silas los vanos esfuerzos del animal para levantarse. Me ve y gruñe, y luego le dirige a Rosie una larga y hambrienta mirada.

Silas se arroja sobre él y le arranca el cuchillo de Rosie de las ijadas. El lobo se estremece y el pelo de su lomo empieza a esconderse otra vez bajo la piel. ¿Se transforma? ¿Ahora, en las puertas de la muerte? ¿Para qué perder la poca energía que le queda? Me acerco fatigosamente mientras Rosie me coge del brazo. Nos lanza un mordisco desde una horrible boca humana repleta de colmillos de lobo. Silas se arrodilla y apoya el filo del cuchillo contra la garganta del animal.

—¿Qué hace la manada Flecha cazando en Ellison? —pregunta en voz baja.

El fenris sonrío, abriendo los labios como no podría un ser humano. Le corre sangre por el escaso pelo que le queda en la cara. Silas hunde un poco más el cuchillo.

—La fase está a punto de empezar —responde el fenris con voz quebrada sin abandonar su infame sonrisa.

Y se muere. El fenris estalla en sombras que se esparcen por el suelo del bosque y se deslizan bajo las hojas y las ramas caídas como si les asustara que las vieran.

A lo lejos se oye la bocina de algún coche del desfile.

—¿Adonde han ido el tipo y su novia? —pregunta Rosie rompiendo el silencio mientras registra el bosque con los ojos. Tiene una mirada dulce, como si esperara que salieran de un escondite para consolarlos.

—El que matamos la noche en que regresaste era Moneda —le recuerdo rápidamente a Silas, ignorando a mi hermana.

Silas le contesta primero a ella.

—Se han ido corriendo juntos en cuanto el lobo se ha puesto a correr. Supongo que se recuperarán, en cuanto se convenzan de que todo ha sido una pesadilla. Y Scarlett, eso significa que ha habido un Flecha, un Moneda... Rosie, ¿llegaste a ver la marca del que mataste ayer?

—Creo que era Campana, no estoy segura. También podría haber sido otro Moneda...

—¿No se te ocurrió que tenías que averiguarlo? —la corto bruscamente.

—Lo siento. Estaba un poco ocupada luchando contra dos fenris a la vez. A lo mejor, si hubiera tenido la oportunidad de cazar sola antes, me podría haber relajado



lo suficiente como para fijarme en las señales de la manada —me responde Rosie con tono provocador.

—¡Pero es la marca de la manada, Rosie! ¿Cómo no se te ocurrió...?

—¡Calmaos las dos! —interrumpe Silas. Limpia el cuchillo de Rosie contra sus vaqueros y se lo tiende. Luego se inclina para arrojarme a mí el hacha aún manchada de sangre. Le lanzo una mirada enfadada mientras me limpio el arma con mi capa.

—Flecha, Campana, Moneda. Un representante de cada manada. «Fase»... Se refiere a las fases de la luna, ¿verdad? —murmuro mientras vuelven a mi cabeza docenas de relatos de fenris que me contó Pa Reynolds.

—Sí. Y tiene razón: dentro de una semana más o menos habrá luna llena, lo que significa que... —empieza a decir Silas.

—Están buscando otro fenris potencial —acabo su frase—. Debe de haber uno por aquí mismo, ante nuestras narices. —Los Potenciales son raros, pero existen. Con un solo mordisco, suficiente para romper la piel, basta para transformar a un Potencial en un auténtico fenris, según Pa Reynolds. Me estremezco. Demasiadas veces me pregunto cómo debes de sentirte cuando te desgarran el alma. Pero no es algo que quiera volver a pensar.

Nunca hemos acabado de detectar qué es exactamente lo que hace a un hombre —o a un chico— susceptible de perder el alma y convertirse en monstruo. Sólo sabemos que es muy específico, que ocurre únicamente durante determinadas fases lunares y que es lo bastante importante como para que los lobos abandonen sus territorios para buscarlo. Los atrae hacia él una extraña fuerza, como un olor que los seres humanos no pueden distinguir. No saben con exactitud ni dónde está el Potencial ni quién es, pero saben que existe, y peinarán todo el país en su busca.

—Un Potencial —repite Silas, frunciendo el entrecejo—. Tiene sentido. No puede haber ningún otro motivo para que tantas manadas envíen a sus miembros tan lejos.

—¿Cuántos lobos mandarás para buscarlo? —pregunta Rosie. Silas y yo nos encogemos de hombros al mismo tiempo.

—Los que haga falta. Todos quieren aumentar su manada, ser la manada que gana un miembro nuevo. Como hay tan pocos Potenciales, no me extrañaría que todas las ciudades del estado estuvieran repletas de miembros de todas las manadas. O, si no, lo estarán pronto. En cuanto uno de ellos detecte el rastro del Potencial, las cifras se triplicarán. —Silas responde mientras nos acercamos de nuevo hacia las mesas de picnic.

—Genial —dice Rosie con voz débil.

En una ciudad grande, la manada tiene controlados a cada uno de sus miembros para evitar que llamen demasiado la atención. Pero cuando mandan a los lobos solos,



cuando mandan a cientos de lobos solos... ¿quién les impide darse un festín con todas las chicas de pueblo que encuentren?

—Entonces, ¿tendremos que cazar más a menudo? —pregunta Rosie, al ver mi expresión—. Ya estamos cazando todo el tiempo. Seguro que hemos matado a centenares...

—Noventa y tres —respondo entre dientes acariciando con la mano la superficie mohosa de la mesa—. Hemos matado a noventa y tres. —Casi un centenar de lobos y, sin embargo, con siglos de lobos inmortales cazando, encontrando Potenciales y creando nuevos monstruos con ellos, el haber matado sólo a noventa y tres me revuelve el estómago. Es probable que los fenris que quedan ni siquiera noten la diferencia.

Alejo la frustración y continúo:

—Supongo que todas estas manadas van hacia Atlanta, recordad que están teniendo asesinatos en serie. Y son manadas antiguas y enormes. Campanas, Flechas, Monedas... y eso suponiendo que las manadas más pequeñas no estén también cazando. Gorriones se está ampliando; para ellos sería lógico ir a cazar allí, porque así tendrían lobos por toda la región. Y eso suponiendo que las manadas no junten fuerzas para buscar al Potencial. Tengo la sensación de que a los fenris les interesa más crear un lobo nuevo que ganarlo para su manada. Nunca podremos matarlos a todos.

—Podemos cazar todos los días. Y Silas ha vuelto, nos puede ayudar —intenta animarme Rosie, aunque noto decepción en su voz ante la perspectiva de una caza eterna. Silas asiente sin ganas mientras vamos hacia su coche.

—La siguiente fase lunar comienza el sábado —dice Silas con expresión pensativa mientras cuenta días con los dedos—. Será luna llena. Eso quiere decir que durante veintinueve días a partir del sábado, hasta la siguiente luna llena, se multiplicarán las manadas en busca del Potencial. Lástima que Pa no supiera más sobre ellos... —Silas no acaba la fase. Sí, una gran lástima. Al parecer, lo que convierte a un hombre en un Potencial es una especie de código que sólo pueden descifrar los lobos. Vale, sabemos que es cierto hombre en cierta fase lunar, pero, sin más detalles, no podemos predecir cuándo aparecerá un Potencial ni imaginar dónde puede estar ni encontrarlo antes que los monstruos. Es como no saber nada.

Los sonidos del festival se oyen ahora más fuertes e invasivos, demasiado alegres para el nubarrón que acecha mis pensamientos. Un grupo de niños se queda mirándome las cicatrices. Una de ellas está tan asombrada que deja escapar el globo color pistacho, y el globo se eleva y desaparece en el cielo dolorosamente azul.

Subimos al coche y nos quedamos un momento en silencio, sumidos en su aire denso. Silas maniobra marcha atrás para salir del aparcamiento y surcamos la



multitud vestida de rojo y verde, gente sin la menor idea de que andaba un monstruo entre ellos. Ni de que llegarán más. Silas pone el intermitente y abandonamos por fin el gentío del festival. No podremos matar lobos con la rapidez suficiente. Yo no podré hacer lo suficiente. Morirán más chicas, y se creará un fenris nuevo. Los fenris nuevos cazan a diario y son más fuertes, más rápidos, más hambrientos que cualquier otro lobo. La frustración me invade cuando nos incorporamos a la carretera.

—Perderemos. Hasta que encuentren al Potencial, no podremos impedir que maten a chicas mientras las manadas envían más lobos cada día.

—¿Y si...? ¿Y si fuéramos allí? —dice Silas, virando bruscamente para evitar un armadillo.

—¿Adonde?

—A la ciudad. Si fuéramos a cazarlos donde hay más. Donde se están congregando.

Claro, es muy lógico. La caza perfecta, en su origen.

La caza perfecta. Demasiado perfecta.

—Nunca funcionará. No podemos mudarnos a Atlanta, Silas. Ni siquiera podemos coger un piso. Estamos arruinadas —le digo mientras hago cuentas mentalmente. Entramos en casa y me dejo caer en el sofá casi de inmediato, con los dedos en las sienes.

—Yo puedo pagar parte de un piso —dice despacio Silas mientras se sienta en una silla de madera de la cocina. Yo alzo las cejas y Rosie deja escapar un sonido de sorpresa.

—¿Quieres ir a vivir a la ciudad? —le disparo.

—No para siempre, pero un mes o dos no me importa. Sé que tú no podrás resistir sin ir, Lett; y, después de todo, sois... bueno, sois como mi familia —dice deprisa, mirándonos a una y a otra—. No puedo pagarlo todo yo, pero Pa Reynolds me dejó una herencia bastante digna. Además, él está en la residencia Vincent's Elderly Care, que está en la ciudad. Así podré visitarlo más durante un tiempo.

Me levanto del sofá, con la mente trabajando a cien. Podría funcionar. En el fondo, es tan sencillo como eso. Aunque me cuesta creer que Silas, el mismo que abandonó la caza y a mí a cambio de San Francisco, esté tan dispuesto a dejar Ellison a cambio de los lobos. Pero lo está. Y Rosie irá a donde yo vaya.

—Aun así, necesitamos dinero. —Claro que podríamos vender... llevo los ojos hacia la habitación de Oma March y luego hacia los de Rosie. Mi hermana suspira y aparta la mirada, pero asiente en silencio. «Haz lo que tengas que hacer.» Al mirar la



puerta del dormitorio, un pensamiento me cruza la mente: ¿qué sentiría si pudiera destruir al líder de la manada que me destrozó a mí?

»Vale —digo a media voz. Miro a Silas—. Vale, hagamos eso.

Silas lo acepta,

—Tengo un amigo al que creo que le podríamos subalquilar el apartamento. No será bonito, pero sí barato.

—Barato es lo que cuenta —contesto—. ¿Cuándo podemos ir? —Necesito moverme deprisa, ahora que hemos tomado la decisión. Intento suprimir el deseo de volver al coche de Silas y conducir hasta la ciudad ya mismo. Rosie me pasa los dedos por el cabello para apaciguarme.

—No lo sé, tal vez en una semana. ¿Es muy pronto? Deberíamos procurar estar allí antes de que empiece la fase, antes de que los fenris se pongan nerviosos de verdad —dice Silas.

—No, no, una semana va bien. Una semana. —Suspiro y me vuelvo hacia Rosie, apartando el pelo de sus dedos. Nos enviamos un mensaje sin palabras.

—Una semana —accede Rosie con tono suave.



Capítulo 6. Rosie

Scarlett hace las cosas ahora, nunca después. En cuanto Silas se va, se pone a preparar lo que hemos empezado a llamar «el traslado» sin gran entusiasmo. Hablamos de ello con la misma naturalidad con que se habla de «la mesa» o «el gato» porque hemos hecho un pacto mutuo de silencio, según el cual, dejar la casa será más fácil si lo hacemos como si nos arrancáramos una tirita. Rápido y sin pensarlo demasiado.

Aunque me cuesta mucho, puedo dejar para más adelante la idea de abandonar nuestro hogar, el lugar donde crecimos, las habitaciones llenas de recuerdos, buenos y malos. Como me hace daño, supongo que es lógico que mi cerebro aparte la idea y no me deje darle vueltas. Sin embargo, hay otro aspecto del traslado que no puedo ignorar, al que mi mente vuelve una y otra vez porque es emocionante y al mismo tiempo, angustioso.

Voy a vivir con Silas Reynolds.

El mismo piso, las mismas habitaciones, la misma ducha, cocina, suelo... ¿Dormiré cerca de donde duerma yo? ¿Qué pensará cuando vea que por las mañanas mi pelo se parece al pelo de *Screwtape*? Pero, sobre todo, ¿por qué me preocupa tanto todo esto? Son preguntas que no puedo hacer a nadie, ni a Scarlett ni, por supuesto, a Silas, y éstas y un millón más me dan vueltas en la cabeza y me hostigan toda la semana mientras hago las maletas.

No tardo mucho en darme cuenta de lo repleta de cosas que está mi habitación. Fotos y cuadros antiguos y pequeñas figuritas de madera que Silas y sus hermanos tallaron para Scarlett y para mí. Cosas viejas, cosas antiguas que no puedo tirar porque me las dio Oma March o porque me ayudan a aferrarme a los pocos recuerdos que tengo de antes del ataque. ¿Me las llevo? No, por supuesto que no. Sólo lo imprescindible.

Pero, dos días antes de marcharnos, envuelvo cuidadosamente los cuencos de cristal verde de Oma March en dos camisetas viejas mientras mi hermana comenta mapas en voz baja y marca puntos de caza.



La mañana de nuestra partida, Silas asoma la cabeza por la puerta.

—¿Estáis preparadas? —pregunta.

—Sí —respondemos tan al unísono que ni siquiera yo sé de quién era cada voz.

Silas se niega a ayudarnos a meter en la jaula a *Screwtape*, que bufa como loco porque hace mucho que sospecha que nos traemos algo entre manos. Cuando voy a cogerlo, fingiendo naturalidad, *Screwtape* sale disparado. Seguro que sería más fácil enjaular a un fenris que a *Screwtape*. El baile se repite varias veces y acaba con Scarlett y yo coloradas del esfuerzo y Silas riéndose de nosotras. Por fin lo acorralamos y Scarlett consigue echarle encima el cesto de la ropa cuando estaba demasiado ocupado preparando su próxima carrera.

—Todavía estamos a tiempo de dejarlo en casa —bromea Silas (o eso creo yo) mientras cargamos la cesta de la que salen maullidos furiosos en el asiento trasero de su coche. Scarlett mira como si coincidiera con él mientras se acaricia los arañazos que tiene sobre las cicatrices más profundas del fenris. Pasa al asiento trasero del coche y Silas yo nos sentamos delante. Silas arranca haciendo un puente y aporrea la radio durante unos minutos hasta que se pone en marcha.

»Por cierto, no podemos cambiar de emisora —dice.

—¿Por qué te encanta la música pop? —pregunto, arrugando la nariz mientras nos aporrea una canción estridente.

—¡Qué va! —responde Silas—. La odio. Pero la última vez que la cambié, el coche se paró. ¡Ah! Y aléjate de la puerta, que a veces se abre sola.

—¡Oh..., fantástico! —exclamo, alejándome de la puerta todo lo que puedo. Pero esto es aún más peligroso porque ahora estoy increíblemente cerca de Silas, tan cerca que soy hiperconsciente de que mi hermana está justo detrás de mí. Tenso el abdomen en un intento de frenar el impulso de mi cuerpo de abalanzarse sobre él. Me estremezco y trato de librarme del deseo.

—Bueno... —dice Silas, y el coche se queda en silencio, salvo por los jadeos sexuales del cantante pop y los gruñidos bajos y profundos de *Screwtape*. Los tres miramos la casa mientras el coche retumba bajo nuestros asientos. De pronto noto algo que me aprieta el pecho. Es el impulso de volver corriendo y decirle a la casa que no se preocupe, que volveremos, que se mantenga bien cerrada y que riegue el jardín.

No es más que una casa. Pero en el retrovisor encuentro el ojo de Scarlett, que me devuelve una mirada algo cómplice.

—Adelante, Silas —dice con una voz suave poco habitual en ella. Me alivia que lo diga ella, porque yo no habría podido. Silas confirma con la cabeza y se vuelve para dar marcha atrás, y al hacerlo, su mano me roza el hombro sin querer.



—Perdón —se disculpa en voz baja, como si estuviera cuchicheando en una iglesia. Le quita importancia con un gesto. Entretanto, Scarlett estira sus largos brazos y piernas en el asiento de atrás y se tapa con la capa.

Mientras sigo buscando un punto intermedio entre la puerta de la muerte y el hombro de Silas, contemplo por la ventana cómo salimos poco a poco del pueblo. La carretera es llana e hipnótica, y las líneas discontinuas se desvanecen rítmicamente ante nosotros. Me vuelvo para mirar a mi hermana. Se ha quedado dormida, y *Screwtape* le lanza miradas sombrías, como si la culpara por verse en ese aprieto.

Miro hacia Silas, intentando dar la impresión de que estoy mirando por su ventana. En realidad, lo que quiero es estudiarlo con detenimiento. Lleva una de sus muchas camisetas prácticamente raídas, unos vaqueros blandos de tanto lavarlos, el cabello ondulado... Todo en él pide ser tocado...

—¿Estás nerviosa? —dice Silas de repente.

—¿Cómo? ¡No! —respondo bruscamente—. ¿Tanto se me nota?

Silas arquea una ceja y se ríe.

—Es lógico. Tú y Lett habéis vivido siempre en Ellison. —«Vale, entiendo. Habla del viaje, no de que esté resistiendo la tentación de abalanzarme sobre él.» Permanecemos en silencio durante un momento, y una incomodidad casi tangible flota a nuestro alrededor. Silas tamborilea con los dedos sobre el volante.

»Bueno, no es Ellison, pero creo que el sitio que hemos alquilado te gustará —continúa—. Está en una zona guapa donde pueden hacer montones de cosas en plan artístico. Hay un centro social que ofrece clases de baile, de cerámica, de pintura y cosas por el estilo. Es algo cutre, pero artístico al fin y al cabo.

—¡Oh! —digo, en un esfuerzo fatal por ocultar un poco la decepción en mi voz. Por lo general, no me importa no tener una vida propia fuera de la caza, hasta que me topo con flamantes ejemplos del mundo ajeno a ella, como Sarah Worrell y compañía hace una semana en la farmacia. Y ahora lo veré cada día: gente que no caza, gente que ni siquiera sabe que existen los fenris... y yo.

»¿Crees...? —empiezo a decir, y me vuelvo hacia atrás para asegurarme de que Scarlett está realmente dormida y no lo finge. Su pecho sube y baja de manera diferente cuando duerme de verdad. Ya tranquila, vuelvo a mirar a Silas y escojo las palabras con cuidado—. ¿Crees que soy buena cazadora?

Silas parece desconcertado.

—Por supuesto. Tú y Lett sois las mejores cazadoras que yo...

—No, Scarlett y yo, no. Sólo yo —digo.

Silas reduce un poco la velocidad del coche para mirarme.



—Sí. ¡Sí, claro! ¡Joder, Rosie, y perdona, pero eres letal con un cuchillo!

Sonrío y muevo la cabeza, recordando lo mucho que Silas reñía a sus hermanos mayores por decir tacos delante de mis «oídos virginales». Me consuela saber que ha cambiado de opinión.

—Vale —digo—, cazamos juntas. Pero para Scarlett... es como una parte de su alma.

—¡Huy, cómo dramatizamos! —bromea Silas, pero frunce el ceño al ver que no me río.

—Ya sabes lo que quiero decir. Es lo que impulsa su vida.

—¿Pero no a ti?

—No lo sé. Bueno, puede que sí. Es igual. Le debo la vida, ¿no?

—Sí, pero... como le dije a tu hermana, eso no quiere decir que deba tenerte encerrada en una jaula para siempre. Es decir, a no ser que tú quieras estar encerrada en una jaula. Espera, esto suena raro. —Silas mueve la cabeza y suspira—. Contigo siempre se me traban las palabras, Rosie.

—Produzco ese efecto en la gente —bromeo, pero la cara de Silas se mantiene seria. Sonrío nerviosa.

—Lo que intento decir —comienza de nuevo en voz baja— es que tu hermana no te salvó la vida sólo para que renuncies a ella por la caza, si tú quieres algo más.

No respondo porque ahí está el problema. Los cazadores no quieren más, al menos, no los cazadores emparentados con Scarlett March. A ver cómo explicas lo de las clases de baile cuando tu hermana está intentando salvar el mundo.

Continuamos el viaje prácticamente en silencio mientras el sol se va elevando sobre nosotros; Scarlett se despierta cuando casi está en lo más alto. Pero la ciudad no empieza a vislumbrarse hasta la tarde. Atravesamos pueblos no muy diferentes de Ellison; después, poblaciones más grandes; luego, hileras de gasolineras y concesionarios de automóviles y, por fin, aparecen en el horizonte los edificios más altos. Se hacen cada vez más grandes, como si se acercaran a nosotros a la misma velocidad que nosotros avanzamos hacia ellos, y nos tragan con sus bocas de acero cuando serpenteamos por debajo de un puente y finalmente entramos en las calles de la ciudad.

Me vuelvo para mirar a Scarlett. Parece nerviosa; su ojo acerado explora el paisaje urbano. Scarlett nunca se muestra nerviosa, de manera que ahora soy yo la que se está poniendo nerviosa, y el enorme ajetreo de la ciudad no ayuda mucho. Hay gente por todos los lados, más gente de la que he visto en toda mi vida, más coches, más edificios hasta donde alcanza la vista, un laberinto de hormigón gris y plateado



iluminado por anuncios de vivos colores, luces intermitentes, taxis de un intenso color amarillo. Scarlett se hunde un poco en su asiento, deja caer el cabello sobre su ojo herido y se estira las mangas para tapar los brazos.

—Aquí es, Andern Street —murmura Silas, girando hacia la derecha. La calle por la que baja está oscura, como si sobre nosotros se cerniera una nube enorme, a pesar de que hace un día soleado. En la esquina hay una iglesia llena de ventanas enrejadas que necesita con urgencia una capa de pintura. El resto de los edificios de Andern Street son viejos y parecen a punto de desmoronarse. En la esquina de la calle pasan el rato un grupo de hombres de aspecto sospechoso.

Silas empieza a recitar los números de los edificios y reduce la marcha del coche.

—Es éste —dice con tono concluyente—. Andern, trescientos treinta y tres. —Nos mira a Scarlett y a mí, que nos hundimos en nuestros asientos para poder ver el edificio.

Escoltada por dos antiguos edificios de oficinas y enfrente de un solar, la casa tiene el aire de lo que alguna vez ha sido elegante e incluso bonito: la pintura blanca de los tablones está descascarillada; junto a la puerta, unos apliques oxidados forman arabescos Victorianos; y en el tejado se alza hacia el cielo una cúpula octogonal. La mayoría de las ventanas tienen las cortinas corridas, todas diferentes, como si el edificio fuera una colcha de *patchwork*. Algo en él le confiere un aspecto blando, como si todo él estuviera construido con el mismo material que una colmena y pudiera ser aplastado y esparcido por una fuerte ráfaga de viento o una piedra certera. Un grupo de vagabundos nos observa con miradas lascivas; sus rostros curtidos me escudriñan primero a mí y luego, a Scarlett, a quien examinan con miradas de asombro. Ella se ajusta el parche del ojo.

—Es en el piso octavo. Sin ascensor —dice Silas, como si temiera que cambiáramos de opinión.

—¿Tenemos vistas de algún sitio? —pregunta Scarlett, ignorando a los vagabundos.

—Sí. De la calle, y tenemos acceso al tejado.

—Bien —dice Scarlett con sinceridad—. Bien para montar algo así como un puesto de observación, quiero decir.

—Exacto —añado sólo porque tengo la sensación de que debo decir algo. Me doy la vuelta y miro al otro lado de la calle. El solar está rodeado de una desvencijada valla metálica, hierba crecida y dos edificios que parecen abandonados. En su interior se pueden ver los chasis de unos coches viejos, esqueletos de una época en la que esta calle estaba un poco más... viva. Silas hace un cambio de sentido en mitad de la calle bajo las atentas miradas de los vagabundos —que ahora que lo pienso podrían ser



nuestros vecinos de edificio— y aparca frente al solar, en un espacio tan pequeño que apenas se puede considerar una plaza de aparcamiento.

Screwtape empieza a maullar otra vez. Me parece bastante lógico, si ha visto su nuevo hogar. Vuelvo por un momento a nuestra pequeña casa soleada, las flores de vivos colores, la brisa que olía a heno fresco y el ruido sordo del ganado.

Silas abre la puerta del conductor y entra el ulular de una sirena de policía cercana. Levanta la vista hacia el edificio y luego la dirige al interior del coche. Scarlett está cogiendo sus cosas a toda prisa, de manera que los ojos de Silas, en los que se atisba cierta preocupación, se quedan en los míos.

—Estoy bien —comento en voz baja. Nada más salir las palabras de mi boca, me doy cuenta de que ni siquiera ha tenido que preguntarme. Me vuelvo hacia el asiento trasero y recojo de manos de Scarlett la cesta-jaula de *Screwtape*. Silas abre el maletero, se cuelga mi bolsa de lona al hombro y coge una castigada caja de herramientas roja. Uno de los hombres me silba, y Scarlett ríe con disimulo.

—Vamos, Rosie, dale su merecido —dice en voz baja. En cuestión de lobos es sobreprotectora, pero, cuando se trata de hombres, le parece muy divertido cómo dan por hecho que las chicas no son capaces de defenderse.

La puerta de entrada no está cerrada con llave, y se abre tan rápido que casi le da a Scarlett en la cara. Por dentro produce la misma sensación de belleza venida a menos: suelos embaldosados agrietados, barandillas completamente desgastadas y una araña a la que le faltan tantos cristales que apenas es algo más que una bola de luces sujeta al techo. La escalera sube en espiral y en cada rellano asoma un apartamento. A mitad de la escalera, un hombre muy musculoso abre su puerta de golpe y nos mira con el ceño fruncido cuando pasamos por delante. De su apartamento sale un fuerte olor dulzón.

—¡Fantástico, vivimos en una casa de camellos! —exclama Silas una vez que el hombre ha vuelto a cerrar de un portazo.

Para cuando llegamos al último piso, mis músculos y *Screwtape* ya se me están quejando con la misma intensidad. Una música a todo volumen nos atruena desde abajo, tan alta como si el equipo estuviera pegado a nuestras orejas. Silas pone las bolsas en el suelo y hurga en su bolsillo buscando la llave, aunque no hace falta, porque, al apoyarme en el marco de la puerta, ésta se abre de golpe y se estampa contra la pared.

—Bueno —dice Scarlett. Como ni Silas ni yo nos movemos, se abre paso y entra la primera. Silas y yo nos miramos un instante antes de seguirla.

El apartamento es un espacio abierto, no hay paredes que separen una habitación de otra. El techo de estaño estampado es muy alto y hace que nuestras pisadas resuenen como si estuviéramos en un museo; a decir verdad, ésa es más o menos la



sensación que produce. Las paredes están cubiertas de chinchetas, de las que todavía cuelgan fragmentos de pósters, y una esquina está repleta de recortes de revistas con mujeres en diversos puntos de desnudez. Las ventanas son enormes, pero algunas están agrietadas y les faltan unos cuantos cristales. El lugar huele a cerrado y a humedad, como si fuera un sótano. Fuera, en una escalera de incendios muy oxidada, hay unos cuantos tiestos cuyas plantas hace tiempo que murieron y descansan desmayadas por sus bordes.

Hay muebles, si es que se pueden llamar así. Un armazón de cama recién salido de los años sesenta acecha en una especie de alcoba de la sala principal. Hay una mesa de comedor redonda con un aspecto bastante decente, si no fuera por el *grafiti* rosa fluorescente que reviste su superficie de roble. Y el sofá... bueno, el maltrecho sofá marrón parece cómodo, pero no seré yo quien se siente en él, a menos que alguien lo cubra con una o una docena de mantas. Pobre Silas, él tendrá que dormir ahí.

Silas se muestra relajado, aunque un poco molesto por el lugar, y Scarlett... bueno, es Scarlett. *Screwtape* deja por fin de gruñir y empieza a mirar fijamente las cucarachas y a husmear en busca de ratones mientras deshago la bolsa de las cosas de cocina, temerosa de poner algo en un cajón. Scarlett y Silas ponen el colchón contra la pared y lo sacuden con una escoba por turnos. Cuelgan una sábana de flores en la entrada del reducido espacio donde está la cama en la que dormiremos Scarlett y yo.

Tres horas después, el apartamento sigue teniendo un aspecto espantoso, pero al menos no hay botellas de cerveza por todas partes ni ceniza y colillas sobre las superficies. En la calle, un perro ladra como loco.

—Voy a pagar el alquiler —dice Silas, revisando con desgana todo el espacio.

—Tengo que ir a buscar el dinero para pagar nuestra parte, —añade Scarlett, hurgando en una bolsa. Miro hacia otro lado; preferiría no saber qué cosas de nuestra abuela ha decidido empeñar.

—¿Vienes con nosotros, Rosie? —pregunta Silas, apoyándose en una de las muchas columnas de hierro que seccionan el apartamento.

Sé que debería ir porque sé que Scarlett espera ir a cazar después: está afianzando el hacha a su cinturón. Pero la verdad es que yo no quiero ir a cazar. Quiero quedarme en casa. ¿Cuánto tiempo hace que me pregunto cómo sería la vida fuera de Ellison? No voy a ponerme a añorar el pueblo ahora que estoy en Atlanta.

—No, estaba pensando en que me quedaré aquí y terminaré de deshacer las maletas —respondo, sentándome sobre la encimera. Scarlett me mira fijamente, y sé que puede ver la frustración en mi mirada. Asiente.

—Vale. No te quites los cuchillos de encima, ni siquiera aquí, —dice, arrojándome el cinturón en el que están bien guardados los dos cuchillos con empuñadura de asta.



Silas me sonríe con dulzura y se va con Scarlett. Cierran la puerta con cuidado hasta que se oye el chasquido de la cerradura. Sus pasos resuenan al bajar la escalera y oigo que la puerta del camello se abre de golpe a su paso. Suspiro y me siento en una de las sillas. Pongo los pies sobre la caja de herramientas de Silas, creo que perteneció a Pa Reynolds.

—No seas tonta, Leoni —dijo Pa Reynolds mientras descargaba las herramientas de la parte trasera de su vieja camioneta. Tenía serrín en el cabello y su mono estaba permanentemente manchado de grasa—. La casa de un hombre, o de una mujer, es su castillo.

—Eso no significa que debas hacerme el trabajo gratis —dijo Oma March, con los brazos cruzados.

—Pero yo soy su humilde servidor, mi majestad —dijo Pa Reynolds con una sonrisa maliciosa.

Nuestra abuela y el padre de Silas eran más o menos de la misma edad y siempre mantuvieron una especie de coqueteo amistoso. Pensándolo ahora, supongo que para ellos era normal buscar consuelo en el otro. La madre de Silas, Celia, murió cuando él tenía ocho años, y la diferencia de edad entre Pa Reynolds y su hermano Jacob, el único de sus siete hermanos que seguía viviendo en Ellison, era tan grande que más bien parecía otro de sus hijos. Siempre tuve la sensación de que Pa Reynolds anhelaba cierta compa a y comprensión de Oma March, aunque lo expresara en un tono de colegial que nos daba un poco de vergüenza.

Mientras acaricio el pelo de *Screwtape* y miro con recelo las tuberías oxidadas del techo, me pregunto qué haría Pa Reynolds para arreglar este lugar. Fuera, las campanas de la destartalada iglesia dan la hora con unos sonidos mecánicos y metálicos, más discordantes que tranquilos. *Screwtape* bufa al oír el ruido y yo suspiro. Creo que ni Pa Reynolds podría convertir este apartamento en un castillo. Pero a lo mejor Silas s  que puede.



Capítulo 7. Scarlett

En esta ciudad siento a los ferris por todas partes. Como si hubieran tocado todo cuanto me rodea y hubieran andado por todas las aceras. Las calles son un conglomerado de metal, vidrio y gente. ¡Es tan y tan distinto de Ellison...! Aquí la gente no se queda mirándome. No miran a nadie, sólo miran hacia delante y se precipitan hacia sus destinos como si tuvieran misiones importantísimas. Supongo que en eso sí que coincidimos.

La casa de empeños es lúgubre y está abarrotada de objetos que huelen a hogares ajenos; a suavizante para la colada, a cigarrillos fumados, a especias cocinadas... Me acerco al mostrador, donde una mujer hombruna con expresión aburrida está mirando un *reality show* de sobremesa en un televisor minúsculo. Le entrego dos pulseras y al cabo de un momento salgo de la tienda con un delgado fajo de billetes en la mano.

Aquí el atardecer se prolonga eternamente: cuando ya se ha puesto el sol, millones de luces se apoderan de las calles. Todo el mundo y todas las cosas se iluminan bajo el reflejo de los rótulos de neón, las marquesinas encendidas y los faros de los coches. Me hace perder el sentido horario, porque ya no puedo calcular la hora exacta de la tarde en función del sol o de la luna. Entro en la primera estación de metro que me sale al paso, con la mirada perdida en los *grafitis* que se arremolinan en las paredes y buscando en los bolsillos un par de monedas para el anciano negro que está tocando sobre unos cubos invertidos como si fueran tambores. Tiene casi tantas cicatrices en la cara como yo, aunque dudo de que las suyas sean debidas a un lobo.

—¡Caramba, chavalita! ¿Tu hombre te ha hecho eso? —pregunta mirando las cicatrices de mis brazos y las pocas que se asoman por debajo del parche y de mi cabello. En cierta forma, su brusquedad es reconfortante, desde luego comparada con las miradas de reojo que me dirigen la mayoría de las chicas, esas miradas horrorizadas mientras se tocan sus caras bonitas y sin cicatrices. Sin embargo, ¿con este tipo? No hace falta esconderse cuando alguien ya ha anunciado que te ve.

—No exactamente —le contesto mientras echo bastantes centavos a una taza de café que tiene a los pies—. Y, en cualquier caso, se lo hice pagar.



—¡Bien hecho, chica! ¡Bien hecho! —dice mientras se pone a tocar otra complicada secuencia de percusión.

Cuando salgo del metro ya están desapareciendo los últimos rayos de sol en el horizonte de la ciudad. Según el mapa que había en el vagón, debería estar a menos de una manzana del parque. Paso por delante de la biblioteca, enorme e imponente, extrañamente clásica en medio de tanto gris y plateado. Veo a mi pesar que ya está cerrando. Me gustan las bibliotecas. Consuela saber que los conocimientos se pueden guardar durante tanto tiempo; que podemos dejar a otros lo que nosotros aprendemos.

Camino unas manzanas más hasta que veo asomarse los árboles de Piedmont Park al final de la calle. Parecen más orgullosos que los de casa, impresionados unos con otros por haber sobrevivido tanto tiempo a la ciudad. Justo antes de llegar al parque me alcanza un estallido de música estridente y acompasada que luego se apaga. Era la puerta de una discoteca al otro lado de la calle, que se ha abierto y se ha cerrado. Giro hacia allí arrimándome al muro de ladrillo que rodea un viejo edificio de pisos, y observo la cola de chicas que esperan para entrar.

Van adornadas con brillantes imitaciones de esmeraldas y con intensas sombras turquesa y aguamarina aplicadas sobre los párpados. Chicas Libélula. Todas llevan la misma melena larga y con mechas que les desciende ondulante por la espalda hasta el punto donde llevan sólidamente atadas las minúsculas tiras que sujetan sus tops. Su piel —ámbar, marfil o beige— refleja las luces de neón como si fuera un metal recién bruñido, liso e impoluto. Me pego aún más al muro de ladrillos desconchados, estirándome la capa escarlata contra el cuerpo. Al tensarla, la tela deja adivinar las cicatrices de mis hombros, como colinas rojas en líneas perfectamente espaciadas.

Las Libélulas se ríen, con una risa dulce y efervescente, y yo gimo exasperada. Se retocan el peinado, estiran las piernas, mueven las caderas, hacen guiños al gorila de la discoteca. Todo en ellas atrae a los fenris. Están llamando al peligro como lo haría un cachorro que grita inconsciente de que así acabará en las fauces del depredador. «Mírame, mira cómo bailo; ¿te has fijado en mi cabello?; mírame otra vez, deséame, soy perfecta.» ¡Tontas! ¡Libélulas tontas! Aquí estoy yo, salvándoos la vida, mordida, marcada y herida por vosotras, y ni siquiera lo sabéis. Debería dejar que los fenris se comieran a alguna.

No. No lo decía en serio. Suspiro y camino hasta el otro lado del muro de ladrillos, enredando los dedos por la espesa hiedra. Este lado está oscuro, protegido de las luces de neón de la calle. Respiro despacio y observo cómo se mueven las ramas del árbol, recortadas contra las luces de los rascacielos. Claro que no lo decía en serio. La ignorancia no es ninguna razón para morir. No pueden evitar ser como son, aun felizmente inconscientes en la caverna de las sombras falsas. Existen en un mundo que es bello y «normal», en el que la gente tiene trabajos y sueños en los que no salen



hachas. Mi mundo es un universo paralelo al suyo: las mismas vistas, la misma gente, la misma ciudad... y, sin embargo, los fenris merodean, el mal avanza, el conocimiento existe inapelable. Si no me hubieran arrojado a este mundo, bien podría haber sido una Libélula.

Oigo pasos, pasos que reconozco, caminando con suavidad sobre la hierba del parque.

—Silas —le saludo sin mirarlo. Frena el paso.

—Desde luego, para ser una chica que no puede ver por su derecha, es difícil sorprenderte. ¿Qué es? ¿Una especie de superpoder pirata? —bromea. Cualquiera que se atreviera a bromear sobre el ojo que me falta acabaría mal. Cualquiera menos Silas.

Sonrío y respondo.

—Sí, todos los piratas tenemos un oído increíble. Es un efecto secundario de llevar parche. —Silas está de pie junto al muro mirando las Libélulas. Entorna los ojos con expresión mezclada de disgusto e intriga, como si no estuviera seguro de si le gusta o no mirarlas. Me gustaría comentarlo, pero me callo. Me parece que es importante esperar su reacción. Finalmente, Silas se vuelve para mirarme en la sombra.

—Es como si estuvieran pidiendo que las coman, ¿no? —Es su mordaz pregunta— ¿Te he dicho alguna vez lo contento que estoy de que Rosie y tú no seáis como ellas?

—No me digas —sonrío aliviada—. Aunque Rosie podría serlo, si quisiera. Es tan guapa como ellas.

—No es cuestión de belleza. Rosie nunca podría ser una de ellas. ¿De verdad crees que se vestirían y actuarían así si supieran que eso atrae a los lobos?

Acepto resignada.

—Nunca me lo había planteado así, supongo que tienes razón. El saber te acaba convirtiendo en marginada. O en cazadora, en el caso de Rosie.

—Ah, claro, Scarlett March, reina de la visión en blanco o negro. ¿Y no hay término medio entre la cazadora y esas chicas?

Niego con la cabeza mientras voy hasta el final del muro y me asomo al otro lado.

—En cualquier caso, ya me dirás cómo puedo atraer a un fenris si tengo que competir con «eso» de ahí. —Una fila de Libélulas entra alegremente a la discoteca y es reemplazada de inmediato por otro grupo de chicas centelleantes. Intento ignorar el amago de compasión que siento hacia mí y hacia mi cuerpo destrozado. «La compasión es una emoción inútil», me recuerdo a mí misma.



—Venga, ya sabes que un fenris nunca atacará a un grupo así. Basta con que te conviertas en la chica que se ha apartado del rebaño —contesta Silas, serio. Él nunca ha sentido pena por mí ni por mis cicatrices, y yo siempre he apreciado su dureza.

—Supongo que sí —admito—. Pero Rosie tendrá que cazar más. Puede competir con ellas.

—Vaya —dice Silas, medio preguntando medio afirmando—. ¿Y tú sigues oponiéndote a que cace en solitario? —Se mete las manos en los bolsillos y se une a mí en el lado oscuro del muro. Hay una luna llena recién estrenada que emite una luz muy potente, lo suficiente como para proyectar la sombra de Silas en el muro, a pesar de todas las luces de la ciudad.

—Ya sabes cómo es. Me preocupo por ella, nada más... —No quiero decirlo, pero, además de preocuparme que deje escapar a un fenris, me preocupa que salga de la lucha tan mal parada como yo; o incluso peor, como Oma March—. Pero tiene que cazar, o estar aquí no nos servirá de nada —continúo.

—Quizás. Aunque quizá no es una cazadora como tú —dice Silas.

Levanto una ceja.

—Es una gran cazadora, y lo sabes. Pero no le digas que yo lo he dicho.

—Sí, pero puede que esto no esté hecho para ella.

Suspiro.

—Esto no está hecho para nadie. Pero ¿qué? ¿Qué se supone que tenemos que hacer? ¿Sentarnos y esperar a que otro mate a los fenris? Tenemos la obligación de hacer el bien porque tenemos el poder de hacerlo. Pero yo no puedo hacerlo sola. Ya fue bastante duro sin ti. Si además la perdiese a ella... —digo en voz baja.

— ¿No te has planteado nunca dedicarte a dar conferencias de autoayuda? —ironiza Silas.

—A los piratas no nos dejan entrar en las salas. Tienen miedo de que arrablemos con todo —contraataco con sonrisa maliciosa. Silas se ríe lo bastante alto como para ganarse varias miradas coquetas de las Libélulas.

—Venga, Lett. Vamos a casa a dormir un poco. No vaya a ser que algún drogata loco haya raptado a Rosie.

—Rosie ya se hará cargo del drogata, tranquilo. Además, no puedo dormir. Tengo... tengo que moverme, hacer algo. Vamos, Silas, caza conmigo —le pido con un tono más suplicante del que pretendía. Si cazo se pondrá todo en su sitio, y la ciudad dejará de ser terreno extraño y se parecerá más a un hogar temporal.

—Lo siento, Lett, pero yo no estoy tan dispuesto como tú si no duermo un poco antes —responde sin tapujos—. Espero que ahora no empieces a decir que te he



vuelto a abandonar, ¿no? Porque no me veo con fuerzas de enfrentarme al desprecio a lo Scarlett March de «te vas y te odio por ello».

Niego con la cabeza.

—Vale, vete a dormir un poco. Dile a Rosie que supongo que llegaré tarde. Y dame la llave. —Extiendo la mano y Silas deja caer en ella la llave del apartamento—. Y toma nuestra parte del alquiler —añado mientras le coloco un billete de cien dólares en la mano.

—Sabes que no hace falta que paguéis —dice Silas con tono grave—. El alquiler no es tan caro y además creo que aplican un gran descuento a los vecinos de camellos y drogatas.

—Así está bien —contesto deprisa, metiéndome las manos en los bolsillos antes de que pueda devolverme el dinero.

—Vale —acepta Silas—. Pero ten cuidado con la caza. Aquí no son lobos solitarios y ni siquiera tú puedes con toda una manada.

—Eso está por ver —bromeo, pero, al ver su mirada exasperada, le digo que sí con la cabeza. Cuando Silas se aleja, le doy la espalda a las Libélulas, me ajusto la capucha sobre los hombros y empiezo a deambular por el parque.

Piedmont Park es un poco fantasmagórico, con sus árboles tan altos que proyectan largas sombras bajo las farolas. No son más que sombras mientras no pienses que son reales... Camino deliberadamente entre ellas, sonriendo sola. Agito un poco la capa y busco señales de vida entre las flores alineadas y los arbustos recortados.

¿A ver?... ¡sí!

¡Sí, sí! Siento el familiar aumento de adrenalina. En la otra punta del parque, apiñados tras una hilera de plantas de hortensias rojas, hay tres hombres. Son fenris, lo puedo notar desde aquí. Toso un poco para llamar su atención, y lo logro. ¿Tres fenris en mi primera noche? El corazón se me dispara: ¡esto sí que es para mí!

Miro por entre mis cabellos para medir a mis contrincantes. Nunca he luchado contra tres al mismo tiempo, pero uno parece joven. Bueno, de hecho, parece viejo, pero los fenris que llevan poco tiempo siendo monstruos tienen una forma de moverse distinta, como si sus cuerpos aún quisieran ser humanos a pesar de que perdieron el alma hace mucho. Podré con ellos.

El fenris más grande me sonrío desde una cara adornada de negras greñas. Empiezan a rodearme conforme acelero el paso. Agarro el mango del hacha con fuerza y miro por encima del hombro con lo que espero que sea una expresión de miedo. Me obligo a respirar para que mi avidez no se imponga sobre mi racionalidad. «Vamos, venid, venid.»



Se han parado.

Freno. Quizás están esperando al momento oportuno para saltar y cazarme. Pero no, se reagrupan y empiezan a hablar como si nada. Entorno los ojos para ver la marca de manada en la muñeca de uno de ellos. Campana. Los Campana siempre son agresivos... «¡Vamos!» Toso delicadamente y finjo estar increíblemente interesada en una fuente con un cisne.

Pero, en lugar de mirarme, se dan la vuelta y se van trotando, como los lobos que llevan dentro.

Me quedo de piedra. La mano que tengo en el hacha se tensa amenazando con arrojársela a la espalda. Aprieto los labios. No tiene sentido; he tendido el anzuelo, ya los tenía... Me tiembla todo el cuerpo y las cicatrices arden como costuras a punto de reventar.

¡No puede ser! Nunca he perdido un fenris así, no cuando ya lo tenía. ¡Es mi razón de ser!

Salgo corriendo tras ellos en un *sprint* ciego, pero, mientras los latidos del corazón retumban en mis oídos y siento el sudor bajándose por la espalda, sé que es un esfuerzo inútil. Son rápidos, mucho más rápidos que un ser humano. Aun así, sigo corriendo hasta los límites del parque. Allí aminoro y camino, y la visión de la cola de Libélulas, con sus cabelleras rubias, sus dentaduras blancas y su perfecto cutis marmóreo, me enciende de rabia. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que yo podría atraer a los fenris cuando tienen semejantes presas delante? Esas chicas brillan, centellean, resplandecen en mitad de la noche.

Yo soy una cazadora. Si no puedo cazar... ¡no soy nada! Siento tal frustración que me vuelvo de un salto y lanzo el hacha con todas mis fuerzas. Atraviesa el aire silbando y se clava al pie de un árbol. Se hunde varios centímetros en el tronco en mitad de un estallido de cortezas que caen sobre la hierba. Algunas Libélulas se dan cuenta y me miran extrañadas, pero vuelven a sus conversaciones. Corro hacia el árbol, arranco el hacha y emprendo el regreso a casa con el corazón enfurecido.



Capítulo 8. Rosie

—Scarlett, ni siquiera sabes si es el mismo fenris que viste en el parque. Esta ciudad es enorme, puede haber sido cualquier manada —le digo por enésima vez. Sabía que había pasado algo malo cuando la oí entrar furiosa a las dos de la mañana y tirar el hacha al suelo tan fuerte que el camello de abajo rugió en protesta.

Silas se frota el cuello y muestra su acuerdo, mientras lanza una mirada acusatoria al sofá. Menos mal que anoche estaba tan cansada que no presté mucha atención cuando volvió. Eso sí, miré hacia él justo a tiempo para ver cómo se quitaba la camisa bajo la luz de la luna. La imagen se me quedó grabada a fuego en los ojos, aunque debo admitir que no era precisamente desagradable.

«Venga, Rosie, a lo que estábamos.»

—Son ellos, sé que son ellos. Es como si me castigaran —aúlla Scarlett mientras arroja el periódico sobre la mesa del *grafiti*. «Asesinadas tres chicas: continúa la matanza», grita el titular.

—No digas tonterías —dice Silas en un tono que sólo él puede utilizar con mi hermana—. Lo único que ocurre es que aquí tienen más distracciones. Tú estabas acostumbrada a ser el único cebo en muchos kilómetros, pero aquí están viviendo prácticamente en un bufé libre.

—Hemos venido hasta aquí para cargarnos a todos los que podamos, ¡y no puedo atraer ni a un puñetero lobo! ¿Qué narices voy a hacer? —gruñe Scarlett. *Screwtape* le bufa porque lo ha despertado.

—¿Ser el postre? —contesta Silas, encogiéndose de hombros.

—Yo no puedo —contesta con brusquedad. Suspira y se recoge el pelo en una cola de caballo. Luego hunde la cara en las manos un buen rato, como si dentro de su mente se estuviera produciendo un gran debate. Al final, alza la vista hacia mí—. Rosie, tú serás el postre.

—¿Qué? —respondo de inmediato, alarmada. Por un lado es extraño que Scarlett sugiera que haga algo tan peligroso y, por otro, ser el único cebo significa que no



puedo estropearlo, no puedo cometer ni un solo error. No quiero ni pensar cómo se pondría Scarlett si atrajera a otro fenris tras de mí y luego volviera a perderlo.

—Tienes que hacerlo —dice Scarlett, tajante—. Es así, Rosie, tú siempre serás mejor postre que yo. Yo no puedo competir con las Libélulas —al ver nuestras caras extrañadas, señala con la mano hacia la ventana—, las chicas, esas chicas con ropa tan llamativa y melenas rubias. Yo no puedo competir con ellas, pero tú, Rosie... tú sí. Y eres lo único que tenemos. Una chica sola es una presa mucho más fácil que dos. Nos esconderemos, nos acercaremos y los atacaremos. —Habla despacio pero firme, como si expusiera la conclusión de una larga batalla.

—¿Por qué será que no me acaba de gustar? —me quejo mientras me dejo caer en el sofá que le ha servido de cama a Silas y que ahora está sabiamente protegido con una sábana— ¿Quieres decir sin cuchillos y sin nada?

Scarlett se muerde el labio.

—Parecerás más... Serás mejor cebo. Yo no puedo hacerlo, tienes que ser tú. No permitiré que te pase nada, Rosie —añade innecesariamente.

—Ya lo sé —la corto, sintiendo cómo me invade la culpabilidad—. Lo sé, Scarlett. Haré cuanto haga falta —insisto—. Es mi responsabilidad —añado, viendo cómo Silas me dirige una mirada de curiosidad.

Scarlett suspira, se levanta y va hacia la puerta que comunica con la azotea. He subido esta mañana y he bajado enseguida, porque no hay más que un contrachapado clavado al borde del edificio. Pero seguro que a Scarlett le gusta; es un buen puesto de observación. Mi hermana cierra la puerta y desaparece, pero se vuelve a abrir sola poco a poco y podemos oír sus fuertes pisadas y sus maldiciones entre dientes mientras sube por la escalera desvencijada.

Fuera, las campanas de la iglesia suenan una vez. Dan las horas y los cuartos. Y son la segunda razón por la que no he podido dormir hoy.

—Así que soy el postre —digo sin ánimos mientras me levanto para dejar en su sitio un pan de molde.

—Venga, vamos a tomar un café para que te lo quites de la cabeza —me consuela Silas. Yo he empezado a hacer pagar mi frustración a la bolsa de pan, retorciendo y anudando con violencia el extremo del plástico.

—No me gusta el café —gruño sin siquiera mirarlo. Silas se acerca y me coge las manos. Se me eriza la piel de los brazos.

Alza las cejas y me dice con voz suave:

—Pues pides un batido de chocolate, pero vámonos de aquí antes de que acabes triturando todo el pan.



Suspiro y lo miro. Es increíble cómo puede pasar de ser «sólo Silas» a *Silas* en cuestión de segundos. Dejo en paz el pan y le sigo hasta la puerta, mientras dentro de mí la frustración y la excitación luchan por el control.

La cafetería a la que me lleva Silas está a unas pocas manzanas y es un local cutre pero clásico con azulejos blanco y negro y rótulos de neón rojo intermitente que anuncian «¡Pastel de manzana!» o «¡Especialidad en patatas fritas!». Nos sentamos a una de las mesas dispuestas en hilera. Una camarera a la que le faltan varios dientes nos sonrío y nos toma el pedido.

—Yo sólo quiero un café. ¿Y tú, Rosie?

—Un batido de chocolate —contesto dirigiendo una sonrisa maliciosa a Silas. Se ríe y la camarera se va a paso apresurado. Después, el silencio. Silas reorganiza el salero y el pimentero y yo hago ver que leo un papel con la historia de la cafetería. «Vale.»

»Entonces —le espeto, un poco más alto de lo que pretendía—, supongo que no has podido estar mucho tiempo en casa, ¿no? Acababas de regresar de California y ahora estás aquí atrapado con nosotras... —«¿Me tiembla la voz?» Creo que me tiembla la voz.

—Yo no diría tanto como «atrapado» —contesta con una sonrisa bastante deslumbrante—, aunque algo de razón tienes. Debería coger vacaciones de verdad. En San Francisco, la mayor parte del tiempo la pasé en un combinado de hacerle la compra a Jacob y sentirme culpable por haberos dejado solas en Ellison. No he hecho vacaciones desde que... ¡buf! desde que tenía siete años, supongo. Mi padre nos llevó a todos a una playa aislada de Carolina del Norte, a pasar un mes entero.

—Suenas bien —contesto, un poco celosa. Yo nunca he estado de vacaciones.

Silas se ríe.

—Estuvo bien al principio. Pero cuando digo «aislada» quiero decir aislada. Tener como distracción única y exclusivamente a tus ocho hermanos cansa bastante al cabo de una semana.

—Lo entiendo perfectamente —digo sonriendo.

—Aunque, si quieres que te diga la verdad —añade Silas mirando por la ventana — los echo de menos más de lo que nunca llegué a pensar. La diferencia entre «apenas vernos por la distancia» y «apenas vernos por la rabia» es mucho mayor de lo que puedas imaginar.

—Están enfadados —sugiero—. Ya se les pasará, con el tiempo.

—Lo sé, lo sé —dice Silas—. Es porque recuerdan a Pa tal y como era antes: lleno de fuerza y de energía, hablando con los espíritus de los árboles, etc. Creen que recibí



la casa de manos de un hombre sano. Pero lo cierto es que no me atrevo a decirles que la razón de que me diera a mí la casa es que yo fui el último al que olvidó. Primero los olvidó a todos ellos... y al final también a mí. —Silas hace girar una servilleta sobre la mesa y suspira.

—Es como si ya... como si ya no estuviera, ¿verdad? —le pregunto con cuidado, poniendo mi mano sobre la suya para detener los giros de la servilleta. Nuestras miradas se encuentran y me doy cuenta de que nos estamos tocando; retiro la mano, pero Silas sonrío y responde.

—Sí, más o menos. Es un tipo que se parece mucho a mi padre y al que le quedan unos pocos recuerdos de mucho tiempo atrás. Y no es que a mis hermanos no les importe, es que están demasiado absortos con sus propias vidas. Pero Jacob y yo... supongo que no estábamos tan ocupados como todos ellos.

—Sin embargo, hiciste bien —apunto, mientras lucho contra el impulso de volver a poner mi mano sobre la suya. ¿Por qué la he retirado? ¿Soy tonta o qué?—. Me refiero a que, si hubieras pasado a la universidad con tus amigos del instituto, ¿quién hubiera cuidado a tu padre? Bueno —rectifico—, Scarlett y yo seguro, claro, pero... no es lo mismo.

—Cierto —dice Silas—. Mi vida sería muy diferente si me hubiera hecho leñador como mis hermanos o hubiera ido a la universidad con mis amigos. —Hace una pausa—. Por suerte para mí, supe evitar esas trampas y ahora lucho contra los lobos.

—Por suerte para los dos —le contesto sonriendo.

La camarera vuelve con una taza de café que se diría rescatada de nuestro sucio apartamento. Menos mal que el vaso que contiene mi batido de chocolate parece haber pasado por al menos un aclarado con agua. Silas vacía varios sobres de azúcar en su taza y cambia de tema.

—Bueno, ¿has visto el centro social del que te hablé?

—¿El qué?

—Hemos pasado justo por delante, estaba antes de la tienda de comestibles. Te lo comenté durante el viaje. Basta con entrar y apuntarse a alguna clase. Tienen de todo. Puede que incluso te hagan descuento de estudiante.

—Pero yo no soy estudiante.

—Pero por tu edad lo darán por hecho...

—¿Y de dónde voy a sacar el tiempo para ir a clases de baile, ahora que soy el postre?

—Empiezo a arrepentirme mucho de haber usado esa metáfora—dice Silas con una sonrisa—. Mira una cosa, Rosie —Bebe un sorbo de café y aprieta los labios



mientras busca las palabras—. Yo pertenezco a un larguísimo linaje de leñadores carpinteros. Todos mis hermanos tienen un enorme talento. Se hicieron sus propias habitaciones. ¡Pero si Lucas se hizo hasta una bañera de verdad de madera con unos monos de madera por los que salía el agua!

—¿Monos?

—Mejor dejarlo. En cualquier caso, yo sé hacer cosas con la madera; también sé moverme por el bosque y manejo el hacha mejor que la mayoría de la gente; puedo hacer crecer un árbol donde no crece nada; puedo sobrevivir comiendo bayas o cazando; y he oído hablar de los fenris desde que andaba a gatas. Soy un hombre del bosque en todos los sentidos. Pero eso no significa que ése sea mi propósito en la vida, de la misma manera que el hecho de que seas buena cazando no significa que ése sea tu propósito en la vida. Interrumpir la vida cazadora por unas horas de vez en cuando te ayudará a ver si de verdad es o no lo tuyo.

Muevo la cabeza sin acabar de entender cómo siquiera se lo plantea.

—No puedo no cazar, Silas. Imagínate que voy a clases de esto o de lo otro y decido que odio la caza y que quiero abandonar. Eso no significa que pueda hacerlo. Le debo la vida a Scarlett. Y, si quiere cobrar la deuda haciéndome pasar toda la vida cazando con ella, así será. Se moriría sólo con la idea de yo pueda querer dejarlo.

—Rosie —dice Silas bajando la voz—, no estoy sugiriendo que abandones a tu hermana como quien deja de fumar y que te apuntes a un curso intensivo de ballet.

Me echo atrás en el asiento reservado y cruzo los brazos sobre el pecho. Por las enormes ventanas veo a la gente caminando por la calle. «Inocentes», les llama Scarlett a veces. Gente que no tiene ni idea de qué hacemos, del precio que pagamos por ellos, del precio que mi hermana pagó por mí. Pero ¿por qué no iba a poder hacer alguna otra cosa además de cazar?

Miro hacia Silas, que sigue añadiendo azúcar a su café.

—Vale, de acuerdo. Una clase, pero solamente porque quizá ya no tendré más oportunidades cuando volvamos a Madison. Y tienes que prometerme que no se lo dirás a Scarlett.

—Sólo si me dejas pagarla a mí —contraataca.

—Silas... —amenazo.

Se encoge de hombros.

—Tú y Scarlett no tenéis ni un céntimo. Además, si lo pagas tú, Scarlett echará el dinero en falta.

—Vale —digo, quitándole importancia.



—Genial. Vamos ahora mismo a inscribirte —dice mientras se levanta y deja varios dólares arrugados sobre la mesa. Yo me quedo sentada con la boca abierta.

—¿Ahora?

—Ahora siempre es mejor que después. Me temo que me he tomado la operación «Rosie busca su propia vida» como una misión personal. Se parece demasiado a la operación «Silas busca su propia vida» para ignorarla. —Me extiende la mano y yo, sin pensarlo, se la cojo. El corazón se me acelera y siento ganas de estirarlo hacia mí.

Dios mío, ¿en qué estoy pensando? Retiro la mano y sonrío nerviosa. Silas sonrío casi avergonzado. ¿Habrás sentido el mismo estremecimiento ?

Andamos sobre nuestros pasos hasta llegar al centro social. No me extraña que no lo haya visto antes: apenas es un agujero en la pared, entre un Starbucks y una tienda de precio único Dollar Tree. Silas me pasa treinta dólares y se queda esperando en la puerta del centro, que huele mucho a incienso.

Esto no está bien. Soy una cazadora. Gastar dinero en una clase al azar no está bien. Estoy eludiendo mi responsabilidad hacia las demás chicas, las chicas que no saben nada de los fenris. Miro el tablón con la lista de cursos y veo que hay un poco de todo: decoración floral, danza, francés, origami, feng shui... Estoy a punto de echarme atrás por sobrecarga mental. ¡Puedo hacer cualquier cosa! Una ola de alegría me invade el pecho.

«Que sea sencillo, Rosie. Recuerda que no va a sustituir la caza. Cazar es tu obligación. Esto sólo es para pasarlo bien, no te emociones.»

—Muy bien. Puedes tomar tres clases de lo que quieras. Empiezan el martes próximo y duran cuatro semanas, y te puedes saltar una. Con la tarifa de estudiante, te sale por veintiocho dólares —dice la esbelta recepcionista mientras teclea ante el ordenador y me extiende un folleto con horarios.

Le tiendo el dinero. ¡Scarlett se va a enfadar tanto...!

—Este es tu carné de clases, es lo único que tienes que traer.

Asiento y cojo el carné. Me mira con cierto recelo. Salgo.

—¡Buf! —exclamo una vez fuera. Silas sonrío.

—¿A que sienta bien salir de la manada de leñad..., digo, cazadores?

Sí. Sienta muy bien. Pero el sentimiento de culpa es más fuerte.

—¡Se enfadará tanto...! Son muertes, Silas. Los fenris pueden comerse a alguien mientras yo estoy aquí dentro.

—Relájate, Rosie. No la estás abandonando. Sólo te has apuntado a unas clases — me dice mientras me empuja con suavidad... pero con el suficiente contacto como



para producirme escalofríos. Tengo que combatir el fuerte deseo de asirme a su brazo.



Capítulo 9. Scarlett

Mi voz interior suena como la de Oma March, y me alecciona: «Sí, todo irá bien. Recuerda para qué has venido. Para cazar fenris, para parar el brote de muertes. No has venido para ser la protagonista. Rosie se merece pasar al asiento de delante por un tiempo. Es una cazadora buenísima, no saldrá marcada ni rota, estando ahí Silas y tú para protegerla. Tú puedes estar siempre cerca, tú puedes protegerla».

Lo cierto es que mi voz interior no acaba de convencerme.

Atravesamos el barrio de negocios, entre los rascacielos a oscuras con guardas de seguridad solitarios en sus rondas por los vestíbulos. La ciudad huele a humo y al calor del día, pero yo siento frío, incluso con la capa. Empiezan a oírse sonidos, risas, conversaciones y, de pronto, es como si hubiéramos cruzado una línea mágica y ya estamos en la vida nocturna de la ciudad. Por nuestro lado pasan taxis a toda velocidad; las chicas se llaman a gritos; los chicos caminan con estrambóticos andares arrogantes y vuelven la cabeza hacia las damas, que se derriten en respuesta.

Se oyen varias conversaciones superpuestas de chicas contándose los últimos asesinatos, describiendo con deleite los detalles. No piensan ni por un momento que les podría pasar a ellas.

No necesito decirle a Rosie lo que tiene que hacer, hace tiempo que le enseñé. Se adelanta a nosotros y deja caer la capucha hacia atrás. Silas y yo acabamos caminando detrás de una hilera de coches tuneados hasta el ridículo, y Rosie pasa por delante de una banda de Libélulas que beben combinados y bailan coqueteando en la terraza de un bar. Varios hombres vuelven la cabeza hacia ella. La mayoría la ignora, pero uno parece atraído. «En marcha, Rosie.» El hombre —un fenris, lo noto enseguida— dice algo a la chica de veintitantos años con la que estaba y deja el botellín de cerveza sobre la mesa. Prefieren las presas jóvenes. Mejor para nosotros.

Rosie no sabe aún que la sigue y continúa avanzando hasta que sale de la muchedumbre que rodea el bar. Silas y yo la seguimos unos pasos, pero luego giramos a la derecha y corremos hacia el parque, que es mejor lugar para la caza. Al llegar nos escondemos tras el cartel. Rosie nos ve y se dirige hacia los caminos



asfaltados al tiempo que se pone otra vez la capucha para que lo único que vea el fenris sea una chica de rojo que se aleja. Irresistible.

El fenris se le adelanta corriendo, tanto que no es más que una sombra atravesando la noche oscura. Mi hermana lo ve por fin, pero disimula. Deambula por el camino; los árboles y los arbustos la ocultan de la calle. El fenris se planta ante ella.

—Eh, ¿no sabes que el parque ya está cerrado? —le pregunta flirteando. Me inclino contra un magnolio para verle mejor la cara ahora que está bajo la luz de la luna. Es joven. Muy joven. Tanto como Rosie. Es rubio, de mejillas redondas y con el aspecto desgarrado de un chico que justo sale de la pubertad y que podría estar en cualquier banda de rock de garaje.

Rosie se encoge de hombros y juega con un mechón de pelo entre los dedos.

—Me he perdido, creía que podría atajar por aquí. ¿Y tú no eres un poco joven para andar fuera tan tarde? —le pregunta con una voz sexy y dulce a partes iguales.

—Tal vez —dice el chico con una voz más madura de lo que implica su rostro. Rosie titubea un segundo, y veo cómo lo examina de nuevo. No está segura de que sea un fenris. Me mira fugazmente, una fracción de segundo, y yo se lo confirmo con un gesto. No tiene alma.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta mientras da un paso atrás para alejarse de la calle. Mueve las caderas seductora.

—Pongamos que catorce —se ríe el fenris, mientras avanza unos pasos hacia Rosie. Le tiemblan los dedos. Incluso desde donde estoy puedo ver cómo se le alargan las uñas. Para disimular se pasa la mano por los cabellos despeinados. La mayoría de las chicas se derretirían sólo con ese gesto. Rosie le sigue el juego a la perfección, mordiéndose el labio y dejando escapar una risa.

—¿Catorce? Pues sí que eres joven —dice. Veo en su cara un amago de compasión. Siempre le dan pena los más jóvenes, porque se pregunta quiénes serían si no fueran lobos. El fenris se ríe, con la voz ronca y sin humor; el pelo se le ha oscurecido. Rosie da otro paso atrás. Una gran fuente rodeada de flores me impide verla. Estiro el cuello, pero el fenris da un paso más y ahora los dos quedan ocultos.

—¡Mierda! Hay que cambiar de sitio —susurro.

—Espera —responde Silas mientras me agarra el hombro con firmeza y me empuja hacia atrás. Le lanzo una dura mirada porque casi me hace caer sobre él, pero entonces veo lo que me está señalando. Al otro lado del parque hay un grupo de tres tipos. Los vemos en la oscuridad gracias a un farol, pero están demasiado lejos para oírlos. Se desplazan deprisa de un lado a otro y agachan la cabeza con movimientos de animal; incluso veo cómo uno alza la nariz para captar un olor en la brisa.

»¿Qué crees? —pregunta Silas.



—Fenris, seguro. —En cuanto lo digo, empieza a salir pelo en los brazos de uno de ellos, pero logra controlar la transformación y el pelo retrocede dentro de la piel. Empiezan a alejarse. Me invade de nuevo el pánico. Otros que se escapan.

—¿Eres de por aquí? —pregunta el fenris joven a Rosie. Apenas se le oye entre el sonido del tráfico. No oigo la respuesta de Rosie—. ¿Ellison? Me han dicho que es un lugar bonito. Yo soy de Simonton.

—Lett... deberías ir tras ellos —dice Silas, mientras estira una rama de magnolia para cubrirnos con sus fuertes hojas. Se lleva la mano a la espalda y saca el hacha de la mochila para ir preparándose.

—Espera, ¿y Rosie qué? —pregunto.

—Yo me quedo con ella. Tú eres más rápida, puedes con ese grupo mucho mejor que yo. Yo protegeré a Rosie, te lo prometo.

—Silas...

—Lett, ¡soy yo! ¡Venga! A tu hermana no le pasará nada.

Planto una mirada larga de advertencia y amenaza en sus ojos y finalmente acepto. No puedo dejar que se escapen tres fenris. Silas es mi socio, puedo confiarle la vida de Rosie. Me deslizo agachada detrás de unas azaleas, y Silas se cuela entre los magnolios en la otra dirección. La manada se vuelve hacia el sonido de mis pasos que se acercan. Tensan la cabeza de forma muy canina, pero no hacen caso del ruido y continúan hablando.

Estoy a punto de levantarme del todo cuando empiezan a caminar hacia mí, todavía hablando, y una palabra me llama la atención: «Potencial».

—Os repito que ha estado aquí, lo he olido. Eso significa que debemos de estar más cerca que los Flecha, ¿no? —gruñe un fenris físicamente viejo que se mira las manos preocupado: están cubiertas de un pelo apelmazado y grasiento. Las sacude con cara de frustración y el pelo desaparece. Sin el pelo, es guapo. Por su aspecto podría ser un médico o un abogado o algo por el estilo, con el pelo canoso y unos ojos hundidos que bajo la luz de la luna casi parecen de acero. Me pregunto a cuántas mujeres de veintitantos años habrá seducido.

—Pero eso no significa que no podamos comer cuando queramos.

—Esta noche nos toca buscarlo, no cazar —responde otro fenris. Parece harto, como si estuviera irritado y cansado... y hambriento—. Venga, vamos a buscar al chico. El alfa lo matará si se entera de que ha ido a por una chica en nuestra noche de patrulla. Podemos cazar mañana. No será por falta de chicas: de donde ha salido ésa hay millones más. Se nos acaba el tiempo; la fase del Potencial ya ha empezado y, si perdemos también a este...



—Bueno —refunfuña el tercer fenris, que es más joven, más o menos de la edad de Silas, tiene el cabello negro y lacio y unos bíceps que se adivinan bajo la camiseta—. Cuando ese imbécil deje de pasearse por toda la puta ciudad... ¿Estáis seguros de que le han olido el rastro en Atlanta? Sigo diciendo que los chicos que tenemos en el campo creen que...

—Cuéntaselo tú al Alfa —gruñe el segundo fenris con una voz apenas humana—. ¿Quieres contarle que estabas demasiado ocupado cazando faldas y que cediste el Potencial a los Flechas, con lo que ya están creciendo? Han controlado a los Gorriones. ¿Quieres que nos controlen también a nosotros? ¿Que acumulen aún más poder, que nos roben miembros y que encuentren ellos el Potencial?

El otro fenris no dice nada. Se miran entre ellos, como perros a punto para una pelea, hasta que el fenris de cabello cano se vuelve bruscamente y sale disparado. Los demás siguen su ejemplo y entonces veo al fenris joven que había estado siguiendo a Rosie salir corriendo por un camino lateral y unirse a ellos con mirada de disculpa. Su nariz se contrae y se alarga alternativamente en hocico canino; gira la cabeza para mirar con ansia el lugar en el que está mi hermana.

Se van a escapar. En cualquier momento van a desaparecer y me van a dejar aquí plantada con el hacha en la mano y sin presa. Yo no soy el cebo; ya no soy el cebo, sólo soy una cazadora. Me levanto y, al caer hacia atrás, la capucha me deja la cara al descubierto. Los lobos se vuelven hacia mí con curiosidad. Doy varias zancadas para salir de las hojas y ponerme bajo la luz de la luna.

—Mira qué tenemos aquí —sisea uno de ellos. Sus ojos sallan de la capa roja a mi rostro, atraídos por el color pero repelidos por mis cicatrices. Tal vez no conseguiré forzar una transformación por lujuria, pero sí por rabia.

Lanzo el ataque con el hacha levantada. El fenris que perseguía a mi hermana no puede controlar la transformación y sale corriendo a mi encuentro. Antes de que esté demasiado cerca, suelto el mango del hacha, que sale volando y se le clava en el brazo lo suficiente como para tumbarlo al suelo. Se revuelca mientras sus ojos dejan de ser humanos y se aferra siempre a la oscuridad, al odio. Los otros tres fenris reaccionan finalmente, y se transforman en un movimiento fluido.

No se me escapan, esta vez no. No se desvanecerán en la noche porque no puedo tenderles el anzuelo. El olor de su pelo invade el aire. Me agacho rápidamente para recoger el hacha caída junto al fenris más joven. Mi hombro se hunde en el charco que ha formado su sangre. Pese al dolor, intenta embestirme y lanza mordiscos al aire. No tardará en ser sólo sombras, con las venas abiertas así.

Detrás de mí oigo un rugido al que sigue un ladrido potente y enfadado. Los tres fenris se juntan, el más grande en el centro. Ya no sé a qué humano corresponde cada lobo. Avanzan hacia mí con pasos lentos y uniformes, agachando la cabeza y



enseñando los dientes. Los de los extremos se separan. Agarro con fuerza el hacha y desenvaino el cuchillo de caza.

No puedo dejar que se pongan a mi espalda. Doy un paso rápido atrás, para hacerles creer que voy a huir. Los que se habían separado se abalanzan, uno sobre mi cuello y el otro sobre mis piernas. Me aparto a tiempo y uno pasa rozándome la cara, pero logra clavarme una de sus garras en el hombro. Oigo el desgarrar. Cuando me contraigo de dolor, ya tengo al lobo más pequeño encima, las fauces sobre mi muslo, los ojos muy abiertos y los dientes amarillentos y afilados. Apenas me da tiempo a esquivarlo de un salto y sus dientes rechinan mordiendo el vacío. Antes de que pueda volver a intentarlo le hundo el cuchillo de caza en el lomo.

El lobo más grande cae sobre mí por mi lado ciego. Con el golpe, pierdo el hacha y me pregunto por primera vez dónde está Silas. «Rosie, está con Rosie. Está segura.» Siento que se me quiebra algo en el pecho y oigo el golpeteo sobre el asfalto de las garras de los lobos que se incorporan. El más grande de todos jadea, y de su boca caen hilos de baba sobre mi cuello. Tiene las pupilas de un amarillo vibrante, y el blanco tan grande en torno a los iris le da una mirada casi demente. Con un gruñido profundo y largo me pone una pata sobre el pecho y empieza a arrastrarla hacia abajo. Me perfora la piel.

Quiero gritar. Pero no lo haré. No, porque me mira con regocijo, expectante. Un sonido áspero y entrecortado brota de su garganta... ¿se está riendo? Se me filtra en la piel y me hace hervir la sangre.

Le lanzo un puñetazo con la derecha. Le acierto en la mandíbula y veo salir varios dientes volando en la oscuridad. Abro los dedos que sangran del golpe, pero ha bastado para distraer al lobo una fracción de segundo. Estiro las piernas y le doy una fuerte patada en la parte inferior del abdomen, un punto blando que le obliga a soltarme y a coger aire. Me incorporo tambaleante. Sólo queda un lobo sin herir.

Pero ahora ya no hay sólo uno.

Ante mí tengo a los cuatro lobos, incluidos los dos a los que les he clavado el hacha. Avanzan hacia mí balanceando los omoplatos. «¿Qué está pasando?» Están preparados para continuar.

Pero yo no sé si lo estoy. Me pongo una mano sobre el pecho para detener la hemorragia e intento encontrar con la vista el hacha y el cuchillo sin apartar la mirada de los lobos. Los lobos se están curando solos. No sé cómo. Son más fuertes, más fuertes que yo y más fuertes que la mayoría de los fenris. Endurezco la mirada, intento no dejar que el miedo que me invade por completo se refleje en mi cara. Yo sola no puedo con ellos.

Un cuchillo me pasa volando junto a la cabeza, pero no acierta al fenris más grande. Es el cuchillo de Rosie. Ella y Silas se acercan corriendo por detrás de mí,



alarmados y confundidos. El cuchillo es el detonante de una avalancha de movimientos. Los fenris se lanzan sobre nosotros como una sola unidad. El lobo más joven, el que antes era un chico rubio, viene hacia mí, y los otros, hacia Rosie y Silas. Derribo al fenris dándole un puntapié en las patas traseras, por debajo de su cuerpo, lo que me da el tiempo justo para recoger el hacha. Abre la boca. Esta vez viene a por mi cabeza, mi rostro.

Espero hasta el último momento, cuando ya rodea mis mejillas con sus fauces, para levantar el hacha y voltearla. Se hunde en el cuello del lobo rubio con sonido de huesos rotos. Le ha partido la columna. El lobo cae al suelo, sufre un breve temblor y se disuelve en sombras que huyen corriendo bajo la luz de la luna.

Cuando me vuelvo hacia Rosie y Silas, veo que sólo queda un lobo, el más grande. Los dos están luchando con él, Rosie con el único cuchillo que le queda y Silas con la hoja del hacha. Se le habrá desprendido el mango en algún momento. Silas lanza un golpe al lobo, pero éste lo esquiva. El animal empieza a rodearlos y ellos se colocan espalda contra espalda, preparados para la segunda vuelta.

Recojo del suelo el cuchillo de Rosie. Sólo puedo lanzarlo una vez. Intento no coger aire pese al mareo. Con cada gesto siento que se me abre el pecho. No tengo la puntería de Rosie, pero, si nadie hace nada, el lobo acabará agotándonos. La mirada de Rosie se cruza un segundo con la mía y veo cómo coge la muñeca de Silas, preparada para apartarlo si el cuchillo se desvía hacia ellos.

La hoja cruza el aire en el momento en que el lobo se mueve, y en lugar de clavarse en la cabeza, le corta la oreja. Pero es suficiente: el fenris se da la vuelta con los ojos oscuros y muy abiertos, y Silas salta sobre él. Le hunde el hacha en la cabeza antes de que pueda reaccionar. Silas cae al suelo rebotado mientras la bestia se retuerce de dolor, las fauces abiertas y las garras manchadas con mi sangre. Las patas ceden bajo su cuerpo y finalmente estalla en sombras.

Silas suspira y deja caer la cabeza sobre el suelo. Rosie se echa a correr hacia mí arrancándose la capa. La presiona contra mi pecho para parar la hemorragia y me incorpora. Respiro a fondo mientras mi hermana me retira el pelo de la cara y le seca la sangre y el sudor.

—Hay que ir a casa —murmura.

—No volveremos a Ellison hasta que... —me ahogo. Tengo que calmar mi furia, porque, cada vez que se enciende, el dolor se multiplica.

—No digo a Ellison —me corta Rosie con tono suave—. Me refiero al apartamento. Oigo los pasos de Silas pero aún no controlo del todo mi cuerpo para levantar la vista hacia él. Rosie se pone en pie y los dos me ayudan a levantarme. Mareada, avanzo un paso, pero con el movimiento siento como si la piel del pecho se me desgarrara por la



mitad. Aprieto los dientes, dispuesta a aguantar el dolor, pero Silas me aprieta el hombro con su mano.

—Deja que te lleve —pide tímidamente.

—Ya puedo sola —respondo, dominada por el orgullo.

—Ya lo sé, Lett —dice.

Quiero discutir, quiero suspirar, pero me limito a volverme hacia él y cerrar el ojo. Silas es fuerte: me levanta del suelo como si nada, y Rosie me da la mano.

No tardamos en llegar al apartamento. Silas se da la vuelta mientras Rosie me quita la camisa y me limpia las heridas con agua jabonosa. Parece que las cicatrices que ya tenía en el pecho han ido bien, porque sin ellas las garras del lobo hubieran penetrado mucho más. No hay cicatrices aún sobre mi corazón; la piel ahí sigue siendo suave y perfecta. Rosie venda los cuatro cortes profundos y luego me envuelve el cuerpo con gasa para mantener los vendajes en su sitio.

—Eran fuertes —digo, procurando que no se note lo mucho que me duele al hablar. Me recuesto en el sofá. Silas está sentado en una de las sillas de madera y Rosie, arrodillada junto a mi cintura.

—Más fuertes de lo normal —añade Silas—. Éramos tres, ellos sólo cuatro, y... —Sacude la cabeza—. ¿Crees que era simplemente un grupo especialmente fuerte?

—No. Hasta el más joven era fuerte. Los he atacado a todos a la vez; creía que los tenía, y entonces... —suspiro—. Hablaban del Potencial. Creo que es eso. Que eso los hace más fuertes, les hace concentrarse tanto. No pensaban atacarte, Rosie. Querían irse a buscar al Potencial en lugar de chicas. Se ve que ya habían perdido a este Potencial en concreto, y estaban... motivados.

—¿Quieres decir que... tenemos que dejarlo? —pregunta Rosie con voz sorprendida.

Niego con la cabeza.

—Hasta ahora siempre hemos hecho de cebo, pero esta vez no va a funcionar. Necesitamos un cebo mejor. Si queremos atraerlos, necesitamos al Potencial.

—Scarlett —empieza a decir Rosie con un tono que intenta ser consolador—, ya lo entiendo, pero sólo somos tres...

—¿Crees que no podemos? —la corto con brusquedad. El pecho me revienta de dolor—. Perdona, Rosie. —No se ofende. Ya ha sufrido mis ataques de rabia antes y ha aprendido a dejar que le resbalen los dardos vacíos—. Si lo encontramos, podremos atraerlos hacia nosotros. Podemos prepararnos para esta nueva fuerza y podemos hacer más daño a las manadas en su conjunto. Pero sólo tenemos otros veintiocho días. Luego volverán a la caza, a matar como siempre. Nosotros



acabaremos con la serie de asesinatos, pero también acabará nuestra oportunidad de atraerlos sin hacer de cebo.

No hace falta que lo diga; ellos lo saben y yo lo sé. Sin el Potencial, yo no puedo hacer nada en esta ciudad. Puedo cazar algún fenris suelto o alguna manada que merodea por Ellison, pero aquí, que es donde está el verdadero peligro, ¿de qué sirvo? De nada. Necesito esto, necesito a ese hombre, sea quien sea, para marcar el cambio, para ser el cambio que quiero provocar en el mundo. Siento la súplica en mi cara, en la aspereza de mi garganta, temerosa de tener que implorarles que me ayuden.

Pero no lo haré. Por supuesto. Rosie me coge de la mano con suavidad. Tenemos el mismo corazón. Ella irá a donde yo vaya y yo iré a donde ella vaya. Silas la mira y también muestra su conformidad.

—Por supuesto, Lett. Estamos en esto juntos, los tres. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

Suspiro aliviada y siento a punto de estallar en mi interior una mezcla de felicidad y de miedo.

—Para empezar, me puedes ayudar a averiguar cómo encontrar al Potencial.



Capítulo 10. Rosie

Mi hermana se crece con los objetivos. El sistema de cinturones de las artes marciales era perfecto para ella; se centró primero en el amarillo; luego, en el verde; después, en el marrón y, finalmente, en el negro. Cuando ya hubo aprendido allí todo lo que tenía que aprender, aplicó el mismo esquema para entrenar: correr tres kilómetros; luego, cinco; luego, seis... Ahora, con los fenris, se la ve contenta de tener un objetivo por el que trabajar: encontrar al Potencial.

—Deberíamos empezar por la ciudad. Vaya, yo creo que es un buen punto de partida, dado que hay más gente en Atlanta que en el campo. Y parece que las manadas se están congregando aquí; al menos las más grandes y antiguas, aunque no me extrañaría que en pocos días lleguen también las más pequeñas. En cualquier caso, aquí tenemos más acceso a la información —dice Silas mientras regresamos al apartamento de vuelta de una escapada rápida a la tienda de comestibles.

—Vale —acepta Scarlett—. Empecemos por aquí. ¿Cómo podemos encontrarlo?

Se produce un breve silencio.

—Pensemos. —Silas rompe el silencio y se deja caer en el sofá junto a mí—. Lo siguen por alguna especie de llamada o rastro que olfatean o algo por el estilo, pero, además, tiene que haber algo único en ese tipo que nosotros podamos encontrar.

—De entrada, sabemos que es un hombre. Y sabemos que es un hombre concreto, que tiene alguna característica concreta.

—Y sabemos que no es un niño —añado—. Es decir, que no estamos ante el nacimiento de un Potencial, porque los fenris no se transforman hasta como mínimo la adolescencia, ¿no? Eso es lo más joven que yo conozco, ¿verdad? —pregunto. Scarlett asiente.

—Bien. Entonces, ¿qué es lo que lo convierte en Potencial durante una fase lunar concreta? —pregunta Silas optimista, como si de verdad creyera que alguno de nosotros va a saltar con la respuesta.



Más silencio. Los tres empezamos alguna frase, con la correspondiente ilusión en los ojos de los otros dos, pero las frases siempre se quedan a medias. No tenemos nada. La fase lunar —nuestro plazo— se termina a las once y cuarenta y un minutos de la noche dentro de veintiocho días.

Al día siguiente, mi hermana se sumerge a fondo en la investigación, escribiendo notas y anotando ideas que deja repartidas por todo el apartamento. Como nunca llega a verbalizarlas muy bien ni a Silas ni a mí, acabamos la mayor parte del tiempo los dos aparte.

Lo cual es bueno y malo.

Silas y yo volvemos a la cafetería y luego nos acercamos a una tienda de segunda mano Goodwill. En casa me ayuda a colgar las cortinas de estampado tropical que hemos comprado. En la misma tienda he sabido encontrar una alfombra claramente demasiado lila y una radio-despertador decente. Scarlett ha localizado enseguida la emisora de sólo noticias. Mientras, yo no hago más que esperar a que desaparezcan mis emociones hacia Silas, pero apenas se disipan un poco; siguen despertándose cada vez que me roza demasiado tiempo o que acerca su cara a la mía.

Nunca he tenido secretos con mi hermana, y ahora tengo dos: el folleto del centro social, que no dejo de hojear, y los extraños cosquilleos que siento cuando Silas está cerca. Intento convencerme de que mi hermana tampoco querría saber nada de ninguno de los dos secretos, pero más adentro de mí ambos me producen excitación y miedo al mismo tiempo. El martes después de nuestra frustrada caza en la que yo era el postre no fue una excepción: en teoría, las clases del centro comienzan hoy, y los nervios del estreno me despiertan mucho antes que a mi hermana. O quizás es el estridente repique metálico de las campanas a las seis de la mañana.

Salgo sigilosa de la cama y ando de puntillas hasta la puerta, no sin ponerme antes las zapatillas (me da horror andar descalza por este apartamento). El dormitorio es azul lavanda, y fuera veo franjas de sol anaranjado abriéndose paso en el horizonte. Mi vista se detiene en la silueta de Silas envuelto en mantas y profundamente dormido. Sonríe a mi pesar y me deslizo hasta la cocina, donde busco algunos huevos en la nevera.

El ruido despierta a Silas, que se incorpora de golpe, con el pelo totalmente revuelto sobre los ojos. *Screwtape* le bufa desde debajo de la mesa de centro.

—Yo también te deseo buenos días —refunfuña Silas. Alza la vista hacia mí y me sonrío rascándose la nuca. Le devuelvo la sonrisa y bato los huevos con un tenedor antes de echarlos a la sartén.

Silas se va al lavabo y Scarlett también se levanta; sale de nuestro dormitorio en camiseta y pantalón de pijama. Antes de que diga nada ya sé que tiene un plan. Le ha



vuelto la mirada brillante, a pesar de las ojeras y de la herida aún abierta en el pecho. Sabe disimular el dolor.

—Cuéntame —me anticipo. Me sonrío y se sube a uno de los taburetes de bar que Silas ha rescatado. Otra corriente que atraviesa el apartamento le produce un escalofrío.

—Tenemos que retroceder. Imaginar quiénes eran antes de ser fenris. Imaginar por qué los que son fenris fueron capaces de convertirse en fenris.

—No antes de comerme los huevos —grita Silas al salir del baño un poco más afeitado. Nunca queda rasurado del todo; ni siquiera creo que lo intente—. ¿Quieres que te ayude con el desayuno, Rosie? —pregunta.

—Ya casi está —respondo.

—Pues la próxima vez —dice Silas con la voz suave que suele utilizar conmigo sólo cuando no está Scarlett. Ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora de que había una voz especial, pero ahora me ha hecho mirar a Scarlett, nerviosa. No parece que ella haya notado nada—. ¿Y bien? ¿El plan maestro, mi sargento? —continúa Silas mientras se sube al otro taburete.

Scarlett le mira mal, pero su excitación le puede.

—Vale. El fenris que casi caza Rosie hace unos días dijo que tenía catorce años, y no creo que mintiera. Seguro que su edad como fenris es mucho mayor, pero sí que parecía que se había transformado a los catorce. Y dijo que era de Simonton. No puede haber muchos chicos de catorce años que hayan desaparecido o muerto en Simonton. Ese pueblo no es mucho más grande que Ellison. Seguro que salió en los periódicos, aunque sea hace décadas.

—¿Y si estaba mintiendo? —pregunta Silas.

Scarlett se encoge de hombros.

—Podría ser. Pero no tenía ningún motivo y, por otro lado, no tenemos nada más a lo que agarrarnos.

—Vale. ¿Dónde están esos periódicos? —pregunto mientras sirvo los huevos en un solo plato y pongo tres tenedores encima. No veo por qué vamos a lavar tres platos cuando en éste hay sitio para hacer tres secciones.

—En microfilm, en la biblioteca —contesta Scarlett.

La sala de microfilms está congelada. Se diría que los amantes de los libros no calientan este espacio por su lealtad al papel. Llevamos horas aquí, tantas que los artículos de prensa empiezan a dar vueltas en mi cabeza incluso cuando no le estoy dando al avance rápido. Hoy iba a ser mi primer día de clases en el centro social,



pero ya he abandonado la idea a cambio de revisar páginas antiguas del *Simonton Banner-Herald*.

Suspiro mientras reviso una página de necrológicas.

Joseph Woodlief

8 de abril de 1973 - 23 de junio de 1987

Joseph Woodlief, hijo de Ruth y de Eckener Woodlief, falleció la noche del 23 de junio en su hogar. Joseph era un miembro activo de la Iglesia y un estudiante recientemente aceptado en la prestigiosa Escuela St. Martin's Boys'. Era un gran remero y un apasionado de la música clásica.

Sobreviven a Joseph sus padres, Ruth y Eckener; tres tías, siete tíos; abuelos maternos; ocho hermanos, Stewart, Katherine, Farley, Bradley, David, Todd, Benjamin y su hermana pequeña, Abbygail. Se oficiará un servicio privado, pero la familia aceptará visitas de pésame el día 30 de junio a partir de las siete de la tarde.

— ¿Esto es algo? Tenía catorce años — digo bostezando y señalando mi pantalla. La foto está palidecida y es difícil verla bien, y parece que la tomaron cuando el niño era mucho más pequeño, como mucho cinco o seis años.

Scarlett empuja su silla hacia mí de una patada en la pared. Examina con cuidado la esquila, palabra por palabra.

— Podría ser él. Yo diría que la cara se parece — murmura Silas por encima de mi hombro. Siento su aliento embriagador en el cuello.

— Lo del «servicio privado» es sospechoso. Si se volvió fenris, no tendrían ningún cuerpo que enterrar — añade Scarlett.

Silas coincide.

— ¿Cómo se llama? ¿Joseph Woodlief? Creo que acabo de ver ese nombre — dice mientras lleva otra vez su silla hasta su lector de microfilms. Hace rodar los textos un momento y luego señala hacia el monitor—. Unos meses antes de morir, justo después de su cumpleaños, para ser concretos, lo detuvieron por... — vuelve a hacer pasar el texto para ver la segunda página— por atacar a una chica durante un almuerzo comunitario. La chica logró escaparse y fue a la policía.

— Eso es aún más sospechoso que lo del servicio privado — dice Scarlett, animándose—. El alma siempre tarda un tiempo en morir; supongo que el lobo



empezó a apoderarse del cuerpo varios meses antes de que la familia publicara la esquila oficial. —Una bibliotecaria se asoma por la puerta y nos dirige una sonrisa cálida, pero Scarlett se vuelve hacia la pared para ocultar sus cicatrices. Cuando la bibliotecaria ya se ha ido, se vuelve de nuevo hacia nosotros, se reclina en la silla y pone en marcha su engranaje mental.

»Entonces... fue un Potencial porque... ¿por qué? —Todos volvemos a leer la esquila una y otra vez, hasta que Scarlett suspira—: Creía que habría algo, alguna pista...

—Bueno, no tenemos nada con que compararlo. Tal vez necesitamos más información sobre un segundo fenris —sugiero. Enseguida me doy cuenta de que ha sido una mala idea decirlo, porque la expresión de Scarlett se apaga frustrada.

—Un segundo fenris es prácticamente imposible. Éste era lo bastante joven para ser único y nos dijo de dónde era. Los demás son hombres normales y corrientes, sin procedencia conocida.

Para cuando acabemos con ellos, la fase lunar del Potencial ya habrá terminado.

—No sé, Scarlett, quizá no es nada concreto —dice Silas. Scarlett le lanza una mirada de acero y él se encoge de hombros—. Quizá no hay ninguna explicación científica exacta de quién se convierte en Potencial. Puede que sólo sea el destino o qué se yo...

—No. Tiene que haber una razón. —Scarlett hace retroceder la silla. Le cojo la mano. La comprendo; a mí tampoco me gustaría pensar que era mi destino perder un ojo.

Silas se mira el reloj.

—Llevamos aquí cinco horas. —Me dirige una mirada cómplice, que dice «deberías haberte ido ya». ¿Cuándo aprendimos los dos a hablarnos sin palabras? Tenía la esperanza de que se olvidara de las clases y ya no me insistiría.

—Yo no puedo irme. Me pregunto si... ¿vosotros creéis que hay algo de cierto en lo de la bala de plata para matar a los hombres lobo? O quizá... Fijaos en que el ataque se produjo justo después de su cumpleaños, a lo mejor tiene algo que ver... —Se levanta de la silla y se va corriendo en dirección al lavabo.

—Tienes clase —dice Silas en voz baja en cuanto Scarlett sale por la puerta.

—Venga, Silas, tenemos trabajo.

—Venga, Rosie, tienes clase.

Le miro con dureza.

—Esto es más importante.



—Scarlett y yo podemos llevar esto solos perfectamente. Ve y diviértete. Prueba la vida fuera de la caza.

—Si vuelves a decir «prueba la vida fuera de la caza» otra vez, te acuchillo.

Silas sonrío.

—Vete, yo te cubro. Y si encontramos algo que nos obligue a actuar ya, iré a buscarte. No deberías encadenarte a esto si tú no lo has decidido.

Miro fijamente el microfilm, luego a Silas, luego la silla vacía de Scarlett. Quiero ir a una clase. La verdad es que definitivamente quiero ir a una clase, no preocuparme de los lobos durante una hora, ver cómo sería la vida si fuera una chica de dieciséis años normal.

—Si Scarlett se entera...

—No se enterará a menos que tú se lo digas. Vete —dice, posando su mano sobre la mía. Sonríe al ver sus dedos sobre mi piel. Me muero de ganas de girar la mano para cruzar mis dedos con los suyos.

Tiene razón, debería ir. Frunzo la boca para disimular una sonrisa y me levanto de un salto, tocando brevemente el hombro de Silas antes de salir corriendo de la sala de microfilms. Salgo pitando por la puerta principal de la biblioteca con los dientes apretados hasta que me aseguro de que ya no voy a oír a Scarlett llamándome confundida y enfadada.

Quince minutos y mucho correr después, abro de golpe las puertas del centro social. Las miradas de una clase entera de embarazadas que estaba acabando su sesión de yoga en la sala de baile de detrás de la mesa de inscripción caen indignadas sobre mí.

No me puedo creer lo que estoy haciendo. Releo el tablón de cursos, aunque no hace falta, porque ya hace tiempo que me aprendí la oferta completa. «Algo pequeño. Algo sencillo, básico. No te emociones, sólo es una clase.»

Me obligo a respirar y le doy a la señora de recepción mi tarjeta de clases.

—¿Qué clase quieres, cariño? —me pregunta la mujer de avanzada edad. La mano le tiembla un poco, como si mi tarjeta fuera un gran peso.

—Origami para principiantes.

La mujer me mira algo sorprendida, pero pasa la tarjeta por la máquina. Origami. Sencillo e inocente. Scarlett no se puede enfadar demasiado conmigo si hago algo tan patético, ¿no?

Las embarazadas salen del estudio tras inclinarse repetidamente ante su profesora, y varios voluntarios del centro social entran empujando mesas y sillas plegables.



Ocupamos nuestros asientos. Una mujer de pelo castaño canoso nos saluda a mí y a las otras siete u ocho personas sentadas frente a ella para aprender origami.

—Hoy tenemos caras nuevas —dice con voz suave y delicada. Nos pasa papeles de colores vivos, perfectamente cuadrados y sin la menor arruga.

Paso la siguiente hora haciendo una rosa, una grulla, una bailarina. Me imaginaba que sería tonto y aburrido y, en cambio,... hay algo que me llena. No es precisamente un amor por el origami, sino esta increíble sensación de ser normal.

Escucho el hablar tranquilo de la profesora —«Doblad por aquí, girad por acá»— y veo el papel deslizándose entre mis dedos por la única razón de que yo lo quiero así. Me siento como si fuera más de lo que era cuando he entrado en la clase, más que simplemente una cazadora. También soy algo tonto y sin sentido y maravilloso, haciendo algo que no es mi obligación, sino mi simple deseo. Me pierdo en los dobleces del papel, como si cada una de ellos arrancara parte de la dureza que los años de caza han amontonado sobre mí, hasta que me siento nueva, desnuda y maravillosa.

Cuando regreso sigilosamente al apartamento, encuentro casi al instante los ojos de Silas, como si los míos sintieran una atracción automática por ellos. Me sonrío ligeramente, más con la mirada que con los labios. Scarlett repara en mí desde una montaña de notas y libros de la biblioteca.

—Hola, Rosie —murmura—. Mira, ya sé que has ido a comprar a la tienda, pero tenía hambre y... hemos pedido comida china. —Señala con un bolígrafo hacia la encimera de la cocina, donde hay alineadas una docena de cajitas cuadradas—. Lo siento. Pero ¿no habías ido a comprar comida? —pregunta apuntando a la ausencia de bolsas en mis manos.

—Yo... —pienso deprisa—, resulta que me he olvidado el dinero. ¡Qué vergüenza he pasado cuando estaba ya en la caja!

Scarlett pone cara de paciencia pero sonrío un poco y se vuelve a sumergir en sus notas.

«¿A la tienda?», le vocalizo en silencio a Silas. Se encoge de hombros; pone la radio y busca con el dial hasta que encuentra una emisora de música pop. Yo le levanto una ceja y Scarlett se burla. Es cutre, pero creo que todos lo sentimos como una merecida moratoria de la emisora de noticias que se pasa el día recordándonos las chicas asesinadas y diciéndonos «corred, corred, corred».

—No se me ha ocurrido nada mejor —susurra apenas más alto que la música, dando la espalda a Scarlett y sirviéndose arroz blanco en el plato.



—¿Y qué esperabas que yo dijera al llegar a casa sin la compra? —le pregunto, aunque me cuesta enfadarme. Supongo que todavía me queda en el corazón algo de la felicidad del papel doblado.

—Eres lista, sabía que se te ocurriría algo —responde con una amplia sonrisa—. ¿Cómo ha ido?

—Ha sido... bonito —digo. Miro de reojo a Scarlett para asegurarme de que no nos está mirando y coloco una rosa de papel de color rosa en el bolsillo de la camisa de Silas. Dejo la mano sobre su pecho y siento cómo le late el corazón; sonrío y al final aparto la mano.

—¿Qué es esto? —murmura, sacando la flor para mirarla.

—He hecho origami —Sonrío y me vuelvo para escoger trozos de pollo agri dulce. Silas se ríe en silencio.

—Origami, ¿eh? Entonces, ¿piensas volver? —susurra.

—No.

Se calla y me frunce el entrecejo.

Me pongo un poco roja.

—Quería decir que he pensado en hacer otro tipo de clase. Así podría probar un poco de todo.

Me da un ligero empujón.

—¿Lo ves? Un poco de libertad no hace daño a nadie —dice. Se echa atrás hacia Scarlett mientras se vuelve a guardar la flor de papel en el bolsillo de la camisa. Lo miro alejarse y pienso en el día tan extraño que está acabando con un atardecer brillante tras las ventanas del apartamento. He mentido a mi hermana. He aprendido a hacer una bailarina de papel. Y, no estoy segura, pero creo que me he enamorado oficialmente de Silas Reynolds.



Capítulo 11. Scarlett

A Rosie le pasa algo.

Es algo insignificante, algo que nadie notaría, excepto la otra mitad de su corazón. Coge los palillos y rebusca entre los trozos de comida china con una ligereza desconocida que me asusta. ¿Cómo es posible que algo de Rosie me resulte extraño? Se deja caer en el suelo, arrastra un libro hasta ella, lo abre y se pone a hojearlo entre trozo y trozo de pollo agridulce. Silas levanta la vista del libro que está repasando por segunda vez y la mira. Pero, al parecer, soy la única que hace algún progreso; tengo un montón de notas a mi lado.

Sacudo la cabeza y vuelvo al libro que estoy estudiando detalladamente: *¡Mitos, leyendas, monstruos!*, de Dorothea Silverclaw. No sé por qué, pero dudo de que éste sea su verdadero nombre, como dudo hasta de que sepa lo que es un fenris. Los llama *hombres lobo* y los describe como si fueran lindos lobitos que se convierten en adolescentes peligrosos. Se vuelca en el aspecto supersticioso: el ajo detiene a los vampiros, los fantasmas no pueden cruzar cursos de agua, el séptimo hijo de un séptimo hijo está maldito, las hadas quieren robarte a tus hijas. Seguro, Dorothea. Me atrevería a decir que lo que hemos aprendido de Pa Reynolds es mucho más útil que todo lo que he encontrado hasta ahora en la selección que hice en la biblioteca de leyendas sobre hombres lobo.

Pero aunque Silas y yo hemos anotado todo lo que Pa Reynolds nos contó sobre los fenris, y yo lo he combinado con lo que he sacado de estos libros, seguimos sin poder precisar demasiado sobre el Potencial.

—Puede que le estemos dando demasiadas vueltas —dice Rosie, cerrando su libro de golpe.

Suspiro y tiro el montón de papeles que tengo en la mano.

—Puede. O puede que sea inútil. Tenemos que ir a cazar otra vez, aunque no podamos matar nada; puede que oigamos algo, que consigamos alguna información o... algo. Cualquier cosa. —Hasta yo me noto la desesperación en la voz. Ahora ya no



paro de pensar en encontrar al Potencial, es como una adicción. La idea de tener que volver a casa con las manos vacías me duele físicamente.

—No te preocupes, Scarlett —dice Rosie con ternura. Me ha hablado con este mismo tono de voz docenas de veces antes que ahora para calmarme: la primera vez que lloré al ver el aspecto de mi cara mutilada, cuando nos quedamos sin dinero y vendimos las primeras pertenencias de Oma March, cuando estaba convencida de que, sin Silas allí, los lobos invadirían Ellison. No es lo que dice, sino cómo lo dice, de una forma que hace que la crea, no importa lo que pueda ser o no verdad—. Iremos a cazar esta noche —añade. La miro a los ojos. El cambio misterioso está ahí, oculto tras una expresión dulce y reconfortante.

Su tono resulta familiar, pero esa mirada suya sigue siendo nueva, extraña. Tenemos que ir a cazar otra vez, y no sólo porque necesitemos información. Cazar nos devuelve la sensación de una sola identidad, recompone el corazón roto. No es que tenga demasiado sentido estando los fenris tan concentrados en lo suyo, pero, aun así, pondrá las cosas en su sitio, no sólo con Rosie, sino también con Silas; nos unirá, independientemente de qué clase de mirada extraña tenga mi hermana en los ojos.

—Entonces, esta tarde saldremos temprano —digo.

—Vale, pero ahora que lo pienso, quizá deberíamos cambiar nuestro plan de caza —sugiere Silas, levantándose para poner su plato en la fregadera—. Supongo que necesitamos información ya. Ésta no es una cacería normal.

—¿Alguna idea? —pregunto. Parece que las cosas empiezan a ponerse en su sitio. Silas y yo planeando una cacería, preparándonos para conquistar la noche.

Silas responde, encogiéndose de hombros:

—Bueno, podríamos dividirnos. Así cubriríamos más terreno.

Frunzo el ceño pero ¿qué puedo decir? ¿Que no, que Rosie no puede ir sola? ¿Que quería cazar para estrechar los vínculos entre Rosie y yo, entre Silas y yo? Tengo muchísimas ganas de decir que no, pero la verdad es que es una buena táctica y hay gente muriendo. Suspiro y muestro mi conformidad.

Varias horas después, los tres estamos al pie de la escalera. La luz de las farolas de fuera se derrama sobre los rostros de Rosie y Silas; por un momento es como si tuvieran cicatrices como yo.

Rosie parece nerviosa, pero sé que nunca lo admitirá. «Puedes cazar sola en esta ciudad, Rosie. Seguro que mejor que yo.»

—¿Nos volvemos a encontrar aquí, pongamos... a las tres de la mañana? —sugiero, pasando el dedo por el mango de mi hacha.



—A las dos —dice Silas—. Venga, Lett, los hay que dormimos. Y además, si a las dos no hemos encontrado nada, ya no lo encontraremos después.

Lo miro con expresión de disgusto pero acepto.

—Vale. A las dos. A no ser que estemos siguiendo a algún fenris o algo así. En ese caso, continuamos. Rosie, si encuentras un grupo... —Rosie me lanza una mirada de frustración y dolor. No quiero decirlo, porque sé que le hace daño oírlo, pero...—, ten cuidado, Rosie. Por favor. —Me siento un poco mejor al ver que Silas le echa una mirada que reitera mi petición.

—Lo tendré —nos responde con un suspiro, apretándose el cinto de los cuchillos.

—A ver: yo volveré al parque donde vimos a aquellos tres —digo, intentando ocultar la impaciencia en mi voz. Cinco... ojalá pudiera volver a ver a aquellos cinco. Esta vez no esperaré a que se transformaran—. Rosie, ¿por qué no vas por la calle Diecisiete?

—Allí no hay más que empresas, y a esta hora de la noche no habrá nadie. ¿Para qué? —se queja Rosie, pero cede cuando suspiro exasperada.

—Y Silas...

—Yo iré a la parte norte de la ciudad. Seguramente es demasiado lujosa para que haya muchos fenris por allá, pero me imagino que también será más fácil pillarlos merodeando —dice Silas, echando la mano atrás para comprobar el mango del hacha y ajustar las correas de su mochila.

—Vale. Y a las dos de la mañana, ¿de acuerdo? —concluyo. Los dos asienten. Dudamos un momento, mirándonos a los ojos. Los de Silas no se apartan de Rosie. ¿Está preocupado por ella como lo estoy yo?

Después nos separamos. Silas se va en dirección contraria y Rosie y yo nos tocamos las puntas de los dedos brevemente antes de separarnos a la salida de Andern Street. Noto que se le acelera el corazón cuando se aleja. Un corazón con el que esperaba volver a conectar en una cacería. Pero no esta noche. «No seas egoísta, Scarlett.» Las Libélulas te necesitan.

Camino penosamente hacia el parque, con la cabeza baja y la capucha puesta. El parque tiene algo que me desafía. El lugar de mi fracaso: es como si necesitara demostrarle que puedo cazar con éxito. Esta vez me dirijo al otro extremo, donde los árboles se funden con pequeños chalés y calles. Sigo el retumbar de la música y el rumor de las conversaciones hasta que aparece una casa convertida en discoteca.

Una pared de The Attic está cubierta de *grafitis*, y cada vez que se abre la puerta, los sonidos de guitarras y de baterías barren la calle y las notas se estrellan contra mí. Hay una larga cola de gente esperando para entrar. Sus sombras se recortan nítidas y bien definidas en la pared de ladrillo que hay tras ellos. Piensan que esto es lo real,



que el mundo no es más que gente con un pelo precioso y ropa bonita y coches pasando a toda velocidad. No han visto la luz del sol.

«Es increíble cómo el haber visto la luz puede hacer que una persona se sienta tan sola», pienso mientras me escondo detrás de un todoterreno ridículamente grande. Es el lugar perfecto para observarlos, para esperar y ver quién sigue a las chicas cuando se van en pequeños grupos. Me siento en el bordillo y trato de parecer aburrida, como si estuviera esperando que venga alguien, me coja del brazo y me lleve a la discoteca. Algunos me miran, pero apartan la vista rápidamente.

«Observa. Sólo observa.» Pasan unos minutos, quizás un poco más. La mayoría de las chicas que se van parecen tener el coche cerca y nadie merodea a su alrededor. Puede que los fenris no estén por esta discoteca, igual debería intentarlo en otra. Me levanto, pero mientras lo hago, tres chicas salen de la discoteca. Es evidente que una está borracha; baja los escalones dando traspiés, como si tuviera las piernas de trapo. Las otras se ríen y la ayudan a mantenerse en pie, aunque no están mucho mejor. Se detienen en la esquina, hablando y señalando hacia varias calles. Al final, parecen ponerse de acuerdo en una dirección y empiezan a alejarse. Estoy a punto de desviar la atención hacia otra persona cuando veo que un hombre con un abrigo oscuro se escabulle por la pared opuesta de The Attic. No desentona entre los otros chicos, pero se aleja de la música a todo volumen y de la cháchara a voz en grito, y va hacia las tres chicas.

Es un fenris. Lo noto. Hay algo primario en sus largas zancadas. Cruzo a una calle que va en paralelo para poder observarlo sin que se dé cuenta de que lo están siguiendo. ¿Por qué he de esperar a que se transforme y darle la oportunidad de escapar? No tengo que ser el cebo. Puedo matarlo ahora. Me acerco dando una larga zancada, como un gato acercándose a un ratón. Agarro el hacha.

Y entonces se oye la risa, esa maldita risa alegre, terriblemente efervescente. Tienen por lo menos mi edad: ¿por qué se ríen como niñas? No son como las chispeantes Libélulas de la discoteca, sino una variedad de Libélulas menos adornada que visten camisetas y vaqueros y van juntas por la calle con los brazos entrelazados y moviendo las colas de caballo. El fenris las observa ávidamente, olfatea el aire y sonrío de un modo asqueroso cuando capta en la brisa el olor del pelo y del perfume de las chicas. No importa que haya gente por todos los lados, puedo matarlo como el monstruo que es y después salir corriendo. Nunca me encontrarán. Necesito hacerlo.

Pero sí que importa. Ver a los fenris, ver lo que de verdad son... te cambia. Lo cambia todo, aunque no te arranquen los ojos o la piel. Las Libélulas nunca serán lo mismo: habrán visto la oscuridad; sabrán que existe, a pesar de su reluciente sombra de ojos y sus labios brillantes. No volverán a mirar las noticias de la misma forma, no



volverán a sentir lo mismo. No sólo mataría al fenris, también mataría la inocencia ignorante y estúpida de las chicas.

«Vamos, monstruo. Transfórmate. Oblígame a actuar. Cambia aquí mismo, delante de todo el mundo. Oblígame a luchar contra ti.»

Pero el fenris no se transforma. Simplemente se acerca a ellas, al tiempo que tira su cigarrillo al suelo. Al hacer este gesto, las luces de neón se reflejan en su muñeca, iluminando un símbolo entre las gruesas venas: una flecha.

Aprieto el hacha tan fuerte que me pellizca las manos y siento que los vasos sanguíneos me empiezan a latir. ¡Dios, un Flecha! Observo a las Libélulas, segura de que si sigo mirándolo se apoderará de mí una fuerza animal y tendré que atacar. Cuando el fenris se acerca a ellas, las Libélulas mueven el pelo y se balancean sobre sus pies como una hilera de purasangres, todo belleza y gracia refinadas, zapatos puntiagudos y piel reluciente. El fenris sonrío, malicioso, mueve las manos y se pasa los dedos por su lustroso cabello que sé se convertirá en pelo enmarañado de aquí a bien poco.

«Mantente firme. Míralo a los ojos. Es hambre, no deseo, lo que hay en ellos.» Quiero gritar, advertirlas... no. Pensarían que estoy loca y perdería cualquier elemento de sorpresa que tuviera con el lobo.

Las Libélulas y el fenris empiezan a alejarse entre un coro de risitas y parloteo. Camino tras ellas sigilosamente pero andan rápido y me cuesta seguir las sin que me vean. De repente tuercen por Spring Street, una calle que está tan iluminada que me da miedo seguir por ahí. «Tranquila, céntrate.» Doy la vuelta y bajo corriendo por un callejón que corre paralelo a la calle, esperando llegar antes que ellas al otro lado para estar segura de su próximo movimiento. Llego a la entrada del callejón y me asomo nerviosamente por la esquina de la pared de ladrillo.

Han desaparecido. Dónde...

El grito de una chica atraviesa la noche, un grito estridente y terrorífico.

Corro hacia allí, aunque es difícil saber con exactitud de dónde viene el chillido que resuena en los edificios de cristal. Vuelve a gritar de dolor, y chilla otra chica. ¿Dónde están? Bajo corriendo por Peachtree y a mi izquierda aparece una calle lateral, tan pequeña que apenas llega al callejón. Hay unas figuras al fondo de la calle, dos chicas muy juntas rodeadas por un lobo gigantesco que chasquea sus fauces. Ahí había tres chicas, no dos. Siento una sacudida en el estómago. Saco el hacha de la cintura de un tirón y bajo disparada por el diminuto callejón, lanzando un furioso grito de guerra. «Por favor, todavía puedo salvaros.»

El lobo ruge enfadado enseñándome unos colmillos amarillentos y relucientes. Levanto el hacha: no conseguiré alcanzarlos a tiempo; no me queda más remedio que arrojarla. Las fauces del lobo se cierran de golpe y una de las chicas grita de terror



cuando sus colmillos le rozan la pierna. Lanzo el hacha con tanta fuerza y odio que el cuerpo me impulsa hacia delante y caigo sobre la acera grasienta mientras el arma atraviesa el aire a toda velocidad.

Me apoyo en las manos para levantarme y continuar, pero mi mano derecha encuentra algo caliente y blando sobre la acera. Me basta un vistazo justo antes de ponerme de pie para darme cuenta de lo que es: el codo de una chica. Un codo desgajado, sólo una pequeña curva de piel y hueso tirada en la calle como un trozo de basura. El suelo está teñido de rojo. Rojo por todas partes. Sangre, pelo apelmazado y restos... Me dan arcadas a pesar de todo lo que he llegado a ver. Cierro el ojo y me obligo a permanecer de pie.

Corro hacia las dos Libélulas supervivientes y me doy cuenta, con una sensación de asco y ansiedad, de que son las únicas formas de vida que quedan al fondo del callejón; el arma que arrojé no le dio. El fenris se ha desvanecido en la noche, otra vez poderoso y centrado después de su festín. La rabia me domina y tengo la lengua demasiado trabada por la furia para poder hablar. Levanto rápidamente el hacha del suelo.

Las chicas gritan, aferradas la una a la otra. Sus ojos, muy abiertos y aterrados, están llenos de lágrimas.

—Se ha ido —digo. Veo que examinan mi cuerpo, miran las cicatrices que lo cubren y el hacha que tengo en la mano. No sé qué más decirles. Su amiga está muerta, ¿vieron cómo la devoraba el lobo o cogió la primera que pudo en la oscuridad? La amiga de alguien, la hija, la nieta de alguien, la hermana de alguien... sólo comida para un monstruo. El estómago se me vuelve a poner tenso y trato de vomitar en la cuneta pero no puedo. Tapo el lado herido de mi cara con la capucha para calmar sus nervios.

»Vamos, os acompañaré a coger un taxi. Deberíais volver a casa.

Tiemblan. Tienen miedo de moverse, miedo de respirar. Sé cómo se sienten: mientras bajan por el callejón con paso vacilante, piensan que todo es una pesadilla horrible. ¿Es éste el aspecto que tenía yo, de pie delante de mi hermana hace ya tantos años? «Nada os puede ayudar, Libélulas. Despediros del mundo que conocíais, bienvenidas a la caverna. Siento haberos fallado, lo siento muchísimo.»

Las conduzco hasta la calle principal rodeando los diminutos pedazos del cuerpo de la chica muerta que hay esparcidos por el suelo. Las llevo hasta un taxi y desaparecen en la noche. No miran atrás, como si tuvieran miedo de que yo también forme parte del mal sueño. Creo que podrían tener razón.

Pienso en tomar el autobús para volver al apartamento pero, en lugar de ello, echo a andar, intentando ignorar la profunda impresión que me corroe el corazón. Mi mente reproduce tantas veces el hallazgo del codo de la chica que no puedo evitar



pensar que lo tengo debajo de las puntas de los dedos. Esta sensación se mezcla con los recuerdos de cuando salí de la habitación de Oma March, cubierta de sangre del fenris muerto, esperando echarme en sus brazos, y me encontré con que no quedaba nada de ella, excepto un delantal ensangrentado y hecho jirones. Es como si el fenris supiera que tiene que dejar un trocito de las víctimas, un trozo que siempre ronda por delante de los recuerdos felices de los muertos.

Un equipo de música suena a todo volumen en la noche y los neumáticos de un coche chirrían, pero, aparte de esto, la calle está vacía. Camino como una zombi, demasiado cansada para sentir algo. Bueno, algo sí. Me invade un odio hacia mí misma. El lobo está libre, tuve la oportunidad de detenerlo y no lo hice.

Me pregunto si Rosie habrá tenido suerte esta noche.

Sé que la idea de que mi hermana lo haya conseguido debería hacerme feliz, pero noto una fea y vergonzosa sensación de celos flotando por mi cuerpo que me parece que podría estallar. Cazar me acompaña, me calma, me conforta. Soy una cazadora. O lo era. Ahora soy una fracasada. Me quito de un tirón el parche del ojo y me arranco la capa de los hombros.

El camello está en los escalones de entrada del edificio pero ni siquiera masculla un saludo. Simplemente mira el hueco donde debería estar mi ojo y después se aparta de mi camino con una especie de dignidad que me inquieta. La luz parpadeante de la calle se refleja en las lágrimas negras que lleva tatuadas en la cara, y noto las sombras que arrojan mis cicatrices en mi piel como si también estuvieran tatuadas. Subo los escalones despacio, con los pies pesados. Abro la puerta de un empujón y me arrastro escaleras arriba hasta llegar al último piso.

—No, ellos pensaban que era una niña; de hecho, lo pensaron hasta el momento en que nací. Si te digo la verdad, creo que se sintieron defraudados.

—¿De verdad? Eso explica muchas cosas. —Mi hermana ríe tontamente, con una voz tan parecida a la de las Libélulas que hace que se me encienden las mejillas por la frustración. Eso, y lo que estoy viendo: Rosie, tumbada en el sofá, con *Screwtape* dormido en su regazo. Silas, reclinado en una de las sillas, con los pies apoyados encima de la mesa del *grafiti*. Los dos están en pijama. Los dos parecen sentirse a gusto. Cómodos. Aburridos, incluso. No tienen aspecto de haber estado cazando, obsesionados, siguiendo el rastro de las Libélulas para protegerlas de los monstruos, intentando por todos los medios hacer del mundo un lugar un poco mejor. No parece que hayan tenido que ocuparse de una chica brutalmente asesinada.

—Scarlett. —Mi hermana pronuncia mi nombre como si estuviera sorprendida y preocupada.

Dejo caer la capa y el parche al suelo y me doy la vuelta, furiosa, tomando cierto tiempo para cerrar la puerta con llave. «Respira, Scarlett. No grites.»



—¿Lett? ¿Estás bien? —pregunta Silas. Su silla cae al suelo con un ruido sordo y oigo sus pasos detrás de mí.

—Ha muerto una chica. No pude llegar a tiempo para detenerlo. Murió. Un fenris la ha devorado —respondo. Me vuelvo hacia ellos, apretando los dientes. Las imágenes de las Libélulas, del Flecha, de Oma March pasan por mi cabeza a toda velocidad.

—Scarlett —vuelve a decir Rosie, con la mandíbula desencajada por el horror.

—Estoy seguro de que has hecho todo lo que has podido —dice Silas con firmeza.

Arqueo las cejas.

—Por supuesto que he hecho todo lo que he podido —le corto—. Porque yo estaba fuera cazando. No aquí hablando de tonterías.

—Un momento, Lett, quedamos en encontrarnos aquí a las dos.

—¿Y? —le digo entre dientes.

—Son la cuatro de la madrugada, Scarlett —responde Rosie mientras deposita a *Screwtape* en el suelo y se me acerca con los pies descalzos.

Miro el reloj de la radio. Tienen razón. Las cuatro y tres minutos. Muevo la cabeza y me voy al cuarto de baño dando fuertes pisadas; abro el grifo y me echo agua por la cara. Cuando vuelvo a salir, encuentro a Rosie y a Silas mirándome, cerca uno del otro. Rosie sigue teniendo un aspecto diferente y eso me da miedo.

—Venga, Scarlett —dice Rosie—. He hecho galletas de mantequilla de cacahuete mientras te esperábamos. Siéntate un ratito.

—¿Que me siente? —Casi escupo. La rabia me bulle por dentro, me sube de los pies a la cabeza hasta que tengo la impresión de ver doble, triple.

»He vuelto pensando en dormir un par de horas y volver a salir después para intentar hacer algo, y os encuentro a vosotros, a mi socio y a mi hermana, sentados... simplemente sentados. ¿Cómo podéis estar sentados? ¿Cómo podéis relajarnos cuando sabéis que hay monstruos en este mundo, monstruos que tenéis el poder de detener? —El tono de mi voz es alto, más alto de lo que recuerdo haya sido jamás, y me doy cuenta de que la gruesa hinchazón que noto en la garganta es por las lágrimas. Yo no lloro. No lloro nunca. Pero me gustaría.

¿No les importa? Pensaba que todos estábamos aquí con el mismo objetivo. Ella es mi hermana, ¿cómo no puede importarle? Me enfrenté a los lobos por ella, me puse delante de ella. A cambio, ahora necesito que a ella le importe.

Silas habla con suavidad.



—Porque es así, Lett. Nadie puede pasarse toda la vida luchando. Venga, siéntate con nosotros. —Da un paso hacia mí y extiende la mano. A veces tiene una forma de hablar que me hace sentir como si estuviéramos sólo los dos en la habitación. Quiero cogerle la mano. Más que nada, lo que me gustaría es sentarme y no pensar en la caza durante sólo un momento, ignorar mi obligación tan fácilmente como ellos. Ellos: los dos guapos e intactos, un club exclusivo. Es natural que quieran sentarse y charlar durante toda la noche en vez de cazar.

Silas y Rosie se inclinan el uno hacia el otro, como si pudieran protegerse de mí, como si yo fuera una intrusa en lugar de una hermana, en lugar de una socia. Hago un gesto de frustración con la cabeza y vuelvo a esconderme en el cuarto de baño, dejando que la puerta se cierre de golpe tras de mí. Abro el grifo de agua fría de la ducha para ahogar el sonido de sus cuchicheos, las sirenas de la ciudad y los sollozos ahogados que luchan por salir de mi fea y herida garganta.



Capítulo 12. Rosie

A la otra semana no voy a ninguna clase del centro social.

Cocino fideos *ramen* todas las noches, y comemos las sobras a la mañana siguiente. Apenas salimos de casa. Parece que estemos parados en el tiempo. Scarlett y yo empujamos el sofá a un lado y entrenamos en el apartamento. Lo hace porque dice que, si no entrenamos, perderé destreza. Yo lo hago porque creo que, si no entrenamos, ella perderá la cabeza. Cuenta hacia atrás los días hasta la siguiente luna llena como el presidiario del corredor de la muerte que cuenta los pasos hacia la silla eléctrica.

Por supuesto, puede que yo también pierda la cabeza. Estoy enamorada de un leñador y simplemente eso no puede ser. Si Scarlett no tiene tiempo para el amor, ¿por qué iba a tenerlo yo? Pero se torna cada vez más difícil no expresar inconscientemente mis sentimientos hacia él; mientras que mi hermana se pasa los días enfrascada en la lectura sobre los fenris, Silas me aparta, me convence de dar un paseo alrededor del edificio o por la calle o por toda la ciudad hasta que nos perdemos en el fluir de la conversación. Intento no tocarlo, no porque no quiera, sino porque tengo miedo de que, si dejo que mi mano roce la suya o si casualmente pone un brazo alrededor de mi cintura, no pueda parar. Querré volverlo a tocar. Y otra vez. Querré que me coja entre sus brazos como hizo la noche en que volvió de Ellison. Ya lo deseo de una manera que me encanta y al mismo tiempo me asusta.

Y Scarlett lo sabe.

Bueno, no lo sabe, pero no es tonta; veo cómo nos lanza miradas de sospecha a Silas y a mí de vez en cuando. Creo que sabe que estamos tirando de las cuerdas que nos tienen atados a los tres, pero lo que no creo es que sepa que Silas y yo estamos tirando a la par.

Pero soy una cazadora, y cuando volvemos de un paseo y veo a Scarlett, con un ceño que ya se ha quedado permanentemente fruncido, lo veo todo claro: no puedo disimular. Tengo que esperar a que los sentimientos desaparezcan. Le debo la vida a Scarlett y, si insiste en que la pase persiguiendo a Potenciales y a fenris, pues... es el precio que tengo que pagar.



Pero este martes, Scarlett ha traído a casa otra pila gigante de libros con la ayuda de Silas. Son bastante ridículos: libros sobre lobos salvajes, monstruos, mitos... Se está desesperando, releyendo libros que de ninguna manera pueden ayudarnos a descubrir quién es el Potencial. La fuerza a que coma alguna cosa para desayunar, pero para el almuerzo, me siento como si me fuera a romper. La energía salta bajo mi piel, implorándome que haga alguna cosa, cualquier cosa, pero que no me quede sentada en el apartamento ni siquiera un segundo más.

Silas se queja mientras se estira hacia la puerta del baño donde Scarlett se está duchando.

—Joder, un lobo. Sólo con que pudiera cazar un lobo, creo que se relajaría. ¿Hay alguna cosa que pueda hacer, algo que aún no se me haya ocurrido?

—No —suspiro—, no lo creo. Ya sabes cómo es.

—Ya —contesta Silas con sosiego, pero con un nuevo sentimiento de culpa en los ojos—. Pero ella no siempre es así. Ni siquiera está pensando bien. Estaré... —Calla y mira el suelo mientras anda hacia la cocina—. ¿Estaré apartándote de ella?

Pestañeo, sorprendida. «¿Me está preguntando qué significa él para mí?»

Se sirve un vaso de agua mientras intento encontrar las palabras adecuadas. Como no lo consigo, Silas vuelve a hablar:

—Como te hablé sobre aquellas clases... No quiero que se sienta como si te estuviera perdiendo. Yo sólo quiero que puedas vivir un poco. Quizá no debería entrometerme.

—No —respondo con rapidez—. No, Silas. Soy yo quien decide.

—Ya. Es sólo que... —Silas hace una mueca y pasa los dedos por la condensación del vaso—. No quiero tener nada que ver en que vosotras dos os separéis. Sé lo que se siente al estar a un lado de la valla mientras tus hermanos se encuentran en el otro, furiosos contigo. No os puedo hacer eso a ti y a Scarlett. No os puedo... no os puedo perder ni a ti ni a Scarlett, sinceramente. Sois lo único que me queda... Ha perdido peso, ¿te has fijado?

—Lett y yo estaremos bien. Siempre lo hemos estado —digo con suavidad, aunque no estoy segura de que esté diciendo la verdad. No está bien desear que tu hermana no esté en la habitación contigo y Silas; no está bien traicionarla, engañarla a sus espaldas. Si aún considerara a Silas como sólo un amigo, lo abrazaría en busca de consuelo, pero albergo ese deseo que retumba en mi pecho que teme abrazarlo demasiado cerca, tocarlo con demasiado cariño. ¿Cómo podemos estar bien mi hermana y yo si lo único que quiero es tocar a su socio?

Me cruzo de brazos y me apoyo en la encimera. Sí que me he dado cuenta de que ha perdido peso, y me he dado cuenta de las ojeras que tiene, y de la manera en que



da vueltas y se retuerce por la noche como nunca antes lo había hecho. Los lobos la poseen, mientras yo estoy despierta a su lado deseando al chico que se encuentra a sólo unos pocos pasos de mí... Soy una persona horrible.

—Lo siento, Rosie —dice Silas al ver la tristeza en mis ojos. Sacudo la cabeza, en un intento de cambiar de semblante, pero a Silas no se le disuade tan fácilmente. Duda, se apoya en la encimera a mi lado, moviéndose despacio como si necesitara comprobar que cada movimiento es aceptado, buscado.

»Oye —añade, posando dos dedos en mi brazo. Empieza en un gesto afectuoso. Aprieto los labios mientras desliza la palma de la mano por mi brazo y alrededor de mis hombros. Silas se detiene, y, aunque no estoy muy segura, creo que él también se da cuenta de que el contacto es mucho más que amistoso; un pensamiento que me provoca un mareo pero que prácticamente me obliga a llevar mi mano hacia el final de su espalda. Cierro los ojos e inspiro, y siento la respiración de Silas en la frente, escucho sus relajados latidos del corazón. Sus labios se encuentran tan cercanos a mí que si fuera más valiente podría inclinar fácilmente la cabeza hacia atrás y besarlo. Es difícil no suspirar, ya que la respiración exhausta se acumula en mi pecho y la estoy reteniendo, a pesar de que lo que más anhelo es liberarla, abrazarme a él con todas mis fuerzas...

La ducha de Scarlett se calla. Silas retira de pronto su brazo y yo me reincorporo algo mareada debido al cambio brusco.

—Eh... bien —dice Silas, con aspecto de asombro. Me mira—. Vale, volvamos al estudio de los Potenciales, los lobos, lo importante... —Mueve la cabeza como si se estuviera sacando de encima una niebla mental.

Me muerdo el labio. Quiero salir de aquí; necesito salir de aquí o el descomunal deseo que siento por Silas va a consumirme. Scarlett lo va a descubrir si no me escapo y me lo saca de la cabeza. Sólo por poco rato; puedo ir a comprar comida o algo. Silas la ayudará en la investigación. No podemos seguir comprando comida china. Me cruzo con los ojos de Silas, que desprende colores celestiales en el monótono apartamento.

—Enseguida vuelvo —digo y salgo corriendo hacia la puerta.

—¡Espera! —susurra tajantemente. Se abalanza hacia el sofá y me lanza el cinturón con los cuchillos—. Sólo por si acaso. —Lo cojo con una mano y me lo cuelgo alrededor de la cintura. Silas me lanza una sonrisa avispada. ¿Sabrá el efecto que produce esa sonrisa en mí?

Consigo devolverle una débil sonrisa y salir. En cuanto estoy fuera, respiro a fondo. ¿En cuántos días no habré salido? El olor del humo de cigarrillos y el aire fresco se entremezclan en mi nariz. Salgo corriendo de nuestro edificio ruinoso,



manoseando los billetes en el bolsillo de camino al supermercado Kroger. Sólo algunas cosas de comer y vuelvo.

Una fuerte corriente de aire me da un latigazo y hace de mi pelo una maraña. Los coches pitan, el tránsito se para en la intersección, y yo corro entre los taxis para cruzar la calle. Quizás una clase corta... ¡He estado concentrada en la caza durante tanto tiempo...! El rostro de Silas sigue apareciéndoseme intermitentemente, dándome ánimos, respaldándome.

Sólo una clase muy rápida. Treinta minutos o menos.

El centro social se encuentra varias manzanas más allá, pero corro; si me concentro en evitar las multitudes de gente de la acera, en poner un pie delante del otro, no me podré concentrar en la pequeña chispa de culpabilidad que hay en el fondo de mi mente. Corro hacia la puerta del centro social y le entrego mi carné de estudiante a la mujer sonriente de recepción.

—¿A qué clase? —pregunta.

—Eh... —Escrueto el tablón. Decoración de pasteles, danza del vientre, mercado bursátil...

—Dibujo del natural —digo rápidamente—. Espere, ¿necesito el material para dibujar?

—No, los materiales están incluidos con el curso. Es en el aula tres y creo que empezará en breve. ¿Tienes dieciocho años, cariño?

Me lanza la pregunta mientras me alejo de la mesa de recepción hacia la clase.

—Eh... ¡sí! —respondo enseguida. La mujer hace un gesto de haberme oído y regresa a su mesa.

Bueno, tengo dieciséis, bastante cerca. Scarlett tiene dieciocho, de manera que Silas... ¡caray!. ¿Qué es lo que quiere alguien de la edad de Silas con una niña como yo? Entro en el aula y cojo uno de los únicos dos caballetes libres que hay cerca de una silla ubicada en el centro de la clase. Mujeres, en su mayoría de mediana edad, charlan muy deprisa a mi alrededor, pero yo apenas las oigo. Quizá lo esté malinterpretando todo con Silas... quizás el sentimiento de agitación sólo lo sienta yo...

Dos hombres entran en el aula, uno viejo y con bigote y el otro joven y de tez morena, con pantalones de deporte y una camiseta gastada. Se parece a Silas, de hecho. «Caray, ¿qué me pasa, estoy obsesionada?» Pero realmente hay algo del leñador en el joven rostro del chico, de labios carnosos, cabello castaño un poco rizado que se ensortija en torno a las orejas... Desvío la mirada para no estudiarlo con demasiada detención.



—Muy bien, chicas, ¿estáis listas? —dice el hombre mayor de forma entusiasta. Se oye una fuerte agitación de papeles cuando todas pasamos de página en las enormes libretas de dibujo en nuestros caballetes hasta que encontramos las láminas en blanco. Dibujo algunas líneas suaves en mi página, sin saber qué...

El que no es Silas se saca la camiseta, revelando unos músculos ligeramente definidos en su pálido pecho. Alzo una ceja en el momento en que tira de la cintura de los pantalones de deporte. Se caen al suelo en un movimiento fluido y contundente.

No había nada debajo. Nada.

El carboncillo se me resbala de los dedos de repente sudados.

El que no es Silas da un paso para salir del montón de ropa y se mueve hacia el centro del aula, cuyas luces fluorescentes iluminan su terso abdomen. Sonríe como si no estuviera desnudo, sonrío como si yo no hubiera tenido la mala suerte de ocupar la silla más cercana a él. Como si no pudiera ver... ejem... ¡todo! a sólo unos pasos de mi cara, cosa que me provoca un mareo en aumento. Cierro los ojos con fuerza un momento; su rostro se parece al de Silas, y por eso me pregunto si se parecerá a Silas en todo lo demás.

—Muy bien, chicas, esta postura durará siete minutos. ¿Preparadas? —pregunta el hombre mayor situándose detrás del otro caballete vacío. El aula llena de amas de casa asiente con un solo golpe de cabeza ávido. Tengo un escalofrío.

»¡Adelante! —dice presionando el cronómetro. El que no es Silas posa, en una postura que de alguna manera se asemeja al David de Miguel Ángel, con la diferencia de que los ojos de mármol mirando hacia la nada se han convertido en el que no es Silas en unos ojos que me miran casi directamente.

Dibuja. Se supone que tengo que dibujar. Cojo otro trozo de carboncillo de debajo de mi caballete y empiezo apresuradamente a realizar líneas en mi libreta de dibujo. No puedo no mirarlo, o pensará que no lo estoy dibujando a él. Lo miro con prisa, intentando evitar la parte a la que mis ojos no dejan de desviarse. Me empiezo a sentir abrumada.

«¿Cuánto tiempo habrá pasado?» Seguro que ya han pasado los siete minutos. Intento añadir algo de tono al pecho de mi dibujo. Me pregunto cómo será el pecho de Silas... «¡Para! Para, para, para, para, para, para...»

—¡Está bien! —dice el hombre mayor cuando su cronómetro pita con un tono fuerte y el sonido raspante de los carboncillos en el papel se detiene.

—Gracias, señor, gracias. ¡La siguiente postura!

El que no es Silas gira la cabeza, de manera que todo lo que puedo ver es su cabello castaño oscuro y su costado, incluyendo una visión lateral de su... ¿cuánto



tiempo voy a tener que dibujar esta zona del hombre? Lo peor es que se parece mucho más a Silas ahora que no puedo verle los ojos. Me apuesto a que es igualito a Silas. Mi ojos observan más de lo necesario ahora que el que no es Silas no me está mirando directamente.

Al final de la clase he dibujado ocho dibujos mediocres de él, cada uno de ellos con un gran vacío blanco en el área de la entrepierna. Las amas de casa comparan los dibujos con miradas de Oma, mientras el que no es Silas se pone los pantalones y abandona la clase, saludando con la cabeza de forma educada. Me lo vuelvo a imaginar desnudo.

Salgo corriendo de la clase, abandonando los dibujos. ¿Cómo lo explicaría a Scarlett y a Silas? «Para de pensar en Silas, para de pensar en Silas.» Corro hacia el supermercado, me siento aliviada cuando el aire fresco de la sección de congelados choca con mi piel. Cojo helado y guisantes congelados, cualquier cosa con tal de que esté fría. Me pongo la bolsa de guisantes congelados en la nuca mientras espero para pagar. Finalmente, el sentimiento de agobio se calma y consigo estar unos instantes sin pensar en el hombre desnudo que acabo de ver.

Me doy prisa en regresar al apartamento, me pregunto cuánto tiempo habré estado fuera. Abro la puerta e inmediatamente dejo caer los guisantes congelados.

Silas me sonrío, sin camiseta, con su pecho un poco tonificado que brilla en la luz del sol que traspasa las sucias ventanas. Sus pantalones se sujetan holgadamente y con lujuria un poco más abajo de sus caderas, y no puedo dejar de pensar en los dibujos que acabo de dejar, de cuán casi idénticos eran los abdominales del que no era Silas con los del Silas real y, en consecuencia, pienso que todo debe de ser idéntico... Me sonrojo y respiro de forma entrecortada.

Entonces, Scarlett le clava una contundente patada en el estómago.

Silas se queja y se cae hacia atrás haciendo una mueca.

—Todavía tienes que salir esta noche —suelta con una risa mientras Scarlett le alargaba la mano para ayudarlo a levantarse. Tiene el pelo sujetado en una cola de caballo tiesa y alta que se le mueve adelante y atrás al reírse.

—Sigo ganando yo —le responde burlona. El sudor le brilla en el estómago, le caen gotitas por la cicatriz que cruza su abdomen. Tiene la camiseta sujetada con la parte inferior del sostén deportivo, como suele llevarlo cuando está entrenando. Tira fuertemente de Silas para ponerlo en pie mientras éste se frota el estómago con suavidad. Ella nunca entrena así conmigo; ninguno de ellos lo hace. Desde que empezaron a entrenar juntos sólo un año o dos después del ataque, nunca se han reprimido las fuerzas el uno con el otro. Solía ponerme celosa, pero de alguna manera ahora me reconforta. «¿Ves?, no le estoy quitando el socio a mi hermana. Los tres seguimos siendo un equipo.»



—Te has distraído —le dice mi hermana a Silas mientras le frota la nuca.

Silas le lanza una mueca.

—Es injusto. Rosie ha llegado y me ha sorprendido.

—Ya, ya —dice Scarlett. Le da un golpecito de buen grado en el hombro y me mira—. ¿Qué has comprado en el supermercado?

—Eh... He comprado... —Me lleva unos instantes recopilar mis pensamientos y recordar—. He comprado helado y guisantes.

—¿Para cenar? —pregunta Scarlett. Silas me hace un gesto rápido. «Sí —me dice su asentimiento—, di que es para cenar.»

—Pensé que podríamos utilizar las verduras y... la mantequilla.

Scarlett no parece convencida, pero enciende la radio y registra la nevera en busca de la jarra de agua.

—Entonces, ¿qué tal en la tienda? —me pregunta Silas de forma tan superficial que me pregunto si no habrá un doble sentido en la pregunta.

—Bien —le contesto, pero puedo notar que me brillan los ojos. Silas me sonríe y bebe un largo trago de agua, con el pelo sobre los ojos. Me pregunto cuánto tiempo podría estar mirándole si no fuera por el temor constante de que Scarlett me pille. Scarlett se acerca a la radio, después garabatea una nota en un papel y suspira profundamente.

—Dos personas murieron ayer —apunta interrumpiendo mis agradables pensamientos. Se une a nosotros en la cocina con expresión de dolor. Siento la boca seca en el momento en que me invade un sentimiento de culpa; Scarlett prosigue:

»Dos chicas. Fenris, estoy segura. Se encontraban en la parte de la ciudad contraria a nosotros, las encontraron decapitadas. Es donde se encuentran la mayoría de los fenris, creo, aunque me sorprende un poco que hayan dejado tanta... prueba. Me pregunto si la localización tendrá algo que ver con el Potencial.

—No —dice Silas, apartando el cabello de su cara—. No creo que eso tenga sentido. Si fuera así, sólo se encontrarían en un emplazamiento en lugar de merodear por la ciudad.

—Vaya, bien visto. —Scarlett escribe la idea en la destartada libreta en la que va anotando pistas. Extrae una cucharada de helado con expresión decaída.

—¿Dos? —pregunto. Mi voz suena muy baja.

—Sí —responde Scarlett—. Ambas menores de dieciocho años, creo.

—Dos chicas de mi edad —digo despacio. Me hundo en una de las sillas de la cocina y cierro los ojos un momento. Han muerto dos chicas más, y yo, en el centro



social. Scarlett ha entrenado, ha investigado, ha intentado hacer el bien y yo dibujando el pene de un chico. Está bien. Puedo compensarlo.

»¿Cuándo vamos a ir a cazar esta noche? —le pregunto a mi hermana.

Scarlett parece un poco sorprendida y muy satisfecha, pero contesta:

—Hoy no vamos. Es por lo que Silas y yo estábamos entrenando. Cree que debería salir más...

—Deberías —interrumpe Silas.

—Así que nos vamos a la bolera.

—¿A la bolera? —pregunto, desconcertada por el hecho de que Scarlett tenga otros planes el único día que yo quiero cazar.

—Sí, me dijo que sólo entrenaría conmigo si íbamos a la bolera esta noche. A pesar de que cazaremos también de vuelta a casa —dice Scarlett, blandiendo la cuchara ante Silas.

—Por supuesto que sí, ¡pero primero vamos a ir a jugar a bolos!

Scarlett le lanza una mirada de paciencia y después me vuelve a mirar a mí.

—Lo que él diga.

Asiento e intento tragar el gran nudo que tengo en la garganta. Le debo todo a mi hermana, y ella finalmente se está suavizando, dándonos finalmente todo el tiempo libre que deseaba. Pero justo después de que yo lo robara.



Capítulo 13. Scarlett

—No sé jugar a los bolos.

—¡Ya ves! Como si fuera un problema... Será porque este sitio parece muy «profesional»! —me pincha Silas con cara de sorna.

La bolera, Shamrock Lanes, está iluminada con lámparas amarillas un poco oscuras y brillantes luces de neón rosas y verdes. El suelo está cubierto por una moqueta de estampado de leopardo cutre y descolorida, en algunas partes raída hasta el cemento de debajo, y todo el mundo que trabaja en el lugar parece llevar bigote. Hasta las mujeres.

Hay grandes jarras de cerveza en las mesas de todas las pistas, y el estruendo de las bolas rodando y los bolos entrechocándose es ensordecedor. Percibo algunas extrañas miradas de chicas con melenas de rubio oxigenado hortera. Miro furiosa a Silas y me ajusto el parche del ojo.

—Pasa de ellas, Lett —dice cariñosamente.

—Me dan igual —contesto con brusquedad. Lo que no me da igual es que deberíamos estar cazando. —Pero, por millones de veces que lo diga, no creo que lo convenza.

Doy la espalda a las idiotas que no dejan de mirarme.

Rosie parece estar encantada, y las luces rosas contribuyen a que sus mejillas encendidas parezcan aún más vivas, más atractivas. Últimamente no se parece a mí en nada. Hasta hace poco, siempre había pensado que Rosie es como yo hubiera sido si no me hubieran atacado, aparte de una peca o dos. Ahora no lo tengo tan claro. Yo nunca me sonrojaría. ¿Podría mi rostro tener alguna vez una expresión tan animada? Sus músculos no son tan flexibles como los míos; sus ojos no se mueven rápido para controlar cada uno de los sonidos y movimientos del lugar.

Silas reparte pares de zapatos rojos y negros con las suelas despegadas. Rosie coge los suyos y camina hacia nuestra pista, la quince. Echo un vistazo por encima del hombro de Silas cuando abre la cartera.



—Tienes dinero —comento.

—Tengo algo de dinero. Lo suficiente como para jugar a bolos.

—Más del que tenemos nosotras —me quejo inútilmente. Cuando iba a volverme, algo dentro de la cartera me llama la atención. Algo de color rosa pálido y fuera de lugar.

—¿Qué es eso? —le pregunto, y antes de que pueda contestarme, extraigo el trozo de papel de la cartera. Es una rosa de papel, no del todo simétrica y con pliegues un poco redondeados.

—Es una flor —responde quitándole importancia mientras el empleado le devuelve un puñado de cambio. Me saca la flor de papel de las manos y la vuelve a guardar en la cartera.

—Cuéntame de esa flor —le pido mientras andamos hacia mi hermana.

Silas sonrío abiertamente, y su expresión se torna inusualmente ñoña.

—Es un regalo de una amiga.

—Ah, de una amiga —me burlo y le doy un cachete con mis zapatos de jugar a bolos—. Hace sólo unas semanas que has regresado de San Francisco, ¿y ya has vuelto a las andadas mujeriegas?

—¡No! De veras. Es una amiga —dice lentamente. No presiono con el tema. Silas y yo siempre nos hemos contado el uno al otro casi todo, pero su colección de novias es un tema aparte. No estoy segura de si es que le da vergüenza contármelo o si sabe que no quiero saber nada de las miles de chicas guapas y perfectas a las que desea. «Tiene que ser bonito —pienso— tener suficiente tiempo para ambas cosas, cazar y enamorarse.»

Rosie está picando en un teclado cuando nos unimos a ella, introduciendo LET, ROS y SIL en la pantalla de puntuación. Miro con complicidad a Silas y me escurro en un asiento de plástico color turquesa claro junto a mi hermana. Nuestra pista se encuentra entre varios cuarentones felices y borrachos y un grupo de chicos más jóvenes. Intento evitar los ojos de ambos grupos, cosa nada difícil dado la sobrecarga sensorial que caracteriza la bolera Shamrock Lanes.

En el extremo contrario de la bolera hay un grupo de música que toca versiones, formado por unos modernitos de edad avanzada. Tocan una versión bastante dudosa de alguna canción de los ochenta justo cuando Rosie y Silas escogen las bolas. Suspiro y me levanto para coger una también.

—¿Quién va primero? —pregunto.



—Silas —dice Rosie, resplandeciente. Hasta a mí me cuesta no estar alegre, estando rodeada por las dos personas más cercanas de mi vida, incluso en un lugar mugriento que apesta a cigarrillos.

Silas camina de forma bobalicona hacia la pista y arroja la bola de color verde lima que rueda directamente hacia la cuneta. Después va Rosie y, finalmente, yo. Consigo derrumbar tres bolos y se lo tiro en cara a Silas. Se pide una cerveza y se la bebe entre bolas tiradas a la cuneta, y todos nosotros —la bolera entera— intenta cantar con el grupo cuando aparecen las letras de las canciones en las pantallas de televisión. Me parece que es la primera vez en siglos que no pienso en cazar, como si las luces rosas intermitentes hubieran asustado mis pensamientos y los hubieran mandado al fondo de mi mente, donde permanecen siempre presentes pero silenciosos.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta Rosie con una mirada preocupada. Últimamente me lanza muchas miradas de este tipo.

Sonrío pese a lo que pienso.

—Sí, me lo estoy pasando bien. Pero no se lo comentas a Silas. Se hincharía como un pavo.

—Demasiado tarde para eso. Acabo de conseguir un semipleno, chicas —interrumpe Silas con una sonrisa algo alcoholizada.

—Yo puedo superar eso —contesta Rosie. Le saca la lengua y se acerca hacia la barra que devuelve las pelotas. Los chicos jóvenes de la pista de al lado gritan entre risas cuando uno columpia la bola entre sus piernas y la lanza despacio haciéndola girar sobre la madera. Algunos observan a mi hermana. Uno en particular es más alto que el resto; los cabellos color castaño oscuro le caen sobre los ojos, y tiene una constitución un tanto esbelta. Dicho de forma simple, diría que es atractivo, a pesar del parpadeo de las luces y los molestos sonidos. Me siento celosa y a la vez protectora cuando el chico alto mira entre Silas y Rosie. Supongo que intenta averiguar si tiene alguna posibilidad con mi hermana. Fuerzo una vil sonrisa al chico y miro de reojo para ver mejor a sus compañeros. Son todos bastante atractivos, con modernos cortes de pelo a lo estrellas de rock y ropas rotas con estilo.

Espera. Mi corazón se dispara mientras me levanto y me dirijo a la pista para jugar mi turno. ¿Acabo de ver lo que creo que acabo de ver? Cierro el ojo un instante e intento sacarme de encima las luces intermitentes mientras me acerco a la pista y Rosie me anima desde los asientos verde turquesa. Uno de los chicos jóvenes —el más alto— se levanta para lanzar la bola prácticamente en el mismo instante. Sujeto la bola, esperándolo, y los sonidos de la bolera desaparecen. La mente se me despeja, entorno el ojo, las luces parpadeantes pierden intensidad. El chico extiende el brazo y lanza la bola directa hacia los bolos. Entonces la veo: una clara y precisa flecha negra,



que cubre una campana negra descolorida. Casi tan pronto como la he visto, vuelve a desaparecer, escondida bajo una gruesa manga.

—¡Lánzala ya, Lett! —grita Silas mientras los sonidos de la bolera vuelven a definirse. Tiro la bola sin entusiasmo por la pista y me vuelvo hacia mi hermana y Silas sin siquiera mirar si he acertado algo.

No hace falta que lo diga. Ven mi expresión y sus rostros languidecen. Hago ver que miro hacia el bar mientras estudio a cada uno de los chicos. Todos ellos son fenris. Algunos de ellos llevan mangas largas, de manera que no puedo ver los símbolos de la manada, pero lo sé. ¡Qué estúpida he sido! Las luces y el ruido me han distraído. Hemos estado sentados al lado de lobos todo este tiempo.

—Lobos —vocalizo a Silas y a Rosie mientras me siento. Silas aprieta los dientes y asiente sin mirar a los fenris; los ojos de Rosie se entrecruzan en su camino. Ella sonrío con dulzura; supongo que alguno de ellos ha interceptado su mirada por un instante.

Silas y Rosie se miran el uno al otro e intercambian una mirada triste. Una mirada privada. Querían pasárselo bien esta noche y creen que yo eso no lo concibo. Pero nuestro cometido es lo primero.

—Llévalos al aparcamiento. Os esperaré allí —dice Silas rápidamente. Se levanta y se saca los zapatos de jugar a bolos, haciendo muchos aspavientos, después corre por la moqueta de leopardo y sale por la puerta. El fenris alto ve salir a Silas y después nos lanza una mirada fortuita a mi hermana y a mí; observa todos los movimientos, esperando, deseando. Lanzo una indirecta con el ojo a Rosie.

—¿Yo? —me pregunta. ¿Qué? ¿Cree que seré yo la que me insinúe, ahora que me han visto con el demente parche en el ojo y la gigantesca cicatriz? ¡Seguro! Como no respondo, Rosie acepta y se levanta. Inspira como una actriz que empieza a concentrarse; después sonrío, se toca el pelo y corre sobre los dedos de los pies hacia la bola rosa. Se agacha para lanzarla, arqueando la espalda de manera que sus curvas quedan silueteadas por las luces verdes de neón con forma de trébol. Los fenris la observan con lujuria. Los celos me revuelven las tripas de nuevo, pero los reprimo.

—Buen tiro —dice el alto, dirigiendo un gesto de la cabeza a Rosie mientras vuelve a su asiento. Me levanto para jugar mi bola pero intento escuchar lo que Rosie dice al fenris.

—¿Venís por aquí a menudo? —pregunta.

—Lo suficiente —responde el fenris, cuya voz es tenaz y a su vez, melódica. Nadie sospecharía nunca que es peligroso.

»¿Vienes tú a menudo por aquí? —repite la pregunta de mi hermana, flexionando el bíceps para mostrar un tatuaje de un alambre espinoso.



—No... Es mi primera vez.

—Es virgen —bromea el fenris y el resto se ríe con disimulo. Parece ser el líder de este pequeño grupo, pero, por alguna razón, sé que no es un alfa. Rosie sonríe con timidez.

»¿Cuántos años tienes, cariño? —pregunta, lanzando una blanca sonrisa. Esos dientes planean desgarrarla en sólo unos minutos.

—Dieciséis.

—¡Lo bastante mayor como para conducir! ¿Sabes?, tengo un bonito coche justo fuera. Un descapotable recién estrenado, de color rojo intenso.

—Oye, tío —le susurra otro fenris—, ya sabes que esta noche se supone que no...

—Tío, vete a jugar; te toca —dice de forma despectiva el fenris del alambre espinoso.

Algunos se vuelven para observar a un grupo de chicas adolescentes que pasan por ahí.

—Y tú, ¿cuántos años tienes? —pregunta Rosie rápidamente, en un intento de obtener de nuevo su atención. Se arrellana en el asiento y se toquetea el pelo con los dedos de forma juguetona.

—Veintiocho —responde con una sonrisita, metiendo las manos en los bolsillos. Para disimular la transformación, creo. Sus ojos son tan afables, están tan llenos de bondad... Es asqueroso.

—¿No eres un poco mayor como para querer enseñarme tu coche? —pregunta Rosie, levantando una ceja. El fenris sonríe con avidez.

—No soy demasiado mayor para hacer pasar un buen rato a una chica. Que tenga veintiocho años sólo significa que tengo más... experiencia.

Veintiocho. Supongo que tendrá más experiencia; ojalá hubiera una manera para detectar durante cuánto tiempo un fenris ha sido un lobo, en lugar de sólo la edad en la que hizo el cambio. Veintiocho no me dice mucho; como tampoco los catorce o cuarenta y nueve. Los números corren por mi cabeza como si los pinchara en un tablero de puntuación. «Veintiocho. Catorce. Cuarenta y nueve.» Siete años. Todos hicieron el cambio en un año múltiple de siete.

—Lo tengo, lo tengo —susurro. Me retumba el corazón y mis labios no pueden impedir una sonrisa. Rosie me mira con expresión inquisitiva y yo me inclino para acercarme más a ella.

»Las edades siempre son múltiples de siete —digo en voz baja—. Los Potenciales sólo pueden hacer el cambio cuando cumplen años múltiples de siete, entre las fases de luna llena. —Hago una pausa, a punto de entenderlo, y después recuerdo un



detalle del obituario de Joseph Woodlief. «Después de los cumpleaños. Es la fase de luna llena después de los cumpleaños. Joseph acababa de cumplir los catorce. Eso es lo que lleva a que pasen a ser de un chico normal a un Potencial, porque acaban de cumplir la edad adecuada. Eso es.»

Rosie asiente de forma casi inadvertida y le pilla una mirada de asombro que brilla en sus ojos, que las luces ultravioletas casi tapan por completo.

—¿Quieres ver el coche? —pregunta el fenris del tatuaje del alambre espinoso, señalando con la cabeza hacia la puerta de la bolera. Rosie sonríe con timidez y se encoge de hombros. «Sí, Rosie, sí, haz que te desee.» Siento cierta calidez en el corazón, una energía que no había sentido desde que dejamos Ellison. Estamos un paso más cerca de encontrar al Potencial y tenemos una manada de fenris a nuestro alcance. Volvemos a ser cazadoras.

—Venga ya, tío, no deberíamos estar... —dice otro fenris al primero. Una camarera sirve otra jarra de cerveza a la mesa de los lobos, pero todos están mirando a Rosie. Algunos se meten las manos en los bolsillos; estoy segura de que es para esconder las garras que están empezando a salirles.

—Venga —insiste el fenris del alambre espinoso, con voz seductora.

—Vale. Un momento sólo. Y mi hermana vendrá también. Ya sabes, para protegerme de vosotros —dice con una risita.

Rosie lo está haciendo de manera impecable. Ignoro al fenris que se mofa al mirarme, por el parche del ojo y lo demás.

—Por supuesto —responde en un tono forzado; después le tiende el brazo. Rosie le acepta el brazo, saca pecho y se arregla el pelo. Les sigo y el resto de la manada me sigue a mí. Uno se para a decirle a la encargada que no reanude el juego de nuestras pistas. Querrán jugar unas partidas más después del festín con nosotras, supongo.

El fenris se lleva a mi hermana más allá de las máquinas de los chicles y de los juegos, más allá de unos chicos adolescentes flacuchos que, al pasar nosotros, intentan esconder los porros que están fumando. Nos viene encima un aire fresco cuando el fenris abre la puerta de la bolera de par en par. No veo a Silas, pero estoy segura de que está aquí, mirando. La manada me ignora, apiñándose detrás de mi hermana mientras el lobo del alambre espinoso charla sobre potencia de caballos y motores de coches. Señala un punto delante de él.

Y después se paraliza. El resto de los fenris también se detienen de inmediato, y algunos inclinan la cabeza hacia abajo como perros regañados. No es que el coche que el lobo del alambre espinoso estaba señalando no sea impresionante; es de un color rojo brillante, como una *stripper* en un aparcamiento lleno de monjas beige y grises. No es el coche.



Es el fenris que hay delante de él.

El monstruo tiene forma humana, pero tiene unos ojos más fríos y más parecidos a los de un lobo que cualquier fenris que haya visto nunca. Viste una camisa de cuello abotonado, pero que apenas esconde sus bíceps o las sombras de los tatuajes que lleva en el pecho. Tiene el mentón cuadrado y firme y, a pesar de estar total y fatalmente inmóvil, irradia furia. Levanta la cabeza hacia el fenris del alambre espinoso y sonrío con una mueca cruel y sádica. Está apoyado en el coche, y desde aquí le puedo ver la marca en la muñeca: una flecha. Una flecha con una corona alrededor. Es el alfa de la manada Flecha.

—Parece que esta noche estamos de fiesta —dice tocándose las uñas con el pulgar de manera despreocupada.

La manada tiembla. Son monstruos, y están muertos de miedo. Me acerco hacia mi hermana, y su miedo es casi perceptible en los lobos que están de pie a nuestro lado. «No te asustes, Rosie. Estoy aquí.» Aprieto con fuerza el hacha y consigo alcanzar también el cuchillo de caza. «Silas está aquí. Somos cazadores, te protegeré.» ¿Es terrible que de repente sienta algo semejante al alivio en medio de esta situación? ¿El ser capaz de proteger a mi hermana me hace sentir útil, casi normal otra vez?

—Sólo un descanso. Después volveremos a buscarlo —dice rápidamente el fenris del alambre espinoso, asintiendo con la cabeza como si eso le ayudara a demostrarse que tiene razón. Un grupo de adolescentes normales sale de la bolera. Se vuelven de forma brusca y se quedan en silencio cuando nos ven; después se apresuran hacia los coches sin muchas despedidas. Incluso ellos perciben que hay algo en el ambiente que no está bien.

El alfa sonrío, y es verdaderamente aterrador.

—Vale. Vale. Es que, a mi modo de ver, parece que estáis teniendo una noche loca. Cerveza, bolos, chicas encantadoras —dice, repasando a Rosie de arriba abajo. Siento cómo ella se estremece incluso desde la distancia, y no sé si es sincero o si forma parte de la actuación—. Mirad, ya sé que sois nuevos en la manada de los Flechas, pero estoy seguro de que, incluso en los Campanas, las órdenes eran órdenes.

—Oye... ¿Es tu hermano o algo así? —pregunta Rosie con voz dócil. «Buen trabajo, Rosie; sigue hablando. Sigue hablando hasta que sepa cómo luchar contra el líder de una manada en su campo y con sus lobos apoyándole.»

—Algo así —dice el alfa—. Te estaba enseñando el coche, ¿verdad? —Rosie asiente—. ¿Por qué no te acercas y me dejas a mí que te enseñe esta preciosidad?

Rosie y yo temblamos a la par. Ella no puede luchar contra el alfa. No puede con él. Doy un traspies hacia delante, desesperada por correr hacia mi hermana, aun a sabiendas de que probablemente yo tampoco puedo con él. De todos modos, tampoco conseguiría derrotarlos a todos. Me sujetarían el tiempo suficiente como



para hacerle daño a Rosie. Para que yo viera cómo la mata... «Respira, Scarlett, respira.» Rosie se demora un instante, como si quisiera quedarse con el fenris menos malvado. Podría acertar al alfa con el hacha, quizá, con un tiro bien dirigido... Pero Rosie está justo allí; la tiene sujeta de la mano, y podría darle a ella. Yo...

El alfa conduce a Rosie hacia el coche como un padre orgulloso. La manada se desplaza, esperando una orden. El fenris del alambre espinoso retrocede con el resto.

—Toda la pintura customizada, por supuesto. ¿Quieres ir a dar una vuelta? Puedo llevarte por la ciudad, cariño. ¿Necesitas ir a la lavandería? ¿A comprar alguna cosa? ¿Alcohol? —dice el alfa con una sonrisa malvada. Da un paso hacia Rosie, y es tan alto que mi hermana tiene que mirar prácticamente en vertical para encontrar sus ojos. Puedo ver cómo le tiemblan las manos. Aún peor, puedo ver cómo el alfa está disfrutando de su miedo.

—No, la verdad es que no necesito nada. Esta mañana he ido al Kroger — responde Rosie. Esa es su voz, no la del personaje, y está intentando no echarse a llorar. Busca mi ojo entre la manada, pero justo antes de que me haya encontrado, el alfa alza la mano y le gira la cabeza hacia él, con las uñas largas y amarillentas, los ojos chispeantes color ocre a la luz de la luna.

—Venga, vamos. No seas mal educada —dice en un leve susurro. En torno al cuello le empiezan a brotar mechones de pelo fino y enjuto.

Mi ojo percibe un movimiento veloz cercano. No veo quién es, pero hay algo que reconozco en el movimiento. Sí, es Silas. Bien. Tres contra... seis. Todavía.

—Es que... no me gusta meterme en coches con desconocidos —tartamudea Rosie. El alfa cierra los ojos, como si estuviera bebiendo de su terror. La furia empieza a sustituir la preocupación en mi corazón, empieza a llenar de fuerza mi pecho. «Venga, Rosie, tú eres la que tiene que mover pieza.» Veo que Rosie se cruza de brazos en un gesto de nerviosismo.

—Entonces deberíamos conocernos mejor —dice el fenris, y su voz se disuelve en un aullido estremecedor. Un ruido abrupto y crujiente rompe en la silenciosa noche cuando su columna da una sacudida hacia delante, su nariz se alarga y abre la boca goteante en otro profundo y salvaje aullido. El lobo se abalanza sobre Rosie, con unas manos todavía medio humanas que la agarran de la camisa.

Pero mi hermana es más rápida. Se saca un cuchillo de la manga y lo lanza al abdomen del alfa de una forma tan hábil como un artista con un pincel. El alfa da un brinco hacia atrás, y los últimos vestigios de humanidad desaparecen mientras retrocede para ver qué le ha hecho Rosie. Al ver el hilo de sangre espesa que se le empieza a acumular sobre el pelo, los labios se le vuelven a curvar en una sonrisa malévola. Parpadea hacia el resto de la manada, y éstos caen de rodillas y doblan su



columna en un gran crujido. Saco mis armas; parece que todavía no se han dado cuenta de que me encuentro detrás de ellos.

Rosie lanza el segundo cuchillo y apunta al blanco. Sale de su mano en un efecto giratorio como una estrella, directo al pecho del alfa. Pero este alfa lo desvía de un golpe con facilidad. Alza una mano ya con garras hacia mi hermana y siento un grito que estalla en mi garganta, al haber reconocido el movimiento de hace siete años. El golpe le arrancará el ojo a mi hermana. Cruzo corriendo entre los fenris que todavía se están transformando, golpeando con el hacha como si estuviera talando árboles. Los ojos de Rosie se abren de par en par aterrorizados cuando las garras del alfa empiezan a descender. Aprieto los dientes y fuerzo el cuerpo hacia delante, ignorando ahora el resto de los lobos, desesperada por alcanzarla.

Un grito brutal, del todo humano pero tan feroz como el de cualquier aullido de un fenris, resuena en el aparcamiento. Giro la cabeza para ver de dónde proviene: Silas corre hacia Rosie, con los cuchillos de caza en una mano y el hacha en lo alto de la otra. Los ojos le brillan como el fuego del infierno. Lanza un golpe contundente justo en el momento en que las garras del alfa están a punto de alcanzar el rostro de Rosie, y aparta al monstruo del medio.

Lo que significa que me toca. El miedo y la furia se desvanecen y tengo total seguridad en mí misma. Blando el hacha en el aire y vuelvo hacia la manada. Todos se han transformado y avanzan muy agachados, chasqueando las mandíbulas como si fueran trampas para osos. Arremeto contra ellos. El hacha toca la quijada de uno de los fenris más cercanos y oigo cómo la rompe. El resto salta hacia mí en un único y rápido movimiento, pero yo me vuelvo a uno y otro lado, de manera salvaje, dando hachazos por doquier. El alfa aúlla detrás de mí, pero no miro atrás. No puedo mirar atrás.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ya tenemos lo que necesitamos! —gruñe el alfa desesperadamente.

Es el líder de los Flechas... Seguro que no se asusta tan fácilmente. Pero ¿qué más da? Mientras muera...

Salto en el aire, aterrizando con contundencia sobre la columna de un fenris. Esquivo a otro fenris que salta a mi cuello y hundo el hacha en el que está bajo mis pies. Se transforma casi instantáneamente en sombras, lo que me hace descender lo suficiente como para que algunos más vuelen por encima de mi cabeza. Cuando me vuelvo, encuentro las fauces de uno cerrándose sobre mi cara, pero de golpe retrocede de una sacudida. Cuando se cae, veo a mi hermana de pie detrás de él. Recoge el cuchillo que se queda en el suelo cuando el lobo se convierte en sombra.

Se vuelve a escuchar un aullido profundo. Es el alfa, por alguna razón estoy segura de que es él. Me doy la vuelta hacia atrás y empuño el cuchillo de caza, pero



me sorprende ver a los tres fenris que quedan echando marcha atrás. Tienen las cabezas bajas y gruñen, profundamente, gruñidos como truenos que retumban en mis huesos. El alfa vuelve a aullar, y me doy cuenta en ese instante de que el aullido se encuentra a mucha distancia, que es sólo un eco. Uno de los fenris me lanza un mordisco, se vuelve y sale disparado. «Por favor, ¡otra vez no!» Me abalanzo hacia delante, pero los otros fenris le siguen. Mis pies golpean con fuerza el pavimento, y esquivo por poco unos coches cuando cruzo la calle corriendo tras ellos, con la capa balanceándose contra mi espalda.

Los fenris son más rápidos, más rápidos que yo. Ahora ya son sólo puntos en el horizonte. «¡No, no...!» Pero sí. Desaparecen en el bosque. Los sigo, pero al final mis pies aflojan la velocidad hasta parar. Los pulmones me arden cuando me doy la vuelta, sin aliento. ¡Mierda! Tenía hasta el alfa...

Doy un salto al oír unos débiles pasos detrás de mí, pero sólo es Silas. Se mueve a través de los árboles como el agua, y sus pies apenas hacen ruido al tocar el suelo.

—Eran rápidos —dice con el cejo fruncido cuando llega a donde yo estoy. Asiento y nos quedamos de pie el uno junto al otro, escudriñando el bosque. No hay nada; sólo el sonido de árboles que se contonean con la brisa y la luz de la luna que motea el suelo del bosque. Silas entra bajo el mismo rayo de luz lunar en el que estoy yo. Me saco el parche del ojo, cansada del sudor que me provoca.

—El alfa —suspiro, exasperada. ¡Esta vez he estado tan cerca...! Pero no he sido lo suficientemente rápida, lo suficientemente fuerte. Me trago el sentido de culpabilidad—. ¿Crees que podrías seguir su rastro?

Silas mira detrás de mí, en la oscuridad.

—Podría intentarlo, pero, a no ser que vuelvan sobre sus pasos, ya deben de andar muy lejos.

—Por favor —le digo cabizbaja.

Silas me pone una mano sobre el hombro.

—Ya te he dicho que lo intentaré. No tienes que pedírmelo «por favor» —me recuerda amablemente.

Silas se arrodilla en el suelo, restriega tierra entre los dedos y pasa las palmas de las manos por las puntas de las plantas. Nos adentramos cada vez más en el bosque, pero tarda sólo quince minutos en volverse hacia mí, con ojos de disculpa.

—Mira, Lett, lo siento, pero está oscuro... Muy oscuro. Quizá Lucas o Pa Reynolds podrían rastrear en estas condiciones, pero yo no soy un leñador como ellos.



—Está bien —le respondo, a pesar de que creo que mi voz transmite que no lo está. Si no seguimos el rastro inmediatamente, no tiene sentido. Ambos sabemos que los lobos estarán muy lejos cuando se haga de día.

—Lo volveremos a encontrar —afirma Silas con voz seria, mientras me alza una rama baja que tengo a mi derecha, mi lado ciego. No la habría visto.

—¿Qué es lo que te hace estar tan seguro? —pregunto con expresión inquisitiva mientras volvemos a la calle.

Silas se ríe levemente.

—Es a lo que te dedicas, Lett.

Encojo los hombros en señal de acuerdo.

—Es a lo que nos dedicamos —le corrijo con una mirada de refilón.

Silas coincide con cara de paciencia mientras volvemos hacia donde se encuentra Rosie.



Capítulo 14. Rosie

—Nada —suspira Scarlett—. Se acabó. Me he leído todos los libros de la biblioteca relacionados con hombres lobo o con fenris. He impreso siete docenas de páginas de internet y allí tampoco he encontrado nada. Nada. —Scarlett mira por la ventana. El cielo está lleno de tupidas nubes cargadas de lluvia, que iluminan el apartamento con una luz fría color azul pálido. Hago unas ranas de origami con algunas de las viejas notas de Scarlett, esperando que mi hermana no me pregunte dónde he aprendido a hacerlas.

Han pasado tres días de lo de la bolera. En un primer momento, Scarlett parecía contenta de haber matado al menos a dos fenris. Pero después ha resultado que le ha servido de impulso para estar más motivada para encontrar el Potencial y volverse a enfrentar al alfa Flecha. Aún me incorporo de golpe en la cama por las noches al ver las garras del lobo sobre mi cabeza, con la sensación de que no había nada que hacer más que simplemente esperar el golpe. Si no hubiera sido por Silas...

—Se nos acaba el tiempo —dice Scarlett, levantándose para ponerse un vaso de agua. Roba los restos de galletas con forma de animal que quedan en una bolsa. Como si se burlara de ella, la campana de la iglesia repica una vez para indicar un cuarto. Suspira.

»Tiene que haber algo más que podamos hacer. Sin el alfa, nos podríamos haber cargado el grupo en la bolera. Quizá deberíamos probar a hacer otra vez algo por el estilo.

—Pero no con la manada de los Flechas —interrumpe Silas desde el sofá, donde está estirado, jugando con una pelota de tenis—. Me imagino que el alfa habrá avisado a toda la manada sobre nosotros tres. Y, además, ¿no habíamos quedado en que cazaríamos principalmente para sacar información sobre el Potencial?

—No podemos ignorar una manada de lobos —responde Scarlett, sacudiendo la cabeza con un punto de desesperación en la voz—. Y, además, aún están los Campanas. Y los Monedas. Sus alfas no saben quiénes somos...



—Ya, y probablemente mientras hablamos están siendo absorbidos por los Flechas —dice Silas de forma taciturna mientras se incorpora—. Se están organizando. Les conviene más unirse en una sola manada y encontrar al Potencial que perder al Potencial a cambio de mantener el grupo más pequeño. Una manada unificada será mucho más difícil de combatir que tres.

—Entonces, ¿qué hacemos, Silas? ¿Tienes alguna sugerencia? —contesta con brusquedad Scarlett, dando un golpe tan fuerte con el vaso en la encimera que *Screwtape* sale corriendo de la habitación. Silas suspira.

—No lo sé, Scarlett. No es mi intención hacerte enfadar, sólo estoy diciendo que llevamos aquí casi tres semanas y lo único que sabemos es que el Potencial es una persona en concreto, que se transforma sólo en un período concreto y que tiene una fase lunar activa sólo cada siete años. Eso en la mitad del planeta, y que todo eso de la luna-llena-después-del-cumpleaños no nos sirve de nada a no ser que pienses empezar a presentarte en las fiestas de cumpleaños de la gente. Puede que este trabajo sea demasiado grande para nosotros, Lett. Quizá nos deberíamos centrar en la caza en lugar de querer usar de cebo al Potencial —dice con ese tono firme que parece que se guarda especialmente para Scarlett.

—¿Cazar con qué, Silas? ¿Tú? ¿Yo? ¿Se supone que Rosie tendrá que ser el cebo de toda una ciudad? ¡Ni siquiera podemos hacer mella en la población si no tenemos al Potencial!

—¿Y qué? ¡Si tampoco estabas haciendo mella antes! ¡Antes de que metiéramos al Potencial en esto, estabas muy feliz cazando a los lobos de la periferia! —responde. No le asusta pelearse con ella, pero a ella tampoco le asusta pelearse con él.

—¡El conocimiento te impide huir de la responsabilidad! —grita Scarlett, roja de rabia—. Ahora sabemos que podemos utilizar al Potencial, y hacerlo es nuestro cometido. No escojamos el camino fácil, Silas.

Silas se sienta y murmura alguna cosa entre dientes. El rostro de mi hermana está encendido; la rabia le hierve bajo la superficie de la piel.

—¿Qué has dicho? —pregunta con voz peligrosa, y veo que ella sí que ha entendido las palabras de Silas.

Considero entrar en la conversación aprovechando el silencio, pero no estoy segura de que pueda. ¿Con quién estaría de acuerdo? ¿Con la hermana de la cual soy parte o con el chico al que amo? Mantengo los labios cerrados.

—Olvidalo. —Silas sacude la cabeza y trata de alcanzar un libro.

—¡Dime!

Silas inspira y mira a Scarlett.



—Lett, quizá se trate de tu cometido, pero no del mío.

Parpadea hacia mí sólo por un instante mientras dice esto, pero yo miro hacia otro lado. Yo no puedo decirle eso a mi hermana. Afortunadamente, la rabia de Scarlett explota y no detecta la mirada.

Su voz salta.

—¿Que no es el tuyo? ¿Que no es el tuyo? ¿Sabes qué? ¡Vale! ¡Vete a San Francisco y pásatelo bien! —Scarlett suspira, y las palabras le serpentean por la lengua—. Pero su sangre está en tus manos, Silas. Todas las chicas a las que podrías salvar pero no salvarás. Espero que sus vidas valgan el precio de una clase de guitarra para ti. Espero que consideres cómo se sentirían sus madres, padres y hermanas. Me pregunto si podrías explicarles que sus niñas murieron porque tú querías aprender a tocar la puta «Brilla, brilla, estrellita».

—Venga, ya, Lett —empieza a decir Silas, y veo que, en su rostro, la culpabilidad sustituye a la frustración. Scarlett levanta las manos y agita la cabeza. Me mira.

—Rosie, estamos tú y yo, parece —dice. Sus palabras van dirigidas a Silas, pero me las lanza a mí. Asiento, con miedo de mirar a Silas, parpadeando para contener las lágrimas de la frustración. Scarlett se vuelve sobre sus talones, coge el hacha y se va, dando un portazo que provoca que la puerta rebote contra el marco y se abra de nuevo.

Por un instante se hace el silencio. Trago el nudo que tengo en la garganta y corro hacia la cocina y lanzo los platos del desayuno con tanta fuerza que oigo uno que se rompe. Debo cazar. Es mi hermana. Debo cazar; matan a las chicas, se las comen, y yo puedo evitarlo.

—Rosie —dice Silas con un suspiro.

—No —respondo con brusquedad—. No deberías haberle dicho eso, Silas. Tiene razón. Es nuestro cometido.

—Rosie, tú no quieres pasarte toda la vida cazando y estudiando lobos más de lo que yo quiero. No quiero herir a Scarlett, pero no puedo vivir de la forma en que ella vive... y tú tampoco —dice. No estoy segura de si se está disculpando sobre lo de Scarlett o si me está suplicando.

—¡Es mi hermana! —grito, con el rostro acalorado. La frustración se me fundirá enseguida en llanto; estoy segura.

—Tu hermana —repite Silas, con unos profundos y brillantes ojos que, en la habitación bañada de luz azul, parecen gotas de obsidiana—. No tú. Tú eres tú, Rosie. —Sus palabras no son precisamente amables, sino duras.



Me río con sarcasmo y unas cuantas lágrimas logran escaparse de las pestañas que las retenían; me bajan por la cara y acaban uniéndose a mis manos en el agua sucia de lavar los platos.

—Tenemos el mismo corazón —murmuro, apartándome el pelo de mi rostro mojado. El mismo corazón, que se partió en dos para que yo pudiera estar más tiempo a salvo dentro de nuestra madre, mientras ella anteponía su cuerpo al mío. Como antepuso su cuerpo al mío para que yo pudiera estar más tiempo a salvo de las fauces del monstruo. Siempre anteponiendo su cuerpo al mío, siempre dispuesta a que la hieran, a que la corten en pedazos y a que le den hachazos mientras que yo veo con los dos ojos y puedo pensar en una vida más allá de la caza.

¡Soy tan egoísta...! Tan mezquina y egoísta... De repente retumba un trueno, tan fuerte que hace temblar todos los cristales baratos de las ventanas. Ya veo algunos rayos a lo lejos, uniéndose a las perfectas líneas de luz de los rascacielos de la ciudad. No falta mucho para que empiece la tormenta.

Me vuelvo para contestar otra vez a Silas, para preguntarle cómo se atreve a ni siquiera cuestionar por qué yo lo dejaría todo para cazar con Scarlett. Pero antes de que pueda decir nada, veo por un instante una piel gris moviéndose furtivamente en la puerta. Se me cae el cubierto que tengo en la mano y pego un grito.

—¡Nadie ha cerrado la puerta! —Paso corriendo por al lado de Silas y, sin pararme, tiro de la capa que estaba sobre la silla. Echo atrás de un salto gigantesco y cojo de la encimera una de las cestas de mimbre que usamos para la ropa. *Screwtape* no se deja coger; la única forma es atrapándolo con algo. Me coloco la capa carmesí sobre los hombros, salto los escalones de dos en dos, abro la puerta de un golpe y empiezo a llamar a *Screwtape* como una loca. ¿Por qué todo en esta ciudad tiene el mismo color gris pálido que el pelo de *Screwtape*? Estúpido gato, estúpido, estúpido gato.

—No puede haber ido muy lejos. —Silas se me acerca corriendo, con el semblante preocupado en la mirada. No contesto por miedo a que mi voz salga en forma de chillido patético. Tanto movimiento a mi alrededor, y nada me es familiar; todo es adusto, esquinas cuadradas, codos y coches que chirrían al detenerse en una señal de stop. Nada tiene que ver con el andar lento y lánguido de mi gato. Mis ojos cruzan la calle hasta el solar vacío de enfrente. Percibo un movimiento gris detrás de una valla metálica.

—¡Ahí está! —grito tan bruscamente que un mensajero en bici casi se mete en una boca de incendios. Lo ignoro y cruzo la calle corriendo, con la capa que me vuela a las espaldas. Lo he visto, seguro. Corro junto a la valla hasta que encuentro una parte suelta. Silas aparece a mi lado. Me coge la cesta de las manos y me sujeta el trozo de valla para que pueda pasar. Luego arroja la cesta por encima de la valla y después trepa y la salta.



Silas se pone en pie entre el sonido metálico de la valla que se queja. Aquí hay algo de silencio, como si la espesa hierba y los coches abandonados que han echado raíces junto a la valla bloquearan el sonido de la calle de fuera. A ambos lados, los edificios están en estado de práctico abandono: viejos balcones de madera que nos miran de reojo, paredes de ladrillo coronadas de trozos de botella amenazadores, algunas prendas tendidas de una colada olvidada y sábanas sacudidas por el aire de la tormenta inminente. Un par de gruesas gotas de lluvia me recorren el cabello. Me arrodillo sobre la tierra para buscar por debajo de los coches oxidados. Los ladridos furiosos de un perro de chatarrería me hacen incorporar de un salto. Me mira fijamente con ojos amarillentos desde el otro lado de la valla.

—¿Estás segura de que le has visto? —grita Silas desde la otra punta del solar, donde está rebuscando entre las enormes hierbas. Asiento en silencio, la garganta dolorida por la horrible y negra bola negra de miedo que se me ha instalado en el paladar. Vuelvo a llamar a *Screwtape*.

Y después sólo grito.

Screwtape, Scarlett, Silas, una retahíla de sonidos sibilantes que ya no puedo diferenciar. Quiero que alguien ponga las cosas en su sitio; quiero que alguien consiga que no me sienta como si constantemente el corazón y la cabeza tiraran de mí en direcciones opuestas. Lo que quiero por encima de todo es que alguien me diga qué debo hacer, que encuentre a mi gato en la lluvia y restablezca cierto sentido de normalidad a todo. Silas se levanta y me mira, con el pelo enmarañado sobre la cara por el viento y su camiseta cubierta de barro.

—Para —pide enérgicamente. Niego con la cabeza; no puedo parar—. Venga, Rosie. Tú tienes el control; no necesitas que te rescaten —dice, leyéndome los pensamientos—. ¡Vamos!

Digo que sí con la cabeza entre sollozos, y, sin siquiera acercarnos un paso, nos damos otra vez la vuelta. Respiro profundamente pero paro de llorar. Sigo buscando entre la suciedad, mirando en los asientos llenos de telarañas de antiguos Volkswagen y sacudiendo otra vez la valla metálica.

—¡Espera! —grita Silas, y seguidamente se oye un espantoso trueno. Me incorporo de un brinco y me vuelvo. Silas está corriendo a lo largo de la pared opuesta, donde el solar se encuentra con los pisos semiabandonados. Entra y sale de entre las hierbas siguiendo una sombra gris que se mueve rápidamente entre coches y electrodomésticos viejos y por debajo de la maleza. Corro hacia Silas para unirme a él en el mismo instante en que el impacto de otro trueno estalla en el cielo y empieza a llover tan fuerte que nos caen encima escombros de los balcones en ruinas de los pisos.

—¡Vete a la izquierda! —le grito.



Silas ataja en esa dirección y yo me adelanto, saltando por encima de un motor oxidado y de los restos de una antigua máquina de *pinball*. *Screwtape* sale rápidamente de debajo de la máquina de *pinball*, pero tan pronto como le caen encima unas pocas gotas de lluvia, da media vuelta.

—¡Pásame la cesta! —me pide Silas, pero ya se la he lanzado. La recoge y la invierte contra el suelo en un solo y veloz movimiento. La cesta atrapa sonoramente a *Screwtape* antes de que pueda volver a esconderse bajo el motor.

—¡Ja! —grita Silas, sonriendo mientras pone el pie encima de la cesta para sujetarla. *Screwtape* se lanza contra las paredes de su celda. Ríe y respiro aliviada, con lágrimas que resbalan por mi rostro a pesar de la sonrisa que parece que se me ha quedado estampada permanentemente en mis mejillas.

—¡Ostras, *Screwtape*, te odio! —lloro y río en un mismo respirar mientras ando cansada hacia ellos. Tengo la ropa llena de barro y el pelo, enredado; pero no me importa. Observo por las rendijas de la cesta a *Screwtape*, que me mira como si le hubiera traicionado. Me levanto y me encuentro con la mirada de Silas.

»Gracias, Silas —digo, a pesar de que las palabras se oyen menos de lo que quisiera. Algo dentro de mí hace runrún, revolotea por mi pecho incitándome.

—Por supuesto —murmura. Me mira fijamente, su mirada me está succionando. Se lame los labios con nerviosismo y se lleva una mano al pelo. *Screwtape* maúlla porque la lluvia aumenta. Caen gotas sobre las pestañas de Silas que le gotean sobre el labio. ¿Por qué me fijo en sus labios? Me retiro el pelo detrás de las orejas mientras la intensa lluvia ahoga los sonidos de la ciudad al otro lado de la valla.

—Rosie —dice, o quizá sólo articula la palabra. Me toca con los dedos las yemas de los míos, y esta vez muevo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Silas inspira, como si fuera a decir alguna cosa más, como si quisiera decir alguna cosa más, pero en cambio me lleva hacia él, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que su pecho se encuentra con el mío en cada respiración. Su cuerpo es cálido, y sentirlo contra mí y sentir el calor de su piel me trastorna.

»Lo siento —murmura, pero no se aleja.

—¿Por qué?

—Porque hay algo que debo hacer —dice, con la voz suave como el terciopelo. Silas desata sus dedos de los míos y sube las manos hasta mi rostro, para secarme las gotas de agua con la palma. El cosquilleo de mi pecho se extiende por todo mi cuerpo, late en mis venas, suplica ser liberado. Pongo las manos sobre su pecho como si supiera lo que estoy haciendo, y finalmente se inclina hacia mí y me coloca suavemente el mentón hacia arriba.



Sus labios se unen con los míos, primero con indecisión, después con avidez, y me sujeto a su camisa como si cogirme a él me librara de irme flotando con la tormenta que tengo en la cabeza. Lleva las manos a mi espalda; una se queda en mi cadera mientras la otra me presiona hacia él, hasta que creo que podría fundirme en él porque nunca jamás me había sentido tan a gusto.



Capítulo 15. Scarlett

Ando kilómetros sin rumbo fijo. Yo sí que puedo cumplir con mis obligaciones. No se trata de un juego inútil. Silas se equivoca. Estalla un trueno sobre mi cabeza.

Giro en un callejón que creo que conduce a un complejo de viviendas baratas y canchas de baloncesto en mal estado. En la esquina hay una escuela con aspecto hosco, que parece vencida por la criminalidad del barrio. Tengo la mente tan vulnerable que siento como si fuera a explotar la presión. Los lobos merodean por las escuelas a veces. Merece la pena echar un vistazo.

Me cuelo por entre las puertas de la escuela justo cuando empiezan a caer las primeras gotas de lluvia. Cuando llego al ruinoso edificio, lo que cae ya es una verdadera tormenta.

El colegio debe de estar cerrado porque el aparcamiento está vacío, excepto por una castigada ranchera marrón que está aparcada al lado de una hilera de espesos setos. En su interior hay un hombre mayor con una barba muy espesa que gesticula hacia una persona que no diviso para que se acerque a la puerta del copiloto. Me aproximo poco a poco para observar desde la esquina con quién está hablando. Es una chica de secundaria que sostiene nerviosa y firmemente los libros contra el pecho, bajo un paraguas a cuadros.

—¡Sólo necesito unas indicaciones! —dice el hombre, con una especie de risa ahogada. La chica niega con la cabeza y se aleja un paso del coche hasta poner bastante distancia entre ellos. «Bien hecho», me digo para mis adentros. Corro desde la esquina de la escuela hasta los arbustos, ignorando el agua de la lluvia que cae en mi ojo. El hombre la vuelve a llamar.

—Mire, es que yo no conduzco. No puedo indicarle bien las señas. Espere a que venga mi madre; ella le podrá decir —le responde la chica.

El hombre hace un gesto de asentimiento y aparca el coche. Después sale y va hacia ella con paso lento y decidido. La cara de la chica palidece e intenta abrir desesperadamente la enorme doble puerta de la escuela, pero está cerrada. Me brota por el cuerpo ese familiar aumento de adrenalina, el amor por la caza, el amor por mi



cometido. El hombre se acerca a ella, con las manos en los bolsillos y una mirada oscura en los ojos.

En un movimiento rápido, salto hacia ellos y blando el hacha. Me sitúo detrás del hombre y le pongo la hoja del arma en el cuello, con una risita al ver su sorpresa. Se vuelve a tientas para verme la cara. «Transfórmate, monstruo. Puedes convertirte en mi segunda caza con éxito.»

—Oiga, señorita... —me dice con voz ronca, dando un paso hacia atrás. Detrás de él, la chica parece haberse quedado helada de miedo y de confusión.

—Oiga, lobo —le respondo en voz baja. Me mira durante largo rato, después sale corriendo por mi izquierda. Yo soy más rápida; doy un giro brusco con el hacha y se la clavo en el brazo, dejándole una profunda línea de color carmín. El hombre grita y se toca la herida, cayendo de rodillas.

—¡Mala puta! —Su grito resuena contra las paredes de la escuela y a través de la sábana de lluvia. Doy un paso hacia él y elevo el hacha. «Transfórmate. Lucha conmigo.»

El rostro del hombre palidece como si fuera él la víctima. Levanta la mano en protesta.

—Mire, yo no pretendía nada. Lo siento. La dejaré en paz —implora.

Los fenris no suplican. Recorro con el ojo los brazos moteados por la edad, hasta las muñecas.

No tienen nada, ni tatuajes ni marcas de ninguna manada. Sólo un montón de pecas.

La frustración me invade el rostro y dejo caer el hacha a un lado. El hombre tiembla; la sangre de la herida le baja hasta los dedos. Me vuelvo para mirar a la chica, que me está mirando con cierta gratitud aterrorizada.

Me he equivocado. Es sólo un hombre, un hombre oscuro, un monstruo pero no un lobo. Realmente, estoy perdiendo el control.

—Vete —le murmuro, dando un paso atrás. El hombre se levanta y corre hacia su coche. Sale del aparcamiento derrapando entre el chirrido de las ruedas sobre el asfalto húmedo.

Me quedo parada, dejando que el agua corra por mi ropa y por el hacha. Me he equivocado.

No puedo hacer esto sola. Necesito a mi hermana. Necesito a mi socio. Acaba de regresar; no puedo dejar que vuelva a desaparecer.

—Además —inspiro y cierro los ojos—, no sólo los necesito para cazar.



Me vuelvo y miro a la chica, que sigue empotrada contra las puertas de la escuela.

— ¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente.

— ¿Quién eres? —pregunta, con un filo de voz apenas audible por la tormenta.

No respondo. Me vuelvo y me alejo con un andar pesado hacia los arbustos y rodeando la escuela.

No puedo hacer esto sola; no puedo hacer nada sin Rosie y Silas. Pero debo hacer que se centren. Debo conseguir que no abandonen la caza.

Que no me abandonen.

Cuando vuelvo al apartamento, Rosie está sentada a la mesa del comedor, con una toalla en el pelo. El agua corre en la ducha e indica dónde está Silas. Echo un vistazo a la habitación; *Screwtape* está empapado, lamiéndose la piel con indignación al lado de nuestra cama.

— ¿Qué os ha pasado? —pregunto sin fuerzas.

Me saca la ropa y la dejo en una pila húmeda fuera de nuestra habitación.

— *Screwtape* se ha escapado —explica Rosie.

Percibo algo en su voz, un tono cantarín que suena como si fuera la voz de una princesa de dibujos animados. Le alzo una ceja, pero no levanta la mirada del libro que está hojeando. Callo y me pongo una camiseta y unos vaqueros secos.

— Éste ya me lo he leído. Dos veces —le digo.

— Lo siento. Sólo intentaba ayudar —comenta Rosie, cerrando el libro.

— Lo sé. —Intento sacarme el tono amargo de la voz, pero es difícil. La frustración que me ha causado Silas me sigue hirviendo bajo la piel.

»¿Se te ha ocurrido algo nuevo? —pregunto a mi hermana, mientras me siento a su lado a la mesa.

— No. Quizá tengamos que volver a empezar —dice Rosie con un pequeño suspiro. Lanza el libro al suelo y no coge otro—. Silas dice que va a ver a Pa Reynolds. Pero yo me quedaré a investigar contigo.

Rosie estira las piernas y las coloca sobre un pila de libros y veo que tiene las pantorrillas untadas con una loción de calamina rosa.

— ¿Para qué es eso? —le pregunto.

Rosie se encoge de hombros.

— Parece ser que mientras estábamos buscando a *Screwtape* pisé unas ortigas. Pero me he lavado con agua y puesto la calamina a tiempo, creo.



—Espero que sí —le contesto mirando su piel perfecta—. Las ortigas joden mucho. ¿Recuerdas cuando nos salió aquella urticaria de pequeñas?

—No —me corrige Rosie—. Te salió a ti primero porque te revolcaste sobre las ortigas por accidente mientras jugábamos, y se te hinchó toda la cara. Pero... ¿sabes por qué me salió a mí una semana más tarde?

Hago un gesto con la cabeza.

—Lo hice a propósito. Salí de casa y me revolqué en la misma mata de ortigas.

—¡Serás burra! —le digo riendo.

Rosie asiente con la cabeza.

—Mamá dejó que durmieras con ella en la cama. Y yo tuve que dormir sola en nuestra habitación, y me sentí desamparada.

—¿Y por eso te revolcaste en las ortigas?

—¡Te tenía tantos celos...! Hubiera hecho cualquier cosa para ser como tú, incluso una estupidez... —dice, dejando morir la frase.

Silas nos interrumpe al salir del baño, vestido con ropa arrugada y enganchada a su piel todavía mojada. Me ignora y empieza a rebuscar entre su maleta hasta que saca un par de calcetines del montón de ropa. Observo que tiene crema de calamina en los antebrazos.

—¿Me ha dicho Rosie que irás a ver a Pa Reynolds? —le pregunto. Mis palabras representan en cierto modo una oferta de paz.

—Sí. Desde que estamos aquí he ido sólo una vez —responde Silas, dejando caer la toalla mojada en el respaldo de una silla—. Volveré sobre las ocho o las nueve, supongo. ¿Vamos a cazar esta noche?

Respondo afirmativamente.

—Pero podemos salir sin ti, si quieres. Siempre puedes alcanzarnos y empezar a cazar más tarde. —Otra oferta de paz, pero ésta me cuesta más decirla.

Silas parece impresionado, y le percibo un pestañeo de culpabilidad en los ojos. Mira a Rosie, y después me mira a mí otra vez con una sonrisa de disculpa.

—Me parece bien, Lett.

Se pone los zapatos y se alborota el pelo con los dedos; nos dice adiós con la mano y se va. Todavía está enfadado, por lo menos un poco. A Silas siempre le cuesta un tiempo calmarse. Pero lo necesito a él y necesito a Rosie. No quiero estar sola. Dudo, y después corro tras él. Está en el rellano del segundo piso cuando alcanzo la puerta.

—Puedo ir contigo, si quieres —le ofrezco.



Silas alza la vista para mirarme y de su rostro sale una sonrisa triste.

—No te preocupes. Ya iremos juntos otro día.

—Está bien —le respondo, pero no se mueve. Miro hacia abajo—. Vas a volver, ¿no?

Silas parece sorprendido.

—No te voy a abandonar sólo por el hecho de que seas una pesada —dice—. Además, Lett, ¿a qué otro lugar iría?

Respiro profundamente.

—Es verdad.

Silas sigue bajando la escalera y yo vuelvo a entrar al apartamento. Nos necesita, y yo los necesito a ellos.



Capítulo 16. Rosie

Scarlett se ha ido al ayuntamiento porque la realidad es que intentar encontrar entre toda una región a personas que estén a punto de cumplir una edad múltiple de siete es bastante compleja. Se supone que Silas y yo tenemos que leer los periódicos, que siguen sacando en portada el aumento de asesinatos, y encontrar la más mínima pista acerca de los planes de los lobos.

Pero la verdad es que no lo estamos haciendo.

—Deberíamos estar investigando —digo entre risas.

Silas sonrío abiertamente, me presiona en los riñones y me hace fundir en otro ataque de risa tonta. La libreta de apuntes en la que he estado escribiendo yace en el suelo junto al sofá. Me rodea con el brazo y me atrae hacia él. Unimos nuestros labios, conmigo en su regazo, cogiéndolo por los hombros. El olor a roble y a bosque me llena los pulmones, como si me los introdujera con su respiración mientras nos besamos. Me acerco más a él hasta que me rodea con sus brazos y me abraza contra su pecho. Me parece lo natural, lo correcto, como si el cambio en nuestra relación fuera tan simple como estrenar ropa nueva.

Nos separamos, ambos sonrojados, sonriendo de oreja a oreja como locos.

—Vale. Ahora nos centramos. Cumpleaños de hombres lobo —dice Silas con falsa rotundidad.

Nos volvemos hacia las libretas casi vacías por un momento, pero la mano de Silas vuelve lentamente al ataque y me acribilla los riñones, y yo me fundo de nuevo en la histeria. Nuestro día de investigación es prácticamente un desastre. De hecho, los últimos cuatro días de investigación han sido un desastre.

¿La luz en la pesadilla de la investigación sobre los fenris y las cazas manivacías? Silas. Mi corazón sigue palpitando con fuerza cuando estamos juntos, pero ahora al menos sé que, si lo abrazo, no significará el fin del mundo y él me abrazará también. Me inspira la misma sensación de normalidad y de que hago lo correcto que ir a las clases del centro social, sólo que multiplicado por mil.



Han pasado casi cuatro semanas. Cuatro semanas de ir a clase en el centro social, cuatro semanas de la fase lunar del Potencial, cuatro semanas fuera de Ellison. Casi un mes entero enamorada de Silas.

—Podrías apuntarte a más —dice Silas cuando le cuento que hoy es el último día de clases.

Niego con la cabeza.

—No... no puedo seguir mintiendo a Scarlett. O le digo que estoy yendo, o lo dejo.

—La verdad es que me alivia oírte decir eso —dice Silas, mientras me pasa los dedos por el pelo—. No sé cómo, pero Scarlett me hace sentir culpable, y eso que no sabe nada de... —hace una pausa y me acaricia la mejilla— las clases. Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Decírselo o dejarlo?

Suspiro.

—No lo sé. Supongo que no debería hacer ni una cosa ni la otra hasta que no encontremos al Potencial.

—Me parece bien —dice Silas—. O quizá deberíamos..., ya sabes, encontrar al Potencial.

—Ya, buena suerte —murmuro. Suspiro y me levanto—. Debería irme a clase. Si vas demasiado tarde, ya no queda ninguna buena.

—¿Quieres compañía para el camino? —se ofrece Silas, y me besa la mano antes de soltarla. Sonrío y me sonrojo; sigue haciendo que me sonroje.

—Puedes... me refiero a que... ¿me lo estás ofreciendo para ser amable, como antes, o me lo estás ofreciendo como... como...?

—¿Tu novio? —termina, alzando una ceja. Me ruborizo tanto que hasta las manos se me enrojecen. Silas sonrío.

Yo suspiro.

—No te rías. Es sólo que... esto es nuevo para mí. Tú has vivido esto antes.

Silas me alcanza y me lleva hacia él, con las manos fuertes y musculosas de blandir el hacha.

—Rosie —me reprocha—, créeme cuando te digo que nunca antes he hecho todo esto.

—Oh —musito, la única palabra que mi boca parece capaz de formular. Silas se sonrío abiertamente y me tira encima de él.

Nuestras piernas se entrelazan, reposo la cabeza en el recodo de su cuello y beso su piel con suavidad en un intento casi imposible de estar aún más cerca de él. Me



desliza los dedos por el costado y luego cambia de posición para besarme la frente con ternura.

»Quizá la clase pueda esperar —mascullo mientras me estiro para besarle en los labios. Mi mano trepa despacio hacia la parte delantera de su camiseta acariciándole las líneas de los músculos que se marcan debajo.

—Te prometo —murmura en un tono tan aterciopelado que me hace estremecer— que tendremos muchas más oportunidades de... bueno... hacer esto —termina, a pesar de que sé que «esto» significa mucho más que mi mano en su pecho y sus labios en los míos. Me tumbo sobre él mientras me acaricia el pelo.

—Siempre y cuando lo prometas —susurro, sonriendo.

Silas se ríe en voz baja y me vuelve a besar; después dice que sí con la cabeza. Finalmente consigo apartarme y me doy prisa en vestirme para ir a clase.

Clase de tango.

Es la única clase que queda que no parece un rollo, como «Inversiones Inmobiliarias» o «Arreglo de Flores Artificiales». Hay un curso de pintura, pero después de la locura de la clase de dibujo, voy servida de arte por un tiempo. En la clase de tango la mayoría son parejas, y observo cómo se relacionan entre ellos mientras esperamos en el pasillo fuera del aula de danza. Posan los dedos sobre los brazos del otro, se besan en las mejillas, y sonríen con dulzura. Me pregunto si a mí se me ve como a esas chicas cuando Silas me abraza.

Un hombre pasa rozándonos, meneando las caderas y escurriéndose entre las señoras que salen de la clase de yoga. Entramos a la habitación en fila, las parejas con las manos cogidas, y el resto desperdigándonos tímidamente por atrás. Tanta apología para que haga cosas que no tengan relación con la caza, pero Silas nunca diría que sí a esto, así que hoy tendré que buscarme a otro compañero.

—Bien, damas y caballeros, me llamo Timothy —dice el chico del afeminado golpe de cadera, contoneándose hasta ponerse delante de la clase mientras se saca la chaqueta para revelar una camisa de vestir naranja—. Recordad: manteneos de puntillas, moved las caderas, chicas, y, sobre todo... ¡Recordad que es el baile del amor! ¡De la pasión! ¡Del sexo! —La sala suelta una risita y Timothy pestañea exageradamente—. Bien, pues. Veamos. ¿Quién de vosotros no tiene pareja? Levantad las manos. —Los del fondo del salón obedecemos—. Perfecto. ¡Mmm...! Vamos a ver...

Timothy se acerca hacia nosotros, contoneando las caderas, y empieza a juntar a la gente, aparentemente según la altura. Llega a mí y me agarra del bíceps para moverme.



—¡Vaya, una chica fuerte! —dice al notarme los músculos bajo la camiseta. Me ruborizo y le permito que me arrastre hasta alguien que está en la esquina de la sala, de cara a la pared, inspeccionando un cartel que muestra varias posturas de baile. Cuando Timothy le toca el hombro para que se gire, la larga cola de caballo del chico se columpia sobre su rostro. Tiene los ojos profundos y oscuros, como una escultura de piedra pulida a la perfección.

»Bieeeeeen... ¡Ya lo tenemos! —dice Timothy mientras el chico y yo nos miramos.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Me llamo... esto... Robert —responde con voz cantarina.

Se detiene antes de decir su nombre, como si tuviera problemas para recordarlo. Se lame los labios y me lanza una mirada grave que me estremece.

—¡Los pechos más juntos que las cinturas, abrazados! ¡Mantened vuestra musicalidad, chicos! —dice Timothy, alzando los brazos como si tuviera un compañero invisible—. Damas, una mano en el hombro de vuestro compañero. Caballeros, una mano en la caja torácica de ellas, justo encima de la cintura. —La clase se reordena mientras cada cual busca la posición con torpeza. Intento no poner toda la mano sobre el hombro de Robert, pero él me agarra por las costillas tan fuerte que hasta me hace un poco de daño. Intento apartarme con un meneo de forma un tanto disimulada—. Y las otras dos manos las juntamos, así. —Timothy se aproxima a la pareja que tiene más cerca y les eleva los brazos hasta el nivel de los hombros.

Alzo la mano derecha y espero a que Robert la coja. Cuando lo hace, la manga se desplaza y destapa su muñeca.

Y lo veo. Un tatuaje simple de una moneda, con una flecha superpuesta. Es un fenris. Es un fenris y estoy bailando con él. Están literalmente «por todo» Atlanta.

—¿Te gusta el tatuaje? —pregunta Robert con ironía en la voz. Siento cómo le crecen un poco las uñas en la mano con la que me sujeta las costillas. No obstante, mantiene la transformación bajo control. «Céntrate, Rosie, céntrate. No te asustes.» ¡Dios, no he cogido mis cuchillos de caza! Scarlett siempre me dice que los lleve conmigo a todas partes, pero no los he traído.

—Es interesante —respondo, maldiciéndome a mí misma cuando escucho un pequeño temblor en mi voz. Robert sonrío misteriosamente. ¿Sabrá quién soy? ¿Se lo habrán contado los de la manada de los Flechas cuando lo robaron a los Moneda?

Mientras Timothy sube la música, intento recordar todas las técnicas de lucha cuerpo a cuerpo que Scarlett y yo aprendimos en las clases de taekwondo a las que nos apuntamos en Ellison. Es sólo un fenris. Ni siquiera ha sido fenris durante mucho tiempo, a juzgar por el aspecto del tatuaje.



—Y damas, un paso adelante con el pie derecho; caballeros, hacia atrás con el pie izquierdo. ¡Sentid el ritmo!

No. Puedo matarlo. Soy una cazadora. Él es sólo un lobo. Un lobo fuerte, pero uno.

Damos un paso hacia delante, moviéndonos a la par con torpeza, con un ritmo forzado mientras Timothy da palmadas y dirige los pies de todos. Timothy nos manda separar las cabezas, y oigo cómo Robert inspira, saboreando el aroma de mi piel, de mi miedo.

—Se supone que deberíamos estar más cerca —me susurra al oído y tira de mí con fuerza. Sonríe—. Lo siento, pero soy el más joven de siete chicos. Necesito tocar a una chica.

«Céntrate. Sé el cebo.» La música forma remolinos de violines estridentes y los gemidos profundos de los violonchelos punteados siguiendo un ritmo oscuro y violento.

Y yo sonrío, la sonrisa más coqueta y sensual que consigo formar, batiendo las pestañas para completarlo. Robert parece encantado de la forma más terrible, y me agarra más fuerte de la cintura. Libero las caderas, balanceándolas en cada paso. Me retiro el pelo de encima de los hombros y me ladeo para atrás para exponer el cuello cuando Timothy enseña un paso lento e invasivo. No me hará daño aquí; no puede arriesgarse. Cuando nos incorporamos, tiro los hombros hacia atrás. Las uñas de Robert crecen más; los dientes se le han afilado en unas pequeñas puntas y se han torado más amarillos. Y los ojos —¡madre mía, los ojos!— se le han oscurecido tanto que no puedo creerme que no se haya convertido ya totalmente en lobo. Palmas unidas y elevadas apuntando al cielo, descenso súbito a mi cintura, giro hacia dentro, giro hacia fuera, rodilla al suelo. Me saldrán morados en la cintura y en las muñecas, seguro. Hundo la mano en su hombro. Si por mí ha de ser, a él también le saldrán morados. Por lo menos hasta que lo mate.

—Un paso para atrás, un paso para el lado, sentid el ritmo, chicos, ¡no tengáis miedo al erotismo! —Timothy grita más alto que la música, pero yo apenas le oigo, como si me estuviera ahogando entre el sonido de los violines y el miedo. La sala gira a mi alrededor mientras realizamos las vueltas y las manos de Robert se tensan en mi columna vertebral. Se está resistiendo al cambio, a pesar de que ya le ha crecido el pelo, que se le apelotona como la piel del lobo. Aprieta la mandíbula. «Venga, me estás deseando, deseas devorarme.» Si consigo superar la clase, podré hacer que me siga fuera y podré luchar contra él. Puedo hacerlo. Soy una cazadora. Nos agachamos de nuevo, damos vueltas. La canción se acelera, los violines luchan a la desesperada para seguir con el tempo, los chelos puntean de manera salvaje como si la música se moviera a lo largo de la misma vida del músico. Nuestros pies pisan fuerte, frenan, voltean; las cabezas giran, vuelven a girar. Me coge de la cintura y gruñe, y el



gruñido casi se pierde entre los instrumentos de cuerda cuando Timothy sube el volumen. Paso decidido, giro, torsión, cabeza erguida.

Grito y me aparto de un salto, sorprendida al sentir repentinamente las garras en mi piel. Empujo a Robert, sobresaltada. ¡Delante de tanta gente! Me miro la cintura en los espejos que rodean la sala y veo cuatro puntos de sangre que se expanden por el tejido de mi camiseta. El resto de bailarines se quedan boquiabiertos. Timothy levanta las cejas y corre a quitar la música. Miro a Robert con asombro.

Y entonces se abalanza sobre mí.

No cambia, pero la mirada que tiene en los ojos no es para nada humana. Cae sobre mí, empujándome hacia atrás. La cabeza me rebota en el suelo de madera de la sala de danza como si fuera una muñeca y mi visión se torna de un rojo cegador por unos instantes. Los demás bailarines gritan. Algunos hombres corren hacia mí, pero yo controlo. Apuntalo mis pies debajo de él y le doy una patada con todas mis fuerzas. Vuela por encima de mi cabeza y se estampa contra uno de los espejos. Se hace pedazos, en una lluvia de cristales en los que yo y el resto de los bailarines horrorizados nos reflejamos en millones de trozos antes de que se desparramen sobre el cuerpo de Robert. Aturdida, intento levantarme pero no lo consigo; me ha golpeado más fuerte de lo que pensaba. Me toco la nuca con suavidad.

No se mueve. Más gritos. ¿Qué estoy haciendo? Tengo que levantarme, luchar con él. No, ha golpeado la pared como humano. No era lo suficientemente fuerte como para encarar ese tipo de golpe. Varias personas me ayudan a ponerme en pie mientras Timothy nos saca de prisa de la sala. No puedo dejarlo ahí. Debería volver sin que me vean y matarlo. Oigo fragmentos de conversaciones cuando una de las voluntarias del centro se abre paso hacia mí y cierra la puerta del aula de danza. Tengo punzadas en la cabeza, y alguien me incorpora para sentarme en la mesa de recepción.

—Vamos a limpiarte...

—La ambulancia está de camino...

—No te preocupes, cariño, está encerrado ahí...

—La herida le sigue sangrando.

—Estoy bien —digo finalmente. Me subo la camisa un poco para inspeccionar las heridas—. Ni siquiera necesito puntos.

—Cariño, ¿cómo es posible que sepas eso? —me pregunta una voluntaria con gesto de asombro. Pego un salto del susto cuando me pone una bolsa de hielo en la cabeza.

—Créame. Me han tenido que poner muchos puntos. —Miro hacia atrás, hacia la puerta del estudio. No puedo entrar de ninguna de las maneras. Delante de la puerta



se han quedado varias personas, y a mi alrededor hay prácticamente una multitud. Mierda. Otro que se escapa—. Scarlett me va a matar —musito.

—Quienquiera que sea Scarlett, no te preocupes, corazón. Pero tenía razón, eres una chica dura —me dice Timothy. Le tiembla un poco la voz, como también las manos—. ¡Menos mal! ¡Ha llegado la policía!

En el exterior paran una ambulancia y dos coches de policía. Los ATS entran corriendo y, a pesar de las protestas de las voluntarias del centro y de los otros bailarines, los convengo de que no necesito ayuda. Sólo me proporcionan un par más de bolsas de hielo y van hacia la sala de danza. Tenso las piernas, a punto para luchar contra el fenris, anticipándome a que va a estar esperando justo al otro lado de la puerta. Pero no. Cuando los ATS vuelven a aparecer, lo llevan atado en la camilla. Por su rostro gotea la sangre, y tiene trozos de cristal en la piel y en el pelo; pelo que sigue siendo sarnoso y que parece un pelaje, aunque dudo que alguien más se dé cuenta. Entrebrea los ojos al pasar por mi lado. Timothy le dirige un sonido sibilante similar al de un gato, y el lobo vuelve a cerrar los ojos.

La gente rodea a los policías, deseosa de contar lo que ha pasado. Intento irme, pero Timothy insiste en que me quede y lo explique. Justo cuando estaba dando al oficial una versión de la historia muy descafeinada: «De repente me atacó; y yo le di una patada...», un Lexus entra derrapando al aparcamiento. De él sale un hombre trajeado que se anuda la corbata mientras atraviesa deprisa las puertas del centro social.

— ¡Oficial! Soy Robert Culler Senior. ¿Mi hijo se ha visto envuelto en un incidente? —pregunta, alargando la mano al policía que me está tomando declaración.

—Sí, señor Culler. ¿Le importaría quedarse un momento para que hablemos con usted? Su hijo está de camino al hospital Grady...

—Por supuesto —dice el señor Culler. Me mira atentamente, después ladea la cabeza indicándome que le siga fuera de la multitud.

»¿Te ha hecho daño, el desgraciado de mi hijo? Puedo darte un cheque —propone en voz baja, sacándose un talonario del bolsillo—. ¿Cómo te llamas?

—Pues... —Sacudo la cabeza, preguntándome si le habré escuchado mal—. Rosie March. Pero no se preocupe, estoy bien.

—Sandeces —contesta el señor Culler—. Está enfermo, ¿sabes? Hará alrededor de un año ahora que está así, pero no es culpa suya.

El señor Culler observa la ambulancia mientras se aleja y luego se vuelve hacia mí:

—Intentamos internarlo, pero su comportamiento fue a peor, así que ahora tenemos un cuidador a tiempo completo. Supongo que hoy le ha dado esquinazo...



Firma el cheque con un movimiento de muñeca grandilocuente, lo dobla y me lo pone en la mano con tal agilidad que me da la impresión de que lo hace bastante a menudo.

—¿Te ha venido con esa estúpida cancioncilla de que es el más joven de siete hermanos varones?

Asiento.

El señor Culler pone expresión de paciencia.

—Ya, siempre dice eso. Puro cuento. Yo también soy el menor de siete hermanos varones, y no soy un loco. Es como tener a un niño de veintinueve años.

—No entiendo cómo ha conseguido usted que siga siendo... humano. —Digo la última palabra casi por accidente, pero el señor Culler se encoge de hombros.

—Me ha costado mucho dinero y preocupaciones. Pero mira, ya tienes tu dinero; ahora no creas que no tengo un abogado que te llevaría...

—¡Oh, no! —le corto—. No hay ningún problema.

—Vale, muy bien. Oficial, ¿quería hablar conmigo? —dice el señor Culler, volviéndose hacia el policía. Mientras están enzarzados en la conversación, me escabullo por la puerta y tiro las bolsas de hielo en la salida. Los rayos de sol son cegadores y siento la cabeza todavía un poco mareada. Me la masajeo con suavidad mientras desdoble el cheque. Se me escapa una palabrota al ver la cantidad: dos mil dólares. ¿Dos mil dólares? ¿Por haber sido lanzada al suelo? Imagino que en los tribunales le hubiera salido más caro. Culler debe de saber que podría haberme matado. Me pregunto si habrá matado a alguna chica. Mantener a un fenris enjaulado de esta manera, intentando conservarlo como a un miembro de la familia... Me pregunto si por eso ha conseguido mantener la apariencia de humano mientras la mente de lobo lo estaba poseyendo. Años de práctica, supongo. ¿Sabrá su padre lo que es? Suspiro y vuelvo a doblar el cheque y me lo meto en el bolsillo mientras recorro como puedo las últimas manzanas hasta el apartamento.

—¿Dónde has estado? —pregunta Scarlett al verme entrar por la puerta tambaleándome. Su ojo desciende hasta las manchas de sangre de la camiseta. Silas aparece de detrás de la puerta de la nevera. Abre mucho los ojos y se me acerca. Me muerdo los labios, resistiéndome al impulso de acercarme también, de dejar que me abrace. Scarlett se levanta del sofá, preocupada.

»¿Rosie? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. He recibido un golpe en la cabeza, eso es todo. ¡Ah, y he conseguido dos mil dólares!



Silas y Scarlett intercambian miradas de preocupación; observo que Silas da un paso rápido hacia delante, como si quisiera correr a mi lado, pero se reprime de hacerlo.

—Tiene una contusión —dice Silas.

Scarlett expresa su acuerdo y empiezan a guiarme hasta el sofá.

—¡No! ¡No! Bueno, quizá. Pero mirad. —Saco el cheque del bolsillo y lo pongo de golpe en la mano de Scarlett. Lo desdobra y abre el ojo de par en par. Se lo entrega a Silas, que lo mira y me mira repetidamente por lo menos cuatro veces.

—Vale. A ver, ¿cómo has conseguido dos mil pavos, Rosie? —pregunta Scarlett.

Ando lo que queda de distancia hasta el sofá y me derrumbo en él. Scarlett y Silas se me acercan.

—Pues, bien... Estaba... Esto... —Suspiro y miro a Scarlett. Por fin la cabeza ha dejado de darme vueltas, y de golpe me doy cuenta de que le voy a tener que contar lo de la clase de danza—. Estaba en esa clase de tango —digo rápidamente— y había un fenris...

—¡Para! ¿En clase de qué? —pregunta Scarlett.

—Eh... mmm... una clase de baile —repito con tono dócil.

Silas hace una mueca.

—¿Una clase de baile? ¿Desde cuándo vas a clases de baile? —pregunta Scarlett, alzando ya la voz.

—Yo sólo... Me apunté a tres clases en el centro social y hoy he asistido a una clase de tango.

—¿Tres clases? Tú... ¿Tú crees que tenemos tiempo para clases de baile? —pregunta Scarlett. Primero parece asombrada; después, herida, y luego, furiosa; su ojo me mira echando chispas.

—No eran largas, media hora o una hora por clase... —Mis palabras se van apagando mientras Scarlett empieza a apartarse de mí.

—Yo... Yo vivo cazando, respiro cazando. Nos estamos quedando sin tiempo y...

Parece que se ha quedado sin palabras y se cruza de brazos. Ni siquiera me mira.

—Mira, Scarlett, lo siento, yo sólo...

—¿Tú lo sabías? —Se dirige bruscamente a Silas. Silas aparta la mirada pero luego le responde que sí en silencio. Scarlett se queda boquiabierta y hace un gesto de desesperación—. Déjalo. Es igual, déjalo. Explica lo del dinero —dice sin fuerzas.



Cuento rápidamente lo que ha pasado; la mirada de Silas parece de enfado y protectora a la vez; el ojo de Scarlett, frío e inexpresivo.

—Su padre me dio el dinero —termino—. Supongo que tiene miedo de que pongamos una denuncia o algo por el estilo. Pero no podrán mantenerlo controlado durante mucho tiempo. Ya es un monstruo...

—¿Creéis que es el Potencial que ya ha cambiado? —se pregunta Scarlett, más bien a sí misma que a Silas y a mí.

—No —niego con la cabeza—. No creo que sea posible. Tenía demasiado autocontrol como para que fuera un fenris recién formado. Además, su padre dijo que lleva así desde hace un año.

Supongo que cumplió veintiocho años el año pasado y que le mordieron durante su fase. Por cierto, era un Moneda, pero ahora es un Flecha...

El rostro de mi hermana se ensombrece.

—Pero ¿dijo alguna cosa más? ¿Alguna cosa que nos dé alguna otra pista sobre quién es el nuevo Potencial? —pregunta Silas con suavidad.

Se nota que está intentando que ambos nos reconciliemos con Scarlett.

Me encojo de hombros con tristeza.

—No mucho. Que tenía un montón de hermanos, al igual que su... —Me quedo helada. Examino la habitación detenidamente. Pego un brinco, olvidándome de la sensación de mareo y quemazón que tengo en la cabeza y cruzo la habitación de una zancada para coger *¡Mitos, leyendas, monstruos!* Paso las hojas del libro como una fiera. «Venga ya, ¿dónde está?» No puede ser tan fácil. Por fin consigo encontrar la página que estoy buscando. Levanto la vista y encuentro la expresión intrigada de Scarlett y de Silas, y alzo el libro triunfante.

»Es el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón.

Cruzo las piernas y me siento en el suelo. Silas y Scarlett se levantan y se acercan corriendo hacia mí, y pasan de mirarme a mí a mirar la página.

—¿Y qué? Yo soy el sexto hijo varón de una familia y el noveno de todos los hijos, y tú eres la segunda; ¿qué diferencia...? —empieza a decir Silas, pero Scarlett le corta con una férrea mirada.

—El séptimo... —No acaba la frase porque corre a coger una pila de papeles. Tira unos cuantos al suelo antes de sacar la necrológica que imprimimos de Joseph Woodlief.

»Joseph también. Era el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón.



—El séptimo hijo de un séptimo hijo, cada siete años —musita Silas con un poco de orgullo en la voz que creo que está dirigido a mí. Intercambiamos una mirada y cierro despacio *¡Mitos, leyendas, monstruos!*

—¿Creéis que eso es todo? ¿Que eso es todo lo que hay? —susurra Scarlett, dejándose caer de espaldas en el sofá.

—E incluso si no lo fuera, ¿cuántos séptimos hijos varones de séptimos hijos varones puede haber en la ciudad? —dice Silas. Me coge de la mano y, a pesar de que Scarlett está mirando, no me sale apartar la mía—. Lo... Lo tenemos. Ahora sólo hay que encontrarlo.

No hablamos. Aprieto la mano de Silas y él me sonrío mientras Scarlett se levanta y empieza a andar, sumida en sus pensamientos.

—Buen trabajo, cariño —me susurra Silas. Cuando Scarlett nos da la espalda, me agarra hacia él y me besa la frente con adoración.



Capítulo 17. Scarlett

El séptimo de siete. Todavía no me puedo creer que sea tan simple. De hecho, no, no me puedo creer que ¡*Mitos, leyendas, monstruos!* tuviera razón. Bien hecho, Dorothea Silverclaw. Me pregunto si eso de poner sal en las repisas de las ventanas protege realmente de los demonios. Supongo que más vale prevenir que curar.

No puedo dormir. La cabeza me nada entre pensamientos que parece que me vayan a comer viva. Me doy la vuelta en la cama y observo a mi hermana que está durmiendo como si fuera la Bella Durmiente, con el pelo alborotado sobre su rostro. Ha desvelado el misterio, ha descubierto la última clave para encontrar quién es el Potencial.

Y me ha mentado. Tenía un secreto. No, ella y Silas tenían un secreto. ¿Me habrán dejado de lado? ¿No merecía saber algo tan tonto como que mi hermana pequeña estaba yendo a clases de baile? La estoy perdiendo. Prácticamente he dejado de cazar. ¿Qué más me quedará, a parte de un rostro lleno de marcas que me recuerden lo inútil que soy sin mi hermana o sin caza?

Suerte ha tenido que ha vuelto con información vital, o la habría gritado. Pero ella y Silas... Me da la sensación de que entre ellos existe una conexión de la que yo no puedo formar parte... Alzo el brazo y veo los reflejos de la luz de la luna en mis cicatrices. Me incorporo sobre los codos y observo a Silas a través del hueco de la cortina. Le sube y baja el pecho con la profunda respiración del sueño, con la boca un poco abierta y una pierna tendida fuera del sofá.

Suspiro. El Séptimo de Siete. Céntrate en eso, no en el hecho de que Rosie te haya mentado. Sólo con que podamos encontrarlo, utilizarlo... después podremos volver a Ellison. Volver a vivir en la casa de Oma March, volver a cazar juntas en los bosques detrás del pueblo; las cosas volverán a ser lo que eran con mi hermana, como cuando no había secretos.

¿Y si ella no quiere volver? Esa posibilidad me hiela el pensamiento. Rosie me escondió el secreto porque ella no quería dejar de ir a las clases. No soy tonta: yo también preferiría ir cada día a clases de tango que a cazar hombres lobo, pero no



puedo escoger. Estoy marcada con cicatrices, atada a la caza. Pero Rosie... ella es medio Libélula.

Investigo durante el día. Paso a limpio las notas. Voy dos veces a la biblioteca. Rosie pasa casi todo el día sentada, con una bolsa de hielo pegada a los riñones para enfriar las heridas un poco hinchadas que tiene en la cintura, y con una taza de té caliente.

El vapor del té parece ahuyentar la fría lluvia que ha estado cayendo fuera. Vuelvo con tres nombres, sacados de la guía de teléfonos, registros públicos y artículos de periódicos; aunque nada de la investigación va más allá de los límites de la ciudad de Atlanta. Aun así: Neal Franklin, James Porter y Greg Zavodny. Siento en el pecho un resquicio de esperanza mientras Rosie y yo repasamos cada uno de los tres nombres.

—No creo que Franklin sea el Séptimo de Siete —dice Rosie, reajustándose la bolsa de hielo—. Mencionan a seis hermanos mayores, pero me da la sensación que alguno de ellos es una chica. Si no, ¿por qué no dicen «seis hermanos varones mayores»?

Releo el artículo y tacho el nombre de la lista con reticencia, a sabiendas de que es fácil que tenga razón.

—Y Zavodny... No sé, Scarlett. Este hombre es muy, muy mayor.

—Los lobos deben encontrarlos y provocarles el cambio antes, antes de que puedan cumplir los ochenta —musito—. Dudo de que este hombre pueda haberse salvado durante tantos años.

—Tienes razón —coincide Rosie. El sentimiento de esperanza que albergaba en el pecho está disminuyendo por momentos.

—Entonces... Porter. El chico sobre el que tenemos menos información. —Tenemos un anuncio de graduación en el que se menciona a seis hermanos, pero no se especifican sus edades. De hecho, la única razón por la que tenemos este nombre es porque Silas y Rosie empezaron a investigar entre los anuncios de cumpleaños en el periódico y vieron que acababa de cumplir veintiocho años.

Pero no tenemos su dirección. No aparece en la guía de teléfonos. No sale con ningún motor de búsqueda.

Suspiro.

—Tengo que salir de aquí. —El impulso de cazar me corre por todo el cuerpo hasta el punto de que parece que vaya a explotar. Silas ha salido a pagar el alquiler del segundo mes. Cuando salgo, Rosie me da tanta pena con la bolsa de hielo, rodeada de libros, que la dejo tranquila aun a mi pesar. Si soy sumamente amable y comprensiva, quizá vuelva a mí.



—Entonces, espera, ¿vas sólo a merodear por las calles en busca de Porter? — pregunta mientras afilo con rapidez el hacha.

—Porter. Un lobo. Lo que sea. Tengo que hacer algo, Rosie — musito mientras abro la puerta con fuerza y me lanzo corriendo escaleras abajo.

Deambulo por las calles del centro administrativo, con la capa ondeando en el viento y el hacha bien sujeta a mi cintura. Es una pena que no pueda acercarme al hospital y sacar al fenris de la clase de Rosie. Su espíritu no tardará mucho tiempo en ser poseído y no podrá contenerse. Pero hay algo que me dice que al personal del hospital no le gustaría mucho que una chica llena de cicatrices y un parche en el ojo entrara y se llevara a uno de los pacientes, por muy criminal que sea. No creo que merezca la pena correr el riesgo de que me aten y me hinchen a drogas.

Algunos hombres de negocios que salen tarde de las oficinas me lanzan miradas cautelosas al ver que yo los miro tan fijo con el ojo bueno; gente sin techo; alguna que otra pareja que vuelve a casa después de algún recado... pero ningún fenris. Ni siquiera una Libélula. Cuando empiezo a considerar seriamente gritar el nombre de James Porter por la calle, me doy cuenta de que debería regresar. Camino con pesadez de vuelta al apartamento, la frustración hierva en mis venas. Es evidente que el yonqui que vive abajo está mezclando algún cóctel de drogas nuevo, por el olor que se ha quedado en la escalera en forma de una espesa nube. Paso rápido por al lado de su puerta y llego a la mía, donde me detengo, intrigada por el charco de agua de lluvia que tengo bajo mis pies.

La puerta tiene una grieta muy pequeña, por la que se filtra una línea de luz de color dorado pálido en el rellano que de otra forma estaría a oscuras. Oigo a Rosie. Me parece que es Rosie, pero su voz tiene algo que suena diferente. Es mayor, más madura, más suave, como la voz de una mujer y no la de mi hermana pequeña. Frunzo el ceño y me apoyo con la espalda en la pared junto a la puerta, toqueteo con los dedos los surcos de pintura que salta de la pared mientras estiro el cuello para intentar mirar adentro y averiguar cuál es la causa del cambio en su voz. Ya sé que espiar a mi hermana no es del todo ético, pero la curiosidad me mata.

No puedo ver gran cosa, excepto un trozo de la cocina y un pedacito de la lámpara de cerámica que se esfuerza en iluminar todo el apartamento. Detrás de ésta, al otro lado de la ventana, el horizonte de Atlanta brilla en la oscuridad. De nuevo, la voz de Rosie —tiene que ser ella— busca a tientas las palabras en el silencio, pero no las entiendo. Otra voz, ésta, profunda y con tono dulce... Silas. Habla con un ritmo amable y melancólico que lo hace parecer mucho más de tres años mayor que yo. Me acerco más a la grieta de la puerta, inhalo el delicioso aroma del té de flores de naranjo que se está preparando en la cocina. Empiezo a llevar la mano hacia el pomo de cristal de la puerta, preguntándome de qué estarán hablando para que sus voces suenen tan foráneas.



Silas se pone en mi línea de visión y se apoya en la encimera de la cocina, y casi en el mismo instante, también Rosie aparece en el campo de visión, con el pelo negro ondulado alrededor de su rostro con forma de corazón.

Saca la tetera del fogón y se limpia las manos en los vaqueros, riéndose de algo que Silas ha dicho. El sonrío ampliamente con una mirada extraña. Aso el pomo de cristal para casi entrar de forma precipitada y preguntar qué es lo que está ocurriendo, pero algo me detiene.

Hay algo distinto, algo que va más allá del cambio de voz de Rosie, algo que pesa en mi mente y que me provoca un retortijón en el estómago. No puedo determinar con precisión qué es hasta que Silas se acerca hacia mi hermana y le toca el pelo con suavidad, moviendo las manos con tanta delicadeza como si estuviera tocando una joya de gran valor. Rosie se sonroja cuando se inclina hacia ella y le susurra algo al oído que hace que sus labios se onduelen en una elegante sonrisa. Reconozco esa mirada en los ojos de Silas: adoración. Frunzo el entrecejo e intento sacudirme de encima la sensación de que me han dado un puñetazo en la cara.

Me debo de haber confundido. No estoy viendo lo que me parece estar viendo.

Pero, aún peor: no me sorprende. Porque de alguna manera, en algún lugar muy dentro de mí, lo sabía.

Aprieto el pomo con tanta fuerza que su superficie jaquelada de éste me corta la palma de la mano. Él es mi mejor amigo; ella, mi hermana pequeña. No. No es ella. No somos nosotras. Nosotras no somos chicas tontas que flirteamos con chicos y que nos reímos de sus estúpidas bromas y se tocan como Rosie y Silas están haciendo ahora mismo, con las manos entrelazadas mientras ella se vuelve para mirarlo.

Rosie se ríe. Se acerca al cuello de Silas —que parece más alto y más mayor de lo habitual— y le enrosca los dedos en torno al pelo de la nuca. Él la rodea con los brazos por la cintura con aire protector, y una de sus manos se esconde bajo la camisa de seda de Rosie para acariciar su suave espalda. El áurea que los envuelve es sedosa y reluciente: la suavidad de la piel, el brillo del pelo y las lánguidas voces. Siento más que nunca las cicatrices de mi piel, como gruesas cuerdas que me quieren estrangular. Me cuesta tragar.

Silas se inclina. Se me encoge el corazón e imploro que se detenga, pero nadie me escucha. Ni siquiera sé si lo he expresado en voz alta. Rosie ladea la cabeza hacia atrás. La aprisiona un poco más con los brazos, encajona su pequeño cuerpo. «¡Parad, los dos! Somos cazadores. Estamos juntos en esto, ¿os acordáis? Lo prometimos; lo prometimos hace muchos años. Estamos juntos en esto.» Se besan.

Y yo estoy más sola que nunca.

La puerta se abre con un chirrido, porque las bisagras están algo sueltas, y yo no hago nada para impedirlo. Sus cabezas se giran hacia el ruido y sus rostros palidecen



cuando me ven de pie en el marco de la puerta. *Screwtape* sale corriendo de la cocina y se pone debajo de la cama donde dormimos Rosie y yo, como si percibiera mi rabia, la tormenta crece en mi corazón. Rosie no habla, a pesar de que tiene la boca abierta como si estuviera intentando buscar las palabras. Se aparta de los brazos de Silas pero lo coge de la mano. No me muevo. No creo que pueda moverme, no mientras siga viendo los puntos del cuello en los que Silas la ha besado.

—Lett —dice finalmente Silas, con voz ronca.

—No —susurro en respuesta—. No, no, no... —Me late el corazón tan fuerte que apenas puedo escuchar mis propias palabras. Nuestro corazón, palpitando.

—Lett, escúchame —dice Silas, dando un paso por delante de mi hermana. Ella se le agarra de la mano como si él la fuera a proteger—. Tampoco hay para tanto. Nos daba miedo que te enfadaras, eso es todo.

—Miedo.

Entro en el apartamento y me vuelvo para cerrar la puerta y respiro hondo en busca de energía mientras la cierro. «Respira, Scarlett. Sólo respira.» Me vuelvo hacia ellos, intentando mantener mis emociones bajo control, intentando que ninguno de ellos vea que tiemblo de tristeza, de furia y de dolor.

—Me habéis engañado. Los dos me habéis engañado.

—No... sólo no te lo hemos dicho. Venga, Scarlett, por favor —me pide Rosie, que suelta la mano de Silas y corre hacia mí con lágrimas en los ojos. La golpeo con la misma fuerza que usaría para luchar contra un fenris. Rosie se tambalea hacia un lado, pero mantiene el equilibrio. Se restriega el brazo donde la he golpeado.

—No me lo habéis dicho. Lo habéis guardado en secreto, porque... porque yo... —Me miro las cicatrices—. Porque me margináis; porque soy la tipa rara que caza. Porque hago lo correcto. Porque yo... yo lucho. No dejo que la gente muera, mientras que vosotros dos estáis aquí, así... yendo a clases de baile y... de besuqueo y... —Estoy perdiendo el control.

Muevo la cabeza y elevo la voz más de lo que quisiera, reprimiendo las lágrimas.

—Ambos sois unos niños egoístas. Sabéis lo que hay en este mundo. Tenéis el poder para detenerlo. Y... y me abandonáis para que luche yo sola.

—Los tres somos cazadores, Scarlett. Pero hay muchas otras cosas en este mundo. Y debes saber que contra eso no puedes luchar —implora Rosie.

—Sí —le respondo bruscamente, con una voz que parece un gruñido—, ¡yo puedo luchar! Porque es lo que tenemos que hacer, Rosie. ¿A cuántas chicas podríamos haber salvado durante todo este tiempo en que tú estabas en clase de baile o aquí con él?



—Lo siento —dice sofocada. Las lágrimas le recorren el rostro. Silas la mira con dolor.

—Scarlett, nosotros... —se interpone Silas.

—¡Ah, sí! —grito con falso entusiasmo—. ¡Nosotros! Tú y mi hermanita, Silas. Sois una parejita feliz, ¿no? —Hago un gesto de desesperación—. Yo no puedo... No voy a quedarme aquí —digo apretando los dientes. Rosie se acerca para tocarme, pero yo la aparto con brusquedad.

»No —la corto—. No me toques.

Los tres nos miramos fijamente, con las caras llenas de dolor.

Me doy la vuelta, abro la puerta y me voy.



Capítulo 18. Rosie

Scarlett cierra la puerta de un portazo y yo me derrumbo en sollozos entrecortados. Siento algo que me duele en el pecho, como si el corazón hubiera muerto en mi interior. Quizá nuestros corazones finalmente se han convertido en dos en lugar de uno. Doblo los brazos sobre la cintura y lloro, respirando con dificultad e ignorando el ardor que me provocan las lágrimas en las mejillas. Silas se vuelve para mirarme pero no se mueve.

—Rosie —dice con suavidad. No hace falta más. Me dejo caer hacia delante, dejo que me coja entre sus brazos y presione su mejilla contra mi frente.

—No deberíamos estar haciendo esto. No deberíamos haberlo hecho. Es mi hermana.

—No digas eso —murmura Silas sobre mi cabello, con auténtico tono de súplica—. Por favor, no digas eso nunca.

—Somos cazadores —digo con la voz entrecortada.

—Sí. Por supuesto que lo somos. Pero somos... somos... algo más...

Niega con la cabeza, me aparta suavemente estirando los brazos sin soltarme y desciende su mirada hasta mis ojos.

—No queríamos hacerle daño, Rosie, pero yo no me arrepiento. No puedo arrepentirme de nada. Te quiero demasiado.

Intento estar de acuerdo, decirle que le quiero, lo que sea, pero no puedo encontrar las palabras. Silas me vuelve a abrazar y mis lágrimas le humedecen la camisa.

Baja la cabeza y me habla con suavidad, acariciándome el pelo con los dedos.

—Voy a ir a buscarla. No podemos dejar que se vaya. ¿Vienes?

—Yo... — Vuelvo a ver la oscura y trágica mirada que albergaba el rostro de Scarlett cuando nos ha encontrado a Silas y a mí juntos. Muevo la cabeza, en un intento de no volverla a perder—. No puedo. Me odia.



—Te quiere —dice Silas con firmeza. Me arrastra hacia él y me besa en las mejillas mojadas de lágrimas—. Venga. Nos dividiremos; no puede haber ido muy lejos.

Lucho por reprimir las últimas lágrimas y accedo. Silas me besa en la frente y me abraza con fuerza.

—Está bien. Venga, vamos. ¿Voy yo hacia el norte y tú hacia el sur? Te prometo que la traeremos de vuelta a casa.

Vuelvo a asentir. Silas se aparta despacio, como si le preocupara que al dejar de sostenerme yo me fuera a caer. Le hago una señal con la mano para que se vaya; con otra mirada de preocupación hacia mí abre la puerta de un tirón y baja ruidosamente la escalera, saltando los peldaños de dos en dos. Me ato el cinto de los cuchillos a la cintura y cojo aire.

Si estuviera en Ellison, sabría perfectamente dónde encontrar a mi hermana. Aquí me siento perdida, como alguien que grita el nombre del perro que se le ha escapado en medio de la noche. Me dirijo hacia el barrio de negocios. Tengo los ojos hinchados y la nariz húmeda hasta el punto en el que todo el mundo que pasa por mi lado desvía la mirada. ¿Qué tipo de persona soy? He cambiado a mi hermana por clases de baile y besos. Pero, aunque razone eso, no puedo evitar pensar cuántas ganas tengo de estar con Silas. Hará sólo una hora, estaba entre sus brazos, sintiéndome más bonita que nunca. ¿Y cambiaría eso, le dejaría por la caza? Bajo a trompicones la escalera del metro. No. Ya no podría cambiarlo. No ahora que sé lo que es que alguien te ame. No ahora que he salido de la caverna y he visto el sol. Pero eso tampoco me hace sentir que sea más justo o mejor, porque mi hermana me odia.

Paso rozando el torniquete del metro y mis ojos repasan la estación poco iluminada en busca de Scarlett. No hay más que el habitual surtido de vagabundos y camareras con apariencia cansada. Me dispongo a irme.

—¿Te has perdido, chavalita? —dice una voz.

Me vuelvo para ver a un hombre con pinta desaliñada que está recogiendo varios cubos, con un par de baquetas raídas en los sucios bolsillos de los vaqueros.

—No —respondo—. Estoy buscando a alguien que sí.

—¿No ha habido suerte?

Niego con la cabeza.

—Por ahora, no.

El hombre desaliñado pone expresión de sensatez.

—Quizás el problema recae en que ella no quiere que la encuentren.

—Eso es lo que me temo —suspiro.



Echo las monedas que llevo en el bolsillo en la taza donde recoge el dinero. Tiene razón. Scarlett no es como yo; nunca ha querido que la salvaran. Ni de la caza, ni de los fenris, ni, por supuesto, de mí.



Capítulo 19. Scarlett

Empiezo a correr tan pronto como llego a la acera. Las lágrimas se me quedan en la garganta, acumulándose allí como si quisieran ahogarme. La gente me mira fijamente, pero por primera vez no me importa no llevar el parche del ojo en público. Corro entre el tráfico y doy empujones para abrirme paso entre la gente, intentando correr más que el dolor que me persigue.

Todo se desdibuja excepto el vacío en mi pecho y la sensación de que mis pies golpean duramente contra el suelo. No estoy segura de cuánta distancia corro, pero cuando mi cuerpo me suplica que me detenga no parece que haya sido la suficiente. Me caen gotas de sudor por el rostro y la espalda, y siento que me empiezan a salir pequeñas ampollas.

Cojo el mango del hacha cuando me derrumbo sobre el suelo bajo un roble, y es entonces cuando me doy cuenta de que me encuentro a las afueras del Piedmont Park. Apoyo la cabeza contra el árbol, jadeando tan fuerte que mis pulmones arden por falta de oxígeno y todo da vueltas a mi alrededor. «Respira. Sólo respira.» Me concentro en el respirar que llena y vacía mis pulmones de aire para que mi mente no piense en Rosie y Silas. La luna se eleva a paso lento pero seguro, pero casi no me doy cuenta. «Respira.»

—¿Lett? —dice una voz serena. ¿Cuánto tiempo llevaré aquí sentada?

Aprieto los dientes. «No. Tú, no.» Respiro.

—Vete, Silas —le pido con rotundidad sin mirarle. Oigo sus pasos sobre la hierba y agacho la mirada cuando llega frente a mí y se arrodilla.

—Lett, por favor, eres mi mejor amiga. Eres mi socia —dice con delicadeza.

—Y ella es mi hermana, cabrón.

—No es lo... —suspira—. Nosotros no queríamos mentirte.

Debe de ser bonito formar parte de un «nosotros». La rabia corre por mis venas. Alzo la vista para mirarlo, con el ojo encolerizado. Silas se tensa y alza las manos, como si estuviera calmando a un animal salvaje.



—Nunca lo entenderás —susurro.

Después me abalanzo sobre Silas sin poder reprimirme, golpeándolo en el hombro.

Ofrece poca resistencia; dudo de que se esperara que fuera a atacarlo. Rodamos hacia abajo por la pequeña pendiente y cada uno gira por su lado en la hierba. Yo me levanto antes que él y me balanceo hacia delante para lanzarle un gancho izquierdo en su lado débil. Silas para el puñetazo, pero le doy una patada que le golpea en las costillas. Intenta decir alguna cosa pero sólo puede toser porque vuelvo a cargar. Le doy un puñetazo en la nariz, que pronto le empieza a sangrar. Gruñe y se arroja sobre mí, cogiéndome del omoplato con suficiente fuerza como para devolverme el golpe. Mientras estoy cayendo al suelo, estiro la pierna y le doy una patada desde abajo por detrás de las rodillas. La caída es contundente y Silas tiene que esforzarse para recuperar la respiración; gira en el suelo para alejarse de mí. Yo le sigo rodando y le clavo una patada en las costillas, y corro tras él cuando intenta alejarse rodando. Finalmente nos detenemos al pie de la colina. Sujeto el pecho de Silas con las rodillas y, respirando con dificultad, levanto un puño. Quiero pegarle una y otra vez, hasta que acabe con todo lo que me está destrozando, que me está comiendo viva. ¡Dios mío, quiero pegarle tanto...!

—Lett, yo... yo la quiero —tartamudea, a pesar de que casi no se le oye por la cantidad de sangre que le brota de la nariz. Alzo aún más el puño, pero cierro el ojo, en busca de un poco de cordura. Silas se queda totalmente quieto, con los ojos suplicantes como los de un animal.

Aprieto los dientes y me aparto de él rodando, alejándolo de una patada para terminar. Entierro la cara en la hierba mientras la arranco a puñados. Oigo la tos de Silas, y cuando vuelvo a mirarlo, se está limpiando la sangre de la nariz con el dorso de la mano, pero se deja largas vetas por el rostro.

—Por supuesto —digo, forzándome a levantarme—. Por supuesto que la quieres. Me miro las cicatrices de los brazos—. Es mi hermana. Yo la salvé del fenris. Y tú, tú y tu padre me enseñasteis a cazar. Pensé que seguro que... tú y Rosie me entenderíais. Podrías saber qué significa contribuir para un mundo mejor.

—Y lo sabemos, Lett. Pero queremos algo más que la caza. Eso es todo. Y tú también podrías tener algo más, lo sabes.

—Venga ya, Silas —digo sin fuerzas, mirando hacia un lecho de flores para evitar sus ojos—. ¿De verdad me imaginas como una esposa? ¿Como una madre? —La frustración se me transforma en una súplica desesperada, y me doy cuenta de lo mucho que querría que Silas tuviera una respuesta a mis preguntas.

En cambio, me mira con sorpresa.

—Lett, ¿bromeas?



Me río desganada negando con la cabeza.

—No, Silas. Soy una cazadora. Pensé que no estaba sola. En serio, pensé que tú te habías ido para siempre cuando te marchaste a San Francisco, pero Rosie... Pensé que a Rosie la podría tener siempre conmigo. Perdí el ojo, la inocencia, la ignorancia, pero pensé que Rosie... —Alejo la mirada—. Pero, claro. Tú la quieres.

—Scarlett. —Silas pronuncia mi nombre completo con irritación—. ¿Cómo puedes ser tan tonta?

Me vuelvo hacia él, con el ojo alarmado. Se acerca a mí con ademán comprensivo.

—Scarlett, eras tú. Mucho antes de Rosie, te deseaba a ti.

Quiero reírme, porque estoy segura de que bromea, pero, en cambio, me quedo atolondrada, cortada.

—¿Por qué me dices eso? ¿Para herirme? —le susurro.

—No. —Silas se me acerca y se vuelve a limpiar la sangre de la nariz—. Estuve loco por ti durante toda la infancia.

—Pero antes del ataque...

—No, después. Antes y después. Todo el tiempo. ¿Por qué te crees sino que siempre estaba en vuestra casa, mujer? ¿Por qué te crees que me ofrecí para ser vuestro guía de la vida en el hogar de los Reynolds cuando Oma March murió? Quería estar cerca de ti, Lett.

Le miro fijamente con incredulidad. ¿Tendría la osadía de mentirme en una cosa así? Doy un paso atrás, asustada de su declaración.

—Entonces, ¿por qué...? Nunca dijiste nada. ¿Por qué debería creerte...?

—Tenía miedo de decírtelo. Y después me di cuenta de que tú nunca me querrías. Soy tu mejor amigo, sí, pero... tu amor es la caza. Siempre lo ha sido.

Entorno el ojo.

—Cazo porque tengo que hacerlo...

—Lo que tú digas. —Hace un movimiento despectivo con la mano—. Es lo que te impulsa, te inspira, te completa, Lett. Cuando luchas te sientes viva. Yo nunca podría haber competido con eso. —Se me acerca más, con los ojos titilantes a la luz de la luna.

Niego con la cabeza.

—No. No me mientas para hacerme sentir mejor. No...

Pero entonces, Silas avanza con la rapidez de un animal y elimina el espacio que había entre nosotros. Antes de que pueda reaccionar, antes de que me pueda dar



cuenta de lo que hace, me besa. Me quedo congelada. Se me para la mente, sólo soy consciente de la calidez del beso, del aroma de su piel cerca de mi rostro. Cuando se aparta, me mira con ojos indagatorios, buscando algo en mí. Me llevo la mano a la boca, sintiendo el punto en el que estaban sus labios.

—Yo... —empiezo a decir, dejándome caer al suelo. No hay nada. No hay chispa, no hay fuego. Nada.

»Tienes razón —susurro en voz alta—. No he sentido nada.

—No como lo que sientes cuando cazas —dice Silas, agachándose frente a mí. Me coge de la mano—. No pasa nada, Lett. Pero el simple hecho de que tú puedas encontrar ese tipo de amor en la caza no significa que Rosie y yo podamos. Somos cazadores, pero necesitamos algo más. Tú no. Tú formas parte de ello; es una parte de ti.

—No puedo evitarlo —susurro entre lágrimas. ¿Cómo pueden quedar todavía lágrimas en mi cuerpo?—. No puedo evitarlo. Es lo que soy; es todo lo que soy. Es todo lo que queda de mí.

—Lo sé —dice Silas con suavidad. Se levanta y me estira para ponerme en pie junto a él—. Tranquila.

—No creo que pueda cambiar —murmuro—. No puedo parar... Sigo pensando en cazar y en el Potencial y en ese tal Porter y...

Silas sonrío y su sonrisa me conforta mucho.

—Lett, de todas formas, tampoco quiero que cambies nunca.

Se me acerca y pone su mano sobre la mía, apretándola con fuerza. Primero dudo, pero luego pongo mi otra mano sobre la suya. Somos socios. Siempre lo hemos sido, incluso cuando le odio, cuando está a miles de kilómetros de mí, cuando quiere a mi hermana... incluso cuando sería más fácil hacerlo sola por siempre más.

Nos quedamos callados un momento.

—Prometí a Rosie que te haría volver a casa —dice finalmente.

Niego en silencio, con la cabeza todavía dando vueltas.

—No puedo, Silas. No por ahora.

—Me lo suponía —dice Silas con suavidad—. ¿Me voy, entonces?

Asiento. No sé qué más hacer. Silas se vuelve y se aleja. No mira hacia atrás, y me alegro, porque las lágrimas vuelven a manar.



Capítulo 20. Rosie

Regreso a casa con las mejillas irritadas de las lágrimas. Sólo *Screwtape* me espera en el apartamento, pero no me sorprende. Me echo agua en la cara y apago las luces; después me llevo a *Screwtape* al sofá con la esperanza de que me consuele hasta que alguien, quien sea, vuelva. Pero sólo me permite que hunda la cabeza en su pelo durante unos instantes, porque enseguida me deja de un salto para atrapar un bicho que brinca por el suelo. Su silueta se recorta contra las luces de la calle.

Se abre la puerta. Es Silas. Nuestras miradas se encuentran en la casi oscuridad; aprieta los labios. No es necesario que hable. Vuelvo a sentir lo que ya es un nudo habitual en mi garganta. Silas se saca los zapatos y se desploma a mi lado en el sofá, dejando caer la cabeza sobre las manos. *Screwtape* corre hacia él, le muerde los tobillos, y se va; Silas intenta pegarle sin ganas.

—¿No ha habido suerte? —le pregunto al final.

—La he encontrado. No ha querido venir —responde Silas suavemente.

Se me tensa la cara y me doblo en una bola contra el apoyabrazos del sofá. No ha querido venir a casa. Hasta ese punto he herido la otra media parte de mi corazón.

Silas suspira y se me acerca más, me coge de los antebrazos e intenta tirar de mí para abrazarme. Quiero que me sujete, quiero respirar el aroma de su piel, dejar que mi mano trepe por la parte delantera de su camisa, sentir el calor de su cuerpo. Pero hay algo que me detiene, algo más poderoso que el propio deseo. Me retiro con un gesto de resignación.

—Yo... yo... —Quiero decirle que «no puedo. No puedo tocarte de esta manera ahora, no puedo abrazarte a pesar de que mi cuerpo me pide estar junto al tuyo». Quiero a mi hermana; esto es lo que la ha herido. Esto es lo que ha hecho que se fuera.

Silas asiente con tristeza.

—Vale, Rosie. ¿Por qué no dormimos un poco, entonces?



—De... De acuerdo —tartamudeo—. Vale. Intentaremos ir a por ella y traerla a casa por la mañana —digo con decisión.

—Por supuesto —responde Silas. Las campanas de fuera repican doce veces, pero parece que es mucho más tarde de media noche.

Vuelvo a coger a *Screwtape* y voy tambaleándome hacia el pequeño dormitorio que mi hermana y yo compartimos. Detrás de mí oigo cómo Silas se saca la camisa y despliega la colcha afgana. Me pregunto si dormiré bien. A mí no creo que me sirva de mucho intentarlo. Me meto despacio en la cama, junto al lado dolorosamente vacío de Scarlett. Le robo el cojín, hundo la cara en él e inhalo el olor de su cabello. Es distinto al mío, sólo un poco. ¿Cómo puedo vivir en un mundo en el que ella me odia? Las lágrimas me queman en los ojos y empiezo a llorar de nuevo; el odio que siento por mí misma me carcome. Paro de llorar por unos instantes al ver colarse la luz de la calle en el dormitorio cuando Silas corre la cortina a un lado. Se apoya contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo y el pelo que le cae sobre los ojos. Casi en silencio, se mueve hacia el pequeño espacio que hay entre mi cama y la pared y se sienta en el suelo. Se lleva las rodillas al pecho, deja caer la cabeza y busca mi mano, me toca en silencio los nudillos con el dedo pulgar.

Me dejo caer de la cama, con las sábanas enredadas en las piernas, y escondo mi cara en su cuello. Me abraza contra él como si tuviera miedo de dejarme ir. Sé que debería intimidarme, que debería volver a la cama en lealtad a mi hermana. Pero hay algo que me retiene en el sitio, algo que no me deja apartarme del suave respirar de su pecho o de sus brazos, que me sujetan como si yo fuera algo preciado mientras sus labios me acarician la frente.

Sin hablar, finalmente caemos dormidos.



Capítulo 21. Scarlett

No se adónde ir. Ni adónde ir ni que hacer, ni con quién hablar. No hablo con extraños; nunca hablo por hablar ni comento el tiempo en los ascensores. Así que merodeo por la ciudad, silenciosa, estoica, mientras la neblina matutina entra en escena y cubre el suelo. Incluso los vagabundos me evitan, como si les pudiera contagiar la lepra. Intento cazar, pero es como si me diera miedo; la manada de los Flechas sabe quiénes somos, y no sé si tengo la fuerza de voluntad o si estoy capacitada para detenerlos en el caso de que me tiendan una emboscada. Sería más fácil si simplemente me dejara atrapar.

El día siguiente es igual.

Y el otro. Entro por entrar en la biblioteca y tecleo con indiferencia el nombre de Porter en el ordenador; de nuevo, sin resultados. Duermo en el parque, bajo unas azaleas de color coral, arropada con la capa que me cubre como si fuera una sábana. Un policía me molesta una vez, pero cuando me ve sin el parche del ojo, prácticamente siento cómo se le seca la garganta. Me saluda con la cabeza y me advierte de que en el futuro será mejor que encuentre otra cama, pero después me deja en paz. Deambulo como si me hubiera perdido, pegando brincos cuando creo ver a Rosie o a Silas. Cada vez que me cruzo con alguna pareja que se parece a ellos, el corazón me da un salto. No quiero que me encuentren, pero, por mucho que temo que suceda, soy consciente de que también me gustaría verlos reír, dándose la mano, andando juntos. Quizá sea masoquista, pero verlos juntos me haría daño, herida por los celos y la traición. Y ese daño sería algo, al menos, un sentimiento que rompería con la sensación de vacío que me tiene adormecida y que ya llevo un par de días sintiendo.

El tercer día me lo paso casi entero en el metro, viajando en círculos, hasta que me doy cuenta de que veo regresando a casa a la misma gente que he visto unas horas antes yendo a comprar, al parque o a comer al restaurante. Me obligo a bajar en la siguiente estación y empiezo a caminar. Me sorprende cuando salgo de la estación; no había estado nunca en esta parte de la ciudad, pero reconozco un logotipo en una señal que me indica la dirección de Yincen't's Elderly Care, el hospital donde se



encuentra el padre de Silas. Me quedo un rato parada en esa esquina. No he hablado con nadie en días. Pa Reynolds siempre fue muy amable con nosotras, nos cuidó después de que Oma March muriera, hasta que llegó nuestra madre. Ya me conoce las cicatrices, y no se queda mirándome. Por lo menos, no lo hacía antes de que tuviera Alzheimer. Es probable que ni se acuerde de mí. ¿Y si grita? ¿Qué pasará si ahora le asusto?

Sin embargo, ya no aguanto más sola. Doblo la esquina en dirección al hospital, un edificio gigantesco de color blanco y crema que parece un producto de finales de los sesenta. Enfermeras con batas de color salmón charlan en los bancos de fuera mientras comen yogur, e incluso desde la acera, percibo la abrumadora bocanada del terrible olor del hospital: solución salina, látex y alcohol de botiquín. Arrugo la nariz e ignoro las miradas curiosas de las enfermeras mientras paso por las brillantes y blancas puertas automáticas.

—Eh... disculpe... ¿en qué puedo ayudarla? —me dice una chica desde la recepción. Su voz y su falsa sonrisa se apagan cuando me ve, aunque el enorme espejo que tiene detrás me dice que no es sólo debido a las cicatrices. Llevo el pelo muy despeinado y la ropa llena de tierra y hojas. Hago un mueca y me recojo el pelo en una cola de caballo mientras me acerco a ella. Un poco mejor.

—Hola —digo, pero mi voz suena agrietada de no utilizarla. Empiezo de nuevo—: Hola. Vengo a ver a Charlie Reynolds.

—¿Su nombre, por favor? —me pide la recepcionista, recuperando su desenvoltura profesional.

—Scarlett March.

—Vaya, no está en la lista de visitas del señor Reynolds...

—Vengo en nombre de Silas Reynolds. No ha podido venir y quería que alguien viera cómo está su padre —miento. La recepcionista mordisquea el lápiz un momento y después se encoge de hombros.

—Está bien. Sígame. —Pone sobre el mostrador un cartel que dice «Vuelvo enseguida» y me guía por el hospital. Pasamos por habitaciones con gente en silla de ruedas, de cara a televisores que estoy segura de que, en realidad, no están mirando. Habitaciones en las que las cortinas están corridas y se oyen médicos hablando a ancianos con ternura, con tonos suaves, con las mismas voces que utilizarían para hablar a niños pequeños: «¡Muy bien! Ahora coma otro poquito.» Frunzo el ceño e intento no oír.

»Está aquí mismo —dice la recepcionista, abriendo con una llave magnética la doble puerta de una sala trasera. Entramos y oigo cómo se cierra con llave detrás de mí. Lucho contra la tentación de salir corriendo.



La habitación es marrón. Totalmente marrón. Paneles marrones, moqueta marrón, muebles de piel marrón. El único color distinto de la habitación son los pacientes, la mayoría de los cuales viste una camisa de color turquesa hospital. Llevan collares en los que se especifica sus nombres y otros detalles pertinentes. Ni siquiera me miran dos veces y, a pesar de que sospecho que no es por educación, lo agradezco.

—La señorita March ha venido a visitar al señor Reynolds —anuncia la recepcionista a un enfermero musculoso que hay en la otra punta de la sala, más parecido a un portero de discoteca que a un sanitario. Sonríe y señala hacia el fondo de la sala, hacia un pequeño círculo de sillas de ruedas.

Hacia Pa Reynolds.

La recepcionista saca una silla para mí, pero yo no puedo dejar de mirar. ¿Es así como se siente la gente cuando me mira? Me hundo en la silla, sobrecogida al ver al padre de Silas. El tiempo se ha llevado al que una vez fue un hombre fuerte y orgulloso. Tiene las muñecas débiles; el cuello, pequeño; los labios, flojos y húmedos. Mira con cara de alarma por la sala, como si buscara algo que no encuentra. Es uno de los pocos que no lleva la bata del hospital, pero los pantalones de chándal grises y la camiseta blanca lo hacen parecer más cansado y destacan las manchas de edad que le cubren la piel.

—¿Señor Reynolds? —grita la recepcionista tan fuerte que me hace daño en los oídos. Pa Reynolds se vuelve para mirarla, balanceándose un poco en la pequeña silla de ruedas—. Señor Reynolds, la señorita March ha venido a visitarlo. ¡Qué emoción! ¿Verdad?

Pa Reynolds la mira con rabia. Suelto una risita; es una mirada familiar, que en otro tiempo iría acompañada de las palabras «¿Eres boba, chiquilla?». La enfermera pone cara de desespero, me mira y se va.

Pa Reynolds vuelve sus ojos indecisos hacia mí. Giro la cabeza para que no vea el ojo que me falta. Me sonrío y me alarga con delicadeza la mano; al envolverla con mis dedos, la noto suave como el cuero envejecido.

—Celia —dice con una voz más aguda de lo que recordaba—. Celia, qué ilusión me hace verte, cariño.

Me lleva unos segundos responder. Tras la impresión, el dolor se pasa. Este hombre no me reconoce. Me construyó un caballito balancín cuando era pequeña, ayudó a Oma March a enseñarme a montar en bicicleta, nunca se incomodó por mis cicatrices, pero ahora no me conoce. Tiene que ser mucho más doloroso para Silas.

—No soy Celia —le digo con suavidad—. Soy Scarlett, Pa Reynolds. Scarlett March.

Pa Reynolds se me queda mirando y después sonrío moviendo la cabeza.



—¡Celia, amor mío!

Suspiro y me recuesto en la silla, todavía con la mano cogida a los arrugados dedos de Pa Reynolds. Celia había sido su esposa, su amor del colegio, la madre de Silas, que murió cuando él tenía ocho años. ¿Cómo puede ser que Pa Reynolds me confunda con alguien a quien amó? No me parezco en nada a ella; era rubia, bonita, delicada, grácil... Trago saliva con dificultad y niego con la cabeza. Ha sido un error. Incluso la mirada de sus ojos es del todo diferente; no tiene nada que ver con la figura paterna que yo conocí, del que yo necesitaba desesperadamente consejo; es más bien la de un chico asustado.

—Creo que debería irme —digo con voz ronca.

—No, Celia, por favor. —Pa Reynolds pone la mano contraria encima de la mía, inmovilizándola. Me mira, con los ojos llenos de dolor—. No queríamos. No fue nuestra culpa; simplemente pasó.

—Lo sé —respondo rápidamente, aunque no tenga ni idea de qué habla—. Ya sé que no fue culpa nuestra.

—Estará bien allí. Lo criarán mis padres. Estará bien.

—Seguro que sí.

Intento levantarme, pero el anciano me sujeta con una sorprendente intensidad. Me recorre los nudillos con el dedo pulgar.

—Celia, por favor. Es la única salida. Si nos quedamos con él, nunca nos dejarán casarnos.

Suspiro y decido seguirle la corriente.

—¿Si nos quedamos con quién, Pa Reynolds?

Pa Reynolds se estira para acariciarme las puntas del pelo con los dedos, sin prestar atención a los trozos de hojas y hierbas adheridos.

—Nuestro Jacob. Nuestro pequeñín. Será feliz, Celia. Será feliz.

Me detengo, la mente se me ha puesto en marcha, empiezo a encajarlo todo. «¿Nuestro Jacob?» Jacob, hasta donde yo sé, era el hermano de Pa Reynolds, el tío de Silas. Seguramente lo estaré entendiendo mal. Retiro mi pelo de su mano.

—Pa Reynolds —digo en voz alta, con una voz irritantemente similar a la de la recepcionista—, creo que se está confundiendo. Hablemos de otra cosa. ¿Por qué no me cuenta otra vez la historia de aquella vez que Silas se quedó atrapado en el árbol? Le encantaba contarme esa historia. —Intento sonreírle con calidez, pero me parece que no funciona porque, en lugar de devolverme una sonrisa, Pa Reynolds entorna los ojos. Le cambia la cara, se le hunde, se le ilumina y se le vuelve a hundir. Retira la



mano de la mía y, con sorprendente rapidez, desplaza la silla de ruedas tan cerca de mí que mis rodillas rozan su apoyabrazos.

—Scarlett. Mi pequeña Scarlett March —dice con suavidad. Le cambia la cara, arrugándosele con una expresión de abuelo. Presiona los labios y se inclina a un lado para mirarme el parche del ojo—. Oh, mi pequeña. Mi pequeña. ¿Se te están cicatrizando bien las heridas?

—Están bien, Pa Reynolds. Cicatrizaron hace tiempo. —Por lo menos ahora me reconoce.

—¡Oh...! ¡Cariño mío! Y todo por mi culpa... —No acaba la frase.

—Claro que no. No podría haber llegado a tiempo —digo encogiéndome. Pa Reynolds casi nunca habló del ataque, y volver a vivirlo ahora, escuchar a este pobre hombre sobrecogido por el sentido de culpabilidad... es doloroso.

—Pero lo es, por supuesto que lo es. —Sacude la cabeza y se frota la sien con los dedos. Cuando vuelve a mirarme, tiene los ojos enrojecidos, con lágrimas acumuladas en las esquinas. Me incorporo, asustada.

—No, Pa Reynolds, usted intentó llegar...

—Tú, y la pequeña Rosie, y... ¡Dios mío, pobre Leoni! —Llama a Oma March por su nombre de pila, casi llorando—. Lo intentamos —dice—. Lo intentamos con todas nuestras fuerzas; pero aquel año tardamos un día más de la cuenta en irnos. ¡Un día! Un día y ellos no habrían venido. Ésa era la clave: moverlo constantemente, para que nunca lo encontraran a tiempo.

—Ellos... —Trago saliva. Eso no puede significar lo que creo que significa—. Pa Reynolds, dígame, por favor, qué quiere decir. Por favor.

Pa Reynolds niega con la cabeza como si fuera algo obvio, algo que debería saber, pero luego los ojos se le vuelven a transformar.

—Oh, Celia. En la costa no nos encontrarán. Lo llevaremos allí otra vez, como hicimos cuando cumplió los siete años. Los llevaremos a todos a la playa todo el mes. A Jacob también... Y sacaremos a las trillizas de la escuela. Todos nuestros pequeñitos.

—Se refiere a... Silas.

—Nos los llevaremos allí, nos quedaremos allí para su cumpleaños. Silas es demasiado sensible para saberlo y cargar con ello. —Hace un ademán hacia la ventana y se inclina hacia atrás como si mirara hacia dentro de otra habitación—. Sigámoslo cambiando de lugar. Siempre y cuando lo sigamos cambiando de lugar, los lobos no podrán encontrarlo.



Cojo aire. Por supuesto. Soy tan tonta..., ¿cómo no me había dado cuenta? Sólo puedo musitar un susurro: «Jacob era su hijo. Silas es el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón, ¿verdad?».

—¡Pensamos que sería una niña, Celia! Como las trillizas, ¡otra chica! Los médicos dijeron que lo sería, pero se equivocaron. Podemos mantenerlo a salvo, podemos llevármolos a todos cada siete cumpleaños; lo esconderemos hasta que termine la fase lunar... Nunca lo encontrarán, cariño. Nunca.

—Entonces... Por eso los fenris vinieron a Ellison, ¿verdad? Silas iba a cumplir catorce años cuando nos atacaron. Silas era un Potencial. —Inspiro y cierro el ojo—. No, Silas «es» el Potencial. —Me siento como si me aplastara una ola y me quedo sin aliento cuando lo entiendo todo: acaba de cumplir veintiún años. Fue hace días, pero ahora estamos en la primera fase de luna llena después del cumpleaños. Mi Silas. No, el Silas de Rosie. Podría ser un fenris. Podría ser el siguiente monstruo con el que luce. Podría perder el alma. Ya podría haberla perdido, si no hubiéramos viajado desde Ellison hasta aquí y no hubiéramos recorrido después toda la ciudad... Silas. Es él. Él es el cebo que he estado buscando durante todo este tiempo.

Mi ojo se abre de par en par y vuelvo a mirar al anciano.

—Pa Reynolds, ¿lo sabe Silas? ¿Se lo contó?

Pa Reynolds me mira, de nuevo con la expresión de abuelo.

—Scarlett. Pequeña Scarlett March. ¿Se te están cicatrizando bien las heridas?

—¡Los fenris, Pa Reynolds! —digo con apremio. El enfermero musculoso se levanta y me mira con curiosidad—. ¿Sabe Silas que es un Potencial?

—¿Cómo es que sabes lo de Silas...? —El rostro del abuelo palidece.

—¿Lo sabe él? —Casi grito.

—No. No, lo sabe. Sólo lo sabemos Celia y yo... Oh, Scarlett. Mira qué te hemos hecho. ¡Y a Leoni! Oh, Leoni, es culpa nuestra. íbamos con un día de retraso; nos quedamos en Ellison un día más para evitar la tormenta. Leoni, amiga mía... —Pa Reynolds hunde la cabeza en sus manos y empieza a llorar, con unos sollozos secos y antiguos que parecen más jadeos en busca de aire que no lloros.

—¿Hay algún problema, señorita? —me pregunta el enfermero acercándose a nosotros con unas zancadas largas y enérgicas.

—No, no —respondo, poniéndome en pie de un salto y alejándome de Pa Reynolds—. No, pero tengo que irme. —Tengo que avisar a Silas; tengo que contárselo a Rosie. Me doy la vuelta y salgo corriendo del hospital, con el viento gritándome a los oídos y el corazón latiéndome a mil.



Capítulo 22. Rosie

—Esto no funciona ¿verdad? —me musita Silas, estrujándome la mano. Caigo de las nubes en las que estaba.

—¿El qué, nosotros? —digo con rapidez mientras se me encoge el pecho de preocupación.

Sonríe con gentileza y me recorre el antebrazo con la palma de su mano hasta detenerse en mis dedos. Hemos pasado horas sentados delante de The Attic, esperando, mirando. Pero no hemos visto ni a un fenris. Tampoco hemos visto a Scarlett. Sin Scarlett nos falta fuerza, nos falta energía para cazar. Y, en realidad, tampoco he salido de caza buscando fenris; he salido de caza porque espero dar con mi hermana. No dejo de pensar que la encontraremos acechando por las discotecas, que podré abrazarla y rogarle que no se enfade conmigo. Y, por supuesto, ella me escuchará y volveremos a casa y pediremos pollo *kungpao*, y Silas y yo habremos... ¿terminado?

Silas me estira hacia él y me besa la frente, la nariz, los labios, tan tiernamente que me gustaría fundirme en él a pesar de mis preocupaciones. Acurruco la cabeza en el recoveco de su cuello. No puedo dejar que esto se acabe así, no cuando me hace sentir tan... bien. No puedo ser sólo una cazadora y nada más. No otra vez.

—Quizás el que no hayamos visto ningún lobo es lo mejor que podía pasar —dice Silas, bajando de un salto del muro en el que estábamos sentados. Salto tras él—. Ahora que la manada de los Flechas nos conocen y...

—No. Los fenris actúan más rápido. Si hubieran querido tendernos una trampa, ya lo habrían hecho —respondo mientras entrelazamos nuestras manos y empezamos a caminar de vuelta al apartamento.

—Hablas como tu hermana —dice Silas, con las cejas alzadas. Sonríe. En cierto modo, eso me reconforta.

El yonqui abre la puerta y nos mira mal mientras subimos la escalera. Me he dado cuenta de que sea quien sea el que tiene la llave en la mano, siempre nos detenemos unos segundos antes de abrir la puerta, como si le estuviéramos dando tiempo a



Scarlett para materializarse dentro del apartamento. Pero el único que está esta noche tras la puerta es *Screwtape*, tal como estaba cuando nos hemos ido. Silas se mete en la ducha y yo me tumbo en la cama, aunque sé que al final acabaré con él en el sofá. Ya no puedo dormir sola, y su respiración, su cálido cuerpo, y su convicción de que todo irá bien son las únicas cosas que me permiten descansar, que me preparan para despertar otra mañana sin ella.

Cuando me levanto, Silas ya se ha ido. Ha estado escapándose por las mañanas, intentando encontrar a mi hermana antes de que la muchedumbre invada la ciudad. Ando sin fuerzas hasta el baño para arrojarme agua a la cara. Me planteo cocinar algo para desayunar, pero hace tanto que no voy a comprar que no tenemos nada excepto una lata de salsa de espaguetis. Supongo que debería ir a comprar... Suspiro, cojo la capa, bajo la escalera y salgo por la puerta del edificio.

Ando por la tienda de comestibles medio dormida, tirando las cosas de las estanterías a la cesta. Pan, huevos, pasta... Últimamente no he estado de humor para cocinar. Comida simple, fácil de preparar. Pago sin siquiera hablar con la cajera, que me lanza una mirada un tanto fría debido a mi silencio. Pone la compra en una bolsa, aplastando el pan bajo la caja de los huevos, y yo salgo con lentitud de la tienda. Sin prisa. Para lo que tengo que hacer, que es nada, ya que Silas y yo hemos dejado de buscar al Potencial y no podemos cazar.

Voy columpiando la bolsa de la compra distraídamente de camino a casa, con la capa ondeando contra mis talones. Atajo por el parque; quizá Scarlett ha estado por allí. Mis ojos se entretienen entre las flores variadas plantadas en bonitos parterres. Suspiro. Scarlett o Silas. ¿Tengo que escoger entre ellos? ¿Está ya tomada la decisión? Me meto en la hierba para esquivar a un grupo de corredores que se acercan por el camino.

— ¿Señorita? — me llama una voz masculina—. Señorita, tiene que ir con cuidado.

Alzo la vista al darme cuenta de que la voz se dirige a mí. Uno de los corredores se me ha parado delante, con la cara ensombrecida bajo la visera de una gorra de béisbol.

— ¿Qué? — le pregunto.

El corredor da un paso hacia mí y le puedo adivinar una sonrisa en su rostro oscurecido.

— Que tiene que ir con cuidado de no pisar fuera del camino, señorita.

— Vaya, lo siento, no lo sabía — le respondo, pero, justo entonces, levanta la mano y se reajusta la gorra. Se me corta la respiración al ver que el sol ilumina en su muñeca un tatuaje. Una flecha

Con una corona alrededor.



Todo pasa muy deprisa. El alfa me coge de un vuelo la muñeca, tan fuerte que creo que siento romperse el hueso. Busco mis cuchillos, pero no están ahí... ¿Cómo puede ser que los haya dejado en casa, con la de veces que me ha dicho Scarlett que tengo que llevarlos siempre conmigo? Otra mano me agarra del brazo que tenía libre. Giro la cabeza y me doy cuenta de que es uno de los corredores. No, son todos ellos. Me rodean, con los rostros retorciéndose de fiereza y normalizándose otra vez, con los dientes ahora colmillos ahora humanos. Les brillan los ojos de color ocre, y el alfa tira de mí bruscamente contra él. Me agito con violencia para separarme, para apartarlo de mí, para que me deje de tocar, pero no sirve de nada. Son tantos..., más de los que nunca había visto juntos, y se ríen, aúllan, ladran. Intento gritar, pero una mano que está medio cubierta de pelo me tapa la boca. El alfa me levanta en el aire como a una muñeca y me mira, con hambre y odio en los ojos.

Después, alguien me envuelve la cabeza con la capa y la retuerce hasta que casi no puedo respirar. Oigo cómo se rompe el dobladillo; se desprende y las bolsas de la compra caen sobre la hierba. El alfa me sujeta contra él, hundiendo las garras en mi piel. Estamos corriendo —puedo sentir el viento contra mi cuerpo, silbándome en la cabeza— pero lo único que puedo ver es la capa color rojo sangre que me tiene atrapada. Lucho contra el enérgico agarre del alfa, pero él es fuerte —¡Dios, es tan fuerte!— y apenas me puedo mover.

Vuelvo a gritar, pero sé que el sonido se pierde en la velocidad a la que debemos de estar yendo. Escucho los ladridos y los mordiscos al aire de los otros lobos. Estoy segura de que se han transformado, porque de vez en cuando alguno de ellos me muerde las piernas o la cintura, con los colmillos suficientemente largos como para romper la capa superior de mi piel, pero no lo bastante como para causarme heridas serias. Aun así, los cortes me escuecen y me duelen, y me retuerzo al oír cómo aúllan de contento a mis expensas. El respirar del alfa es gutural, casi sexual, y parece que hemos estado corriendo durante una eternidad. Sólo siento que quiero gritar dentro de esta sofocante capa. Pero no lo hago. Soy una cazadora. «Por favor, dejadme volver a ser una cazadora.»

Ralentizamos el paso. Escucho con interés, ansiosa por tener alguna pista de dónde estamos. Es algún lugar silencioso, algún lugar donde apenas llega ninguno de los estruendos ruidos de la ciudad. La manada respira con pesadez, y oigo el crujir de varios fenris volviendo a sus formas humanas. Oscurece; el interior de la capa parece ahora negro. Vuelvo a forcejear y el alfa se ríe y después me sujeta con más fuerza hasta que siento que podría explotar de pánico claustrofobia.

Cuando ya pensaba que me iba a romper las costillas si me estrujaba más fuerte, me suelta. Golpeo contra el suelo y mis codos chocan con el duro cemento. No entra aire en mis pulmones, pero me inclino hacia atrás, tiro de la tela roja con fuerza y me destapo la cara.



Eso no ayuda. Oscuridad. Me encuentro en la más completa oscuridad.

Estoy rodeada de respiraciones profundas. Apesta a basura podrida y a leche agria. Siento pelo rozándome la mano, la cara, las piernas, y me deja la piel grasienta y aceitosa. Lentamente, mis ojos se adaptan a la oscuridad y me doy cuenta de que frente a mí hay un mar de ojos de color ocre.

Hay centenares de lobos. Algunos transformados, otros no, pero todos ellos me observan hambrientos, con lascivia. El fenris alfa está plantado a milímetros de los dedos de mis pies, tan cerca que temo que me entren arcadas del hedor. Me observa con la sonrisa más lasciva que nunca haya visto.

—Hola, cariño. Temía que no te volveríamos a ver —susurra. Los otros fenris se ríen, en un rumor maniaco de aullidos y de risitas. Miro a mi alrededor con rapidez, desesperada por encontrar una salida que no implique correr directamente a través de una manada de lobos. Estamos en lo que yo creo que es un túnel del metro —cerca de mí hay unas vías— pero los *grafitis* de la pared y las mantas que veo tiradas me hacen pensar que está abandonado.

Un fenris se acerca a mí rápidamente desde detrás de la multitud. Me tenso, lista para golpearlo, esperando que la manada se apelozone sobre mí. ¿Cuánto tiempo podría durar si toda la manada me ataca? ¿Un minuto? ¿Treinta segundos? El lobo pega un brinco en el aire y no veo nada más que sus gigantescas garras acercándose a mi cara.

El alfa lo aparta con un gran golpe en los riñones. El lobo sale volando y cae derrapando sobre el suelo; luego recupera la forma humana entre gruñidos. Le sangra el costado; la herida es pegajosa y oscura.

—Todavía no. Nadie —les abronca el alfa. Se agacha y me coge del brazo, agarrándome con tanta fuerza para que me levante que creo que el hombro se me va a salir de sitio. Camina a grandes pasos hacia una puerta metálica y amarilla que tiene como una especie de raya que la atraviesa. ¿Sangre? ¿Sangre humana? Agarra el pomo y tira con fuerza de él para abrir la puerta.

»Que nadie la toque. Que nadie abra la puerta. ¿Entendido? Muerta no nos sirve de nada; todavía no. —Sus palabras son oscuras, amenazantes. La manada murmura y aúlla mostrando consentimiento.

El alfa me arroja como un fardo a la habitación oscura. Choco sobre algo duro y metálico y me acurruco en el suelo sintiendo mi cabeza explotar de dolor por el golpe. El alfa se me acerca y extiende la mano invertida, y se transforma en garra. Un control increíble. Se acerca a mi cara, pero no puedo gritar. No puedo moverme, me duele la cabeza, estoy asustada. No soy una cazadora. Me coge un mechón del pelo y lo rebana con la garra.

Después se aleja como un rayo, da un portazo y cierra la puerta con llave.



Capítulo 23. Scarlett

Más deprisa, más deprisa. Tengo que correr más deprisa. Giro en las esquinas a trompicones, me arden las piernas. Ni siquiera sé hacia dónde me dirijo. Debería haber cogido el metro, pero el pánico no me ha dejado pensar. Podría ser ya demasiado tarde. Han pasado días, y los fenris dijeron que no les quedaba mucho tiempo para transformarlo. ¿Y si está perdiendo su alma ahora mismo, en este preciso instante? He tenido el Potencial delante todo este tiempo, ¡en mis narices! El Potencial. Silas. El Potencial es mi amigo.

O «era» mi amigo. Puede que ya no lo sea, después del romance con Rosie. No estoy segura de lo que somos ahora, pero hay algo que me empuja. El pecho me duele y me implora que me detenga, como si estuviera respirando fuego en lugar de oxígeno. Por fin empiezo a ver calles que me son familiares. El sudor me cae sobre el ojo y me ciega la visión cada pocos pasos, y la camiseta se me pega al pecho. ¡Estoy tan cerca...! El apartamento está ya a la vuelta de la esquina. ¡Joder, él ni siquiera lo sabe! Ni siquiera sabe que podría ser un monstruo.

Me abro paso entre una multitud de vagabundos que están de pie en la esquina y subo la escalera corriendo, llamando a Silas a gritos con la poca energía que me queda en los pulmones. Se abren algunas puertas, la gente me mira con odio, pero yo la ignoro. No tengo la llave del apartamento. «Por favor, estad ahí.» Salto los peldaños del último tramo y embisto la puerta con el hombro. Menos mal que no ofrece mucha resistencia; se rompen las bisagras y se abre de un portazo contra la pared de detrás.

—¡Silas! —grito dentro del apartamento. No hay respuesta. Entro como un rayo, el pánico me invade mientras jadeo en un intento desesperado de recuperar el aire. No está, lo han cogido. ¿Y Rosie? ¿Dónde está Rosie?

—¿Lett? —Me giro y veo a Silas que aparece en el rellano. Mira hacia la puerta, después hacia mí, con expresión inquisitiva—. ¿Estás bien? Joder, te hemos estado buscando por todas partes...

—Enséñame las muñecas —le pido. Busco el hacha con la mano mientras el miedo me invade el corazón.



—¿Cómo? ¿Por qué?

—¡Enseñamelas y calla! —le grito.

Silas duda, y después levanta ambas manos. No hay nada en sus muñecas. Acercó su cara hacia mí y le miro fijamente a los ojos. Gris azulado. No hay ocre. Respiro. ¡Qué alivio! No lo han transformado. Todavía.

—Lett, me estás asustando —dice Silas con cautela—. ¿Qué pasa?

Suspiro y, al dar un paso hacia atrás, piso la puerta caída. Me derrumbo en una de las sillas de la cocina y apoyo la cabeza entre los brazos sobre la mesa. Silas se arrodilla a mi lado y me pone una mano en la espalda.

—¿Lett? —me dice en voz baja.

—Eres tú —le respondo, levantando la cabeza. Cojo aire con esfuerzo—. Eres tú, Silas.

—¿Qué es lo que soy? —me pregunta.

—El Potencial. Eres tú; tú eres el elegido.

Silas no se mueve, ni siquiera suelta una respiración ni un parpadeo. Trago saliva y le insisto con un gesto de la cabeza.

—Es imposible —susurra—. Tengo cinco hermanos, tres hermanas. Soy el noveno hijo.

—No. Hoy he hablado con tu padre. —Me cambia la expresión al recordar el estado de Pa Reynolds—. Se ha creído que yo era tu madre, y ha empezado a decir cosas. Ha dicho que... tu tío, Jacob... No es tu tío. Es el primer hijo de tu padre. Él y Celia lo tuvieron fuera del matrimonio, por eso se lo dieron a tus abuelos para que lo criaran. Tú eres el décimo hijo y el séptimo hermano varón.

—Entonces, yo... no, Lett. Te equivocas. —La voz le tiembla y el rostro se le ha tornado del color verde pálido de las flores de magnolia.

—Silas, escúchame —digo con suavidad—. Eres tú. El mes pasado cumpliste veintiún años. Tú eres el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón. Tú eres el Potencial. —Le cojo la mano porque no sé qué otra cosa hacer. ¿Qué puedo decirle para que se sienta mejor?

Cuando habla, la voz es distante, como si realmente no me estuviera hablando a mí.

—No me lo dijeron. ¿Por qué no me lo dijeron?

—Creo que les daba miedo que te disgustaras. Así que intentaron llevarte lejos en tus cumpleaños múltiples de siete...



—La playa. Y después... ¡Oh, no! —dice, llevando sus ojos al mío. Veo que me mira las cicatrices, recorriéndolas de una en una como si fueran caminos—. Lett, eso significa que fui yo; que vinieron a Ellison a por mí, yo soy la causa de que tú...

—Sí —susurro—. El día que vino el lobo vosotros os ibais a ir de la ciudad. Si tu padre te mantenía en movimiento, los fenris no te detectarían ni te seguirían la pista. Ni siquiera sabían cómo eras porque nunca te habían visto. Hasta ahora; en la bolera. Los fenris te vieron, supieron quién eras y se escaparon con vida.

Silas me busca la otra mano y, repentinamente, se pone a sollozar, como un niño asustado.

—Lett, ¿qué hago? —pregunta—. Si... Si los atraigo hacia mí, los acercaré a todo lo que quiero, a Rosie, a ti... —Se detiene y parece que se da cuenta aliviado de que el resto de su familia no está en peligro; no, porque no se habla con ellos.

Desciendo de la silla al suelo para sentarme junto a él. ¡Qué fácil era la idea de utilizar al Potencial como cebo cuando no sabía que era Silas! Parecía tan sencillo para atraerlos hacia nosotros y matarlos... Lo cierto es que hay una parte de mí que todavía lo piensa. Parte de mí se pregunta hasta qué punto Silas podría hacer de cebo de los fenris antes de que el riesgo para él fuera demasiado grande. El nunca ha hecho de cebo, no como Rosie y yo...

Suspiro. Coquetear tocándote el cabello no es lo mismo que arriesgar tu alma.

—Ya nos las arreglaremos, Silas. ¿Dónde está mi hermana?

—¡Oh, no...! Si me convierto, la querré a ella. Querré... —Deja caer la cabeza en mi regazo y respira como si tuviera miedo de hiperventilarse. Le toco el pelo como si fuera Rosie, de la manera que ella dice que la tranquiliza.

—Silas, ¿dónde está? —le pregunto de nuevo, levantándole la cabeza.

Silas respira a fondo y parece que vuelve a recuperar un poco la cordura.

—Imagino que te está buscando. O quizás ha ido al supermercado Kroger.

Por un momento me dan ganas de gritarle. ¿Cómo puede ser que no sepa dónde está? ¿No sabe que hay que protegerla? Pero me reprimo las ganas.

—Vamos pues —dice—. Tenemos que encontrarla, encerrarnos aquí y pensar un plan.

—Tú no puedes ir a ningún sitio, Silas —le interrumpo con firmeza—. Un solo mordisco; y todo acabaría ahí.

—¡No! —niega Silas una y otra vez mientras se pone en pie de un salto—. ¡No! ¡Tengo que ir! No puedo abandonarla...



—Si conseguimos esperar a que pase el momento, no les serás de ninguna utilidad; la fase lunar termina mañana. Quizá podamos incluso llevarlos fuera de la ciudad. Hacer que salgan a seguirnos y después seguir conduciendo hasta que termine tu tiempo como Potencial...

—¡Yo la quiero! —grita, golpeando con las palmas de las manos la mesa de la cocina—. Tú sabes que la quiero, Lett. Sabes que no me puedo quedar aquí sin más.

No lo sé. No sé qué significa estar enamorado. Pero no puedo negar el fuego que hay en los ojos de Silas, la firmeza con la que aprieta la mandíbula, el saber que nunca podré alejarlo de ella.

—Está bien —concedo con lentitud—. Pues coge un arma.

Silas coge sus cuchillos de caza y el hacha que están sobre la encimera, atándose esta última a las espaldas. Apuntalamos la puerta y nos vamos. De camino al supermercado no dejo de mirar a nuestro alrededor. Sólo un mordisco, y todo acabaría ahí. Un fenris podría aparecer corriendo, morder a Silas y robarle el alma. Me estremezco.

—No está aquí —dice Silas cuando llegamos a la tienda. Corremos por los pasillos, pero lo único que vemos es a unos cuantos compradores con cara de aburrimiento.

—¿Dónde más podría estar? —pregunto, con frustración.

—No lo sé —murmura Silas. Se toca el pelo con preocupación. Un hombre trajeado roza a Silas al pasar. Ambos nos volvemos de golpe, y yo casi le saco el hacha. No, no era nada, sólo un tipo que pasaba. Silas y yo nos lanzamos una mirada nerviosa.

—Piensa, Silas. ¿Habrá vuelto al sitio ese al que asistía a clases? —le pregunto. Siento una punzada de dolor al pensar que Silas conoce mejor que yo los hábitos de Rosie. Silas niega con la cabeza—. ¿A la biblioteca? O quizá será mejor que regresemos al apartamento y la esperemos...

—No. No puedo quedarme de brazos cruzados esperando...

Tenemos que encontrarla. —Silas empieza a caminar. El sol del mediodía hace brillar el sudor que le inunda el rostro.

—Pues vámonos —digo— al parque. Quizás haya ido a cazar al parque.

—Sí. Quizá sí —concede Silas sin creerlo.

Andamos en silencio por el camino principal que cruza Piedmont Park. Nada, ninguna señal de ella, y en cada instante que pasa, mi cordura se va consumiendo. «Rosie está bien. Estoy exagerando. Rosie está bien.» Damos la vuelta por el camino hasta la fuente rodeada de flores que hay en el centro del parque.



—¿Qué es eso...? —La voz de Silas se va apagando. Me señala algo, con los ojos abiertos de par en par y la mandíbula desencajada. Bolsas de la compra tiradas por el camino, yemas de huevo descendiendo la colina, un litro de leche desparramado bajo los rayos de sol. Corremos hacia allí.

»Scarlett... —tartamudea Silas. Se agacha para pasar la mano sobre las bolsas tiradas por el suelo, como si tuviera miedo de molestarlas demasiado.

—No —niego con contundencia—. Se supone que yo tenía que protegerla... —Mi ojo examina el lugar, desesperada por encontrar algún rastro que me indique que mi hermana está bien. «En cualquier momento aparecerá corriendo por el camino.»

—Lett —dice Silas con suavidad. Le sale una voz derrotada. Se dirige hacia la fuente y coge alguna cosa del pilón. Silas cierra la mano en torno al objeto y regresa despacio hacia donde estoy. Cuando la abre, mi corazón da un vuelco y cae a algún lugar profundo de mi estómago.

Es un mechón de pelo de mi hermana, atado con un trozo de tela roja. Envuelta con la tela, hay una nota escrita con letra elegante. Silas la saca con cuidado. Dice: *Mañana a las once de la noche. Estación de Sutton. Tú por ella.*



Capítulo 24. Rosie

El cebo.

Soy el cebo. Siempre he sido el cebo, claro, pero ahora es completamente distinto. Me necesitan, pero no sé exactamente para qué. Para atraer a Scarlett, quizá, ¿como venganza por haber estado cazándolos? Sea lo que sea, quieren matarme. Las palabras del alfa retumban en mi cabeza: «Todavía no». No pueden matarme. Todavía.

Me froto la cabeza y miro alrededor de mi celda. Es una especie de cuarto de máquinas, creo, pero es casi imposible distinguir nada en la oscuridad; sólo sé que hay una máquina enorme delante de mí. Por los resquicios de la puerta entran finas líneas de luz, pero demasiado pobres como para iluminar.

Fuera, sigo oyendo a los fenris; respirando, aullando, luchando entre ellos, gritando. Durante la primera hora no me muevo, temerosa de que, si lo hago, vendrán a por mí en contra de las órdenes del alfa. Pero al final, mis músculos empiezan a gritar, y gateo alrededor de la máquina para tantearla con las manos, intentando entender qué es.

Juraría que estoy aplastando excrementos de rata con los dedos mientras avanzo poco a poco por el suelo, pero intento sacármelo de la cabeza. La máquina es enorme, está soldada al suelo y hecha de un metal frío y pesado: acero, creo, por la forma en que la luz que entra se refleja en unos pocos trozos. A un lado tiene una pequeña puerta, como una caja de fusibles. Dudo de si abrirla o no por miedo a llamar la atención, y porque no sé cuánto tardarían en decidir que un cebo muerto es igual de bueno que un cebo vivo. Creo que la máquina es un generador de algún tipo, pero no estoy segura. El aire huele mucho a gasóleo y a grasa.

Una pared está cubierta por estanterías, en su mayoría vacías; lo único que queda en ellas son unas pocas latas de tabaco de mascar, un par de botellas de productos de limpieza, algunos trapos viejos, unos clavos sueltos, trozos de una manguera de goma, tres brochas y un mechero. Lo enciendo y veo que también hay una fregona apoyada en las estanterías, junto con el cubo correspondiente. Suelto el pulsador del mechero porque noto que le queda poco gas y probablemente me conviene ahorrarlo.



Las paredes del cuarto no tienen ventanas, rejillas ni conductos de aire. No hay ninguna otra salida excepto la puerta que conduce a la manada de fenris más fuerte que he visto nunca.

Suspiro y me reclino contra la pared de hormigón. Tengo la frente llena de sangre pegajosa y seca. Me saco la capa de los hombros y me arropo con ella como si fuera una manta. Puede que yo sea un cebo para atraer a mi hermana, pero lo que ellos no saben es que yo no tengo nada claro que vendrá a por mí.

Me pongo de nuevo a gatas y vuelvo a dar vueltas por el cuarto, memorizando cada uno de los giros, cada uno de los bordes, cada estantería. Tendré que salvarme yo. O prepararme para morir.



Capítulo 25. Scarlett

Silas da un puñetazo a la pared y empieza a sangrarle la mano, pero no parece que lo note.

—Deberían habérmelo dicho —gruñe por enésima vez—. Deberían habérmelo dicho antes de desaparecer...

—No creo que tus hermanos lo supieran —le interrumpo.

—¡Entonces, mi padre! ¡Mi padre debería habérmelo dicho cuando se dio cuenta de que se le empezaban a olvidar las cosas! —grita Silas. Coge el despertador y lo arroja contra la ventana; el cristal se hace añicos y el reloj y los vidrios caen como una lluvia a la cera de abajo. Me llevo la cabeza a las manos, impotente para calmarlo pero espero que no para salvar a mi hermana. Todo en el apartamento me hace sentir la presencia de Rosie, como si estuviera aquí, pero ella no pudiera hablarnos y nosotros no pudiéramos tocarla. Mañana. Pienso en todas las cosas que podrían pasarle en un día. Me enrolló en los dedos un hilo suelto del sofá hasta que siento un hormigueo.

—Tu padre no quería hacerte daño. A veces, uno sólo quiere proteger a la gente que ama —digo en voz baja, mirándole a los ojos agonizantes. Me pongo de pie y empiezo a andar de un lado a otro.

»Piensa —continúo, con la mente funcionando a mil por hora—. Tú y yo juntos podríamos con al menos ocho de ellos de una sola vez. —Es un número alto, pero cuento con la adrenalina de ambos combinada para que nos dé toda la fuerza que necesitamos.

—Pero la manada de los Flechas ha aumentado. Podría haber cientos de ellos. Yo no puedo con cientos de ellos —dice Silas con amargura—. Y a mí no me pueden morder, ni aunque me hagan una herida muy pequeña, o no te serviré de nada ni a ti, ni a Rosie. No lo entiendo, Scarlett. ¿Cómo sabían que Rosie y yo...? —No termina la frase.

Suspiro.



—¿Recuerdas lo que dijo el alfa en la bolera? ¿Algo de que ya tenían lo que necesitaban? Supongo que era que ya sabían quién eres y cómo podían utilizar a Rosie.

—Y posiblemente no intentaron transformarme entonces porque... eran muy pocos. Vosotras me podríais haber protegido. Habríamos ganado. Pero ahora que el alfa ha luchado con nosotros, conoce nuestros puntos fuertes. En cuestión de números, estará más que preparado para recibirnos. Sobre todo, porque la fase de la luna está prácticamente llegando a su fin... No querrá arriesgar nada. —Levanta las cejas—. ¿Y si lleváramos armas de fuego?

—Lo más seguro es que no bastaría para matarlos. Y tampoco nos daría tiempo conseguir las armas suficientes —respondo.

—Vale, tenemos hasta mañana por la noche. ¿Qué más podríamos...? Por cierto, ¿por qué un día? ¿Por qué es especial mañana por la noche? —musita Silas.

Hago un gesto de desconocimiento mientras blando uno de los cuchillos de caza de Rosie en la mano y lo lanzo en parábola hacia la puerta. Se clava con un crujido claro, pero no donde yo estaba apuntando... La puntería de Rosie es mejor que la mía. Si al menos tuviera los cuchillos con ella...

—Es el final de la fase lunar. A las once cuarenta y uno habrá terminado. Me apostaría algo a que están volviendo a llamar a todos los miembros de las manadas que mandaron al campo, tocando todas las teclas posibles para que no te escapes. Podríamos intentar llegar allí antes.

—Pero en ese caso podrían matarla —dice Silas, abatido. Se estira con fuerza del pelo hasta que se le enrojecen las sienes—. Scarlett... tenemos que hacerlo.

—¿El qué?

—Cambiarle por ella.

Me cruzo de brazos.

—¿Me estás diciendo que cambiarías tu alma por mi hermana?

Silas respira profundamente, tiene gotas de sudor en la frente.

—Sí. Hagámoslo. Vamos, ahora. —Se dirige hacia la puerta.

—Espera, espera —digo, poniéndome delante de él. Le coloco las manos sobre el pecho y lo fuerzo a sentarse en una de las sillas del salón. Él por ella. Silas y Rosie son partes integrantes de todo lo que es importante para mí. Yo sobro. Yo debería ser a la que cambien. Yo debería ser la que pueda salvarla. Aparto los celos; no ha y lugar para ellos ahora.

—Cámbiame por ella, Lett. Después, cuando me... cuando me transformen, mátam...



—Cállate, Silas —le atajo—. No hay ninguna razón para que dejen libre a Rosie cuando te cojan. De hecho... —trago saliva— es probable que te la entreguen a ti una vez que te hayan transformado en... —No puedo decirlo.

El rostro de Silas pierde todo indicio de color, excepto sus ojos, que brillan azules de miedo y frustración.

Aprieto los labios, decidida.

—Escucha. ¿Y si sólo se lo hacemos creer? Vas allí, haces ver que vas a entregarte, y después yo... no sé... hago algo. Es la única manera que se me ocurre para acercarnos a ella sin que la maten.

Silas me mira, con semblante comprensivo.

—¿No me estás utilizando simplemente como un cebo? ¿Como habías planeado hacer de todas maneras con el Potencial?

—Sí.

—¿Y qué harías para matarlos a todos?

—No tengo que matarlos a todos. Sólo tenemos que sacar de allí a Rosie. Tan pronto como la entreguen, salimos corriendo —respondo.

—Eso suena demasiado fácil —dice Silas con un gesto de negación—. Sabían que si cogían a Rosie me tendrían a mí; en la bolera averiguaron que compraba en el Kroger. No van a caer en una trampa de intercambio de rehén tan simple.

—Lo sé —respondo. Lo que nos lleva a mí y a Silas al mismo punto, aunque ninguno de los dos quiere decirlo. Si al final llegásemos a ese punto, y tuviéramos que cambiarle por Rosie, un cambio honesto, sin trucos, ¿lo haríamos?

Yo sé mi respuesta. Y hay un pensamiento odioso y oscuro que vuelve una y otra vez: Silas se llevó a Rosie de mi lado. Si se transforma en un fenris... la recuperaré.



Capítulo 26. Rosie

El grito hace que me ponga en pie de un salto, aun sabiendo que no puedo ayudarla.

Es una chica, aunque no podría deducir su edad de los sollozos y las súplicas. Vuelve a gritar. Me lanzo contra la puerta de metal, con arcadas de terror en mi estómago.

—¡Por favor, por favor! ¡Haré lo que sea, lo que queráis! ¡No le contaré a nadie lo que sois! —implora, con palabras casi imposibles de entender bajo el llanto. Oigo los chasquidos y los crujidos de los lobos transformándose. Casi puedo ver las horribles sonrisas en sus bocas demasiado grandes. »¡Por favor! —solloza.

Cuando la atacan, grito hasta que me quedo sin voz para no oír los huesos quebrantados.

Era verano, y nuestras manos y bocas estaban permanentemente manchadas de comer polos y moras negras. El olor acre de las trampas para cucarachas invadía el aire. Pa Reynolds regó el carbón de la barbacoa con gasolina y encendió el fuego, preparándose para cocinar la gran pila de hamburguesas. Oma March extendió un mantel de cuadros sobre la mesa de picnic que habían construido los hermanos Reynolds. Entraba y salía de la cocina con cuencos de ensalada de macarrones y melocotones cortados en rodajas.

—¡Te toca otra vez! —vociferó Silas con tono triunfante mientras me hacía un placaje en la hierba. Yo solté una risita, me levanté y salí corriendo tras él, sus hermanos y Scarlett. Era una variación del pilla-pilla que básicamente consistía en tirarnos los unos a los otros al suelo.

—¡Más rápido, Rosie, tienes que correr más rápido! —gritaba Scarlett. Yo era la más pequeña y, por esa razón, la más lenta.



Empecé a frustrarme de no poder seguirlos. Los hermanos Reynolds correteaban a mi alrededor cogidos de la mano, pero se soltaban en cuanto yo me abalanzaba sobre ellos, de manera que siempre me caía de bruces. Los hermanos más mayores de Silas empezaron a aburrirse, y esperaban a que estuviera a pocos centímetros de distancia para escapar de una larga zancada en el último momento. Decidí centrarme en mi hermana. Sabía cómo jugaba ella a este juego y me podía anticipar a sus movimientos.

Corrí tras Scarlett, y nuestros largos y oscuros cabellos flotaban de forma idéntica en el aire, una versión mayor y otra menor de una misma chica.

Ella era más rápida que yo, pero justo en el momento en que iba a rendirme y empezar a llorar, se tiró al suelo con dramatismo, y pude tocarle el hombro.

—¡Muy bien, Rosie! —gritó, mientras yo utilizaba el resto de energía que me quedaba para correr hasta el banco de la mesa de picnic, nuestra «base», para descansar. Pa Reynolds me sonrió mientras rociaba la parrilla con un poco más de gasolina. Las llamas renovadas enviaron espirales de humo negro contra el cielo azul celeste.

Me despierto tan de golpe que casi me pongo a llorar cuando todo lo que veo a mi alrededor es oscuridad en lugar del cielo azul y la hierba verde. La cabeza me revienta, pero aprieto fuertemente los labios para impedir que salga ningún sonido: aún oigo la respiración dormida y hambrienta de los fenris de fuera. ¿Cuánto tiempo va a pasar hasta que se dejen llevar por su apetito y me devoren? Seguro que aún me huelen a través de la puerta de metal, y bastaría con que un solo fenris no pudiera resistir la tentación para que se produjera una reacción de toda la manada. Esa puerta, aunque esté cerrada con llave, no podría sostener todo el peso de los fenris que he visto fuera.

Me llevo las rodillas al pecho, coloco la cabeza entre los brazos y pienso en Silas. ¿Qué estará haciendo? Si ellos están buscando a Scarlett, ¿dónde pensará él que he ido? Quizá piense que he salido a buscarla, que le he dejado a él y que me he ido. Espero que no. No podría hacer eso. Respiro despacio e intento imaginarme que estoy con él, que me rodea con sus brazos, que puedo sentir su respiración en el cuello y el cosquilleo de su barba sin afeitar en la mejilla. Pero cuesta mucho imaginarse algo en esta caverna, y noto cómo me empiezan a arder los ojos. Ni siquiera he tenido la oportunidad de decirle que le quiero...

No. «Piensa, Rosie, piensa.» Scarlett no lloraría. Scarlett encontraría la manera de salir de aquí. «Deja de pensar en Silas, en el origami y en los desayunos de la



cafetería. Piensa en escapar.» Cierro los ojos de nuevo, pero en lugar de buscar un sueño que me ayude a evadirme, me centro en una persona. Mi hermana, la otra mitad de mi corazón. La única persona que conozco que infaliblemente encontraría la forma de escapar a través de una puerta cerrada con llave y una manada de fenris hambrientos.

«Piensa como Scarlett.» Me fuerzo a meterme en su mente hasta que casi puedo sentir sus cicatrices en mi piel, sentir la corriente de energía que la recorre cuando caza. Lo que sintió cuando los fenris la atacaron. Lo que sintió cuando mamá nos abandonó por última vez. Lo que siente cuando caza. Soy Scarlett. Estoy segura de mí misma, soy capaz, y no voy a esperar a que me rescaten un leñador o una cazadora. Voy a escaparme.

Sigo recordando los gustos de Scarlett hasta que prácticamente siento el deseo de comer pollo *kungpao*. Lo cierto es que hace mucho que no como nada, de manera que supongo que es el hambre la que habla. Nuestra pequeña casa al amanecer, que mi hermana me contaba que siempre estaba tan silenciosa y serena, y bañada en luz azul clara. La filosofía... en eso es más difícil centrarse. Nunca me ha gustado tanto como a ella. Hay esa historia en particular que ella siempre me recuerda cada vez que me cuestiono la caza, aquella que Oma March nos solía contar sobre los niños de la caverna que salían a la luz del sol. Cómo los cegaba primero la luz del sol, pero tuvieron que aprender a aceptarla una vez supieron que era la verdad. Igual que Scarlett y yo tuvimos que aprender a aceptar la existencia de los fenris una vez que supimos que eran reales, y no sólo sombras en las paredes de la caverna.

A Scarlett le encantaba la historia y decía que el resto del mundo vivía en la caverna y creía que las sombras eran reales.

Sólo la gente que sabía de la existencia de los fenris podía ver realmente la luz del sol. Y después están los que son como el señor Culler, que ven la luz del sol pero prefieren creer en las sombras, prefieren creer que su hijo es sólo un desequilibrado en lugar de un monstruo. La verdad es que yo no recuerdo lo que es no saber nada sobre los fenris. Scarlett sí que tiene recuerdos de antes del ataque, pero para mí todo es borroso, evocaciones que son producto más bien de sus relatos nostálgicos que no de mi memoria real.

Pero quizá yo soy lo contrario de ella. Quizá los lobos son mis sombras. Quiero creer que ellos forman parte de mí, que son el centro de mi existencia como lo son para Scarlett. Pero ahora que he visto esta luz del sol, que he visto lo que significa ser una chica normal, he experimentado qué se siente al ser besada, amada... ¿cómo puedo regresar a las sombras?

Abro los ojos y cojo aire con fuerza. Claro. El plan va tomando forma en mi mente poco a poco, más bien como la marea que sube que no como una ola rompiéndose



sobre mí. Tengo seguridad en mí misma, soy capaz y no pienso esperar a que me rescate un leñador o una cazadora. Voy a escaparme.



Capítulo 27. Scarlett

—Es mi culpa —murmura Silas rompiendo el silencio que nos ahoga como una soga. No contesto porque creo que podría estar de acuerdo con él. Las campanas de la iglesia repican nueve veces por la mañana. Hemos estado despiertos toda la noche.

No ha habido mucho que comentar ni mucho que planear. Sólo una sensación de espera eterna. Siento el cuerpo partido en dos y estirado en dos direcciones opuestas: una mitad, la de la cazadora, me pide que espere hasta que llegue el momento de atacar. La otra mitad, la mitad que también es la mitad del corazón de Rosie, me pide que vaya a por ella inmediatamente, que me lance contra cuantos monstruos se pongan por delante para salvarla. ¿Dónde estará ahora? ¿Tendrá frío? Por alguna razón me preocupa muchísimo que tenga frío. Espero que tenga algo para abrigarse.

—Scarlett, prométeme una cosa —empieza a decir Silas, despacio. Se incorpora en el sofá, mirándome a los ojos mientras yo me apoyo en la pared de enfrente. Balanceo el pie hacia delante y hacia atrás para que *Screwtape* pueda jugar a atrapar los lazos del zapato.

—Claro —musito.

—Si... si los fenris me cogen... puedo perder mi alma, me puedo convertir en eso. Pase lo que pase con Rosie, si me cogen... —Baja la mirada, después me vuelve a mirar y traga saliva.

Entorno el ojo.

—¿Me estás pidiendo que te mate, Silas?

Asiente despacio.

—Y se lo... ¿Se lo explicarás a mis hermanos y hermanas? Diles que siento haberme quedado con la casa y que siento no haber vuelto a verlos. —Aparta la mirada.

—¿Y Pa Reynolds? —le pregunto en voz baja.

—No. —Silas niega con la cabeza—. No se lo digas. Deja que se olvide de mí. Y también... que si tienes que hacerlo... hazlo rápido...



Respiro profundamente. ¿Sería capaz de hacerlo?

—Por supuesto, Silas, lo prometo.

—Bien —dice Silas—. Bien.

Se vuelve a hundir en el sofá, como una persona enferma que no se puede mover con mucha agilidad. Permanecemos sentados en silencio otro momento. Me resuena el estómago, pero no quiero comer nada. ¿Cómo podría comer algo cuando mi hermana está retenida como rehén?

—¿Crees que debe de estar pasando frío? —pregunta Silas entre dientes, cruzándose de brazos. Le lanzo una veloz mirada con el ojo.

—¿Qué?

Gira la cabeza hacia mí.

—Sólo... me pregunto si debe de estar pasando frío. Suspiro.

—Ya. Yo también.



Capítulo 28. Rosie

Finalmente, cae la luz del día. El pequeño cuadradito de luz que rodea la puerta se apaga y los fenris empiezan a levantarse. Se ladran los unos a los otros, se alborotan y luchan entre medio del choque de las garras e intensos gruñidos. Algunos arañan mi puerta, pero se retiran cuando los otros les lanzan mordiscos al aire. Los ignoro y gateo alrededor del generador que hay en el centro del cuarto, tanteando en la máquina con las yemas de los dedos hasta que encuentro el pequeño panel de acceso en el lateral. Introduzco los dedos por debajo y estiro.

No ocurre nada, y mis dedos empiezan a sangrar cortados por la herrumbre afilada. Aguanto la respiración mientras vuelvo a tirar con fuerza. La puerta cede y despide trozos de metal contra el suelo de cemento y a mis ojos. Lo cierro y reprimo el impulso de soltar la puerta. La saco despacio haciendo palanca; las bisagras son tan viejas que ceden y la pesada puerta de hierro me cae a las manos. La deposito con cuidado en el suelo y parpadeo para sacarme el polvo de los ojos mientras el olor a diésel me invade los orificios nasales.

Busco a tientas entre las sucias estanterías que tengo detrás, recorriendo con las yemas de los dedos los productos de limpieza y los trapos hasta llegar por fin a los trozos de manguera. Me vuelvo hacia el generador y meto las manos por el espacio abierto. Alambres, cables... no puedo ver nada, pero espero que mis dedos reconozcan lo que están tocando cuando lo encuentren. Paso las uñas bajo un manojito de cables y llego a una minúscula vara metálica. Gira hacia la derecha con una facilidad que me sorprende y levanta una tapa: la del depósito de combustible. Alzo la mirada con preocupación. Seguramente olerán el gasóleo.

Aparto los alambres con una mano e introduzco un extremo de la manguera en el depósito de combustible con la otra. ¿Cuánto puede haber aún? La manguera choca enseguida con el líquido, eso es bueno. Vuelvo a mirar hacia la puerta, pongo mis labios en el otro extremo de la manguera y aspiro.

Casi al instante retiro la cara y jadeo en busca de una bocanada de aire que no sea puro gas. Los pulmones me arden y protestan de dolor, pero parece que el truco ha funcionado. La manguera serpentea en mi mano, y oigo cómo el gasóleo empieza a



verterse silenciosamente en el suelo, Rápidamente dirijo la manguera hacia la rendija de la puerta y veo cómo el líquido empieza a salir hacia fuera. Apuntalo la manguera contra una de las botellas de los productos de limpieza y piso el río de combustible. Me arranco un trozo de tela de la parte inferior de mi camisa. Al otro lado de la puerta oigo a los lobos olfateando el combustible.

Un fenris araña y aúlla en la puerta, con la voz medio humana, medio animal.

John y Mary habían nacido en una caverna y vivieron en ella toda su vida. Siempre estaban en el fondo de la caverna, casi en la oscuridad, porque cuando intentaban salir veían unos monstruos gigantes y oscuros en la pared. John y Mary no lo sabían, pero los monstruos no eran más que sombras.

Me envuelvo la frente con la tela y la bajo por un lado hasta taparme el ojo derecho. No es tan eficaz como el parche de mi hermana, pero me servirá. Me aprieto bien la tela para que me tape la visión por completo. Los lobos se reúnen en la puerta, en un coro de olfateos y gruñidos puntualizados por aullidos penetrantes. Oigo el crujir de algunos que se están transformando en humanos y que llaman a gritos al alfa.

Un día, su abuela entró en la caverna. Cogió a John y a Mary de la mano y los llevó hasta los monstruos; entonces les explicó que los monstruos no eran más que sombras.

La voz de cuando Oma March contaba cuentos está viva y clara en mi mente, y el recuerdo del aroma del suavizante de nuestras mantas de lana es más fuerte que el punzante olor a gasóleo que sigue bombeando con fuerza del generador.

—Cariño, no puedo prometerte que pueda contener mi manada si me fuerzas a abrir la puerta —dice con desdén el alfa a través de la rendija. No importa; voy a llevar adelante mi plan abra la puerta o no. Lo tengo asumido: moriré si no lo hace, pero en realidad... moriría en ambos casos. Voy sigilosamente hacia las estanterías y busco el encendedor, con los músculos ahora acostumbrados a atravesar este espacio en la oscuridad. «Allá voy.»

Enciendo el mechero y la pequeña llama ilumina el oscuro cuarto con lo que me parece una inundación de luz después de estar tantas horas entre tinieblas. Los lobos empiezan a rascar la puerta, rajando el metal con las garras. La manguera finalmente se aquieta y estabiliza el goteo de gasóleo mientras me quedo mirando la llama con el ojo que tengo destapado.

Se me empiezan a humedecer los ojos cuando vuelvo a oír las amenazas del alfa, los aullidos de los lobos, las carcajadas maníacas de los que tienen forma humana, las columnas crujientes de los que se van transformando de un estado a otro. Quieren entrar; el deseo por mí combinado con la curiosidad de saber qué estoy haciendo para inundar el túnel de gasolina los excita. El alfa les da una orden con un gruñido



gutural y profundo. Miro fijamente la llama y veo en ella imágenes: Scarlett y yo cuando éramos niñas con las lenguas teñidas por los polos, la visita que le hice al hospital después del ataque, el primer día en que le sujeté los sacos de arena cuando empezó a entrenarse para cazar, el día en que cacé con ella y con Silas por primera vez, el momento en que supe que quería a Silas, el día en que nos besamos bajo la tormenta...

El tiempo se mueve a cámara lenta. Oigo cómo el alfa abre la puerta. Se abre de par en par, pero apenas los veo una fracción de segundo. Centenares de ellos me miran con hambrientos ojos rojos y lenguas que gotean saliva sobre el suelo de hormigón.

—Entonces —dijo Oma March—, la abuela los sacó afuera, bajo la luminosa luz del sol.

Los lobos se abalanzan sobre mí, pero me agacho y acerco la punta del mechero al regato de gasóleo. Se enciende en una explosión de llamas altas que sale disparada de la puerta e ilumina los viejos *grafitis* con una intensidad que seguro que el túnel nunca había tenido. Me quemo la mano. Suelto el mechero y avanzo hacia delante como una velocista olímpica alejándose de un salto de la línea de salida.

La luz les hacía daño y les quemaba los ojos, porque era la primera vez que veían el sol tras vivir en la oscuridad durante tanto tiempo.

Los lobos se llevan las patas a los ojos, deslumbrados por la súbita intensidad de las llamas. Mi ojo destapado, en cambio, se ha acostumbrado, y puedo correr a través de las llamas que ya me lamen la capa y las piernas. Siento cómo me salen ampollas en la piel mientras esquivo a los lobos, que me muerden los tobillos sin abrir los ojos. El alfa grita órdenes y los lobos intentan seguirlos, pero la ceguera los hace tropezar y caer sobre el fuego. Al final no hay más que gritos y aullidos en mis oídos; un único, constante y terrorífico grito de agonía.

«¡Sigue avanzando! ¡No pares!» Veo la escalera más adelante, pero los fenris que están junto a la puerta no tienen tantos problemas, porque se les están acostumbrando los ojos. Subo los peldaños corriendo, con las piernas ardiendo por el esfuerzo y el fuego, y los lobos se me echan encima, con sus largas mandíbulas desencajadas, dominados por el hambre y la furia. Salto sobre uno de ellos y asesto una patada con ambos pies en la mandíbula de otro, volteándome para escapar a sus colmillos. Creo que uno me ha mordido en el costado, pero no es grave. «¡Sigue corriendo! ¡Sigue!»

Me abro paso rompiendo la última línea de lobos y recibo una bofetada de aire nocturno que me enfría las lacerantes quemaduras repartidas por mi cuerpo. Agarro el parche provisional que me había hecho y lo desplazo al otro lado de la cara, destapando el ojo que estaba cubierto en la oscuridad y tapando el que me ha abierto



paso a través de la luz del fuego. No me tambaleo, no parpadeo por el súbito cambio; veo bien. Me lanzo a correr de nuevo, golpeando con los pies el suelo de una calle vacía y, cuando miro atrás, veo a algunos lobos que salen tambaleándose del túnel lleno de humo y pasan de la cegadora luz a la cegadora oscuridad.

No importa hacia dónde corra. Sólo tengo que seguir alejándome de ellos mientras se recuperan. Los aullidos y gruñidos enfurecidos de los lobos resuenan entre los edificios que tengo a ambos lados, pero tengo que seguir corriendo.

«Corre, Rosie. Eres la única que puede salvarte.»



Capítulo 29. Scarlett

—¿Estás listo? —le pregunto a Silas—. Falta una hora para que vayamos a hacer el cambio. Tendremos que irnos en breve.

—¿Listo para perder a Rosie y probablemente mi alma? —Silas niega con la cabeza y consigue esbozar una sonrisa sin entusiasmo—. No del todo.

—Pero ¿lo estás o no? —le pregunto con seriedad.

Silas se pone en pie.

—Estoy listo.

Coge el arma, se ata los cuchillos de caza en la cintura. Yo afilo la hoja del hacha, me paso la capa por la cabeza y cojo el cinturón de los cuchillos de caza de Rosie por si acaso. Uno de los tres necesitará dos cuchillos extra. Espero que sea Rosie.

Saldrá viva de esto. Mi hermana es la prioridad. Salvaré a Silas, lucharé por Silas, pero, si tengo que hacerlo, cogeré a mi hermana y me iré. Tengo que protegerla. No se lo digo a Silas, pero estoy segura de que lo sabe; estoy segura de que me diría que mis prioridades están en el orden correcto. Los socios se conocen así de bien. Con todo, hay un lado malvado de mí que todavía está furioso con él. Si él no la amara, no se la habrían llevado. Si ella no lo amara, podría haberse concentrado en detener a los lobos en lugar de suspirar por Silas.

Si Rosie fuera como yo, estaría a salvo.

Si la condujera la misma obsesión, la misma necesidad de vengar la muerte de Oma March y un cuerpo lleno de cicatrices, el mismo impulso de detener a los lobos a cualquier precio, estaría a salvo.

¿Podría la muerte de Silas hacer que Rosie se centrara? Si se lo quitan, ¿se convertiría la caza en su pasión como lo es para mí?

Seguramente. Por un instante me permito imaginarnos a Rosie y a mí cazando juntas sin Silas. Mi hermana y yo, codo con codo, guiadas por un mismo interés, sin distracción alguna e imparables. Un destello de deseos cruza por mi mente.



Sacudo la cabeza. «Céntrate, Scarlett —me digo a mí misma cuando siento llenarse la boca de culpabilidad, ocultando el sabor de la rabia en la lengua—. Olvida eso. Salvar a Rosie es prioritario, no tú rabia, no Silas, ni la venganza contra la manada de los Flechas, ni el Potencial. Es Rosie.»

Bajamos la escalera, intentando disimular el temblor de nuestras manos por los nervios y el miedo. Abro la puerta de golpe, con la esperanza de aparentar estar más segura de mí misma de lo que realmente me siento, y partimos en la noche.



Capítulo 30. Rosie

Presiento que están al acecho detrás de mi, acercándose, aunque cuando me vuelvo no los veo. Tengo los pulmones llenos de humo, pero la adrenalina me da fuerzas para seguir adelante. Por fin empiezo a ver señales de vida: vagabundos y el ocasional coche con suspensión hidráulica poniendo música a la calle. ¿No oyen los aullidos? ¿No saben que están en peligro?

No puedo seguir corriendo. Siento reventar las ampollas de las quemaduras, y la piel húmeda de debajo me escuece al tocarla el aire. La parte inferior de mi capa está chamuscada y ahora apenas me cubre toda la espalda. La garganta seca me suplica agua. No puedo correr más que ellos. Quizá pierdan mi olor. Intento pisar todos los charcos que veo mientras atajo por callejones y solares, pero pronto tendré que parar. Los aullidos de los lobos cada vez son más débiles, pero es difícil saber si están lejos o si los rascacielos metálicos que nos rodean amortiguan sus gritos. Veo a lo lejos la cúpula en lo alto de nuestro apartamento. «¿Voy allí? ¿Ahora? ¿Adónde si no?»

Veo más adelante uno de los edificios de pisos sellados con tablones, y sé que detrás se encuentra el solar en el que Silas y yo nos besamos por primera vez. Paso por debajo de una valla podrida, ignorando el cartel de «No pasar», y atajo por lo que fue el jardín de los apartamentos, por una fuente en ruinas y entre unas plantas colgantes que murieron hace mucho tiempo. Sí, por fin. Los pies me fuerzan a ralentizar el paso a pesar de que mi mente me dice que siga. El saber que puedo colarme por debajo de la valla, cruzar la calle y volver al apartamento me convence de que no pasa nada si aflojo el paso. «Respira. Estás a salvo.» Me escabullo entre los coches oxidados, jadeando con fuerza e ignorando los ladridos de los perros de chatarrería cercanos.

Y entonces los oigo.



Capítulo 31. Scarlett

Reconocería el menor sonido que saliera de boca de mi hermana entre un multitud de miles de personas. Así es como reconozco al abrir la puerta del edificio que ese mínimo y casi inaudible quejido que el viento nos trae a los oídos es de ella. Le hago una señal a Silas y corremos hasta el borde del solar abandonado, como si el espíritu de mi hermana nos estuviera guiando hacia ella. Miramos entre las hierbas y la valla metálica.

Está de espaldas, con los restos de su capa chamuscada ondeando al viento. Tiene las piernas, normalmente pálidas e hidratadas, cubiertas de ampollas de quemaduras, y lleva un pañuelo envolviéndole la cabeza, con el pelo enredado en su nudo y tapándole un ojo.

Se parece a mí.

Se me escapa un sonido de la garganta, algo entre una súplica y un grito de alegría porque, como mínimo, mi hermana está viva. El miedo queda atrás y el darme cuenta de que se debe de haber escapado ella sola me llena de orgullo, pero los fenris han empezado a rodearla y la están poniendo contra la valla detrás de la cual Silas y yo estamos agachados. No le tiemblan las manos, que es lo que normalmente le pasa cuando está nerviosa, y oigo cómo respira con lentitud, intentando centrarse. «Bien hecho, Rosie.» ¿Acaso esperaba menos? ¡Es una cazadora!

El alfa da un paso hacia a mi hermana, con los ojos de color ocre intenso, ardiendo como llamas oscurecidas. Los otros lobos —no toda la manada, pero una docena por lo menos— se agrupan detrás de él, dando patadas en el suelo como los caballos de carreras que se preparan para correr ante las puertas de la salida. El perro de la casa de al lado aúlla furiosamente y se tira sobre la valla. Aparte del perro y de los lobos que respiran profundamente, la calle está en un silencio absoluto. Incluso las esquinas están vacías, como si los yonquis hubieran salido corriendo como los ciudadanos antes del enfrentamiento final en una película del Oeste.

—Lett —susurra Silas, poniéndose tenso. No es una advertencia, es una pregunta; Silas sabe que ya estoy tramando un plan en mi cabeza, como una bola de nieve yendo cuesta abajo.



—Volvemos a ser tres —musito, contando los lobos que se encuentran detrás del alfa.

—Podemos con ellos. Ya hemos luchado con una cantidad parecida anteriormente.

—A ti no te pueden morder. El alfa está con ellos, y te quiere a ti.

—Ya sabes que tienes que hacer si eso pasara —dice Silas con seriedad. Nos miramos a los ojos durante un instante, me coge de la mano y la aprieta. Al unísono, rompemos el momento y nos colamos por el punto donde se abre la valla.

En un solo movimiento, los ojos de los lobos apuntan hacia nosotros, como si fueran un único organismo. Salimos de entre las altas hierbas y corremos hasta mi hermana. Rosie nos dirige una débil sonrisa, entre la felicidad y el miedo.

—Lo siento, Scarlett —susurra—. Me asaltaron y me retuvieron presa, no sabía qué hacer, y no pensaba que vendrías, ni siquiera aunque supieras que me tenían atrapada...

Sus palabras me dejan helada. ¿Mi otra mitad de corazón pensaba que no iría a por ella? Me muerdo la lengua, por miedo de decir demasiado. Le paso a mi hermana el cinturón con los cuchillos de caza, que coge sin siquiera mirarme. Los dedos de Silas y de Rosie se buscan a tientas. El alfa inspira con ansia, mirando a Silas con tanto entusiasmo que casi se percibe en el aire. Los lobos huelen a humo y a gasóleo, tanto que me hacen llorar el ojo.

—Te han atrapado porque quieren a Silas, Rosie. Te cogieron como cebo para atraerle a él —intento explicarle.

—¿A Silas...? ¿Por qué...? —dice Rosie, con voz débil. No explico más, pero no hace falta; entiende lo que quiero decir. Intenta coger aire como si se fuera a desmayar, pero agarra a Silas de la mano y lo empuja hacia ella con actitud protectora.

—Lo siento, Rosie —murmura Silas contra su cabello—. Yo no...

—Es un error —dice Rosie apretando los dientes y negando con la cabeza—. ¡Tiene que ser un error! —Su rostro se ha vuelto blanco magnolia del miedo, pero sus ojos están furioso y nos piden a Silas o a mí que le confirmemos su esperanza de que todo es una equivocación. Que el hombre que ella necesita no es el mismo que los lobos necesitan.

Silas niega con la cabeza, y sus ojos están llenos de dolor, de pena y de amor; él también querría decirle que él no es el Potencial. Abre la boca, pero no le sale ningún sonido. Su silencio es más significativo que las palabras y cimientan los peores miedos de Rosie. Mi hermana permite que salga de su boca un solo ruido entrecortado y después agarra a Silas por la camisa. Inclina la cabeza hacia atrás y le besa con pasión, como si su boca contuviera el oxígeno que necesita para sobrevivir.



Él la abraza muy fuerte, como si se estuvieran aguantando el uno al otro sobre la Tierra. No sé quién sujeta a quién.

Por culpa de Silas la han tenido presa. Por culpa de Silas casi muere. La rabia que se había ido acumulando en mí contra Silas era tan imparable y poderosa hace sólo unos minutos... El pensamiento secreto de que, si Silas muere, Rosie estaría a salvo. Volvería a ser una cazadora. Volveríamos a estar juntas, como estábamos antes de que ella lo quisiera.

Pero viéndolos besarse, mi rabia se vuelve hacia la manada de lobos que tenemos delante. ¿Cómo se atreven a intentar apartarlo de Rosie? ¿Cómo se atreven a intentar convertirla en algo como yo? Aprieto los dientes y vuelvo a centrarme en la manada. Mi hermana se merece a Silas. Se merece que la quieran, incluso aunque yo no pueda tener eso. No permitiré que lo separen de ella.

—Lo único que tienes que hacer es no dejar que le toquen, Rosie —digo con firmeza, interrumpiendo su beso. Respiro profundamente para reprimir el deseo de destrozarse a los fenris por haberme destrozado.

Rosie suspira y se aleja de Silas, con los dientes apretados y una mirada de acero, como si hubiera dejado para más tarde el dolor del momento.

—De ninguna de las maneras —responde con fiereza.

Oigo a mi izquierda el crujir del alfa que se transforma en un lobo enorme, gigantesco incluso para un fenris. Nos ignora a mi hermana y a mí y se dirige hacia Silas relamiéndose con ansia los labios negros. ¡El alfa, el objetivo de todo esto, la razón por la que vine a esta ciudad, está tan cerca...!

En realidad es muy simple. Vine a matar al alfa. Y eso es lo que haré.

—Adelante —susurro. Al oírme, los lobos yerguen las orejas, pero no reaccionan a mis palabras antes que Silas, Rosie y yo. Me pongo de un salto delante de Silas, interponiéndome entre el alfa y él.

El alfa me arroja a un lado como si fuera una muñeca de trapo. Comienza el reventar de venas, los aullidos de los lobos, las nubes de polvo. Me pongo en pie de un salto en el momento en que el alfa salta hacia Silas. El hacha se me enreda en la capa y cuando se la clavo en la ijada aún está envuelta en ella. La hoja corta un trozo de tela y se hunde en las costillas del alfa, pero éste ignora la herida y no aparta su mirada obsesiva de Silas. Rosie pasa corriendo por mi lado y oigo volar sus cuchillos. Hay demasiados lobos; con los cuchillos lanzados, se habrá quedado desarmada.

—¡Rosie! —grito al aire. Se vuelve justo cuando le lanzó mi cuchillo de caza. El arma aterriza de lleno en la palma de su mano, y ella se vuelve otra vez y lo arroja contra uno de los fenris. Giro sobre mis pies y vuelvo al ataque cuando ya tengo el aliento de un lobo sobre la cara y sus colmillos rozando mi oreja. Silas corre de un



lado a otro, esquivando las fauces de los lobos y blandiendo el hacha con más fuerza de la que jamás hubiera podido imaginar.

Se le acerca un lobo por el otro lado, pero Rosie lo mata; y después otro... ¿había sólo doce de verdad? Ahora parece que son muchos más. Miro a mi izquierda y veo al alfa abalanzándose sobre Silas otra vez. Salto entrometiéndome en su camino y preparándome para el golpe que me va asestar, y cargo contra su pecho. Como lo he cogido desprevenido, se aleja dando tumbos. Vuelvo a ir a la carga, pero él evita los hachazos en el último momento. Me agacho cuando salta hacia mí y le clavo una patada ascendente en el punto débil de la entrepierna; sale volando por los aires y se cae de espaldas. Corro hacia él, pensando que me dará tiempo a matarlo, pero no: los lobos están rodeando a Silas y a Rosie, acorralándolos, inmovilizándolos entre sus cuerpos. Rosie lucha con valentía; la capa se desdibuja a su alrededor mientras hunde sus cuchillos en cualquier trozo de carne de lobo que encuentra. Eso mantiene a los animales lo suficientemente alejados para no poder tocar a Silas.

Pero son muchos. Rosie está de pie delante de Silas, con los cuchillos listos y los ojos clavados en los fenris. Hay miedo, sí, pero hay algo más, algo que me dice que mi hermana moriría antes de permitir que un lobo se interpusiera en su amor.

Ese algo me recuerda a mí, de pie delante de ella, hace siete años. Sin embargo, yo no puedo permitir que Rosie se convierta en lo que yo me he convertido. Rosie, no. No será suya.

Mi hermana es la prioridad, y por eso corro hacia el hombre que ama. Blando el hacha, la lanzo en el aire y rebano la columna del lobo que está más cerca del leñador. Es lo suficiente como para distraer al grupo, y Silas mata a otro mientras los demás reordenan el círculo a su alrededor. El alfa se abalanza hacia el grupo, pero yo le corto el paso.

—No estás más que retrasando lo inevitable —dice el lobo, riendo con lo que es medio aullido medio voz, y su cara se transforma en un poco más humana por el hecho de haber hablado.

—Tanto como sea posible —respondo sin aire.

—No te metas en los asuntos de lobos, niña —dice con brusquedad.

Niego con la cabeza y me relamo.

—No puedo evitarlo. De veras que no.

Se abalanza sobre mí.



Capítulo 32. Rosie

Las campanas de la iglesia repican una vez a mis espaldas, el único sonido audible entre el rugido de los monstruos. El fenris que tengo más cerca se aprovecha de mi distracción y me hunde los colmillos en el antebrazo. Grito y le clavo el cuchillo de caza en la cabeza, empujándolo por el paladar hasta que siento la punta de la hoja contra mi brazo, entre sus dientes. Le doy una patada en el pecho y se tambalea hacia atrás antes de derrumbarse como una pila de huesos rotos. Pronto será sombras.

Me corre la sangre por el brazo, caliente y pegajosa, pero la ignoro... quedan tres lobos. Oigo a mi hermana gritando e insultando al alfa, y Silas está esquivando las fauces de un lobo gris con aspecto joven. El último fenris me tira el cuchillo que tenía en la mano y me desarma, pero me agacho y cojo un fragmento oxidado de metal y se lo clavo en la pata trasera. Aúlla de dolor mientras le asesto un codazo en la cabeza. El fenris recupera la forma humana, se aparta tambaleándose y sale corriendo hasta escabullirse por la valla, sin que me dé tiempo a detenerlo. Me dirijo hacia Silas, todavía con un cuchillo de caza en una mano y la pieza de metal en la otra. Me pongo delante de él, apartándolo del medio, y clavo el trozo de metal en el omoplato del joven lobo gris. El animal ruge del dolor y cojea hacia atrás. Queda uno: el alfa. Silas y yo cruzamos la mirada por unos instantes, y después miramos hacia mi hermana en el otro extremo del solar.

Scarlett y el alfa se mueven en círculos, observándose, lanzándose oscuras miradas de odio. A Scarlett le sangra la frente y tiene el pelo pegado en la herida hasta el punto de que ella también parece un animal. Mi hermana es fuerte como yo nunca seré, pero puedo ayudarla. Corro hacia allá, y Silas, también.

El lobo salta. Scarlett se agacha contra el suelo, pero el fenris conoce el truco y también se inclina de repente. Inmoviliza los brazos de Scarlett con sus garras delanteras y acerca las fauces a su cara. Mi hermana patalea en señal de protesta, pero el lobo ignora los fuertes puntapiés en sus patas. Está demasiado concentrado. Veo las garras doblarse y clavarse en los antebrazos de mi hermana. Sobre el cuello de Scarlett empieza a formarse un charco de la saliva sangrienta que le cae a la bestia



de la boca. Corro más deprisa. Quiero herirlo, quiero destruirlo por ella. Los ojos del alfa caen sobre mí.

—¡Ni un paso más! —gruñe con una boca medio humana, y sus palabras acercan de forma peligrosa los colmillos al rostro de mi hermana. Puede matarla. Tengo que escucharle o la mataré como a la chica del túnel del metro. Me paro en seco—. ¡Tirad las armas al suelo! —nos ordena. Oigo cómo Silas deja caer el hacha detrás de mí. Suelto la empuñadura de asta de cabra y el cuchillo cae inútil al suelo.

El fenris arquea la cabeza y extiende su lengua roja y negra, y después lame de abajo arriba el rostro de Scarlett de forma burlona. Scarlett no le dará la satisfacción de reaccionar. El alfa se ríe, con una risa que esconde detrás una rabia oscura, y entonces arroja la cabeza sobre el hombro de Scarlett; todo es tan rápido que no me doy cuenta de lo que ha hecho hasta que veo la enorme herida en la clavícula de mi hermana, tan profunda que puedo verle los músculos flexionándose. Ella no grita, no se mueve, pero yo chilló de forma descontrolada. El alfa me mira y vuelve a hundir la cabeza en el otro hombro de Scarlett. Ella gime por fin de dolor, cosa que el fenris encuentra divertidísima. Bufa y salpica sangre por el hocico. Abre la boca de par en par, enseñando hileras e hileras de dientes amarillentos que resplandecen bajo la luz de la luna.

Silas se enciende a mi lado.

En el momento en que me doy cuenta de lo que está pasando es demasiado tarde para pararle. Su cabello moreno se agita tras él y en sus ojos se ve una determinación de acero. «Esto no puede estar pasando.»

El lobo ve a Silas que se le acerca, pero sólo por un instante, porque Silas le golpea los riñones y lo saca de encima de Scarlett, que yace inmóvil. El animal da mordiscos al aire y gruñe. Silas da un paso hacia atrás, pero el alfa barre con un largo brazo bajo sus pies y lo hace caer al suelo. «Un arma. Necesito un arma.» Cojo el hacha de Silas y corro hacia él. Silas vuelve a estar de pie, pero el fenris le asesta un golpe con una garra en la cara, y lo vuelve a derrumbar. Al caer golpea con la cabeza en el suelo, y veo que se le ponen los ojos en blanco. Cuando veo brotar la sangre en la tierra, lo llamo a gritos. Grito, corro, pero no puedo impedir que el lobo se suba sobre Silas y baje la cabeza hasta su pecho. «Más rápido, más rápido, tengo que moverme más rápido.» Pero todo va a cámara lenta.

El mordisco es muy pequeño. Apenas le desgarró la piel.

Pero será suficiente. Suficiente como para llevarse el alma de mi amado. De mi garganta brota un gemido roto, más animal que humano, y también oigo gritar a Scarlett desde el suelo. De repente, el tiempo se acelera y me encuentro sobre el fenris, apartándole del cuerpo inerte de Silas. La rabia se apodera de mí, la furia más terrible y apasionada que nunca haya sentido, y me da la fuerza para blandir la



pesada hacha por encima de mi cabeza. La lanzo sobre el lobo. Se agacha justo a tiempo, pero le corto los dedos de las patas delanteras. El alfa aúlla y salta hacia mí, pero yo me vuelvo y balanceo el hacha hacia arriba. Le rebano el pecho con un golpe sordo y su sangre me llueve encima. «No es suficiente, no es suficiente.» Quiero partirlo en pedazos; quiero que muera luchando conmigo. Quiero ser lo último que vea porque él ha sido lo último que Silas —mi Silas, no el Silas en el que se convertirá— ha visto.

Intento blandir el hacha de nuevo, pero me resbala de las manos porque está empapada de sangre. La abandono mientras el alfa se vuelve lentamente hacia mí, tambaleándose para tenerse en pie. No tengo ninguna arma, pero no importa. Me abalanzo sobre el lobo y le asesto un golpe en la espalda. Me da un zarpazo con las garras y me rompe la ropa y la piel. Aprieto su cuello entre mis manos. Enfoco toda la fuerza de mi cuerpo en las manos y sigo apretando mientras el lobo se retuerce e intenta sacármese de encima. Puedo sentir su pulso, siento cómo su garganta se tensa en busca de aire. Los ojos se tornan de color ocre oscuro; me desgarran la espalda con una de sus garras; el monstruo pelea, da golpes. Le miro fijamente a los ojos. «Mírame; déjame ser lo último que veas.»

Las lágrimas empiezan a bajar por mis mejillas y caen sobre la grasienta piel del alfa. Me ha arrebatado a Silas. Se lo ha llevado como si no fuera nada, como si no fuera el chico al que amo. ¿Cómo puedo no hacerle sufrir? Me siento como si fuera otra persona, como si no pudiera ser la misma persona que besó a Silas en este solar hará poco más de una semana. Como si fuera poderosa, como si fuera fuerte, como si fuera mi hermana. Como si arrebatándole la vida pudiera detener mi dolor. Le aprieto aún más fuerte el cuello, saboreando la debilidad de sus ojos.

El alfa deja de luchar. La oscuridad estalla en el solar y ennegrece las farolas de la calle, el cielo. Se despliega en el aire como si fuera una enorme cometa negra, y después vuelve a estallar en un millón de fragmentos que se dispersan por el viejo edificio de apartamentos como vagabundos asustados. Me caigo al suelo, con el cuerpo tembloroso del esfuerzo y del agotamiento, y me vuelvo hacia mi amado.

Está pálido, tan blanco que la sangre que le brota de la pequeña herida se ve de color rojo violento. Está totalmente quieto. Primero creo que está muerto, pero después pestañea y me mira a los ojos. Está tranquilo y respira despacio, como si estuviera valorando cada una de las respiraciones. Se me hiela la sangre, la furia se disipa y, de repente, siento frío en la piel. Quiero cerrar los ojos, quiero taparme las orejas y quiero que nada de esto esté sucediendo. Quiero que Silas me bese, que me despierte de esta pesadilla.

En cambio, gateo hacia él, incapaz de ponerme de pie.

—Todo irá bien— miento entre jadeos al llegar a su lado. Le toco la herida que tiene en el pecho, temblando. Con sólo que pudiera sacarle el veneno de dentro,



verterlo en mí. Silas se incorpora con gran esfuerzo. Lo ayudo cogiéndolo de los hombros y estirando de él, y me mancho con la sangre de su pecho. Estoy segura de que los dos nos preguntamos lo mismo: «¿Cuánto se tarda?».

Silas respira en mi cuello y hace una mueca de dolor mientras se me acerca para acariciarme el cabello. Me abrazo a él con más fuerza, como si pudiera retener su transformación. Las lágrimas que me recorren el rostro caen sobre su hombro.

—Tienes que irte, Rosie —dice con suavidad al cabo de un momento.

No me muevo.

—Tienes que alejarte de mí. —Su voz es más fuerte, en un intento de sonar categórico.

—No puedo —digo sin aliento. Es la verdad; no creo que pueda apartar las manos de su cuerpo. Enredo los dedos en su pelo, inhalo el aroma de su piel—. Te quiero —susurro.

—Yo también te quiero, Rosie —dice despacio mientras se aparta para poder mirarme a los ojos. Lleva las yemas de los dedos a mi mejilla y me recorre los labios con el pulgar. Luego desciende las manos hasta mis hombros, como si me estuviera estudiando con atención por última vez.

—Quédate conmigo —le suplico. Tengo la garganta tan tensa de reprimirme el llanto que las palabras apenas llegan a ser un susurro. Las manos de Silas me cogen con más fuerza y me asusto: ¿es el principio del cambio? No puedo luchar contra él, no puedo herirle, ni aunque sea un monstruo; dejaré que me venza. Que me devore.

Pero no, todavía no es un monstruo. Me lleva hacia él y me besa en la boca, rodeándome fuertemente con los brazos y con desesperación en los labios. Siento cómo le late el corazón en el pecho mientras me abrazo a él. Nos besamos como si fuera la primera vez, y sé que tiene el mismo miedo que yo de separarse porque cuando el beso termine, todo habrá terminado.

Se separa él primero. Tiene las comisuras de los ojos inundadas de lágrimas, pero mantiene la mandíbula firme y resuelta. No puedo contener el llanto que se escapa de mis labios, las súplicas ahogadas para que me vuelva a besar, para no permitir que todo esto termine. Todo en mí se enreda: las palabras, los dedos, las lágrimas, la mente. Silas mira con solemnidad a mi hermana, que se ha puesto de pie en medio de mi sufrimiento.

—Scarlett —dice con voz ronca—. Me lo prometiste.



Capítulo 33. Scarlett

Mi cuerpo no quiere moverse, protesta con cada respiración, con cada pequeño paso que doy hacia mi hermana y Silas. Rosie se ha quedado encogida en el suelo a su lado cuando él le ha impedido volver a acercarse. Tiene los ojos abiertos y humedecidos, le tiembla el cuerpo y hunde los dedos en la tierra como si quisiera agarrarse a algo que le ayudara a detener todo lo que da vueltas a su alrededor.

—Lo prometí —le respondo a Silas, aunque me lo digo más a mí misma que a él. Lo prometí. Se lo prometí a mi socio. Me salvó la vida; no puedo no cumplir con mi promesa. Silas se aparta de mi hermana lo mejor que puede y se me acerca. Rosie se ahoga en el llanto, como si con cada centímetro más de distancia entre ellos le resultara más difícil respirar. Avanzo otro paso hacia Silas, en busca de algún indicio de que ya ha cambiado, de que me tengo que mover mucho más rápido de lo que quiero. Pero sigue teniendo los mismos ojos vivaces y decididos.

Cuando me acerco lo bastante para ver las marcas del mordisco en detalle, se me revuelve el estómago. Las marcas de colmillos forman un semicírculo sobre su pecho y me escupen sangre mientras me llevo la mano libre a la boca. Esperaba que hubiera habido algún tipo de error, que no hubiera visto lo que creía haber visto. Pero no, le han mordido. Perderá su alma, y querrá devorar a mi hermana como un monstruo. No es Silas, o, por lo menos, no durante mucho tiempo.

—Silas... —Pronuncio su nombre con suavidad, como una plegaria.

Silas traga saliva.

—Lo siento mucho, Lett —responde.

—Tú me has salvado —murmuro gesticulante, con la garganta llena de sollozos no liberados.

—No tiene importancia —bromea, pero le tiembla la voz.

Aparto la mirada y cierro el ojo contra el caudal de lágrimas que empieza a caerme, esperando tener puntería pese a estos sollozos tan convulsivos. Cuando lo



vuelvo a abrir, veo a Silas buscando algo en el bolsillo de su camisa. Saca una pequeña rosa de papel y la agarra con fuerza como si pudiera salvarlo.

—No sabía que yo... —intento hablar, pero la voz se me rompe y se niega a recomponerse. Silas me niega con la cabeza.

—Lo prometiste. No me mires. No soy más que otro lobo. Soy sólo un monstruo más.

Obedezco y vuelvo a cerrar el ojo con tanta fuerza que la mejilla se me inunda de lágrimas.

—No puedo —protesto por encima de los sollozos de Rosie.

—Sí puedes. Eres una cazadora, Lett. Yo soy un lobo —dice lentamente, instándome a que lo haga. Alzo mi hacha—. Venga, Lett. Hazlo —murmura, tan bajo que estoy segura de que Rosie no lo oye.

—Silas —suplico, agitando la cabeza.

—Hazlo.

—No...

—Mátame, Lett, antes de que cambie. No quiero que tú y Rosie me veáis transformado.

—Yo...

Vuelvo a detenerme, pero no por él, sino por el sonido de las horribles campanas mecánicas de la iglesia.

Una, dos... Hasta doce veces resuena el sonido metálico en el solar.

—Medianoche —susurro con frenesí.

—¿Qué? —dice Silas. Lo miro, se le arruga la cara en una mueca de preocupación.

—Medianoche —vuelvo a susurrar. Suelto el hacha, que cae en la tierra con un ruido pesado—. El reloj repicó una vez marcando el cuarto antes de que el lobo me inmovilizara. Hace diecinueve minutos que ha terminado todo, desde las once cuarenta y uno. No eres un lobo, Silas.

Silas aprieta los labios y cierra los ojos.

—Yo... —tartamudea, parece que sus labios son incapaces de formar palabras. En lugar de eso, me mira, con los ojos llenos de emoción. Me arrodillo y le cojo la mano. Quiero hablar, quiero asegurarle que está bien, pero me fallan las palabras. En cambio, nos miramos fijamente el uno al otro, con las manos entrelazadas. Hasta que oímos a Rosie coger aire, con un sonido agudo y herido. Me vuelvo hacia ella y veo su cara presionada contra el suelo, tapándose las orejas con las manos. Rosie no



quería oírlo; no quería saber en qué momento lo mataba. Suelto las manos de Silas y gateo por el suelo hacia ella.

Le retiro las manos de las orejas, la abrazo y la levanto conmigo del suelo. Mantiene los ojos cerrados con fuerza, con lágrimas que le brotan por las comisuras y le recorren el rostro. Oigo a Silas que se levanta y da unos pasos inseguros hacia nosotras.

Rosie también lo oye.

Se le congela el cuerpo. Todo en ella se para al oír a Silas dando el último paso hacia. Abre los ojos y los dirige a mí, rojos y llenos de anhelo, como si quisiera que le confirmara lo que sospecha que sucede, que él está de pie justo detrás de ella. Le sonrío como puedo entre lágrimas, y Rose se da la vuelta.

Silas se arrodilla y ambos se lanzan el uno contra el otro, como si se necesitaran para mantenerse erguidos. Rosie ríe, llora y habla a la vez, pero no logro entenderla. Parece que Silas sí, porque asiente con la cabeza mientras se abrazan con tanta fuerza que es difícil saber dónde termina uno y empieza el otro.



Capítulo 34. Rosie

Scarlett no quiere ir al hospital. Lo cual por cierto es normal porque para explicar cómo nos hemos hecho los tres heridas tan graves tenemos que inventarnos una historia muy rebuscada.

—Una pelea de perros. Nos metimos en medio —responde mi hermana en nombre de todos a la recepcionista de urgencias, que la mira con horror los hombros ensangrentados y en carne viva.

—No les caemos bien a los perros —dice Silas encogiéndose de hombros y cubriéndose con la mano la herida del pecho. —Me mira las quemaduras que tengo en las piernas. Puede que queden cicatrices, aunque tampoco estoy segura. La recepcionista habla por un *walkie-talkie* y después recorre con la mirada el cuerpo de Scarlett, desde las heridas recientes hasta las antiguas cicatrices.

—A mí los perros me odian directamente —comenta Scarlett, impaciente. La pobre recepcionista parece aliviada cuando los médicos de urgencias aparecen y se nos llevan pasillo adentro.

Los médicos me ponen ungüentos en las piernas y ponen cara de disgusto cuando les digo que ninguno de nosotros tiene seguro de salud. Scarlett es la que está peor. Le vendan tanto los hombros que al final parece que lleve protecciones de rugby. Todo va bien hasta que le sugieren que se quede a pasar la noche en el hospital. Cuando por fin logramos escaparnos sin pagar, está amaneciendo. Los primeros rayos de luz nebulosa de color lavanda se abren paso en el horizonte, y en los edificios de cristal y hormigón se reflejan tonos azulados y fríos.

Silas llama un taxi, un lujo que no podemos permitirnos pero que sentimos que nos merecemos. Atravesamos a gran velocidad las calles casi vacías, sin hablar. Silas me coge de la mano, y nos miramos a los ojos de forma elocuente.

—Entiendes que... —dice Silas en voz baja. Las palabras se dirigen sólo a mí, pero sé que Scarlett lo puede oír—. Cuando... Cuando cumpla veintiocho años, Rosie. Entiendes lo que significa. Soy peligroso, Rosie.



—¿Piensas seguir queriéndome cuando tengas veintiocho años? —lo interrumpo, sin saber yo misma si mi pregunta es en broma o en serio.

Los ojos de Silas se abren sorprendidos. Mira un momento hacia fuera por la ventanilla del taxi y, cuando me vuelve a mirar a los ojos, las pupilas color gris azulado le brillan con una bella sinceridad—. Rosie... te quiero. Ahora, cuando cumpla los veintiocho años, cuando cumpla los treinta y cinco... Yo te quiero.

Suspiro.

—Bien, vale.

—Pero yo...

Llevo un dedo sobre sus labios suaves y arqueados.

—Bien, vale.

Silas cierra los ojos y asiente aliviado. Tiene razón; debería estar pensando en qué significará esto dentro de siete años, qué es lo que significa ahora y cuán cerca estamos todos de tener un destino muy diferente, pero todos mis miedos desaparecen y un sólo sentimiento cálido me llena el cuerpo y la mente: plenitud. Bueno, eso, combinado con un agotamiento total y absoluto. Cojo a Scarlett de la mano con la que tengo libre.

—¿Estás contenta? —le pregunto en voz baja sobre el bullicio de la radio matutina. El conductor da un volantazo brusco y caigo sobre el hombro herido de Scarlett. Hace una mueca de dolor pero dice que sí con la cabeza.

—Supongo. Los fenris están muertos. El alfa, también. Por ahora —dice, suspirando satisfecha. Por primera vez en semanas parece tranquila, como si su mente no pensara en la caza—. Estamos a salvo.

—¿Podemos ir a casa? —pregunto esperanzada; me pasan por la cabeza imágenes de la pequeña casa, las hierbas altas y las calles con más polvo que basura.

Mi hermana acepta, con los extremos de los vendajes revoloteando a su alrededor como si fueran bufandas.

—Creo que nos merecemos de sobras volver a casa.

Hacer el equipaje para volver a Atlanta es mucho más fácil que cuando vinimos aquí. Metemos casi todo en fardos hechos con nuestras sábanas y la ropa, en petates. Las alfombras y las cosas de la tienda de segunda mano se las dejamos a quienquiera que sea el próximo inquilino. Nos vamos a la mañana siguiente. Scarlett dirige un sarcástico saludo de despedida al yonqui de abajo. Poco después salimos en el viejo coche con portón, con música pop puesta a todo volumen y yo recostada en Silas, tanto para evitar la puerta de la muerte como para descansar la cabeza en su bíceps.



Madison no ha cambiando, como era de esperar. Los edificios aquí son amarillos y de color dorado pálido en lugar del duro gris metálico. Los árboles manchan intermitentemente el coche con la luz del sol. El aire es más cálido, como brazos cariñosos que me rodean y me reconfortan. ¡Qué bien se está en casa!

Pasan los días. Las semanas. Silas y yo robamos momentos para estar juntos. Nos besamos, nos tocamos, dejamos que nuestros dedos acaricien nuestros hombros siempre que mi hermana no mira. Quiero abrazarlo y estar tumbados en el sofá durante horas, pero Scarlett... Sólo por el hecho de que ella lo sepa, sólo por el hecho de que no dice nada sobre nosotros, no significa que no se ponga a hacer cosas cuando nos ve tocarnos, o que no encuentre una razón repentina para salir por la puerta mosquitera si nos acercamos el uno al otro para besarnos.

—Se acabará acostumbrando, Rosie —me asegura Silas un día mientras observamos a Scarlett arrancar las patatas del huerto, casi todas estropeadas. Cae la tarde, y las luciérnagas parpadean por el patio como si fueran luces de Navidad. La mesa de fuera está puesta. He llenado la mayoría de los platos viejos y mellados de Oma March con recetas de hortalizas suyas, todas las que he podido encontrar: puré de patatas con manteca dulce, pimientos verdes rellenos, sandía cortada en tacos rosas azucarados. Incluso la comida sabe mejor aquí, como si a la de la ciudad que hemos estado comiendo le faltara algo esencial.

—¿Listos para comer? —pregunta Scarlett, poniéndose en pie mientras Silas y yo abrimos la puerta mosquitera de una patada y dejamos que se cierre de un portazo detrás de nosotros. Mi hermana se sacó las vendas de los hombros hará unas semanas y ahora su piel luce nuevas cicatrices, rosas y brillantes, que parecen simples quemaduras del sol. Mis piernas se han curado casi por completo y tengo que admitir que estoy un poco orgullosa de que las quemaduras dejaran tan sólo unas pocas cicatrices punteadas. Silas y yo nos deslizamos en el banco liso de madera de la mesa de picnic y Scarlett se sienta enfrente. No hablamos, sólo nos servimos los platos en silencio. Scarlett mira hacia atrás, a la Luna, una luna llena, densa y blanca que luce en el firmamento. Cuando se vuelve hacia mí, nuestras miradas se encuentran un momento.

Y lo veo.

Sabía que volvería; pero no sabía cuándo. Esa mirada, esa necesidad que vi en los ojos de mi madre de partir sin rumbo fijo, la veo ahora en los ojos de Scarlett, en su caso, de cazar. Nunca pensé que lo dejaría, y era sólo cuestión de tiempo que empezara a entrenar de nuevo, a cazar por la noche, a comprar gasas y jabón perfumado y a utilizar nuestros conocimientos recién adquiridos sobre los Potenciales para seguirles la pista. No es una enfermedad; es una pasión, ahora me doy cuenta, una pasión por cazar como la que el pintor siente por pintar o el cantante, por cantar. Lo lleva en la sangre y en el corazón.



No necesitamos hablar. Dejo caer el trozo de sandía que tengo en la mano y Scarlett se levanta despacio, porque ambas lo sabemos. Ambas sabemos que la luz ahora está ahí, y no sirve de nada fingir que las sombras son reales. Saco las piernas descubiertas de debajo de la mesa del picnic, y Scarlett realiza los mismos movimientos como si fuera mi reflejo. Nos encontramos en la punta de la mesa y nos abrazamos, respirando el olor de nuestros cabellos mientras Silas nos observa callado y confundido.

Mi hermana tiene un corazón de artista con un hacha y un parche en el ojo. Y yo, ambas lo sabemos ahora, tengo un corazón que es innegable e irreparablemente distinto.



Epílogo

Un cuento de hada, siete meses después.

Las hermanas andan despacio. Llevan bolsas en las manos, y el sol del mediodía les golpea las nuca despiadadamente. Scarlett se detiene para echar unas monedas a un vagabundo que toca la batería mientras Rosie se para a contar el dinero de su bolsillo. Piensan la una en la otra, como casi siempre. Alcanzan sus destinos simultáneamente; Rosie, en el andén de una estación de tren arrastrando el equipaje, y Scarlett, pidiéndole a uno de los yonquis que le abra la puerta del apartamento.

Hay cartas junto a la puerta de Scarlett, y parece que alguien ya ha andado rebuscando entre ellas. Coge las que quedan: no sabe por qué, pero siempre se dejan las más importantes. Las de Rosie. Da una patada a la pesada puerta de madera y deja caer las bolsas dentro del apartamento para romper el papel con ilusión.

La letra inclinada le cuenta que Silas continúa con las clases de guitarra —y que sigue sin dársele bien— y que Rosie continúa practicando con todas las viejas recetas de Oma March —y que sigue sin dársele bien. Scarlett sonrío y pone la carta sobre la mesa del comedor junto con las otras. Hay cientos de ellas, llenas de rosas, cisnes y ranas de papel. Vienen de distintas ciudades: San Francisco, Phoenix, Boston, Nueva York. Silas vendió la casa de su padre para que él y Rosie pudieran tener dinero para visitar y arreglar las cosas con sus hermanos, para perderse a propósito en lugares extraños y para comer productos locales e ir de la mano mientras exploran juntos el mundo. Sus vidas se resumen en una pregunta impaciente: «¿Adonde vamos ahora?», y la de Scarlett, en una respuesta contundente: «Aquí es donde me necesitan».

Las hermanas apenas se llaman, porque siempre que se oyen la voz al teléfono, se dicen lo mismo: «Te quiero, te echo de menos, ¿nos estaremos equivocando?». Y ambas conocen la respuesta a la pregunta. No, no es una equivocación. Es la dura, y quizá cruel, necesidad.

Rosie sonrío cuando ve a Silas acercarse, con dos billetes de tren en las manos. Abandona la maleta y la abraza. Se besan como los amantes de una película antigua, como dos personas a las que no les importa que las vean. Rosie se ríe como una niña y él la mira con adoración, como la cosa más bella que nunca ha visto y con miedo de



que, si parpadea, desaparezca. Ella le acaricia el cabello de la nuca y sonríe en el momento en que el tren entra en la estaci3n.

Scarlett sube la escalera hasta la azotea. Esta noche sería una buena noche para cazar. El deseo de salir a la calle la empuja ya como un viejo amigo. Se queda observando la ciudad. « Adonde ir e esta noche?  A quién proteger e, a quién defender e?» Se recoge el pelo en una cola de caballo mientras mira las calles que tiene a los pies. Sus calles, su obligaci3n y su pasi3n. Ya anochece. Baja la escalera apresuradamente y se prepara para salir temprano. El apartamento ya no es lo era; Scarlett ha colgado los centenares de decoraciones, dibujos y complicadas figuritas de papel que Rosie le ha mandado, tantas que la habitaci3n parece un campo en el que brotan flores todo el año. Pasa los dedos por la capa de color rojo carmesí que cuelga del respaldo de una silla.

Rosie ocupa su asiento mientras Silas pone el equipaje sobre sus cabezas. Su capa est a dentro de la gastada maleta, hecha jirones y sin usar desde hace tiempo, pero todavía presente, como el amigo callado que espera el momento para unirse a la conversaci3n. Rosie se vuelve para mirar por la ventana mientras el tren empieza a avanzar, sin saber exactamente lo que est a buscando.

Scarlett se pone la capa sobre los hombros en un movimiento único y fluido; Rosie sonríe mientras el paisaje empieza a pasar volando. Scarlett sale a las calles de la ciudad y Rosie busca el brazo de Silas. Por sus cabezas pasan recuerdos coincidentes, recuerdos de cuando corrían por la hierba y daban vueltas en círculos en el jardín, agarradas de las manos; recuerdos en los que ya no saben quién es quién y empiezan a sentir que est an unidas por un bello eslab3n dorado: un mismo coraz3n compartido.

Fin



Agradecimientos

Si escribir mi primer libro fue duro, escribir el segundo —*ROJO FERROZ*— fue casi imposible. En estos momentos, me aterroriza escribir el tercero, pero, afortunadamente, ahora sé que puedo pedir ayuda a algunas personas; las mismas que me ayudaron a dar voz a Scarlett y a Rosie y dotarlas de una historia y de un corazón. Por ello, estoy eternamente agradecida a las siguientes personas:

Evidentemente, a mi hermana, Katie Pearce, no sólo por ser la fuente de tanta inspiración sino también por decirme exactamente hasta dónde podía llegar la brutalidad de las palizas que recibían Scarlett, Rosie y Silas sin traspasar la credibilidad médica.

Al abuelo Pearce, que me ayudó a sacar a Rosie del túnel del metro.

A Saundra Mitchell, que criticó los primeros borradores de *ROJO FERROZ* en un tiempo récord, lo corrigió todo por partes e hizo que el libro resplandeciera como nunca antes lo había hecho.

A Rose Green, por traducir del inglés al alemán para mí y para Oma March.